GEMA SAMARO

TU BODA CONMIGO



Tu boda conmigo

GEMA SAMARO

COLECCIÓN milamores

Tu boda conmigo

ISBN: 9788419941428
ISBN ebook: 9791387832612
Derechos reservados © 2025, por:

© del texto: Gema Samaro
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A ti,
por estar siempre.

Capítulo 1

Un día precioso y radiante de mediados de junio, Diana estaba sentada frente a la terraza con vistas a la cala donde iba a casarse mientras Anto, la peluquera, peinaba su melena con un estilo suelto, despreocupado y natural.

Quería algo impecable y sencillo, acorde con el vestido de estilo bohemio y romántico con la espalda descubierta en U.

El tercer vestido de novia que iba a lucir en su vida y el último porque esta vez Diana sabía que era la definitiva.

Por eso estaba segura, tranquila y confiada contemplando las maravillosas vistas que tenía desde la habitación del hotel.

—¡Siento una paz increíble! —exclamó Diana, después de respirar profundo.

Diana tenía treinta años, medía uno setenta y tres, tenía aires de chica soñadora y romántica, la silueta de reloj de arena, la melena larga, castaña y ondulada, los ojos enormes y chispeantes de color

miel, la nariz recta, la boca grande y de labios gruesos, y una sonrisa bonita y contagiosa.

—¡Fenomenal! —canturreó la peluquera sin dejar de peinarla.

—No tengo nada de nervios. Estoy serena y con la seguridad de que estoy haciendo lo correcto y con la persona adecuada —confesó Diana, que solo llevaba puesta una bata rosa de satén.

—¡Qué bien!

—Las otras veces no estaba así —contó Diana a la peluquera a la que había contratado a través de una web de bodas.

—¿Te has casado más veces? —preguntó Anto, a la que después de tantos años de profesión no le sorprendía casi nada.

—Otras dos. Y estaba hecha un manojo de nervios en las dos ocasiones.

—Son nervios bonitos —afirmó Anto.

La peluquera tenía cincuenta y dos años, la melena larga hasta casi el culo, ondulada y teñida de rosa, medía uno cincuenta y dos, era *curvy*, llevaba tatuados los brazos y las piernas, tenía los ojos verdes, grandes y muy maquillados al estilo gato, la nariz aguileña, la boca fina y pequeña y lucía un vestido negro de tirantes, corto y entallado, y unas zapatillas de colorines con plataforma.

—Me casé muy ilusionada las otras veces, pero en esta tengo una sensación que no tuve en las otras. Y esta paz y esta tranquilidad me dicen que esta vez sí que voy a acertar.

—El amor de verdad da paz —aseguró Anto al tiempo que sujetaba un mechón de pelo para evitar darle tirones.

—¿A que sí? —replicó Diana, con la mirada chispeante de pura ilusión—. Este amor es tan diferente a todos que sé que esta vez es la definitiva. ¡Me caso para siempre jamás! —exclamó sintiendo que ya no se podía ser más feliz.

Sin embargo, Anto había conocido a tantas novias que solo pudo desearle lo mejor y musitar:

—¡Ojalá!

—Sé que sí. Tengo esa corazonada. ¿Tú tienes pareja? —preguntó Diana a la vez que Anto le desenredaba unas puntas rebeldes con mucho mimo.

—Me divorcié hace dos años —respondió Anto, en un tono que no dejaba lugar a dudas de que se había quitado un buen peso de encima.

Con todo, a Diana se le torció el gesto y le dijo tras morderse los labios:

—Vaya, ¡lo siento mucho!

—Nos decepcionamos mutuamente, ni él era lo que yo esperaba ni yo tampoco era lo que él quería.

—¡Qué duro! —bufó Diana, porque en el tema de decepción matrimonial estaba bastante puesta.

—Lo peor fue la custodia compartida de Coco, mi perro, un bichón maltés. Al principio, le echaba mucho de menos cuando le tocaba irse con él. Ahora lo llevo bien.

—¿Y has vuelto a enamorarte? —inquirió Diana con mucha curiosidad.

—No. ¡Pero hace un mes me metí en Badoo! —contó Anto, entre risas.

—¿Y qué tal?

—Es un mercado de carne, donde no cabe un loco más —respondió Anto, que seguía cepillando la melena, mechón por mechón—. Lo que pasa es que en medio de toda esa gente apareció un hombre con el que llevo hablando tres semanas y la cosa va bien. Se llama Ricardo, es veterinario, le encantan los animales, la vida sana, estar en la naturaleza, vive cerca de mí, es divertido, tiene los pies en la tierra, es espiritual…

—¿Y dices que lo has encontrado en Badoo? —bromeó Diana, que también tenía bastante experiencia en *apps* de citas.

—Ja, ja, ja. Sí. ¡Y está buenísimo! Cuando le vi por primera vez creí que sus fotos eran de IA. Y no. ¡Es él! Mira…

Anto sacó el teléfono móvil del bolso enorme, le mostró a Diana la foto de fondo de pantalla en la que aparecía Coco, que era monísimo, y luego buscó la *app* que se abrió por la sección de Encuentros…

—A ver —masculló Diana con la vista clavada en la pantalla del teléfono.

Anto agarró las gafas de cerca que tenía también en el bolso, se las puso y le indicó a Diana:

—Es este de aquí.

Diana se quedó muerta al ver algo que no esperaba para nada encontrar y murmuró sin dar crédito:

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —preguntó Anto, que no entendía por qué ponía una cara como si le hubiera enseñado la foto de un tío tan feo que daba susto.

—Que el de la foto de arriba es Mario —contestó Diana, señalando la foto de su novio con la uña del dedo índice perfectamente manicurada.

—Mario, ¿tu Mario? —quiso saber Anto, a la que de pronto se le puso una cara parecida a la que Diana tenía.

—Ajá.

—¿Tenéis una relación no monógama consensuada?

—¡No! Es una relación cerrada. ¡Y es el amor de mi vida! El hombre al que voy a dar el «sí, quiero» para siempre jamás —respondió Diana, llevándose la mano al pecho.

—Lo tienes así de claro —musitó Anto, que guardó el teléfono en el bolso otra vez.

Diana asintió, pues tenía confianza plena en su novio y afirmó:

—¡Absolutamente! Voy para adelante con todo. Esto del perfil de Badoo debe tener alguna explicación…

Anto había visto de todo en los más de treinta años que llevaba peinando a novias y si algo había aprendido era que, si una novia tenía confianza ciega en su pareja, ella se subía también en el mismo barco, por lo que replicó:

—Debe ser un perfil que creó hace tiempo.

Si bien Diana tenía un dato importante que aportar al asunto y comentó como dejándolo caer:

—La camisa con la que sale en la foto se la regalé por su cumpleaños.

—¿Y cuándo fue? —preguntó Anto, temiéndose lo peor, puesto que por sus muchos años de experiencia sabía que la mayoría de las novias elegían mejor el vestido que al marido.

—Hace un par de meses.

—¿En serio? —farfulló Anto, que, a pesar de que había visto de todo a lo largo de tantos años de profesión, se quedó rígida con el cepillo en ristre.

Y a Diana le entró un agobio tremendo que provocó que hablara a balbuceo limpio:

—Sí, pero yo qué sé. No sé. A ver… Uf…

Acto seguido, Diana miró a Anto como suplicándole que le echara un cable y Anto replicó:

—A lo mejor está en Badoo por trabajo. ¿A qué se dedica?

—Es director comercial en una empresa de fertilizantes y abonos.

—¡Ya lo tienes! —aseveró Anto, apuntándola con el cepillo.

—¿Qué tengo? —repuso Diana, más agobiada todavía.

—Busca gente con jardín —respondió Anto, que en su afán de remar a favor de obra no se le ocurrió nada mejor.

Y no funcionó porque Diana se tomó lo del jardín de la peor manera posible:

—¡Mi novio no puede estar regando jardines en Badoo! —exclamó Diana negando con la cabeza—. No sé qué hace ahí con la camisa que le regalé, pero confío en él.

A Anto le conmovió la fe que esa chica tenía en su novio y tuvo otra ocurrencia para que se tranquilizara:

—Lo mismo le ha cogido alguien la foto para hacer la gracia. ¡Igual es la típica broma que se hace en la despedida de soltero!

—¿Es una típica broma hacer eso o un delito? —preguntó Diana, desconcertada.

—Lo importante es que confías en él —le recordó Anto.

—Llevamos juntos tres años y cuando nos conocimos me dijo que tenía un perfil en Badoo en el que entraba poquísimo, solo cuando estaba aburrido y salía siempre escopetado. Cuando empezamos a salir, lo dio de baja.

—Pues otra vez lo activó y…

Anto se calló porque no tenía ni idea de qué decir y Diana tomó la palabra de nuevo:

—Ya lo hablaré con él y seguro que me da una explicación convincente. Lo que no voy a hacer es amargarme el día más bonito

de mi vida por esto. Así que sigue peinándome, por favor.

Anto bebió un poco de agua, pues tenía la garganta seca, volvió a cepillar la melena y comentó:

—¡Qué suerte tiene tu novio de tener una persona que cree ciegamente en él!

—Tenemos una relación muy bonita, somos muy cómplices, nos entendemos a la perfección, nos respetamos y nos admiramos. Es la relación con la que siempre he soñado y voy a tener la boda que siempre he querido.

—¿Siempre soñaste con casarte en una cala de Ibiza?

Diana clavó la vista en el mar enorme, de un azul turquesa intenso y hermoso, respiró profundo, soltó el aire despacio, se sintió bastante mejor, se volvió a repetir a sí misma que lo de Badoo no tenía ninguna importancia porque su amor era más fuerte que todo eso y le contó a Anto:

—Elegimos Ibiza porque aquí fue donde le pedí matrimonio y nos gustó la idea de una boda en la playa.

—¿Se lo pediste tú?

—En mis bodas anteriores igual. Siempre soy la que se declara. Estamos en otros tiempos.

—Ya —musitó Anto, peina que te peina.

—¿Para qué esperar a que él clave la rodilla? —inquirió Diana, atusándose una ceja—. ¡Me adelanto yo! ¡Me encantan las bodas! Desde que recuerdo tengo dos grandes pasiones en mi vida: los trenes y las bodas. Y tengo la suerte de ser maquinista de mercancías y de estar a punto de casarme con el hombre al que amo.

Anto prefirió no seguir hablando, de momento, de ese tío que solo deseaba que fuera consciente de la maravilla de novia que tenía, y replicó:

—Lo de ser maquinista tiene que ser muy difícil, ¿llevas un tren muy largo?

—Larguísimo —respondió Diana, con orgullo porque amaba su profesión tanto como a su novio—. Y me fascina.

—¡Menuda responsabilidad!

—Es un trabajo muy exigente, en el que hay que estar a tope tanto física como mentalmente. Debo estar con mil ojos, pendiente de un montón de cosas y adaptándome al entorno. Los horarios a veces son complicados y me obligan a hacer sacrificios y renuncias. Lo que más me duele es no estar con los míos tanto como quisiera, lo que pasa es que me compensa todo cuando me subo al tren. Es mi pasión y tengo un nivel de compromiso muy fuerte. ¡Vamos, que me encanta!

—¿Y estás sola en la cabina? —preguntó Anto, alucinando con la profesión que tenía su clienta.

—Sí. Me lo paso genial sola. Trabajo mucho de noche. Es duro, pero también disfruto acompañada por las estrellas y cantando a grito pelado. No lo cambiaría por nada del mundo. Es el sueño de mi vida.

—Te entiendo porque mi madre me ha contado que desde que tenía un año, yo ya estaba con un peine en la mano.

—¡Mi vocación fue igual de precoz! —afirmó Diana—. Mi familia me ha contado que desde que era muy pequeña mi entretenimiento favorito veraniego era plantarme en la estación de tren del pueblo de mis abuelos para ver pasar los trenes. Y, luego, les pedía que me llevaran a la iglesia a ver novias…

—Ja, ja, ja.

—¡Me vuelven loca las bodas! ¡El amor es lo más grande de la vida! Y me parece que no hay nada mejor que ver a dos personas ilusionadas y felices cómo se comprometen para el resto de sus días, rodeados de los que los quieren y vestidos de punta en blanco.

—¿Y no te hacía ilusión casarte en el pueblo de tus abuelos?

—Mi sueño es casarme en la iglesia del pueblo, pero de momento vamos a empezar con la boda civil.

—Las bodas son muy bonitas. Me gusta mucho trabajar con novias. Al setenta por ciento les sale mal, pero el noventa por ciento se vuelven a casar de nuevo.

—¿Al setenta por ciento les sale mal? —inquirió Diana, puesto que la cifra le pareció descabellada.

Anto asintió y le explicó las razones por las que creía que tantísimas parejas fracasaban:

—En las estadísticas que manejo de mis clientas es el setenta. Comprometerse para toda la vida cuando las vidas son tan largas es muy complicado y más cuando la mayoría de la gente elige fatal a su pareja. Y luego pasa lo que pasa, hay muchas tentaciones, hay quienes evolucionan de forma distinta, quienes se casan con personas que no conocen a fondo y luego intentan cambiarlas, hay quienes se niegan a ver las *red flags*, hay relaciones que se desgastan por las críticas, los desprecios, las sobrecargas, las actitudes defensivas, la indiferencia, las mentiras, los cuernos, el dejarse llevar por la corriente, las traiciones, el ceder siempre para que no se líe parda, el no escuchar, el que te acabe importando un pito lo que le pase al otro, el sentirse solo a pesar de estar acompañado, la mala comunicación, el no saber resolver los conflictos…

—¡Caray, Anto! —masculló Diana, convencida de que a ella no le iba a pasar nada de eso porque había elegido de maravilla.

—Por mi experiencia, es lo que suele fallar.

—Hay que currárselo mucho para que salga bien. Y nosotros lo vamos a hacer y vamos a formar parte del treinta por ciento que es feliz. ¡Ya lo verás! Nos encontraremos dentro de unos años por aquí, por Ibiza, y te diré: «Anto, ¿te acuerdas de lo que te dije el día de mi boda? Pues así ha sido… ¡Somos parte de ese treinta por ciento al que le sale bien!».

—¡Ojalá! —musitó Anto, deseándole lo mejor.

—Y tú serás muy feliz con el veterinario.

—No tengo ni idea de lo que pasará con él —repuso Anto, encogiéndose de hombros.

—Oye, es guapo… ¡Muy guapo! —precisó Diana, a la que le había impresionado el veterinario tras ver su foto de la *app* de citas.

—Tiene cincuenta y dos como yo. En eso es perfecto. He tenido mis rollos con chicos más jóvenes y ya no me interesan, porque siempre me acaban costando dinero.

—Haces muy bien en velar por tu bolsillo —apuntó Diana.

—¿Tú sabes el dineral que me gasto en Coco? —inquirió Anto, que seguía cepillando la melena—. No puedo permitirme ir pagando cenas a jóvenes tiesos y folladores.

—Coco es lo primero. ¡Di que sí! Para canino, tu perro. ¿Y ya has quedado con el veterinario?

—No, aún no. El otro día nos dimos el WhatsApp y…

Anto se calló porque, de pronto, escuchó la notificación de un wasap:

—¡Te está escribiendo! —canturreó Diana, entusiasmada.

—No. Tengo silenciado el teléfono.

—Yo también —dijo Diana, mientras seguían cayendo notificaciones.

—Hay otro teléfono en la habitación —habló Anto, que dejó de peinarla y se puso a mirar alrededor a ver si encontraba el teléfono.

—¡Anda! —farfulló Diana, que se acordó de algo—. Va a ser el teléfono móvil de Mario. Hemos estado comiendo juntos y ha salido pitando porque tenía que encontrarse con un familiar, se ha dejado la chaqueta y me la he subido.

¡El teléfono tiene que estar en un bolsillo!

—No paran de entrar mensajes —comentó Anto, pues aquello era un no parar de notificaciones.

—Voy a cogerlo por si es algo importante.

—Vale.

Diana se levantó, sacó el teléfono de la chaqueta y le contó a Anto:

—Tengo el código de desbloqueo de su iPhone. Y él el del mío. Así de grande es nuestra confianza. Aunque esta es la primera vez que me meto en su teléfono. A ver… —habló echando un ojo a la pantalla—. Son mensajes de Silvana. Es su compañera de trabajo. Dice que sigue en Madrid, que su vuelo lleva bastante retraso y que le espere en el aeropuerto.

—De acuerdo —comentó Anto, sin darle ninguna importancia.

Sin embargo, a Diana sí que le mosqueó algo y farfulló con una mueca de contrariedad en los labios:

—No sabía que habíamos invitado a Silvana a la boda.

—Pues…

Diana la interrumpió abruptamente, abrió los ojos muchísimo y le informó de que:

—Silvana le acaba de escribir que gracias por ser tan valiente y elegirla.

Anto se echó la melena a un lado y supuso porque aquello le seguía pareciendo normal:

—Será que son muchos en el trabajo y ha sido para él difícil elegir quién va y quién no va a la boda.

Sin embargo, a Diana se le demudó el semblante, se puso blanca, se llevó la mano al vientre de la ansiedad y murmuró:

—Dice que lo ama…

Capítulo 2

Anto batió las pestañas a toda velocidad y, convencida de que no había escuchado bien, farfulló:

—¿Cómo?

—¡Me cago viva! —respondió Diana a la que se le aceleró también el pulso y la respiración.

—¡Tranquila, por favor!

—¡Aquí pone que lo ama! —insistió Diana, mirando horrorizada la pantalla del teléfono.

Anto se puso a su lado, leyó el mensaje y musitó rezando para que aquello tuviera una explicación:

—Eso no puede ser.

Diana se quedó unos instantes en silencio y después creyó encontrar una razón que explicaba lo que acababa de leer:

—Debe ser un error del texto predictivo. A lo mejor quería decir que le manda lo que sea y ha escrito que le ama. A ver… Está

escribiendo… ¡Madre mía! Estoy hiperventilando… —masculló Diana, temblando y abanicándose con la mano.

—Tranquila. Y respira soltando el aire despacio —le aconsejó Anto, mostrándole cómo tenía que hacerlo.

Diana se puso a respirar como si estuviera en pleno trabajo de parto y leyó el siguiente mensaje:

—Le dice que no se va a arrepentir de irse con ella al valle de Barossa. ¿Dónde está eso? —le preguntó a Anto, porque en la vida había escuchado hablar de ese lugar—. ¿En los Pirineos? ¿Será un sitio donde van a vender fertilizantes?

—Ni idea. Espera, que lo averiguo —respondió la peluquera que se fue a por su teléfono.

Luego, Anto se puso a buscar en Internet y justo cuando encontró dónde estaba el valle, Diana gritó desesperada y sin poder parar de llorar:

—¡La madre que le parió! ¡Noooooooooooooooooooooooooooooooo! ¡No puede ser! ¡Noooooooooooooooooooooooooooooo! ¡Estoy *catacróquer*!

—¿Qué pasa? —inquirió Anto, que corrió junto a ella y la abrazó.

Diana le puso el teléfono delante de la cara y habló entre hipidos:

—Dice que espera llegar a Ibiza antes de las siete, para estar junto a él cuando me llame para decirme que cancela la boda.

—¿Cómo? —replicó Anto, que agarró a Diana de la muñeca, pues de los nervios que tenía no dejaba quieto el teléfono y era imposible leer lo que ponía.

Diana le pasó directamente el teléfono, se abrió la bata con fuerza y gritó tan alto que se escuchó en Formentera:

—¡Hijo de putaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Me mueroooooooooooooo!

—¡Tranquila! —exclamó Anto, que la volvió a abrazar.

Diana, con dos lagrimones enormes cayéndole por el rostro, le suplicó a Anto desesperada:

—¡Dime que no está pasando, Anto!

Llegados a ese punto, a Anto no le quedó más remedio que bajarse del barco del amor y abrirle más los ojos a Diana:

—El valle de Barossa está en el sur de Australia.

—¡No me jodas! —chilló Diana, mirando a Anto horripilada.

Entonces, la peluquera se percató de algo porque aún tenía el teléfono de Mario en la mano:

—¡Sigue escribiendo!

—Lee tú, por favor, ¡te lo suplico, que yo no puedo más y me estoy empezando a marear!

Anto la llevó con cuidado hasta la cama, la empujó suave para que se sentara y le pidió:

—Respira despacio, por favor. ¡Y túmbate, levanta las piernas y apoya los pies en el cabecero!

Diana se tumbó en la cama, con la bata abierta y todo al aire, clavó la vista en el techo mientras intentaba controlar la respiración y balbuceó:

—Estoy soñando, Anto. ¡Dime que es una pesadilla!

—Es una pesadilla, pero de todo se sale. ¡Incluso de esto! —dijo Anto, tras morderse los labios de la rabia y del asco que estaba sintiendo.

Diana, con una cara de pánico infinita, se llevó las manos a la cabeza y preguntó:

—¿Qué ha puesto?

—Respira.

—¿Es muy fuerte? —insistió Diana, con el corazón que se le iba a salir por la boca.

—Tengo *lexatines* en el bolso —respondió Anto, con todo el dolor de su corazón.

—¡Dímelo, por favor! ¡Sin anestesia! —exclamó Diana, que ya no podía más.

—Esto es muy duro —masculló Anto, que no sabía cómo decírselo.

—Pero ¿por queeeeeeeeeeeeeeeé me hace esto? —gritó Diana, que saltó de la cama, se quitó la bata de la desesperación que tenía encima y, ya en bolas, se plantó junto a Anto para leer el mensaje.

—Lee —le pidió Anto, pasándole el teléfono.

Diana negó con la cabeza, batió las manos y le suplicó a Anto:

—Lee tú, por favor, que con la ansiedad que tengo no doy pie con bola.

Anto soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y replicó:

—Pues aquí dice que al principio lo pasarás mal porque Mario te deje plantada a un par de horas de la boda y se lleve el dinero de la cuenta común, pero con el tiempo entenderás que era lo mejor para todos.

—¿Queeeeeeeeeeeeeé? —gritó Diana que cayó de rodillas al suelo —. ¿Me ha desplumado? ¿El muy cabrón también me ha desplumado? —inquirió tras apoyar las manos y la frente en el suelo y romper a llorar desconsolada.

Anto se agachó, la abrazó y respondió convencida de que ese tío habría sido muy capaz de hacerlo:

—¡Tienes que mirar la cuenta!

—Él tiene desactivada la banca *online* porque no se fía. ¡Necesito mi teléfono que está encima de la mesilla de noche!

Anto se levantó a por el teléfono, lo cogió y volvió junto a Diana que seguía llorando en el suelo.

—¡Aquí lo tienes!

Diana se incorporó un poco y colocó el teléfono delante de la cara para desbloquearlo, sin embargo, no funcionó…

—¡No me reconoce la cara!

—Tienes los pelos por delante —comentó Anto, que le recogió la melena y la llevó hacia atrás.

Diana se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano, se puso el teléfono delante y por fin funcionó el desbloqueo facial.

Acto seguido, entró en la *app* del banco y se quedó muerta con lo que vio:

—¡Está peladaaaaaaaaaaaaaaa! —exclamó mirando espantada a Anto—. ¡La ha dejado a 0!

—¡Lo siento mucho! —musitó Anto, lamentando que esa pobre chica estuviera llevándose ese sofocón.

—¿Qué clase de sinvergüenza es este? ¡Me pone los cuernos y me manga! ¿Dónde se ha visto semejante golfo?

—He visto tantas cosas… —murmuró Anto, que pensó que no era plan de ponerse a contar.

Pero sí, ella había conocido a golfos como Mario y mucho peores todavía…

Y, mientras Anto estaba con esos pensamientos, Diana, a punto de estallar de rabia, dolor y frustración, decidió que tenía que hacer algo y le pidió a Anto:

—Pásame el teléfono del canalla este…

—Respira —le ordenó Anto, pasándole el teléfono de Mario que ella tenía en la mano.

—Estoy respirando —aseguró Diana, tras dejar su teléfono sobre la cama y agarrar el de Mario—. ¡Y también tengo que hablar con esa desgraciadaaaaaaaaaaaaaaaa!

Anto se apretó el puente de la nariz y decidió aconsejarle prudencia, aun a sabiendas de que no iba a valer para nada:

—No sé si será lo más conveniente —comentó Anto.

—Tengo que hacerlo —afirmó Diana, tras desbloquear de nuevo el teléfono de su novio.

—El karma está actuando contra ella, porque seguro que Mario también le ha puesto cuernos a fuego con las de Badoo.

Diana se puso a cotillear el chat que tenía Mario con Silvana y se quedó más horrorizada todavía:

—Estoy dando mensajes hacia atrás y esto está petado de *fototetas* y *fotochichis* de esta tía. ¡Qué ascooooooooooooooooooooooooooo! —exclamó Diana con unas ganas de vomitar tremendas.

—Y me temo que en ese teléfono tiene que haber muchas más fotos de chichis y de tetas —supuso Anto, para prevenirle sobre lo que se iba a encontrar.

Diana siguió trasteando en el teléfono y, efectivamente, aquello era una ristra interminable de chats con mujeres…

—En el WhatsApp tiene conversaciones con un montón de tías que no sé quiénes son —le contó a Anto—. Pero con la que se pira a Australia es con esta y yo le voy a mandar una foto de mi coño moreno…

—¿Qué? —replicó Anto, porque aquello sí que no lo había visto en los años que llevaba de profesión.

Y pensó que no iba a ser capaz.

Pero sí.

Diana se sentó en el borde de la cama, abrió las piernas, se hizo una foto de sus partes y la envió:

—¡Ya está! ¡Un chichi más para la colección!

Anto pensó que, una vez más, cuando creía que sus clientas no podían sorprenderla, lo hacían y farfulló:

—Si te has quedado a gusto…

Diana asintió, se cruzó de piernas y, con la vista clavada en el teléfono para ver qué respondía Silvana, habló:

—¡Mucho! Además, era el cromo que le faltaba a Mario. Jamás le había enviado una *fotochichi*. ¡Y ya la tiene!

—Ya verás la respuesta —masculló Anto.

—Enseguida voy a saber cuál es, porque está escribiendo —informó Diana al tiempo que le mostraba la pantalla para que lo viera.

Y solo tuvieron que esperar unos pocos segundos para que llegara la respuesta:

—¡No le hagas ni caso! —exclamó Anto en cuanto leyó el mensaje en el que Silvana le preguntaba a Mario de quién era ese chirri tan feo.

—¿Cómo osa esta petarda a decirme que tengo el chirri feo? ¿Perdona? —preguntó Diana, ofuscadísima.

—¡Pasa de ella, de verdad!

—¡Es una envidiosa! —apuntó Diana, indignada—. He tenido que pasar el mal trago de tener que ver el suyo y ya quisiera tenerlo tan monísimo y tan sonrosado como yo. Por favor, ¡cómo puede decirme que tengo el chichi feo una tía a la que le cuelgan del suyo unas lonchas de mortadela caducada!

Anto reprimió la carcajada mordiéndose los labios y después consideró que había llegado el momento de poner algo de sensatez y de cordura y le aconsejó a Diana:

—Lo mejor es que dejemos estas comparaciones sin sentido y nos centremos en que…

—¡Lo mejor es que se entere de que la que tiene el coño horrible es ella! —la interrumpió Diana, a la que se la llevaban los demonios —. Y se lo voy a escribir —aseguró Diana mientras no paraba de teclear.

—¿Le vas a poner lo de las lonchas de mortadela reseca?

—¡Ya se lo he puesto! —exclamó Diana, que se quedó bien a gusto.

—Buenooooooooo…

—Ya está escribiendo. A ver… Me pregunta que quién soy…

—¿Le vas a decir quién eres? —preguntó Anto, ojiplática.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Diana al tiempo que escribía en el teléfono a toda velocidad—. ¡Voy a contestarle: «soy la novia de tu amante, so cerdaaaaaaaaaaa».

—Mira… —le pidió Anto, para que aquello no escalara más.

Sin embargo, Diana la interrumpió para decir, orgullosa de lo que acababa de hacer:

—¡Hala! ¡Ya está enviado!

—¡Madre mía! —masculló Anto, pasándose la mano por la cara.

—¡Y ahora voy a buscar un *gif* de un bocadillo de mortadela y se lo voy a mandar! —anunció Diana para ilustrar su mensaje anterior.

—Creo que…

—¡Aquí está el *gif*! —exclamó Diana, con una sonrisita triunfante—. Se lo voy a enviar… ¡Anda! —gritó Diana, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—¡No me deja! ¡Me ha bloqueado! ¡Será…!

Diana no pudo adjetivar a la amante de su novio porque de pronto tocaron a la puerta de la habitación.

—¡Están llamando! —habló Anto, convencida de que aquello no podía liarse más.

Pero una vez más estaba equivocada porque, de pronto, escuchó a un hombre gritar:

—¡Ábreme, Diana!

—¡Marioooooooooooooooooooo! —chilló Diana, temblando entera —. ¡Es él! ¡Dioooooooooooooooooooos! ¡Es un milagroooooooooooooo! ¡Ha vuelto porque se ha arrepentido…!

Capítulo 3

Anto decidió quitarse de en medio, puesto que no pintaba nada ahí y le dijo a Diana:

—Me voy a salir un rato a la terraza.

—¡Vale! ¡Voy a abrir! ¡Ya te cuento! ¡O mejor, pon la oreja por si se me escapa algo! —le pidió Diana con la ilusión de nuevo recobrada.

—De acuerdo. ¿Y le vas a abrir en bolas? —preguntó Anto, por si acaso se había olvidado de que estaba desnuda.

—Lo que da mala suerte es que el novio te vea antes de la boda con el vestido de novia puesto, pero si te ve en bolas no pasa nada, ¿verdad, Anto? —inquirió Diana a la vez que arrojaba el teléfono de Mario sobre la cama.

—Supongo que no —dijo Anto, encogiéndose de hombros.

—¡Deséame suerte, por favor! —le suplicó Diana, que juntó las manos.

—¡Suerte, guapa! —le deseó Anto, colocando los pulgares hacia arriba.

Luego, se fue a la terraza y Diana abrió la puerta, tras aplacarse con las manos la melena, morderse los labios y pellizcarse las mejillas:

—¡Hola, amooooooooooooooor! —exclamó Diana, que después se lanzó al cuello de su novio y le plantó un beso en la boca con el corazón rebosante de amor.

Porque solo tuvo que tenerlo enfrente para darse cuenta de que le amaba y que le daba igual todo lo demás.

Ni las tías de Badoo ni la chichi de mortadela iban a ser capaces de separarlos.

Su amor era más fuerte que todo eso, pensó. Y la boda iba a celebrarse sí o sí con el amor de su vida.

Luego, ya hablarían de lo sucedido…

Sin duda, a él le iba a tocar dar muchas explicaciones y seguramente acabarían en la consulta de un terapeuta de pareja.

Pero ella iba a casarse, volvió a repetirse.

Y, mientras Diana estaba con ese runrún, Mario, rígido como un palo, le retiró la cara tras el beso y le preguntó cabreadísimo:

—¿Qué haces en bolas?

Mario era un hombre de treinta y cinco años, que no podía decirse que fuera guapo, pero que tampoco llegaba a ser feo, de uno ochenta, rubio, de pelo ensortijado peinado hacia atrás con cera fijadora, con gafas de pasta negra, ojos de topo de color verde, nariz pequeña, boca estilo buzón y aspecto impecable y pulcro, con una camisa blanca sin una arruga, un pantalón de pinzas de color ocre y unos náuticos marrones.

Su historia se había cocinado a fuego lento, después de conocerse en una cena de amigos comunes.

Y, poco a poco, Diana se fue percatando de que Mario era la persona confiable, serena, segura, íntegra y sincera con la que llevaba toda la vida soñando.

O eso era lo que pensaba, hasta ese momento en que había descubierto cosas de él que no le gustaban un pelo, pero que seguro que podían hablarse y sobre todo perdonarse.

Ella no era rencorosa, pensó. Y estaba convencida de que iba a poder perdonar, tras elaborar mucho aquello.

Y, después de que se le pasaran estos pensamientos por la cabeza, Diana replicó quitándole importancia a su desnudez:

—¡No da mala suerte!

Mario apretó fuerte las mandíbulas, la miró indignado y molesto y le exigió:

—Entra que tengo que hablar contigo. ¡Y tápate!

Pasaron a la habitación y él cerró la puerta mientras Diana se ponía la bata que estaba tirada encima de la cama.

Luego, Diana volvió a plantarse frente a él, le rodeó el cuello con las manos y musitó con los ojos brillantes de la emoción de estar de nuevo juntos, pues se repitió a sí misma que le daba igual todo lo demás:

—¡Me importa una mierda todo! ¡Solo sé que tú y yo vamos a casarnos y a ser muy felices!

Mario le apartó las manos, se echó un par de pasos hacia atrás, la miró muy serio y ceñudo y masculló:

—No.

Diana sintió cómo la bilis le trepaba por la garganta, respiró hondo y luego le suplicó:

—Mario, por favor, no sé cuánto tiempo llevarás con Silvana…

—No tenías que haber cogido mi teléfono —le regañó Mario, furioso.

—¡No paraba de sonar! Pensaba que era algo importante. Y he visto sus mensajes. Me han dolido muchísimo, pero entiendo que somos humanos. Todos fallamos. Somos débiles. Y como he estado muy liada con miles de cosas, a lo mejor te he desatendido y puede ser que hayas conectado hace poco con esta chica.

—Llevo un año con ella —aclaró Mario, para pasmo de Diana.

—¿Queeeeeeeeeeeeé? —repuso ella, estrujando el cinturón de la bata.

Mario se ajustó las gafas y, con una frialdad que Diana no había conocido ni en un extraño que da una mala noticia, replicó:

—No me puedo casar contigo. He esperado hasta el último momento porque sé lo que te gusta una boda y he dejado que disfrutes de todo hasta el final, pero yo no puedo dar un sí. A ti no.

A Diana se le cayeron dos lagrimones por el rostro y preguntó temblando entera:

—¿Y a la chocho de lonchas de mortadela sí que le puedes dar un sí?

—¿Qué dices de mortadela?

Diana pensó que le importaba un bledo esa tía y le aclaró:

—Que ¿por qué no puedes darme un sí?

—No me hagas esto más difícil —murmuró Mario, borde como él solo.

—Necesito saber —le rogó Diana.

—No quiero estar contigo —afirmó Mario, sin mostrar la más mínima condescendencia—. No me gusta la vida que llevas. Trabajas mucho en turno de noche, tienes unos horarios complicados, estoy harto de que tengamos que cambiar los planes cada dos por tres por tu puto curro, de no verte el pelo los fines de semana…

—¡Soy maquinista de mercancías! Es el horario y los descansos que tengo. Pero me puedo pasar a otro servicio. A viajeros… —explicó Diana, convencida de que aquello tenía fácil arreglo.

Sin embargo, Mario tenía una opinión bien distinta y sacó la lista de agravios que había mantenido guardada hasta ese momento:

—No me gusta ir tropezándome con los zapatos que vas dejando tirados por todas partes.

—Voy a esforzarme en ser más ordenada.

—Son tantas cosas… —bufó Mario.

—¿Cómo qué? —inquirió Diana, desconcertada.

—Como esas cosas pequeñas que te joden la vida.

—No sé a qué te refieres.

—A tus bizcochos, por ejemplo —aseveró él muy serio.

Diana solo se pudo tomar a risa aquello y soltó una carcajada:

—¿Me estás hablando en serio?

Mario asintió, se metió una mano en el bolsillo y respondió enojadísimo:

—No me gusta que me hagas bizcochos, pasteles y demás mierdas y que eches a perder el trabajo que hago a diario cuidando la alimentación y matándome en el gimnasio.

—¡No te pongo una pistola en la cabeza para que te los comas! —le recordó Diana, molesta.

—¡Sí que lo haces, porque me los metes por los ojos! ¡Y lo detesto! En vez de apoyarme y de motivarme para ser mejor, lo que haces es tentarme porque en el fondo no soportas que tenga una disciplina de la que tú careces.

—¿Yo no tengo disciplina? —replicó Diana, ofendidísima—. ¡Pero si me quito horas de sueño para hacerte los bizcochos que te comes a dos carrillos!

—Los bizcochos son solo la punta del *iceberg* de todo lo que no soporto de ti.

Diana apretó los dientes, hizo esfuerzos sobrehumanos para no llorar y le exigió:

—¡No seas cabronazo, tío!

—No me gusta tu forma de ser —aseguró Mario, indolente.

—¿Desde cuándo? —preguntó Diana que no entendía cómo Mario podía estar tratándola de ese modo tan frío y tan insensible.

—Al principio me pareciste una chica persistente que lucha por lo que quiere, pero pronto se me cayó la venda y me di cuenta de que eres una plasta capaz de lo que sea por conseguir su jodido sueño. ¡Y no lo soporto! No me gusta que me hayas presionado para hacer algo que nunca he querido hacer, porque odio las puñeteras bodas.

—¿Y te has esperado a decírmelo el día mismo de la boda? —quiso saber Diana, que no reconocía al tío que tenía enfrente.

¿Dónde narices estaba?, pensó y no pudo evitar esta vez que un lagrimón le recorriera el rostro.

—No me has dado otra opción. ¡Y ahora no te pongas a llorar como una magdalena! —le ordenó al tiempo que le tendía un pañuelo del bolsillo.

Un pañuelo perfectamente planchado por ella, y con las iniciales bordadas por su madre, que aceptó y que, después de sonarse, lo llenó de mocos. Y, a continuación, replicó tras hacer el ademán de pasarle el pañuelo:

—¿Cómo quieres que esté?

—¡Quédate el pañuelo! —le pidió Mario, batiendo las manos.

—Pues eso —musitó Diana, tras guardarse el pañuelo en el bolsillo de la bata—, cómo quieres que esté si mi novio se ha transformado de repente en un coleccionista de *fotochichis*, tan cabronazo, asqueroso, frío, insensible, engreído y egoísta que me va a dejar plantada en el altar.

—La boda iba a ser civil —matizó Mario arqueando una ceja.

—¡Es una frase hecha! —farfulló Diana, con rabia—. Pero si llevabas un año pensando en dejarme, me lo podías haber dicho antes, so *putocerdocabronazotraidor* y le habría ahorrado a mis padres y a mis abuelos la pasta que se han gastado para que tengamos la boda perfecta.

—Tu boda perfecta. No la mía. Yo nunca he soñado con bodas —replicó él, muy digno.

Diana rompió a llorar de la pena y el coraje que le dio no haberse dado cuenta antes de cómo era el tío con el que pensaba casarse y después habló entre sollozos por si había olvidado algo:

—Te recuerdo que, por contrato, no tenemos derecho a reembolso de los gastos de la boda.

—¡No me jodas! ¿Te vas a poner a lloriquear por la pasta? Solo es dinero. ¡Cómo se va, viene!

—También se me ha ido el dinero de la cuenta común, ¡mangante desgraciadooooooooooo! —le gritó Diana, con la vena del cuello a punto de estallar.

Sin embargo, Mario, imperturbable, se atusó una ceja y repuso:

—El dinero lo necesito para empezar de nuevo. Ya te lo devolveré en unos meses y con intereses.

—Ah, mira, ¡qué detalle! No, si al final, voy a acabar haciendo un negocio —ironizó Diana, con un dolor inmenso.

—No soy ningún ladrón. Estoy aquí dando la cara —dijo Mario, sin dar muestras de sentir ni la más mínima culpa.

—¡La cara tan dura que tienes! —exclamó Diana, dándose unos golpecitos con la palma de la mano en la mejilla.

—No te he dicho nada hasta hoy, porque consideré que era lo mejor para hacerte el menor daño posible —aseguró Mario, que se quedó tan ancho con la explicación.

—¿Por qué no me dijiste que había cosas que estaban mal? Podíamos haber ido a terapia, currarnos más la relación y…

—No te dije nada —le interrumpió Mario—, porque sabía que lo nuestro estaba requetemuerto.

—¿Y has esperado a decírmelo unas horas antes de la boda? —preguntó Diana que estaba que se tiraba de los pelos.

—He mantenido tu sueño romántico vivo durante todo este tiempo, en el que he pensado más en ti que en mí.

—¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeé? ¿Cómo puedes tener la desvergüenza de decirme semejante cosa?

—¡La pura verdad! —respondió Mario—. He estado aguantando —comentó como si aquello hubiera sido una proeza extrema—, hasta que ha llegado la hora de pensar por fin en mí y en mi felicidad.

Diana le miró con desprecio y solo pudo decir una cosa:

—¡Qué pena haber descubierto tan tarde que eres malo con avaricia!

—No voy a escuchar ni un insulto más —replicó Mario, haciéndose el ofendido—. Dame mi teléfono, por favor —le exigió él, con un gesto de la mano.

Diana cogió el teléfono que estaba encima de la cama, corrió hasta la terraza, donde Anto seguía agazapada en una esquina, comprobó que no pasara nadie por debajo y lo arrojó al jardín con saña, en tanto que escuchaba a Mario gritar:

—¿Qué haces, locaaaaaaaaaaaaaaa del coño?

Luego, Diana entró en la habitación, le miró destrozada y masculló:

—El teléfono está en el jardín. ¡Y en tu WhatsApp te he dejado una foto de mi coño loco! ¡El coño que te faltaba!

—¡Estás pirada! ¡Y esto no hace más que confirmar que he tomado la decisión correcta! —exclamó él, imperturbable. Es que ni se le movía un pelo de la cabeza.

Y Diana al verle hablando con esa cachaza, tan autocontrolado y tan pagado de sí mismo, solo pudo agarrar un cojín y lanzárselo a ver si se despeinaba de una puñetera vez:

—¡Vete a la mierdaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, cerdooooooooooooooo, cabroooooooooooooooón!

Mario esquivó el cojín, agarró la puerta y salió por piernas, antes de que siguieran lloviéndole más cosas…

Capítulo 4

Media hora después, Diana, que estaba llorando desconsolada abrazada a la peluquera, recibió una llamada…

—Es mi padre —le comentó a Anto tras comprobar quién era—. ¡Pobrecillo! ¡Soy su única hija y le voy a dar el disgusto de su vida! ¡No puedo cogerlo!

Diana aún no le había contado a nadie que la boda se cancelaba y Anto le animó a aceptar la llamada porque no podía demorar más aquello:

—Tu padre tiene que saberlo y deja que sea él quien comunique la noticia al resto.

—¡Se va a morir de pena! ¡No puedo hacerle esto!

—Sé que es muy duro, pero los invitados tienen que saber que no va a celebrarse la boda.

—¿No voy a casarme? Es que te juro que aún no me lo creo —repuso Diana, enjugándose las lágrimas con la yema de los dedos.

—¿Hay algún santo al que te encomiendes habitualmente?

—¿Por? —inquirió Diana, desconcertada.

—¡Porque tienes que ir a ponerle velas para agradecerle que te haya sacado a ese tío de tu vida!

El teléfono móvil que Diana tenía en la mano seguía sonando, lo volvió a mirar y farfulló:

—Uf. Tengo que coger la llamada, ¡pobre papá!

—En cuanto le cuentes lo de Silvana y la colección de *fotochichis* te dirá lo mismo que yo. ¡Tienes que dar gracias por haberte librado de él!

—¡Qué horror! —exclamó Diana, angustiadísima.

Anto la agarró por los hombros, los apretó fuerte, le clavó la mirada y le aseguró:

—¡Venga, tú puedes!

Diana aceptó la llamada, lo puso en manos libres, carraspeó un poco, porque tenía la garganta en tensión y habló:

—¡*Papa*!

—Uy. ¡A ti te pasa algo! —exclamó Cosme, el padre, que de pronto se puso en alerta.

—¿Por qué lo dices? —replicó Diana al tiempo que pensaba que su padre no podía figurarse la que tenía encima.

—Porque siempre que te pasa algo me llamas *papa* sin tilde.

—Pues sí que pasa, sí —masculló Diana, llevándose la mano a la nuca.

—¡Cuenta! —le exigió el padre.

—Te voy a dar un disgusto. Y mira que lo siento…

—Es lo que tiene ser padre. Siempre lo digo, los únicos que son felices en mi oficina son la gente sin hijos.

—Ya me gustaría darte otra noticia —musitó Diana, apenada.

—¡Desembucha de una vez! —le ordenó Cosme, que ya no podía más.

Diana respiró hondo y soltó lamentando el dolor que iba a causarle a su padre:

—Pues que no me caso, *papa*.

—¿En serio? —replicó el padre, sin que hubiera ni una pizca de dolor en su tono de voz. Al contrario, incluso parecía que estaba contento.

—En serio, *papa*. Vamos a tener que cancelar la boda —insistió Diana, convencida de que su padre estaba reaccionando con la típica negación de cuando te dan una mala noticia.

Pero no. Porque Cosme estalló en carcajadas y después gritó exultante:

—¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyy, mi madre! ¡Me estás dando la alegría de mi vida!

Diana, convencida de que su padre no había escuchado bien, volvió a decir apenada:

—Que no me caso, *papa*.

—¿Tú sabes lo que he rezado a la Virgen de Magaceda para que esto pasara? —replicó el padre, que iba a explotar de felicidad.

—¿Qué me estás contando? —inquirió Diana, perpleja.

—Que no puedo ser más feliz porque la Virgen haya atendido mis plegarias.

—¿Estás contento porque no me caso? —repuso Diana, perpleja.

—¡Más que si me hubiera tocado la lotería!

—Pero *papa*… —farfulló Diana mirando sin dar crédito a Anto, que estaba que no se perdía ni una palabra de la conversación.

—¡Me alegro una barbaridad de que, aunque haya sido a pocas horas de la boda, por fin hayas abierto los ojos y te hayas dado cuenta de que ese tío es un gilipollas!

—El que me ha dado plantón ha sido él —le aclaró Diana, con la voz quebrada por la pena—. Hace un momento ha venido para decirme que se marcha con su amante a Australia y que se lleva la pasta de la cuenta común, que me devolverá con intereses.

No obstante, no había quien le quitara la alegría al padre…

—¡A enemigo que huye, puente de plata! ¡Así que nosotros a celebrar! —gritó el padre eufórico.

—¿A celebrar que tengo más cuernos que el padre de Bambi? ¡Porque además de una amante, le he pillado conversaciones con un montón de chicas que conoce a través de una *app* de citas!

—¡Con la cara que tiene de buenecito! ¡Pero a mí nunca me la dio! ¡Sabía que no era de fiar! —afirmó Cosme, a quien aquello no le sorprendió en absoluto.

—¿Y por qué nunca me dijiste nada? —quiso saber Diana, desconcertada.

—Porque te hubieras empecinado más todavía en seguir con él.

—¡Cómo me conoces!

—¡Tranquila, que la Virgen nos ha hecho el milagro! ¡Qué alegría más grande, por favor! ¡Y esta noche nos vamos a celebrar que nos hemos librado de un mamarracho que no te merece! —propuso el padre.

Sin embargo, Diana tenía un plan mucho mejor…

—Vayamos a un bareto de mala muerte y de peor bebida.

—¿Cómo que bareto de mala muerte? ¡La boda se cancela, pero la celebración no!

—¿Cómo voy a celebrar un banquete sin el novio? —inquirió Diana, que miró a Anto y levantó los pulgares, pues le pareció una idea estupenda.

—Porque eso es lo que hay que celebrar. ¡Que por fin no hay novio y que te has librado de ese soplagaitas! Jo, jo, jo, jo. ¡Tengo una alegría en el cuerpo que voy a pedirle al DJ que nos pinche hasta mañana por la tarde!

—¡No tengo el cuerpo para bailes, como comprenderás! ¡Menudo palo! Hasta hace un rato pensaba que Mario era el hombre de mi vida y que íbamos a ser felices para siempre —le recordó Diana, con los ojos vidriosos.

—¿Cómo vas a ser feliz para siempre con ese sieso?

—Es un chico serio.

—¡Es un aburrimiento de señor! —matizó el padre—. ¡Y tiene un ego que por eso no le basta con tener una novia! ¡Necesita tener una amante y cientos de señoras que le digan que es Míster Maravillas!

—Para mí era Míster Maravillas —aseguró Diana.

—¡Me alegro de que hoy hayas descubierto lo que todos sabíamos!

—¿Qué sabíais todos? —quiso saber Diana, arrugando el ceño.

—Es Míster Pufo. Le llamamos así.

—¿Le llamáis Míster Pufo en la familia?

Anto no pudo evitar soltar una carcajada y Cosme le preguntó a su hija:

—¿Quién ríe? ¿Otra que también piensa que es un pufo?

—Es Anto. La peluquera. No sé qué habría sido de mí si no llega a estar a mi lado en este momento.

—¡Muchas gracias, Anto, por cuidar de mi niña! —agradeció el padre—. ¡Y encantado de saludarte! Me escucha, ¿no?

—Sí, estás en manos libres —respondió Diana.

—¡Hola! Encantada. Soy Anto. Y no hay nada que agradecer. Su hija es un amor y aquí estoy sosteniéndole la mano. ¡Y que sepa que también pienso que el tío es un pufo!

—¡Por supuesto que sí! En mi casa le llamamos Míster Pufo, como decía antes, mote que también ha trascendido a otros círculos.

—¿Qué círculos? —preguntó Diana, alucinada.

—Las personas con las que me relaciono —contestó el padre—. Mis amigos, mis compañeros de trabajo, mis vecinos, mi podólogo, mi dentista, mi estomatólogo…

—¿Tu estomatólogo también?

—Míster Pufo es el culpable de que el colon no pare de darme por saco. En fin, que no veas lo contentos que se van a poner todos cuando les cuente que nos hemos librado de ese tío lechuguino, muermazo, egocéntrico, frío y calculador.

Y, para que su padre acabara de hacerse un retrato completo del tío con el que iba a casarse, Diana le informó de que:

—Lleva un año saliendo con una compañera de trabajo y me lo ha contado a pocas horas de la boda porque, según él, es lo que menos daño iba a hacerme. ¡Y así he podido disfrutar de los preparativos de la boda!

—¡Qué tiparraco! —farfulló el padre.

—¡Y cuando le he recordado que por contrato no nos reembolsan los gastos de la boda, me ha soltado que el dinero como viene, va!

—¡No te preocupes por el dinero porque tu familia está feliz por pagar lo que haga falta para celebrar que nos hemos quitado de encima a Míster Pufo! ¡Ya verás qué bien nos lo vamos a pasar!

—Pues no sé cómo —bufó Diana.

—Disfrutemos de una cena maravillosa y de un fiestón increíble.

—No estoy para fiestas, pero como ya está pagado… —replicó Diana, que decidió que al menos los suyos disfrutaran de la cena, las

copas y el DJ.

—Y la gente que viene de parte de Míster Pufo son cuatro gatos —recordó Cosme—. La mayoría de los invitados son de nuestro lado y a todos les cae fatal tu novio traidor. ¡Así que estarán encantados de celebrar con nosotros que nos hayamos quitado de encima a semejante muerto!

—Y yo que pensaba que te iba a dar el disgusto de tu vida —musitó Diana, de ver a su padre tan contento que solo le faltaba ponerse a tocar las palmas.

—Lamento muchísimo el berrinche que te habrás llevado y el dolor y la decepción tan grandes que tienes que sentir por lo que te ha hecho ese sinvergüenza, que mejor que no se vuelva a cruzar más en mi camino, porque le tengo unas ganas que ni imaginas… —confesó Cosme, que después añadió—: Pero esto que te ha pasado es lo mejor para ti. ¡Ese papanatas no es el hombre de tu vida!

—Voy a necesitar tiempo para digerir todo esto —aseguró Diana.

—Lo superarás.

—Eso espero —musitó Diana a la vez que Anto volvía a levantar los pulgares.

—¡Ya verás como sí! —afirmó el padre.

Diana, entonces, se acordó de que había un gasto que podían recuperar:

—Siento lo mucho que os he hecho gastar, pero el dinero del vestido no está perdido. Seguro que se vende rápido, porque es tan bonitooooooooooo. Es un sueño de vestido.

—¡Estrénalo esta noche!

—¡Opino como tu padre! —exclamó Anto.

—¿Cómo me voy a poner un vestido de novia sin tener un novio al lado? —replicó Diana, convencida de que aquello era un despropósito total.

—¿Y para qué quieres un novio como ese? Ponte el vestido, que es tu sueño, y celebra que tienes al lado una familia y amigos que te quieren de verdad y a los que les importas de verdad. Por ejemplo, acabo de ver a Leo en la recepción del hotel y estaba tan desolado como yo.

—¿Leo estaba desolado? —preguntó Diana, sorprendida.

—No levantaba cabeza. Siempre está igual en todas tus bodas.

—Porque siempre tiene líos con las novias de turno. No creo que esté desolado por mí. Igual acababa de discutir con Vera, con su última novia —supuso Diana.

—La novia me ha dicho que llega mañana. Así que no estaba de esa manera por ella. Estaba así por ti. Siempre le he visto sufrir como un condenado en tus bodas. Y hace un rato me ha confesado que tiene la intuición de que Míster Pufo te la va a liar más pronto que tarde. ¡Y ha acertado!

—¿Y él también le llama Míster Pufo? —inquirió Diana, flipando.

—Todos menos tú.

—¡Qué desastre! —murmuró Diana, tras pasarse la mano por la cara.

—El desastre habría sido que te casaras con él. ¡Así que prepárate que esta noche lo vamos a celebrar a lo grande!

—¿Podrías avisar a todo el mundo de lo que ha pasado y pedirles que vayan directamente al restaurante porque la boda en la playa se ha cancelado? —le pidió Diana a su padre, puesto que ella no tenía fuerzas para explicar una y otra vez lo que había ocurrido.

—¡Con mucho gusto! —exclamó el padre, encantado.

—Gracias. Estoy devastada —confesó Diana, llevándose la mano al pecho—. Aún ni me creo que me esté pasando esto. ¡Con lo ilusionada que estaba y lo segura de que esta vez era la definitiva! ¡Qué palo! ¡Y qué duro va a ser remontar esto!

Sin embargo, el padre le propuso algo para que pasara el trance de la forma más rápida posible:

—Te recuerdo que tienes un viaje de luna de miel pagado, de ocho días, a todo trapo, en un resort de lujo en Maldivas. Vete con Leo, que el pobre se merece unos días de tranquilidad después de lo mal que lo ha pasado pensando que ibas a desgraciarte la vida con el merluzo de Míster Pufo, y ya verás cómo remontas rápido.

—¡No tengo ganas de viajar! Vete tú con mamá. Ella está deseando conocer Maldivas. Vosotros lo vais a aprovechar mejor que yo, que no voy a hacer otra cosa más que llorar y llorar en mi habitación.

—¿Cómo vas a llorar teniendo a tu lado al hombre perfecto? —replicó el padre.

—¿De qué hombre hablas? —quiso saber Diana, que no tenía ni idea de a quién se refería.

—¡De Leo! Es un chico estupendo y lleva enamorado de ti desde que le conozco. ¿Cuántos años teníais?

—Tres —respondió Diana, pues a esa edad se conocieron en el colegio en el que también habían estudiado Mucha y Martina.

—Pues desde esa edad…

—¿Qué dices, papá? —preguntó Diana, puesto que quería mucho a Leo, pero tenía clarísimo que era el tío menos adecuado para ella.

—Ya me llamas papá. Eso es que estás mejor.

—¡Es que flipo con lo que acabas de decir! No le gusto a Leo y yo jamás estaría con un actor famoso que cambia de novia cada dos por tres.

—Cambia porque la que le gusta eres tú. ¡Ninguna le convence!

—Ja, ja, ja. Mira, ¡me has hecho reír! —replicó Diana, porque aquello no podía ser más descabellado.

—¡Le gustas! —insistió Cosme.

—Ni de coña. Aparte de que no pienso estar con nadie hasta que pase muuuuucho tiempo —afirmó Diana, mientras que Anto hacía gestos con las manos de que en poco tiempo iba a hacer el duelo.

—Ya veremos. Con lo que te gustan las bodas… —comentó el padre que tampoco creyó que fuera a durarle demasiado la soltería.

—Después de lo que me ha pasado, no sé si me van a seguir gustando —reconoció Diana al tiempo que pensaba que del trauma quizá hasta podía acabar cogiendo tirria a las bodas.

—¡Te ha pasado algo estupendísimo! —le recordó Cosme—. Y ya te voy a dejar, porque tengo que avisar a todo el mundo.

—Muchas gracias. Y en cuanto a la luna de miel, vete con mamá, por favor.

—¿De verdad que no quieres ir con Leo? —insistió el padre, convencido de que era la mejor opción para Diana.

—¡Te ha dado fuerte con Leo!

—Es que es el verdadero Míster Maravillas —aseguró el padre, rotundo.

—Si tú lo dices…

—¡Ese chico es ideal!

—El chico ideal tiene novia —le recordó Diana.

—Tú lo has dicho antes. ¡Le duran nada y menos! Debe estar a tres días de romper…

—¡Déjame de líos!

—Si no quieres ir con él, vete con una amiga. Con Mucha o con Martina, a las que por cierto me las he encontrado en el jardín y también estaban con la mosca detrás de la oreja.

—¿Por qué? —preguntó Diana, sorprendida.

—Me decían que se alegraban por ti, pero que no veían claro lo de la boda. Tampoco les cae muy bien Míster Pufo…

—Sé que nunca podrían haber sido amigos, porque son muy diferentes. Pero ellas jamás me han comentado que no vieran claro lo de mi boda.

—Porque te conocen. ¿Habría servido de algo que te dijeran cualquier cosa? —dijo el padre.

—De nada —bufó Diana, entre resoplidos.

—Pues eso.

—Y en cuanto al viaje de novios, te lo agradezco, pero no tengo ganas de nada. Id vosotros, que lo vais a disfrutar mucho más. Y yo me dedicaré a llorar mi pena y a afrontar la pérdida.

—¿Pérdida? ¡Lo que te ha pasado es todo ganancia! —exclamó el padre, sin ninguna duda.

—Tengo que elaborar bien mi duelo y superar la ruptura.

—¿Dónde? —inquirió el padre, preocupado—. Porque imagino que no querrás quedarte en la casa alquilada que compartías con Míster Pufo y que supongo que habrá dejado vacía. ¡Este se ha llevado hasta la cafetera! ¡Ya lo verás!

—¿Tú crees que se va a llevar la cafetera a Australia? —preguntó Diana, incrédula.

—Este tiene pinta de que lo ha metido todo en un camión de mudanza internacional y no te ha dejado ni los cojines.

Anto asintió pues estaba de acuerdo con el padre, Diana decidió no agobiarse más y replicó:

—Lo bueno es que el contrato de alquiler vence en tres meses. Ya encontraré otra cosa. Y no te preocupes que voy a estar bien. No sé dónde ahora mismo, pero estaré bien.

—Leo me ha dicho que va a estar unos días en su casa de Formentera hasta que se vaya a Chile a rodar su nueva película —sugirió el padre, como el que no quiere la cosa.

—¡Y dale con Leo…! —farfulló Diana.

—¡Vete con él que te va a durar el duelo tres tardes! —exclamó Cosme, convencido.

Sin embargo, Diana suspiró, echó un vistazo hacia la cala donde tenía que haber dado el «sí, quiero» al que creía que era el hombre de su vida y musitó:

—Ojalá fuera tan fácil…

Capítulo 5

Diana estaba sentada en la mesa presidencial a la derecha de Leo, como si él fuera su recién estrenado marido…

—Ha sido muy mala idea venirme a la celebración —le dijo Diana a Leo, cuando estaba con la tercera copa de vino en la mano—. Estáis todos felices y yo estoy hecha una mierda.

—Entiende que…

—Era Míster Pufo y todos le odiabais —le interrumpió Diana, mientras terminaban con los segundos platos.

—Todos menos las señoras que se han sentado en la punta de la mesa presidencial —observó Leo, señalando a las señoras con un gesto de la cabeza.

—Son las tías de Mario de Logroño —le informó Diana—. Son muy monas. Me han pedido perdón por la cabronada que me ha hecho su sobrino. Cosa que él no ha hecho…

—Me caía como el culo —reconoció Leo—. Lo que no sabía era que conocías su mote.

—Lo he conocido hoy, gracias a mi padre.

—¡Tu padre está eufórico! ¡Mírale! —exclamó Leo, observando a Cosme que estaba sentado tres asientos más allá de Diana.

—Dice que lo caló desde el principio.

—Y yo —aseguró Leo.

—¿Cómo podíais saber que un tío tan serio, tan centrado, tan equilibrado, tan pulcro y tan tranquilo, con sus buenas gafas de pasta, su pelo repeinado y su aspecto de no haber roto un plato era en realidad un golfo?

—Tiene algo en la mirada… —contestó Leo a la vez que apuraba su plato.

—La miopía.

—Su mirada no es limpia. Tiene algo ahí que me hizo desconfiar desde el primer día en que lo conocí.

—Y no me dijiste nada porque soy una terca… —supuso Diana, mientras probaba el *bouquet* de mero con pulpitos que habían incluido en el menú porque era el plato favorito de Mario.

—Exacto.

—No me creo que me esté pasando esto.

¡Y eso que he tenido que explicar tropecientas veces por qué se ha cancelado la boda! Las pobres tías de Logroño, cuando les he contado lo de las *fotochichis* y que me ha desplumado la cuenta, se han quedado tan afectadas que les he tenido que pasar unos *lexatines* que me había dado Anto, la peluquera.

—¡Pobres! —lamentó Leo—. A mí me han pedido un autógrafo y una foto con mucho respeto y muy educadamente, y me han comentado que han visto todas mis series y películas.

Leo era un actor famoso y exitoso. No había parado de trabajar desde los veinte años y, a sus treinta, había hecho ya muchas películas y series tanto de acción como comedias románticas, dramas y *thrillers*.

Era guapo, alto, medía un metro noventa, tenía el pelo castaño y abundante, los ojos expresivos de color café, los pómulos altos y marcados, la nariz recta, la mandíbula ancha, la sonrisa perfecta y el cuerpo más divino todavía.

No obstante, a pesar de su éxito, seguía siendo una persona sencilla, cercana, cordial y amable, como lo había sido con las tías de Mario.

—Son majísimas —habló Diana, en referencia a las tías—. Son las únicas que se han quedado. El resto de la gente que venía de la parte de Mario se han pirado. Sus padres estaban abochornados. No sabían ni qué decirme. Ha sido tremendo.

—¡Qué van a decir!

—Jamás pensé que me iba a tocar vivir esto. ¡Aunque todo el mundo esté encantado con que la boda se haya suspendido! —exclamó Diana, a la que no habían dejado de felicitarla por la cancelación.

—Es normal que estén encantados, en cuanto se enteran de que se ha pirado a Australia con la amante, que te ha mangado la pasta y que coleccionaba *fototetas*.

Diana resopló, dio un sorbo a la copa de vino, dejó vagar la mirada por las mesas de los invitados y reconoció:

—Pensaba que estaba con el chico correcto y que habíamos construido algo muy bonito.

—Uf —bufó Leo, que lamentaba que estuviera pasando por ese momento tan horrible.

—Que de repente todo ese mundo que teníamos juntos se haya esfumado de un plumazo es muy duro de digerir.

—Entiendo.

—Es que no solo se ha roto mi corazón, es que se han desvanecido un montón de planes, de proyectos, de sueños…

Leo la miró y, como llevaba toda la vida secretamente enamorado de ella, se le escapó:

—Ya vendrán otros…

—No soy como tú, que cambias de novia cada dos meses.

Porque ese era el tiempo de media que a Leo solían durarle las novias.

—Salgo con gente y no cuaja. ¿Qué voy a hacer? —replicó Leo, encogiéndose de hombros.

—Tú no sé. Pero yo estar sola durante una temporada bien larga…

Leo nunca se había atrevido a confesarle a Diana que estaba enamorado de ella, por si le rechazaba y al final perdía también a la amiga, y porque Diana no cesaba de repetir que jamás estaría con un actor guapo y famoso. Y, encima, al que le duraban tres tardes las novias…

Pero es que le duraban tan poco porque en realidad de quien estaba enamorado era de ella.

Y esta era la tercera boda a la que asistía…

Menos mal que se había anulado en el último momento y que todavía había esperanza para él.

Aunque esa temporada tan larga a la que acababa de referirse Diana durara cincuenta años.

Si bien, de solo pensarlo, Leo no pudo evitar bufar:

—Uf.

—Necesito mucho tiempo para digerir esto, tío —replicó Diana, que dejó apartado el pescado, ya que no podía digerir ni la comida—. De pronto, todo lo que teníamos se ha ido a la mierda. Nuestro mundo ha estallado en mil pedazos, un mundo que estaba hecho de canciones que escuchábamos en la radio del coche, de películas que veíamos con mi cabeza apoyada en su pecho, de calles por las que hemos paseado, de palabras que solo nosotros nos decíamos… Todo eso ya no está, ni nunca más volverá y siento un vértigo y un vacío tremendo, porque ya no hay nada. Todos nuestros proyectos, nuestros planes, nuestros sueños se han esfumado y lo peor es que me ha dicho unas cosas que dudo que lo que tuvimos fuera tan bonito como yo pensaba.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Leo, tras dar un sorbo a la copa de agua.

—No le gusta como soy. No soportaba que trabajara tanto de noche, ni mi desorden, ni que le hiciera bizcochos, ni mi afición por las bodas…

A Leo se le iluminó la mirada más todavía, sonrió con una cara que se temió que fuera de idiota integral y musitó:

—Tú eres increíble.

—Soy normal y corriente.

—No —sentenció Leo—. Para mí eres increíble. Y cuando me despierto de madrugada y estás de servicio, me encanta imaginarte atravesando la noche en tu tren tan largo, mientras cantas a grito pelado *I feel pretty, and witty, and bright…*

—¿Cuándo te conté lo de la canción? —preguntó Diana, convencida de que ese pequeño detalle no lo conocía nadie.

—El día que celebramos tu divorcio de Jorge.

Jorge fue el segundo marido de Diana, al que dejó porque le gustaba demasiado la noche, la fiesta y desfasar.

—¿Bebí tanto que ni me acuerdo? —quiso saber Diana.

—Seguramente.

—¿Sabes que lo primero que me gustó de Mario era que no se parecía en nada a Jorge? Odiaba las discotecas, salir de noche, las fiestas, las drogas, el alcohol… ¡Y vaya con el tío casero y centrado que solo bebía agua con gas! ¡Jorge a su lado es un santo! —exclamó Diana, que no daba crédito—. Y hablaba de mí con un desprecio que me ha hecho pensar que a lo mejor jamás me ha querido —murmuró Diana, que no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas por el rostro, de tristeza y de rabia.

—Tranquila —le dijo Leo, con unas ganas de abrazarla que se moría.

—¿Cómo voy a estar tranquila si el supuesto hombre de mi vida me ha engañado, me ha traicionado y se ha llevado hasta la cafetera de mi casa?

—¡No me jodas! —exclamó Leo, alucinado.

—Eso supone mi padre y Anto. Y creo que tienen razón. Se lo ha llevado todo el muy cabrón, desde la cafetera hasta el sueño de que iba a casarme para toda la vida con el hombre correcto.

Leo pensó que ese hombre era él, si bien lo que replicó fue:

—No era él.

—Me he dado cuenta —ironizó Diana—. Y, llegados a este punto de mi vida, estoy empezando a sospechar que realmente ese hombre no existe.

Leo pensó que lo tenía delante, sin embargo, lo que repuso fue:

—¿Cómo no va a existir?

—A lo mejor no existe un hombre correcto para mí. Y esta es la última vez que me visto de blanco…

—Te sienta muy bien —habló Leo, porque Diana era la novia más guapa que había visto en su vida.

Y, de momento, le había tocado siempre ver cómo se casaba con otro.

Pero su suerte estaba empezando a cambiar…

—Me siento ridícula, vestida de novia y sin nadie al lado —musitó Diana, tras enjugarse las lágrimas.

—Estoy yo —dijo Leo, rotundo.

—Justo antes de sentarnos una camarera me ha comentado lo guapo que es mi recién estrenado marido —comentó Diana, esbozando una pequeña sonrisa.

A lo que Leo no pudo evitar que se le escapara lo que llevaba deseando ser desde que tenía tres años:

—Me encantaría serlo…

—¿Cómo?

—Nada, nada —farfulló Leo, batiendo las manos y muerto de la vergüenza.

—¿Has dicho que te encantaría ser mi marido? —insistió Diana.

—¡Lo que haga falta para que te sientas bien! —disimuló Leo, que tras decir esto bebió otro poco de agua.

—Ah. ¡Eres un grandísimo amigo, pero como marido serías el peor del mundo!

Leo estuvo a punto de espurrear el agua, pues se ponía enfermo cada vez que Diana le reprochaba ese tipo de cosas:

—¡Muchas gracias! Pero te recuerdo que solo colecciono arte moderno —repuso, poniéndose a la defensiva.

—Eso es cierto. Nunca te ha dado por los *fotopotorros*… —comentó Diana, después de beber un buen trago de vino.

—Y no será porque no me mandan… ¡Hasta por audio!

—¿Cómo? —replicó Diana, batiendo las pestañas muy deprisa. Pestañas que por cierto seguían en su sitio porque Anto era genial y, a pesar de todo lo que había llorado, su maquillaje seguía intacto.

—Me ponen audios en el DM de Instagram contando cómo lo tienen todo —explicó Leo.

—¡Qué asco! —exclamó Diana, haciendo el gesto de que vomitaba —. ¿Cómo pueden mandar a un tío que no conocen de nada un audio para contarle que tienen el clítoris como un aguacate y las tetas como limones salvajes?

—Todo lo que me llega se lo paso a mi abogado —le informó Leo al tiempo que terminaba el entrecot con salsa de trufa y verduras salteadas—. Ni me interesa conocer a mujeres así, ni quiero tampoco líos.

—Definitivamente, jamás podría tener un marido actor famoso y tan guapo que la gente se sale del cine porque no puede soportarlo.

Leo no sabía la de veces que había escuchado aquello de que jamás tendría un marido como él y cada vez que Diana hacía semejante afirmación le entraba un bajonazo tremendo.

Como esa noche en que replicó con un deje de tristeza en la voz y en la mirada:

—¡Anda, no exageres! No soy Brad Pitt.

Diana notó ese cambio en su estado de ánimo y replicó para que se viniera arriba:

—¡Me gustas más que Brad Pitt!

—Ah, ¿sí? —replicó él, arqueando una ceja.

—El único rubio que me ha gustado ha sido Mario. Pero lo que más me gustó de él fueron sus gafas de pasta negra. ¡Un tío con esas gafas no podía liármela parda!

—¿En serio que fue lo que te enamoró? —inquirió Leo, perplejo.

—Venga, dilo, ¡no hay nadie más lerda que yo en la sala!

—No pienso decirlo, porque siempre digo la verdad.

—Eso es cierto. Y en cuanto a ti, nunca podrás estar con nadie porque eres un alérgico al compromiso y un inmaduro emocional.

—¿Tienes alguna etiqueta más horrible por ahí? —preguntó Leo, con el gesto contrariado.

—¿Cuánto te ha durado tu relación más larga? —repuso Diana, entornando la mirada.

—No es porque tenga miedo al compromiso ni porque sea un Peter Pan —le aclaró Leo—, es que no eran la persona que tiene que ser.

—¿Ninguna lo es? ¿No te parece raro? —inquirió Diana, apuntándole con la copa.

Leo pensó que era solo una. Ella. Pero lo que respondió fue negando con la cabeza:

—No.

—Pues a mí sí. Y tendrías que mirártelo…

—Sé perfectamente lo que me pasa. Y es lo que te acabo de decir. Y a ti, ¿qué es lo que te ocurre para que ninguna de tus historias funcione? —replicó Leo con la esperanza de que algún día se diera cuenta de que él era esa persona.

—Lo mío no tiene nada que ver con lo tuyo. Quiero comprometerme y tener una relación estable y duradera, lo que pasa es que no elijo bien.

—Siempre es un error de *casting*.

—Pues sí —asintió Diana tras beber otro poco.

—Estoy acostumbrado a hacer muchos —dijo Leo en tono de broma, pero hablando absolutamente en serio.

—Tú nunca vas a entrar en un *casting* de los míos —insistió Diana, con una sonrisa que a él le derritió.

—La camarera se ha pensado que era tu marido, por algo será… —apuntó Leo, elevando las cejas.

—Porque estás sentado a mi lado con un impecable traje de lino blanco, si bien cuando le he aclarado la confusión, lo siguiente que ha supuesto es que estoy casándome conmigo misma.

—¡Eso mola! —aseguró Leo, tras terminar su plato—. Un compromiso contigo misma para toda la vida, para quererte, cuidarte, respetarte…

Diana pensó que aquello sonaba muy bonito, pero la razón por la que estaban ahí era otra:

—Sí, lo que ocurre es que he montado este tinglado para casarme con un tío con el que iba a formar una familia y ser feliz para siempre. Y resulta que el tío llevaba un año con la coño de mortadela…

—Lo siguiente que tomes va a ser agua. No sé qué dices de mortadela… —replicó Leo, convencido de que el vino se le había subido ya a la cabeza.

—Mario lleva un año saliendo con la compañera de trabajo de la que no paraba de hablarme a todas horas —le explicó Diana, tras

apurar la copa de vino—. Silvana esto, Silvana lo otro… ¡Pero jamás sospeché que estuviera con ella! Y esta tarde, cuando me he puesto a mirarle el teléfono, ha aparecido su chichi…

—Vale. Ya entiendo lo de la mortadela —le interrumpió Leo, risueño.

—Y yo le he mandado el mío —contó Diana, tras morderse los labios.

—Ja, ja, ja, ja.

—Y la muy zorra me ha preguntado que de quién era ese chirri tan feo. ¿Te lo puedes creer? ¡Ya quisiera ella tener el coño tan bonito como el mío y del color Terra Cotta de Pantone!

Leo tragó saliva y, de solo imaginarse aquello tan bonito, le entraron tales calores que agarró la copa de agua, se la bebió del tirón y rezó para que Diana no se diera cuenta de que acababa de empalmarse…

Capítulo 6

Y mientras Leo estaba con esa preocupación, Diana siguió contándole indignada y furiosa:

—¡Pinocho traidor, que hasta anoche me dijo que me quería! ¡Y el muy cabrón, aparte de zamparse el chichi de mortadela, tenía un perfil activo en una *app* de citas! ¡Cerdo asquerosooooooooo! Y va hoy y me suelta que me detesta, entre otras cosas, porque le hago bizcochos para echar a perder el trabajo que hace con la dieta y el ejercicio. ¡Según él, envidio su férrea disciplina!

—¡Me encantan tus bizcochos! —aseguró Leo, risueño.

—¡Y nunca te quejas! ¡Y además estás mucho más cachas que él!

—Entreno el triple que él para que sigas cebándome con tus bizcochos —bromeó Leo, para que Diana se sintiera un poco mejor.

—Me reiría, pero estoy fatal. Me siento una estúpida. ¿Cómo he estado tan ciega? ¡Todos estáis celebrando que me he librado de Míster Pufo y yo hasta esta misma tarde pensaba que estaba con el hombre perfecto para mí!

—Desde afuera se ve todo con mucha más claridad —observó Leo.

—He sido idiota. Desde hace un año cada vez venía más tarde a casa y cuando llegaba se encerraba en un cuarto a seguir trabajando. Tenía que haber sospechado algo…

—Confiabas en él —le interrumpió Leo—. Y él ha sido el que te ha fallado.

—¡Llevaba un año con ella! ¡Y me lo dice hoy! ¡Me deja plantada y encima se lo lleva todo! ¡Si es que soy imbécil! ¡Y mira mi padre…! —exclamó Diana mirando alucinada a su padre—. ¡Está tan contento que le faltan tres minutos para que se quite la corbata y se la ate en la frente! ¡Aquí se va a montar un fiestón que lo flipas! ¡Lo veo venir! Y no estoy preparada para hacer el trenecito con las tías de Logroño.

Leo pensó que Diana tenía razón y le propuso porque ahí se iba a liar a lo grande:

—¡Vámonos de aquí!

Diana se lo agradeció esbozando una pequeña sonrisa y musitó porque no podía seguir ni por un segundo más en el convite:

—Vale.

—¡Vamos a decírselo a las chicas para que se vengan!

Leo se acercó a Mucha y a Martina que estaban sentadas tres asientos más allá y les contó lo que ocurría.

Mucha cogió las dos botellas de champán que acababa de dejar el camarero sobre la mesa, agarró el bolso de mano y exclamó:

—¡Lista!

—¡Yo también! —masculló Martina tras colgarse el bolso del hombro.

Y, justo en ese instante, los camareros aparecieron con la tarta, con los dos muñecos arriba que Diana había encargado a imagen y semejanza de ellos.

Eran tan clavados que Diana sintió un asco tremendo al verlos y le pidió a Leo espantada:

—¡Secuestra a los muñecos!

Leo se fue a por los muñecos en tanto que Diana se despedía de sus padres y de sus abuelos que estaban también en la mesa presidencial:

—¡Me voy porque la tarta y el baile van a ser demasiado para mí! —les dijo Diana.

—¿Adónde vas, tesoro? —preguntó la abuela de Diana, preocupada.

—No puedo seguir aquí. Vosotros estáis de celebración, pero yo estoy destrozada.

—¡Perdónanos, cielo! —se disculpó la abuela, tras agarrarla de la mano.

—Entiendo que tengáis ganas de celebrar que me he quitado de encima a ese *cerdocabrónasquerosotraidorymangante*, pero yo me siento imbécil, engañada, estafada, traicionada…

—Ya, mi tesoro —le interrumpió la abuela con los ojos empañados.

—Me voy con mis amigos. Además, tengo que hacer algo urgente…

—¿El qué? —preguntó la abuela, más preocupada todavía.

—Tengo que enterrar a los muñecos.

—¿Qué muñecos? —repuso la abuela, perpleja.

—Los de la tarta. Leo ha ido a por ellos.

La abuela le tomó el rostro con ambas manos, la besó en las mejillas y le recordó:

—Esto es solo un mal sueño y lo mejor está siempre por venir.

—O a lo mejor no viene nada —replicó Diana—. A lo mejor me paso el resto de mis días viendo cómo se casan los demás. ¡Y tampoco pasaría nada!

—No, claro que no, cuquita —le dijo el abuelo a Diana.

Y, acto seguido, el padre de Diana intervino en la conversación para facilitar un dato importante:

—Los más felices de mi oficina son los solteros.

Diana no pudo replicar nada porque apareció Leo con los muñecos en la mano:

—¡Aquí están los muñecos!

Diana los miró horrorizada, de lo realistas que eran los muñecos de resina, sintió un asco tremendo al volver a ver al cabronazo de Mario y luego le suplicó a Leo:

—¡Vámonos!

Diana besó a todo el mundo, agarró la cartera de mano con la documentación, las tarjetas y el teléfono y, cuando estaba lista para

marcharse, empezaron a sonar los primeros acordes de la canción que había elegido para partir la tarta.

Los camareros preguntaron que dónde dejaban la tarta y quién iba a partirla y el padre de Diana se ofreció para hacerlo junto a su mujer.

Los camareros les pasaron el cuchillo, los padres lo agarraron juntos y cortaron la tarta, mientras Diana se rompía más todavía.

Porque lo más probable era que eso tan bonito que tenían sus padres, un amor estable y duradero, ella jamás lo fuera a tener.

Y encima de fondo estaba sonando *Perfect* de Ed Sheeran… Su canción.

La que había elegido para el que se suponía que era uno de los momentos más felices de su vida.

Destrozada, Diana se echó las manos a la cara, se puso a llorar desconsolada y, al momento, notó cómo una mano se posaba en su cintura.

Diana retiró las manos de la cara y comprobó que era Leo, que le propuso con una sonrisa espectacular:

—Bailemos.

—No se baila hasta el final de la boda —balbuceó Diana, con el rostro bañado en lágrimas.

—En esta ocasión sí —habló Leo, en tanto que la madre de Diana se levantó para enjugarle las lágrimas con un clínex.

—¡Gracias, mamá! —agradeció Diana.

Luego, la madre la besó, volvió a su sitio en la mesa y Diana le explicó a Leo que seguía frente a ella—. Esta era nuestra jodida canción. Aunque me ha mentido tanto que a lo mejor le horripilaba.

—A mí me encanta —le aseguró Leo.

—¿Y te hace mucha ilusión bailarla? —inquirió Diana, enarcando una ceja.

—Sí, pero si tú…

—Lo hago por ti —le interrumpió Diana, porque la canción era tan bonita que bien se merecía un bailecito con su mejor amigo—. Bailemos…

Leo le ofreció la mano, ella se la cogió, él con la otra la tomó por la cintura y empezaron a bailar con estilazo y maestría, entre otras

cosas pensó Diana, porque se habían apuntado juntos a la misma clase de baile de salón hacía un montón de años. Cuando Leo se enamoró de la profesora y le pidió que le acompañara.

El amor le duró muy poco, como siempre, pero aprendieron a bailar.

Y bailando, esa noche, Diana olvidó por un momento que su novio canalla le había dejado plantada y se sintió flotar aferrada a los brazos del chico que siempre estaba a su lado, en los mejores momentos y en los peores.

Sin duda, tener a alguien así en su vida era para celebrarlo y cantar, pues se cantaron la canción el uno al otro, bien pegados, sin dejar de mirarse a los ojos.

Y Leo, por su parte, sintió tal felicidad de estar bailando con la mujer de su vida el día de su no boda, que cuando le cantó esa estrofa de la canción que dice que *veo mi futuro en tus ojos*, se le pusieron los suyos tan vidriosos que Diana le pidió:

—No llores por mí. Estoy bien. A ver, que este miserable me ha hecho la putada del siglo, pero ahora mismo me siento bien. Debe ser porque con el baile se generan endorfinas y dopamina.

—Ya. Por eso tengo los ojos empañados —mintió Leo como un bellaco.

—Por las endorfinas —musitó Diana.

Y siguieron bailando como si en la sala no hubiera nadie más que ellos, hasta que la canción acabó y todos los asistentes aplaudieron y empezaron a gritar que se besaran de la química y la complicidad que tenían.

Diana se echó a reír, se despidió de ellos lanzándole besos y le pidió a Leo que la sacara de allí, tras coger los muñecos de la tarta.

Él la agarró de la mano, así la llevó hasta la salida del restaurante, acompañados por Mucha y Martina que iban detrás.

Y ya en el jardín, donde había una piscina en forma de riñón, Diana sintió que aquel era el lugar perfecto donde enterrar lo que habían sido.

Así que se colocó al borde de la piscina con los muñecos en la mano y les dijo a sus amigos:

—Voy a sepultar en el fondo de esta piscina el universo que creamos juntos Mario y yo durante estos tres años.

—¿Te has fijado en que el muñeco de Míster Pufo tiene la misma mirada turbia que me provocaba tanta desconfianza? —comentó Leo.

—Es horrible, de lo bien que está hecho el muñeco. Y aquí se va a quedar, porque aquí es donde ha acabado nuestra historia —musitó Diana, con una lágrima aflorándole en un ojo.

Martina y Mucha la abrazaron y luego exclamaron sin soltarla:

—¡Estamos contigo!

Diana levantó los muñecos por encima de la cabeza y los arrojó a la piscina gritando de dolor y de desesperación.

Instantes después, los muñecos se fueron hundiendo poco a poco en el agua, formando unas burbujitas que a Diana le parecieron el símil perfecto de lo que había sido su relación.

Pues lo que había tenido con Mario había sido tan frágil como una burbuja que había estallado de improviso y que la tenía rota de dolor.

—Ya no hay nada. ¡Nadaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —chilló Diana con una mezcla de pena y de rabia.

Luego, cayó de rodillas al suelo y rompió a llorar mientras los muñecos acababan de hundirse.

Mucha y Martina se agacharon junto a ella, la abrazaron con ternura y Leo dijo con la voz quebrada por la emoción:

—Esto es un comienzo…

—No sé cómo voy a empezar otra vez con el boquete que tengo en el corazón —farfulló Diana, abrazada a sus amigas.

—¡Lo haremos! —aseguró Leo, tendiéndole la mano.

Diana agarró la mano de Leo, él dio un tirón suave para que se levantara y Diana masculló:

—Va a ser muy jodido.

Luego, Diana se incorporó y se abrazó a Leo que le prometió rodeándole con sus brazos:

—Te prometo que saldremos de esta también.

Diana se abrazó fuerte a su amigo, apoyó la cabeza en el pecho enorme y fornido y rompió a llorar otra vez.

—No sé cómo saldré de esta, porque ha sido el bofetón más gordo que me han dado en la vida.

—Saldrás —aseguró Leo.

—De esta se me van a quitar hasta las ganas de casarme.

—Lo mismo dijiste después de tus divorcios —le recordó Leo.

—Sí, pero esta vez es diferente. Me han dejado plantada a pocas horas de la boda. ¿Tú sabes la terapia que voy a necesitar para superar algo así? De esta acabo con una gamofobia.

—¿Eso qué es? —preguntó Leo, risueño.

—Miedo a las bodas. ¡No voy a poder mirar un vestido de novia sin que me dé un ataque de ansiedad!

—Tiempo al tiempo.

—Desde luego que va a tener que pasar muchísiiiiiiiiiiimo tiempo para que vuelva a confiar en un tío —afirmó Diana, rotunda.

A Leo no le gustó para nada escuchar aquello y replicó:

—Eso lo dices ahora, pero…

—Me estoy mareando —le interrumpió Diana, que se había puesto blanquísima—, me parece que se me ha subido el vino a la cabeza.

Leo la cogió en volandas y le dijo para que se quedara tranquila:

—Te voy a llevar a casa.

—¿A qué casa? —inquirió Diana, con la sensación de que su casa ya no estaba en ninguna parte.

—A la mía de Formentera.

—¿Cómo vamos a ir a Formentera? —quiso saber Diana.

—¡En una embarcación! Chicas, ¡nos vamos a Formentera! —les comunicó Leo a sus amigas.

—¿No será mejor que se le pase el mareíllo antes de subirse en la embarcación? —inquirió Martina que se agachó para coger la cartera que Diana había dejado al borde de la piscina.

Diana negó con la cabeza, pues por encima de todo lo que quería era escapar de ese escenario que de improviso se había vuelto de pesadilla, y luego mintió:

—Estoy bien. Me da todo un poco de vueltas, pero puedo subirme en un barco perfectamente.

—¡Vamos para allá! —exclamó Leo.

Y, con Diana a cuestas, se dirigió junto con Mucha y Martina hasta el pantalán que estaba muy cerca, entre gritos repetidos de: «¡Vivan los novios!».

Pues la gente al ver a Leo con su porte elegante y seguro, llevando en brazos a la novia, supuso que eran unos recién casados.

—Si me llegan a decir que iba a escuchar «¡Vivan los novios!» en estas circunstancias te juro que no me lo habría creído —comentó Diana.

—Yo tampoco —masculló Leo.

Porque después de lo mal que lo había pasado en los últimos meses pensando en que la mujer de su vida se casaba otra vez con otro, de repente la tenía en sus brazos, soltera y con la gente gritándoles «¡Vivan los novios!».

Y esa confusión era tan mágica, pensó Leo, que era como si el universo hubiera conspirado unos segundos para hacerle feliz.

Y, por supuesto, que si le hubiesen dicho esa misma mañana que el día iba a acabar así tampoco lo habría creído.

Luego, llegaron al pantalán y le dijo a Diana, que estaba con la cabeza apoyada en su regazo:

—Ya hemos llegado.

—¿Cómo que hemos llegado? ¿No vamos a ir en un *fast ferry*?

—No. Vamos a ir en esa embarcación —respondió Leo, señalando la Riva Aquarama que se mecía ligeramente en el agua.

—¿Y de quién es? —preguntó Diana.

—Ni idea. Pero la mangamos y listo —contestó Leo que, con ella a cuestas, la subió en la embarcación.

—¿Qué haces? —gritó Diana, espantada—. ¡Solo me faltaba acabar el día robando una Riva!

—Ya que nos ponemos, mangamos la embarcación más estilosa, con sus caobas y sus interiores en color aguamarina.

—Por favor, Leo, ¡para! —le exigió Diana que estaba de los nervios —. ¡Ya he tenido suficientes emociones por hoy! ¡Sácame de aquí yaaaaaaaa! —chilló Diana, dando patadas al aire.

Leo la dejó sentada en la embarcación y Mucha y Martina se colocaron a su lado muertas de risa:

—Tías, ¿de qué os reís? —quiso saber Diana—. ¡No me hace ninguna gracia acabar el día de mi no boda en un calabozo!

—¡La Riva es de Leo! —exclamó Martina que no podía parar de reír.

—¿En serio? —preguntó Diana, desconcertada.

—¿Cómo crees que hemos venido a Ibiza? —inquirió Mucha.

—Me compré la Riva hace un par de meses —confesó Leo, que se había comprado esa embarcación porque era la favorita de Diana.

—¡Qué cabrón! —gritó Diana, ofuscada—. ¡He llegado a creer que la estabas mangando!

—Era una broma para que te rieras un poco —reconoció Leo, encogiéndose de hombros.

—¡No me ha hecho gracia creer que estoy rodeada de mangantes! —bufó Diana, con un cabreo considerable.

Leo la besó en la mejilla, la miró con una sonrisa espectacular y dijo:

—Perdona.

Diana se cruzó de brazos y habló muy seria al tiempo que se echaba atrás la melena que Anto le había dejado hecha un primor:

—Te perdono porque tengo un mareo que no puedo con él.

—Iré con cuidado —aseguró Leo.

A continuación, zarpó y puso rumbo a Formentera cuando la noche ya estaba llena de estrellas.

Diana cerró los ojos y se centró solamente en sentir la caricia del viento en el rostro, hasta que un rato después, los volvió a abrir, se giró, contempló la costa desdibujada y deseó que todo lo malo que le había tocado vivir se quedara atrás.

Luego, le sobrevino otro ataque de llanto, Martina le pasó un clínex y Mucha se fue a por unas copas.

Acto seguido, abrió una de las botellas de champán que se había llevado del convite y les dijo:

—¡Brindemos por el día en que te descojonarás de esto!

—Uf —bufó Diana.

—¡Yo brindo después, cuando toquemos la costa! —gritó Leo.

Mucha pasó las copas a las chicas, las llenó, brindaron, Diana dio un sorbo, puso una cara de espanto tremenda y farfulló llevándose la mano a la garganta:

—¡Coñooooooooo! ¡La pestaña!

—¿Qué te ocurre con la pestaña? —inquirió Martina, preocupada.

Diana empezó a toser, bebió más champán y les dijo por fin:

—Se me ha caído la pestaña postiza en la copa y ¡me la he bebido!

Todos se partieron de risa, incluida ella, y después Mucha habló sin parar de reír:

—¿Ves? ¡Ya te estás empezando a reír…!

Capítulo 7

Al día siguiente, Diana estaba sentada en el porche de la casa de Leo, en cala Saona, con la vista puesta en el mar y un olor a sal que lo perfumaba todo.

Era una mañana tan radiante que ella solo se lo pudo tomar como una burla cruel, pues, aunque el sol brillara con fuerza, sentía que su corazón iba a ser por una larga temporada un lugar marchito y sombrío.

—Tienes que comer algo —le dijo Mucha, que desayunaba con Diana y con Martina en el comedor de verano, que estaba resguardado del sol gracias a una pérgola.

Leo se había marchado a primera hora en la Riva en dirección a Ibiza, para recoger a Vera que iba a pasar unos días con ellos.

Y Diana, tras dar un sorbo a su zumo de naranja, les confesó a sus amigas:

—No tengo ganas de nada.

—No puedes estar sin comer —insistió Mucha, mientras mordisqueaba una manzana.

Diana, que solo llevaba puesta una camiseta blanca de Leo, se levantó las gafas de sol de pasta amarilla, que le había prestado Mucha, para que sus amigas vieran hasta dónde le llegaban las ojeras:

—¡Mirad qué ojos! La noche en que se suponía que iba a tener un polvo bonito, me la he pasado llorando entera.

—¿Polvo bonito? —preguntó Mucha, muerta de risa.

Mucha era una chica de treinta años, nacida en Madrid, de familia ecuatoguineana, era alta, de casi uno ochenta, morena, de piel oscura, pelo largo que llevaba siempre liso y peinado con la raya en medio, de ojos castaños grandes y rasgados, nariz bonita, labios carnosos y cuerpo estilizado y fibroso.

Era profesora de Educación Física en un colegio de Segovia, practicaba un montón de deportes y tenía además un estilazo increíble que le hacía lucir todo lo que se pusiera, y ella se atrevía con todo.

Esa mañana llevaba un minivestido amarillo con una gran abertura en la parte delantera que mostraba sus impresionantes abdominales y unas Air Jordan también amarillas.

Y sin dejar de reír, escuchó cómo su amiga le explicaba lo del polvo bonito:

—Después del trajín de la boda y después de tres años viviendo juntos, no nos íbamos a pasar la noche entera follando. Lo que procedía era un polvo bonito, romántico, tranquilo…

—¿Todas tus noches de bodas han sido así? —replicó Mucha llorando de la risa—. Porque ahora entiendo por qué llevas ya dos divorcios.

—Como nunca has tenido una relación larga, no sabes a lo que me refiero. Pero Martina sí… ¿A que tú entiendes lo del polvo bonito?

Martina que iba por su tercera tostada de mantequilla con mermelada, respondió sin parar de engullir:

—Bueno…

Mucha se quedó mirando a Martina y le preguntó entornando la mirada:

—¿Y tú por qué comes tanto?

—¿Yo?

—Sí —replicó Diana—. Zampas como si llevaras un mes sin comer. ¿No estarás embarazada?

Diana miró a Martina con los ojos muy abiertos, esta negó con la cabeza, clavó la vista en el plato y masculló haciendo de tripas corazón:

—No, es que el mar me da hambre.

—¿Desde cuándo? —inquirió Mucha, tras apurar de un mordisco la manzana.

—Desde un tiempo a esta parte —respondió Martina.

—Pues yo siento que estar aquí es una putada —confesó Diana.

—¿Por qué? —replicó Mucha.

Diana respiró hondo, echó un vistazo alrededor y explicó con la mirada lánguida y un tono de voz melancólico:

—Todo es tan bonito…, la cala, los pinos, las buganvillas, el jardín, la piscina, la casa que no se sabe cuántos años tiene, las puertas de madera que se abren con sutiles crujidos, las paredes con diferentes granometrías en materiales naturales que reflejan la luz del sol que entra a raudales a través de los amplios ventanales con vistas al mar, el sofá de lino de color nube del salón, esta mesa en forma de salamandra que compramos en un mercadillo de Sant Francesc porque estaba muy desgastada y lo achacamos a las muchas risas, muchas conversaciones y muchos buenos momentos que habría presenciado, la decoración en tonos arena con detalles en turquesa, todas las imperfecciones tan bien hechas que hacen este lugar único, imposible de copiar aunque lo intentes, las puestas de sol maravillosas desde el porche…

—Es que la casa está puesta a tu gusto —dijo Martina, por si acaso no se había dado cuenta.

—Y a gusto de cualquiera —repuso Diana—. ¿A quién no le gusta esto?

—¿Has visto que están colgados en el salón los grabados que te pirraron en la exposición a la que fuimos? —inquirió Mucha, al hilo de lo que acababa de decir Martina.

—Sí —asintió Diana—. Son una maravilla, como todo lo que hay en esta casa, pero no puedo disfrutar de nada. Me siento muy fuera de lugar, creo que sería mejor que me fuera a pasar estos días a un sitio oscuro, triste y feo, muy feo.

—Al pueblo de mi abuela no podemos ir porque están mis primas —dijo Martina, tras comerse el trozo de tostada que le quedaba.

—Necesito un lugar más feo que el pueblo de tu abuela —aseguró Diana.

—Aquí estás bien —sentenció Mucha.

Diana negó con la cabeza y, con una cara tremenda de pena y de dolor, musitó:

—El contraste entre la luminosidad y la belleza de fuera con mi interior tenebroso y roto es demasiado fuerte para mí.

Después, hubo silencio que Mucha aprovechó para prepararle a Diana una tostada con aguacate y jamón.

Luego, se la pasó y le exigió:

—¡Come y calla, chica tenebrosa y rota!

Diana agarró la tostada, le dio un pequeño mordisco para que su amiga la dejara tranquila al tiempo que Martina aseguraba:

—Con el paso de los días tu interior fluirá en armonía con el exterior. Esto es solo un tropiezo.

—Un descalabro más bien —matizó Diana tras tragar—. A estas horas tendría que estar subiéndome a un avión con destino a las islas Maldivas con el que suponía que era el amor de mi vida y aquí estoy tomándome a duras penas un zumo de naranja mientras odio al sol por brillar tanto.

—Y también te vas a zampar la tostada —insistió Mucha—, porque te conviene tener en el estómago algo más que paracetamol.

—Me he levantado con un dolor de cabeza terrible. ¡Qué noche! —exclamó Diana tras dar otro mordisquito a la tostada.

—Todo pasa por algo —habló Martina, mientras se comía un kiwi.

—Para que no me quede lugar a dudas de que la vida es una puta mierda —replicó Diana.

—Ya descubrirás por qué te ha pasado esto. La vida nos pone en sitios que a veces no entendemos, pero con el tiempo te darás

cuenta de que esto era lo mejor para ti —dijo Martina, que repitió a su amiga lo que ella no paraba de decirse a sí misma.

—¡Tú siempre tan optimista, Martina! —exclamó Diana, con la tostada en ristre—. Y lo comprendo. Conociste a Alejo el primer año en la facultad y llevas con él desde entonces. ¿Cuántos años son? ¿Doce?

Martina prefirió no contestar a esa pregunta y replicó mientras se comía el kiwi con una cuchara a toda velocidad:

—Creo que todo pasa por algo.

—Tú tienes una flor en el culo —habló Diana—. ¡Te recuerdo que en tercero de carrera lograste entrar en prácticas en el bufete de abogados en el que sigues trabajando! ¿Cómo no vas a ser optimista?

Martina pensó una vez más que no estaba preparada para hablar de ella y prefirió recordarle:

—Tu sueño era ser maquinista y lo has conseguido.

—Pero me he quedado sin cumplir el otro sueño que tenía desde que era niña de casarme con un tío al que le saliera el amor por los ojos y rodeada de las personas que me quieren. Más que nada porque ese tío, horas antes, me ha mirado con una indiferencia tremenda, que me ha dolido más que si me hubiera mirado con odio, y me ha confesado que ni me soporta, que he sido una cornuda inconsciente y que se marcha con su amante, mi pasta y sus *fotochichis* a Australia.

—Lo que te ha hecho es imperdonable —sentenció Mucha—. Hay que ser muy cerdo para hacer daño a la persona que amas.

—Sospecho que me ha querido más bien poco o tal vez nada —comentó Diana, con la voz temblorosa.

—Y encima tampoco follaba bien —replicó Mucha.

—No he dicho que no follara bien —precisó Diana, que ya llevaba media tostada comida.

—Pero no folla bien —insistió Mucha, tras dar un sorbo a su café.

A pesar de la que tenía encima, Diana no pudo evitar troncharse de risa:

—Ja, ja, ja.

—Ya me has respondido. No folla bien. ¡No todo el mundo sabe hacerlo bien! —exclamó Mucha, divertida.

—Y luego estaban las ganas… —masculló Diana, tras morderse los labios.

—¿Tampoco tenía ganas? —quiso saber Mucha, alucinada.

—Estaba siempre agotado del trabajo —respondió Diana.

—Del trabajo de follar con la otra —soltó Mucha.

Diana se comió otro pedacito de tostada y murmuró después:

—¡Qué desastre!

—¡Qué alegría que no te hayas casado con él! —matizó Mucha, tras apurar el café.

—No era el mejor amante que he tenido —reconoció Diana—, pero me parecía la persona perfecta con la que formar una familia. Un tío serio, centrado, trabajador, responsable…

Mucha no pudo seguir escuchando ni un adjetivo más y la interrumpió para decir:

—A mí me ha parecido siempre un tío peñazo, frío, calculador, egoísta y distante que no lo tendría ni de pareja de mus.

—Y además de todo eso, infiel —apuntó Martina, tras coger una porción de sandía.

—Y mal follador. Y de polla fina y pequeña —supuso Mucha, mientras cogía el plátano más pequeño y fino que había en el frutero.

Todas se echaron a reír y Diana reconoció con sinceridad absoluta:

—A ver, las he conocido mejores…

—Tranquila, no pasa nada por querer formar una familia con un tío de polla fina y pequeña —comentó Mucha, con guasa—. Priorizaste otras cosas…

—Tal cual —afirmó Diana—. Cuando le conocí, pensé que un director comercial de fertilizantes y abonos, con gafas de pasta, adicto solo al brócoli y al Omega 3 de la caballa y que odiaba salir de noche era el padre ideal para mis hijos. Lo demás, me dio igual…

—Te sacrificaste por tus hijos que están pululando en otra dimensión —bromeó Mucha.

—¡Qué cagada! —masculló Diana, tras terminarse por fin la tostada.

—Todos cometemos errores —aseguró Martina, comiendo sandía a dos carrillos—. Lo importante es que te lo has quitado de en medio y de que tienes ante ti un mundo nuevo de posibilidades.

—De posibilidad de pifiarla otra vez. ¡No, gracias! —exclamó Diana, batiendo las manos.

—Por lo pronto de redescubrirte y de vivir un montón de experiencias sola —sentenció Mucha.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Diana, arrugando la nariz.

—Como la de comerte este plátano. Ya que te has quedado sin comerte lo otro… —canturreó Mucha, pasándole el plátano pequeño.

—¡Cabrona! —farfulló Diana, que le arrebató el plátano de la mano. Y tras pelarlo, contó—: No me veo yendo sola a cenar como haces tú, Mucha.

—Nos tienes a nosotras —le recordó Mucha con unas ganas tremendas de fiesta en la mirada—. No hace falta que vayas sola a ninguna parte. Estoy de vacaciones y Leo me ha dicho que puedo quedarme en su casa los días que quiera.

—Y a mí también me ha invitado —informó Martina.

—¿Tú también tienes vacaciones? —preguntó Diana, sorprendida ya que Martina jamás se cogía las vacaciones en junio.

Martina agarró una naranja y respondió forzando la sonrisa pues, aunque no estaba mintiendo, tampoco estaba diciendo la verdad:

—Puedo estar aquí contigo.

—¿Y Alejo? —quiso saber Diana.

—Está trabajando —respondió Martina, a la vez que pelaba la naranja a toda prisa.

—¡No me digas que no es un planazo! —exclamó Mucha batiendo las manos—. Unos días para nosotras solas en este lugar que es perfecto para desconectar de cualquier drama.

—Mi drama es que es gordo —le recordó Diana, con el plátano pelado en la mano.

—No. Es pequeño —precisó Mucha—. Todas se partieron de risa y luego le pidió a Diana—: Cambia la narrativa.

—Te recuerdo que me dejaron plantada a pocas horas de la boda —replicó Diana, tras dar un mordisco al plátano.

—La vida sigue. Ya no puedes cambiar el pasado, pero sí que puedes decidir cómo quieres vivir tu futuro —intervino Martina, también para recordárselo a sí misma.

—Por lo pronto sin amor —farfulló Diana.

—¿Cómo que sin amor? —dijo Mucha, dando un respingo.

—Porque va a pasar mucho tiempo hasta que vuelva a enamorarme de alguien y no te cuento ya casarme —aseguró agitando el plátano al aire—. Esto me va a traumatizar tanto que como aparezca en el futuro mi amor verdadero con un anillo, voy a salir corriendo.

—Tú ya tienes el amor verdadero —aseveró Mucha, después de servirse zumo de naranja.

—¿Dónde? ¿Con quién? —preguntó Diana, expectante.

Mucha dio un sorbo a su zumo y respondió con una sonrisa increíble:

—El amor verdadero no solo está en las promesas que te haga un tío que quiera ponerte un anillo y ser feliz contigo para siempre, sino también en los vínculos y las conexiones profundas que tenemos con las personas que de verdad nos importan. Y tú a nosotras nos importas…

—Mogollón —añadió Martina.

—Y yo a vosotras, chicas —repuso Diana, con lágrimas en los ojos.

—¿Te ha quedado claro? —insistió Mucha.

—Ya tengo amor verdadero —dijo Diana asintiendo con la cabeza.

—No se necesita una pareja para ser feliz y tener una vida de absoluta plenitud —le recordó Mucha.

—Es que tú eres una soltera vocacional —replicó Diana—, pero yo…

—Tú lo que tienes que hacer es no conformarte nunca más con cualquiera que coma brócoli y se peine con cera fijadora efecto brillo —bromeó Mucha.

—Y más cuando ya tienes a una persona perfecta para ti —aseguró Martina, tras meterse un gajo de naranja en la boca.

—¿A quién? —preguntó Diana, sin tener ni idea de quién estaba hablando.

A lo que Mucha replicó canturreando y agitando las palmas al aire:

—¡Más cerca y te quemas!

Diana se quedó patidifusa con la confesión de su amiga lesbiana y soltó:

—¿Estás enamorada de mí? ¿Desde cuándo?

—Desde que con ocho años os confesé que quienes me gustaban eran las superheroínas de los Power Rangers —dijo Mucha muy seria.

—¿Qué? —inquirió Diana, ojiplática.

—¡Te estoy vacilando! —exclamó Mucha, entre risas—. ¡Tú no me gustas para nada!

—Tía, no soy tan fea —refunfuñó Diana, molesta—. Vale que ahora estoy hecha un guiñapo, pero tengo un polvo.

—Mejor dos, uno bonito y otro salvaje —precisó Mucha, muerta de risa.

—¿De verdad que no te gusto? —insistió Diana.

—¡Noooooo! —respondió Mucha, divertida.

—Entonces, ¿quién es la persona perfecta para mí que está más cerca y me quemo? ¡Solo espero que no sea el de la farmacia de la esquina al que le hemos comprado los paracetamoles!

Mucha y Martina se miraron y gritaron al unísono:

—¡Leoooooo!

Diana las miró flipada, negó con la cabeza y les informó para que les quedara claro:

—Ni soy su tipo, ni jamás he pensado en Leo de esa manera.

—Siempre dices que es muy atractivo —le recordó Martina tras meterse un trozo de fresa en la boca.

—¿Hay alguien que piense que no lo es? —replicó Diana.

—Te gusta —aseguró Mucha, poniéndole morritos.

—Está buenísimo, pero es que es mi amigo. Y solo le veo como un amigo —repitió Diana, a la que le parecía mentira que tuviera que explicar esa obviedad a sus amigas.

—Cuando os he visto bailar juntos no erais dos amigos —dijo Martina, cogiendo otra fresa.

Diana también tomó una fresa y le preguntó con mucha curiosidad:

—¿Y qué éramos?

—Dos corazones cuyos latidos resuenan en perfecta armonía —respondió Martina, que después se metió la fresa en la boca y formó

un corazón con las manos.

Diana se tronchó, porque aquello solo se lo podía tomar a risa:

—Ja, ja, ja.

—Te lo digo en serio —replicó Martina, asintiendo con la cabeza.

—El amor a veces se oculta en los lugares más insospechados —le recordó Mucha, ahondando en el tema.

—¿Leo y yo? —inquirió Diana, con cara de perplejidad—. ¡Ni de coña…!

Capítulo 8

Sin embargo, eso que Diana encontraba tan descabellado a sus amigas les parecía una ventana maravillosa que solo había que abrir…

—Tampoco deberías cerrarte a esa posibilidad porque hay muchos amores preciosos que han nacido de una amistad profunda como la vuestra —le aconsejó Martina.

—Cuando bailabais, Leo tenía la mirada encendida de una forma escandalosa —comentó Mucha haciendo el gesto de las chispas con las manos—. Y no te cuento cómo tendría lo otro…

—¡Somos amigos! —refunfuñó Diana—. ¿Y se puede saber por qué os ha dado a todos por meterme a Leo por los ojos? —inquirió, atónita—. ¡Hoy mi padre me ha dicho también que Leo es el hombre perfecto para mí!

—¡Haz caso a tu padre! —exclamó Mucha, tras apurar el café.

—Mi padre también me ha dicho que los más felices de su oficina son los solteros —replicó Diana, encogiéndose de hombros.

—¡También tiene razón! —dijo Mucha y todas se partieron de risa.

Luego, Diana agarró el vaso de zumo, se puso seria y les siguió contando:

—También me comentó que vio a Leo abatido antes de la boda y que cree que lleva enamorado de mí toda la vida.

—¡Pienso lo mismo! —aseguró Martina que no paraba de comer fresas.

—¿En qué te basas para creer eso? —inquirió Diana, tras dejar el vaso de zumo apartado a un lado.

—¿En qué cuando teníamos cuatro años solo te dejaba a ti jugar con sus juguetes? —intervino Mucha, que también lo tenía clarísimo.

—¡Anda que no te has ido para atrás en el tiempo! —farfulló Diana, haciendo aspavientos con las manos.

—Si prefieres que me centre en el presente, ¡perfecto! ¡Mira esta casa, que curiosamente está en cala Saona, que es tu cala favorita! —le recordó Mucha, señalando la cala con un gesto de la cabeza—. ¿No te parece suficiente argumento para convencerte de que está colgadísimo de ti?

—¡Lo flipas! Ha comprado la casa en esta cala porque le encanta —dijo Diana.

—Y la tiene decorada con todo lo que te gusta y ¡encima se ha comprado una Riva clásica, la Aquarama, que es la embarcación con la que te pones como una histérica cada vez que la ves surcando los mares! —observó Martina, mientras se limpiaba las manos con una servilleta.

Martina era la más baja de las tres, medía uno cincuenta y siete, era rubia, de complexión normal, llevaba desde siempre el corte de pelo a lo *clavicut*, tenía los ojos verdes, la mirada tierna y cálida, la nariz respingona, la boca grande y los dientes perfectos después de haber padecido un tratamiento de ortodoncia larguísimo.

Solía vestir siempre en tonos neutros, con *outfits* de oficina, incluso para la noche. Y hasta sus bikinis eran discretos, elegantes y de color camel…

De hecho, esa mañana llevaba un vestido de corte recto de color *beige*, con manga al codo, que podía haberse puesto perfectamente para ir al bufete.

Y después de opinar sobre lo que pensaba de la compra de la Riva, Mucha siguió con la misma línea de pensamiento:

—Se la ha comprado porque está enamorado de ti. Y posiblemente lo esté desde siempre…

Diana sonrió puesto que sabía perfectamente a lo que estaban jugando sus amigas, le produjo mucha ternurita y dijo:

—Os agradezco que os estéis inventando que Leo está colgado de mí para que deje de pensar en la canallada que me ha hecho Míster Pufo, pero…

—¡No me estoy inventando nada! —negó Martina, rotunda.

—Ni yo tampoco —repuso Mucha.

—Y también sois de la opinión, como mi padre, de que Leo cambia tanto de novia porque en el fondo me ama —ironizó Diana.

—¡Exacto! —asintió Mucha.

—Nunca he sacado el tema por prudencia —reconoció Martina que agarró el bol con los copos de avena integral y empezó a comérselos como si fueran palomitas—, pero siempre he pensado que a Leo no le funciona ninguna relación porque te ama.

—Yo también pienso lo mismo desde hace mucho y no te he comentado nada porque como siempre has estado emparejada, ni quería liarte ni confundirte —contó Mucha.

—¿Cómo ibas a confundirme si entre nosotros no va a haber nada más que amistad? —replicó Diana, que no daba crédito a lo que estaba escuchando—. Ah, y en cuanto a las relaciones, ¡no le funcionan porque tiene pánico a comprometerse! —matizó.

—Contigo se ha comprometido hasta el punto de que te ha comprado la casa de tus sueños. ¿O no es esta la casa de tus sueños en la cala donde vinimos los cuatro de vacaciones por primera vez? —inquirió Martina al tiempo que zampaba copos de avena.

—En la cala donde vimos por primera vez un atardecer en Formentera y, cuando cayó el sol, él te besó en los labios —recordó Mucha, pestañeando deprisa.

—¡Qué memoria tienes! —exclamó Diana, que después precisó—: Pero fue un beso sin querer. Recuerdo que el sol acababa de desaparecer tras el horizonte, le di las gracias por invitarnos a ver

ese pedazo de atardecer y al querer darle un beso en la mejilla hubo una confusión de movimientos y acabamos besándonos en los labios.

—Y te gustó —aseguró Mucha con una sonrisa gamberra.

—Sí, pero ¡no sigáis por ahí! —les exigió Diana, porque sabía lo plastas que podían llegar a ser cuando les daba por un tema.

—¿No te gustaría saber si está enamorado de ti? —le preguntó Martina entornando la mirada—. Porque me temo que él lleva años esperando a que se lo preguntes…

—Él no ha debido decirte nunca nada por temor a perder la amistad —supuso Mucha, echándose la melena hacia atrás.

Diana abrió mucho los ojos, puso cara de espanto y reconoció:

—No podría perderlo como amigo. La sola idea me aterra más que lo que me ha pasado con la no boda.

Martina suspiró y después exclamó con una mirada lánguida:

—¡Qué triste sería que os pasara como a Sandra Bullock y Keanu Reeves!

—¿Qué les pasó? —inquirió Diana, con una curiosidad tremenda.

—Él no sabía que Sandra estaba enamorada de él y ella no sabía que Keanu estaba enamorado de ella —respondió Martina, tras coger unos copos más de avena.

—En nuestro caso os puedo asegurar que ni él está enamorado de mí ni yo de él —aseguró Diana.

—Veremos —canturreó Mucha, divertida.

—No vas a ver nada, pues al menos en lo que a mí respecta voy a volverme durante una buena temporada como tú —sentenció Diana.

—¿Lesbiana? —preguntó Mucha, ojiplática.

—¡Soltera, sin el más mínimo interés en enamorarme y mucho menos en casarme! —exclamó Diana, tras comerse los copos de avena.

—¡Genial! —habló Mucha—. Yo te lo recomiendo absolutamente. Soy feliz siendo soltera. Y me siento muy orgullosa de ser la que cuido de mí en todos los aspectos, en lo emocional, en lo material y en lo financiero. Y no estoy sola. Os tengo a vosotras, tengo a mi familia y por supuesto que tengo el deporte y mi trabajo que son mis grandes pasiones.

—Nunca he vivido sola —comentó Diana, tras morderse el labio inferior.

—¡Es increíble! —aseguró Mucha, batiendo una mano—. ¡En cuanto lo pruebes no vas a querer otra cosa!

—No me va a quedar otra que probarlo —dijo Diana, después de servirse un vaso de agua.

—Te va a gustar —insistió Mucha—. Te hará más fuerte, te conocerás mejor, serás más consciente de lo que quieres y de lo que no. Y esto es muy importante para la próxima relación que tengas…

—¡Será dentro de mil años! Tengo claro que durante una larga temporada no voy a flecharme, ni a enamorarme ni a soñar con bodas —sentenció Diana, tras beber un poco de agua.

—No creo en los flechazos —habló Mucha—. No me cabe en la cabeza que pueda aparecer alguien y que me trastorne hasta el punto de volverme gilipollas.

—A mí sí que me ha pasado —reconoció Diana.

—Y a mí —confesó Martina.

—¿Lo tuyo con Alejo fue un flechazo? —preguntó Diana, sorprendida porque toda la vida había creído que lo suyo se había cocinado a fuego lentísimo.

—No, fue con otra persona… ¡Una tontería! —exclamó Martina, que lo que menos quería era hablar del tema.

—¿Qué persona? —inquirió Mucha, con una cara de cotilla tremenda.

—Una chorrada.

—Ah, ya sé. Fue de Mateo, el profesor de la autoescuela. ¡Nosotras lo encontrábamos feísimo, pero tú decías que era como Kortajarena! —comentó Diana.

—Sí. ¡Ese! —exclamó Martina, para que la dejaran tranquila.

—Puedo presumir de que jamás sabré lo que es un flechazo —aseguró Mucha, sintiéndose orgullosa de ello.

—Yo también pensaba que iba a ser feliz para siempre con mi Míster Maravillas —le recordó Diana—, y he acabado ahogando a los muñecos de la tarta en la piscina.

Si bien Mucha, absolutamente segura de que los amores a primera vista jamás irían con ella, replicó:

—En mi caso me conozco muy bien y sé que jamás perdería la cabeza por una tía que apareciera de repente…

—¿Y tampoco te casarías con una novia a la que amaras locamente? —preguntó Martina, justo antes de meterse un puñadito de copos de avena en la boca.

—Jamás. Soy ágama. Quiero una vida sin pareja —respondió Mucha, negando con la cabeza—. ¡Tengo muchísimas cosas más interesantes que hacer en la vida que casarme!

A lo que Martina replicó, entendiéndola perfectamente:

—Yo tampoco tengo el matrimonio como meta.

Sin embargo, Mucha y Diana se partieron de la risa…

—Ja, ja, ja.

—¿Por qué os reís? —inquirió Martina mosqueada.

—Porque vosotros lleváis toda la vida juntos y es como si estuvierais requetecasados —contestó Diana.

—Yo no podría estar requetecasada con nadie —confesó Mucha—. Prefiero tener mis líos y mis cosas, pero seguir soltera, independiente y libre como una pajarraca.

Al decir la palabra pajarraca, Diana alzó la vista al cielo por el que sobrevolaban dos gaviotas y comentó:

—Ya, tía, aunque el amor es tan bonito… ¡Y las gaviotas son monógamas! ¡En este jodido mundo no solo hay infieles y cabrones!

Mucha y Martina soltaron una carcajada y luego Mucha explicó:

—No digo que el amor no sea bonito. Lo que pasa es que no estoy interesada ni en enamorarme, ni en tener una relación, ni en nada de nada.

—Llevo escuchándote decir esto desde que te enamoraste de las Powers Rangers —dijo Diana, alzando las cejas.

Y todas se rieron…

—Ja, ja, ja.

—En serio, me acuerdo la primera vez que me lo dijiste —recordó Diana—. Fue un día en que fuimos a jugar a tu casa y se me ocurrió organizar una boda a dos dinosaurios de plástico de tu hermano en el barco pirata de los *clicks*. Cuando estaba a punto de casarlos, nos dijiste que tú jamás correrías la suerte de los tontos de los dinosaurios y que nunca, nunca, nunca te casarías.

—¿Dije tres veces nunca? —replicó Mucha, muerta de risa—. ¡No me acuerdo de nada de lo que me estás contando!

—¡Yo sí! —exclamó Diana.

—Me alegra saber que lo he tenido tan claro desde tan temprana edad y que…

Mucha no pudo seguir hablando porque el portón se abrió, Leo entró con el coche y al pasar junto al porche en dirección al garaje, bajó la ventanilla y las saludó:

—¡Hola, chicas! ¡Ya estamos en casa! ¡Ella es Vera!

Leo apenas llevaba dos meses saliendo con ella y aún no se la había presentado a las chicas…

—¡Hola, chicas! —saludó Vera, tras inclinarse un poco para asomarse por la ventanilla del lado de Leo.

Las chicas le devolvieron el saludo y Leo les dijo con una sonrisa enorme de la ilusión que le hizo ver a Diana con su camiseta puesta.

—¡Aparco y estamos con vosotras!

Leo se dirigió al garaje y Mucha miró a sus amigas con una cara de flipada que no podía con ella:

—Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaas, ¡esto se avisa!

—¿El qué? —replicó Diana, desconcertada.

—¿Por qué no me habíais contado que Leo está saliendo con Vera Uclés? —quiso saber Mucha.

—Me acabo de enterar ahora mismo —le aclaró Diana—. Él me contó que estaba con una tal Vera, pero no me dijo que era la periodista deportiva.

—A mí tampoco —habló Martina.

—¡Qué fuerte! —farfulló Mucha—. ¡Vera Uclés! ¡La sigo desde que empezó a trabajar en un canal de televisión de reportera y se pasó el invierno congelada, viajando de aquí para allá para cubrir las noticias de nieve y temporales!

—Parece que Leo es feliz con ella, pues estaba con una sonrisa gigante y los ojos chisporroteantes —observó Diana.

—¿Y tú por quién crees que le chisporrotean? —preguntó Mucha, tras taladrarla con la mirada.

—Por Vera Uclés —respondió Diana, mientras pensaba que a cuento de qué su amiga le preguntaba semejante obviedad.

—¡Ha sonreído así y se le ha encendido la mirada en cuanto te ha visto! —precisó Mucha al tiempo que se colocaba bien los tirantes del vestido.

—Pienso lo mismo —asintió Martina a la vez que cogía otros pocos de copos de avena.

—¡No seáis liantas! —les exigió Diana—. Le veo muy enamorado…

—De ti —la interrumpieron las dos al unísono.

—Ja, ja, ja. Está tan enamorado que se ha traído a su nueva novia a pasar unos días —ironizó Diana, sin parar de reír.

—Porque no querrá dejarla por WhatsApp o con una fría llamada —supuso Martina—. Y preferirá decirle a la cara que no puede seguir con ella porque está enamorado de ti.

—La misma excusa que lleva usando desde que le conocemos —apuntó Diana.

—Y que no va a ser una excusa —aseguró Martina, tras comerse los copos.

—¿Y qué va a ser entonces? —inquirió Diana, perpleja.

—¡Que está enamorado de verdad! —exclamó Mucha—. ¡Las deja porque a quien quiere es a ti!

—¡Dejaos de tonterías! —les ordenó Diana a la vez que se servía un buen vaso de agua de la ansiedad que le estaban entrando.

—No es una tontería. ¡Te ama! —habló Martina, absolutamente convencida.

—No me lo digáis más —les rogó Diana, mosqueada—, porque me voy a poner nerviosa, no voy a parar de tocarme el pelo y de manotear absurdamente y va a parecer que me gusta.

—No parece. Es que te gusta —sentenció Mucha al tiempo que Diana se bebía el agua del tirón.

—Reconócelo. ¡No pasa nada! —le pidió Martina.

—¡Ya os lo he dicho antes! —replicó Diana tras dejar el vaso de agua vacío sobre la mesa—. ¡Es un cañonazo de tío, pero jamás podría ser la novia de un actor exitoso y *sexy* que tiene miles de tías que le envían audios contándole que tienen el clítoris como…!

Diana no pudo terminar la frase puesto que aparecieron Vera y Leo y decidió mejor morderse los labios.

Si bien Mucha, que estaba sentada de espaldas a ellos, al no verlos venir preguntó y encima a gritos y muerta de risa:

—¿Qué dices de clítoris?

—¡Estáis hablando de clítoris! ¡Qué divertido! ¡Me apunto! —exclamó Vera, entre risas.

Y Mucha, tras escuchar la voz más preciosa del mundo y las risas tan contagiosas que le acababan de alegrar el mes entero, se sobresaltó, dio un respingo y sintió que un corrientazo la recorría entera.

Luego, se giró, la miró a los ojos y tuvo la sensación de que la conocía, de que entre ellas existía una conexión brutal, aunque fuera algo incomprensible.

Y el corazón se le desbocó hasta el punto de que se quedó casi sin respiración, como si le acabaran de disparar una flecha en lo más profundo de su corazón.

Y entonces perdió la noción de todo, del tiempo y del espacio, las rodillas se le aflojaron, el estómago se le llenó de mariposas, se le dibujó en el rostro una sonrisa que ella pensó que debía ser de mema total y después exclamó:

—¡Hola, soy Mucha!

Vera, que estaba sonriéndola de un modo parecido y mirándola con la misma intensidad, replicó:

—¡Encantada!

Después, se dieron sendos besos, aunque de los nervios en el segundo acabaron besándose en la comisura de los labios.

Ambas se rieron y todos tuvieron la sensación de que entre ellas se acababa de encender una chispa de las gordas y mágicas.

Pero nadie dijo nada; en su lugar se presentaron Martina y Diana, y luego Vera le preguntó a Mucha, a la que no podía dejar de mirar:

—¿Qué significa tu nombre?

—Viene de Carmen —explicó Mucha con el corazón desbocado—. Así se llaman mi madre y mi abuela. Son de Guinea Ecuatorial. Yo nací en Madrid.

—¿Y vives en Madrid? —preguntó Vera, tras retirarse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—En un pueblo perdido de Segovia, y me acuesto todas las noches mirándote… en la tele —precisó Mucha, hablando atropelladamente.

—¿Te gusta el deporte? —quiso saber Vera, alzando las cejas.

—Soy profesora de Educación Física —respondió Mucha—. Y me apasiona el deporte. Sobre todo, el fútbol, por eso no me pierdo tu programa.

—Ahora tenemos unos días de parón por el fin de temporada y me he venido a pasar unos días con Leo —explicó Vera, tras mirar a Leo que estaba a su lado.

—Yo también —replicó Mucha.

—¿Y te vas a quedar muchos días? —inquirió Vera, mordiéndose el labio inferior de una forma tan *sexy* que Mucha se puso más cardiaca todavía.

Luego, Mucha, sin poder dejar de mirar los ojos más bonitos que había visto jamás, contestó:

—Y la vida entera…

Capítulo 9

Después de ese primer encuentro, Leo propuso que se dieran un baño en la piscina y que luego salieran a comer por ahí.

Así que se fueron a cambiarse a sus respectivas habitaciones y Diana, como había llegado a la isla sin nada, pasó a la habitación de Martina para que le prestara un bikini.

—¿No tendrás por ahí un bikini que te esté pequeño para mí? —preguntó Diana, pues Martina usaba una talla 100 D de sujetador y ella una 90.

Martina, que tenía guardados los bikinis en una bolsa de organza, los sacó, los colocó sobre la cama y respondió:

—Todos tienen unas copas similares. Y la parte de abajo son talla 44 o XL. No te sirven. Tú eres 40 y M. Te va a hacer efecto de pecho caído y culo de carpeta. Aparte de que en cuanto te metas en el agua, se va a ir para arriba y vas a acabar mostrando las tetas. Leo se va a poner contento, pero…

—¡Quita, quita! —musitó Diana, dejando vagar la vista por la habitación perfectamente ordenada.

—Te lo podría apañar descosiendo y luego darle unas puntadas para que se entalle lo máximo y estrechar la parte de atrás con un imperdible.

—Hemos quedado en diez minutos en la piscina —le recordó Diana.

—Mejor pídele uno a Mucha, de arriba es de tu talla y de abajo es una 38.

—Pero los bikinis de Mucha no son precisamente de color camel y discretos —comentó con una mueca graciosa.

—Estoy aburrida de ellos —confesó Martina mirando los bikinis con desgana.

—Pensaba que te gustaban.

—Ya no —dijo Martina, negando con la cabeza.

—¿Y por qué no te compras otros?

—Lo haré más adelante. —Luego retiró la vista de los bikinis y decidió mejor cambiar de tema y preguntar—: ¿Y qué me dices de lo trastornada que se ha quedado nuestra amiga en cuanto ha visto a Vera? —comentó Martina, tras coger el bikini que se iba a poner y guardar el resto.

—¿Verdad? —inquirió Diana, abriendo mucho los ojos.

—Se ha quedado toda loca —asintió Martina.

—¡Y Vera también! —observó Diana.

—No podían dejar de mirarse, estaban como embobadas.

—Flechadas —precisó Diana, entornando la mirada.

—Mucha dice que no se flecha.

—Porque aún no había conocido a Vera —replicó Diana—. Me temo que se le ha acabado presumir de que jamás ha sentido un flechazo fulminante.

—No me extrañaría tampoco. Cuando piensas que algo no va a ocurrir, viene la vida y te quita las razones —dijo Martina, que sabía bien de lo que estaba hablando.

—Tal cual. Y mira que se lo he advertido con el ejemplo de mis muñecos sepultados en la piscina ibicenca.

—No se puede hablar, cuando lo inesperado acecha a la vuelta de la esquina.

Martina dijo aquello con tanto conocimiento de causa que Diana arrugó el ceño y preguntó porque era el único imprevisto que concebía en su vida:

—¿De verdad que no estás embarazada?

—Qué va —respondió Martina que decidió dejar el tema de los imprevistos y seguir con el de Mucha y Vera—. Y en cuanto a Vera y Mucha…

—Vera ha pasado completamente de su novio —le interrumpió Diana.

—Y el novio no hacía otra cosa más que mirarte.

—¿En serio? —preguntó Diana, incrédula—. He estado pendiente del encuentro de estas dos y no he reparado en Leo.

—Leo no tiene ojos más que para ti —respondió Martina, tras guardar los bikinis en el armario.

Diana resopló, se colocó las gafas de sol que no se había quitado desde que se había levantado a modo de diadema y masculló:

—Me tenéis loca con eso. Y con la que tengo encima, no sé si ponerme cualquier bikini de los tuyos y listo.

—Ponte un bikini que te quede bien, por ti misma. Por mirarte al espejo y ver a un *superauténticopibonazo* —le aconsejó Martina, risueña.

—Uf.

—Tienes que hacerlo —insistió Martina.

Si bien Diana pensó que su amiga le estaba pidiendo demasiado…

—Soy la chica a la que ayer dejaron plantada en su boda.

—¡Con más razón te digo que no te va a hacer ningún bien verte con un bikini de braga alta colgandera!

—Me rindo —farfulló Diana, que se dejó caer y se sentó en el borde de la cama—. Y en cuanto a Leo, ¿no será que no me quitaba ojo porque está preocupado por mí, pero con una preocupación propia de hermano?

—No te ha mirado como un hermano jamás.

Diana contrarió el gesto, se tapó el ojo derecho con la mano y refunfuñó:

—Joder, itía, me está empezando a temblequear el ojo! —Y, acto seguido, se levantó de un respingo y dijo—: Mejor me voy, aunque

la otra seguro que me da la chapa con lo mismo.

—Nunca te habíamos dicho nada, pero ya que se ha abierto el melón… —comentó Martina, encogiéndose de hombros.

Diana se lanzó a la puerta y exclamó despidiéndose con la mano:

—¡Me voy!

Salió de la habitación, se dirigió a la de Mucha que estaba en la mitad del pasillo, llamó a la puerta con los nudillos y ella abrió luciendo un microbikini dorado con los triángulos más pequeños que Diana había visto en su vida.

—¡Ay, madre!

—¿Qué pasa?

—Que vengo a pedirte un bikini porque hasta que mi tía Luisa me traiga la maleta esta tarde no tengo nada, pero desde luego que no quiero uno como el que llevas puesto.

—¡Es comodísimo! ¡Pasa!

Diana entró en la habitación que ni estaba tan destartalada como la de ella, ni tampoco reinaba el orden absoluto como en la de Martina, y le suplicó:

—¡Déjame el bikini menos *sexy* y más soso que tengas!

—Ja, ja, ja, ja.

—Soy una chica que está haciendo el duelo a un cabrón desalmado.

—Ya, pero es que yo no tengo bikinis así.

—El que llevas es espectacular y resalta tu cuerpazo serrano.

—¿Tú crees? —inquirió Mucha, dando una vuelta sobre sí misma.

—¡Eres una *superbuenorra*!

—¡No me hables de tías buenas! —le exigió Mucha, poniendo una cara muy graciosa.

—Ja, ja, ja.

—¡Es muy fuerte que Vera Uclés esté aquí! ¡Me he quedado alucinada en cuanto la he visto! —exclamó Mucha, llevándose la mano al pecho.

—Flecha, se llama flecha —matizó Vera, que alzó las cejas.

Mucha la miró horripilada, negó con la cabeza, batió las manos y masculló:

—Noooooooooooooooooooooooooooo.

—Ja, ja, ja, ja. ¿En serio pensabas que nunca te iba a alcanzar una?

Mucha estaba segura de que lo suyo no era un flechazo, sino otra cosa que le explicó a Diana:

—Vera Uclés me gusta desde que aparecía en la tele local dando el parte del tiempo en lo alto del puerto de Navacerrada, temblorosa de frío y con los mocos congelados, pero en plan como puede gustarme Margot Robbie.

—Ella tiene un aire a esa actriz —comentó Diana.

Vera era alta, rubia, guapa, de melena larga, cejas gruesas, ojos azules, nariz pequeña y con la punta hacia arriba, boca grande, sonrisa luminosa y mandíbula ancha. Una chica de cara dulce, pero que se veía de lejos que tenía carácter y que era un espíritu rebelde.

—Es una diosa —afirmó Mucha poniendo los ojos en blanco.

Y Diana soltó una carcajada porque si aquello no era un flechazo, a ver qué era:

—Ja, ja, ja.

—Me he quedado idiotizada al verla, pero ya. ¡No hay nada más! —zanjó Mucha, cruzándose de brazos.

—Se llama amor a primera vista —insistió Diana—. Y ya te tenía que tocar.

—No me va a tocar porque es la novia de Leo. Aunque pobre, porque Leo de quien está pillado es de ti.

—Vengo de ver a Martina y me ha soltado lo mismo. ¡Dejadme en paz! —le suplicó Diana, tras pasarse la mano por la cara—. Demasiado tengo con sobrellevar mi duelo terrible.

Mucha la agarró por los hombros, la abrazó fuerte y luego le dijo:

—Empatizo con tu dolor.

—Gracias.

—Y no vas a estar sola. Te vamos a acompañar.

—¡Muchas gracias! —musitó Diana, con lágrimas en los ojos.

—Y ahora voy a buscarte un bikini negro —comentó Mucha, tras deshacer el abrazo.

—Y aburrido —le pidió Diana, mientras Mucha abría el cajón del armario—. No vaya a ser que le guste a Leo, aunque estoy convencida de que no, me vea con el bikini *sexy* y se le pasen cosas

absurdas por la cabeza. Y no. No estoy para líos. No podría con un sobresalto más. Necesito tranquilidad, paz y…

—Amor —dijo Mucha, mostrándole un microbikini brasileño de triángulos de estampado de leopardo que se ataba con lazos—. ¿A que esto sí que es amor a primera vista?

—No, amor a primera vista es lo tuyo con Vera. ¡El bikini es muy bonito, pero no es para mí! —exclamó Diana, negando rotunda.

—Es el más tapadito que tengo. ¡Pruébatelo y verás que no es para tanto! ¡Y sienta de maravilla! La única pega es que apenas tiene sujeción. No es como el que yo llevo que contiene bastante. El tuyo no sujeta apenas para nadar o para hacer *paddle surf*, pero como vamos a estar de *chill* en la piscina, es perfecto.

Diana resopló y no le quedó más remedio que adaptarse a lo que había:

—Me lo tendré que poner. No hay otra.

—Cámbiate mientras voy al baño a aplicarme un poco de máscara en los ojos y *gloss* en los labios. ¡Toma, coge el bikini! —habló Mucha, pasándole el microbikini.

Diana lo cogió, Mucha se metió en el cuarto de baño y al poco aquella preguntó:

—¿Tú no notas a Martina un poco rara?

—¿En qué sentido? —replicó Mucha, a la vez que se ponía el *gloss* en los labios.

—Pues estábamos hablando de lo que te ha pasado con Vera…

—No me ha pasado nada con ella —le interrumpió Mucha, para matizar bien aquello.

—¡Jo, que no! —exclamó Diana al tiempo que se quitaba la camiseta y la ropa interior—. Hace cinco minutos estabas presumiendo de que jamás perderías la cabeza por nadie y zas…

—¡No he perdido la cabeza por Vera!

—Te faltan tres minutos y medio para hacerlo —repuso Diana, después de dejar la camiseta y la ropa interior sobre el respaldo de una silla.

—Bueno, sigue con lo de Martina… —le pidió Mucha, que no quería seguir ahondando en el tema.

—Al hilo de lo que estábamos comentando sobre Vera, se ha puesto a hablar con mucho fundamento sobre que lo inesperado acecha a la vuelta de la esquina, como si supiera muy bien de lo que estaba hablando y como si lo estuviera viviendo en carne propia. Y le he preguntado que si estaba embarazada.

—Antes ha dicho que no —le recordó Mucha a la vez que aplicaba la máscara de pestañas.

—Sigue diciendo que no —le contó Diana tras ponerse la parte de abajo del bikini—. Y también me ha confesado que está harta de sus bikinis sosos y aburridos.

—¡Por fin! —celebró Mucha.

—Solo espero que detrás de este cambio, no haya también un cambio de vida y se esté cansando de Alejo. ¡Me gusta tanto verlos juntos y seguir creyendo en el amor…! —exclamó Diana, mientras se ajustaba la parte de abajo del bikini con las lazadas.

—Nos lo habría contado, si estuviera mal con él.

—También me ha comentado cómo Vera y tú no podíais dejar de miraros embobadas —dijo Diana al tiempo que se colocaba la parte de arriba del bikini.

—De lo que me he dado cuenta es de que no ha hecho ni caso a Leo, pero claro Leo no hacía más que mirarte a ti.

—De mí olvídate. Y céntrate en Vera… ¡Creo que le gustas! —exclamó Diana, anudándose el bikini a la espalda.

—¿Quieres quitarte a Vera de en medio para tener a Leo solo para ti? —bromeó Mucha a la vez que se ponía más sombra en los ojos.

—Te digo lo que hemos visto Martina y yo. ¡Hay una química brutal entre vosotras!

—Ha habido como una especie de conexión —reconoció Mucha—, pero no va a pasar de ahí. Estos días van a ser de estar tranquilos, entre amigos y…

A Diana no le quedó más remedio que interrumpirla porque lo que estaba viendo ante el espejo le espantó:

—¡Mientras estáis en la piscina, mejor me voy a quedar en la cocina haciendo bizcochos!

—¡Anda ya! ¡Te tiene que quedar espectacular! Ahora salgo a verte, que me estoy repasando la raya del ojo.

—Mi chichi está espantado de ver que tu bikini no tapa nada —comentó Diana, horrorizada y clavada frente al espejo.

—Cubre lo justo y te hace el apaño hasta que llegue tu maleta.

—Mi pobre chichi aún no perdona lo que tuvo que escuchar de labios de esa zorraaaaaaaaaaaaaa. Con lo bonito que es… ¿Quieres verlo?

—Pues no —replicó Mucha, mientras acababa de retocarse—. Me fío de tu palabra.

—Eres una autoridad en la materia y me gustaría que me dijeras si tengo el coño feo —insistió Diana, que se plantó en el baño y se sentó en el borde de la bañera.

—Ni soy una autoridad en la materia ni me apetece verte la maravilla que tienes entre las piernas —repuso Mucha, mirándola a través del espejo.

—Entiendo. Solo tienes ojos para Vera. Estás en ese momento del flechazo en el que la razón ya deja de regir y no existe nada más que ella. ¡Y a tu pobre amiga, que necesita unos ojos expertos que la validen, que le den! —farfulló Diana, arrugando el ceño.

—Tú sabes muy bien cómo lo tienes —comentó Mucha a la vez que se daba unos brochazos de colorete en las mejillas—. No necesitas más validación que la tuya. —Y tras terminar con el retoque, se giró y le dijo a Diana—: Oye, te queda genial mi bikini. ¡Ni se te ocurra quedarte encerrada en la cocina haciendo repostería!

Salieron del cuarto de baño y Diana le confesó a Mucha señalándose los pezones:

—No tengo el *mood* que se necesita para ponerse un bikini de triángulos tan pequeños como sellos de Correos que apenas cubren los pezones.

—¿Y cómo crees que se te va a poner el *mood* si te quedas sola en la cocina con tu pena y con tu dolor?

Diana se puso la camiseta de Leo que estaba sobre la cama, pensó que ya tendría la noche para rumiar su drama y respondió apática:

—Iré a la piscina, pero no me voy a quitar la camiseta.

—¡Como quieras!

Las chicas abandonaron la habitación y salieron a la piscina, donde estaban el resto poniéndose protección solar…

—¡Ya estáis aquí! —exclamó Leo que no pudo disimular la alegría que le dio ver de nuevo a Diana—. ¿Quieres? —le preguntó tendiéndole el bote de crema solar.

Diana agarró el protector solar de un zarpazo no fuera a ser que le diera por ofrecerse a ponerle la crema y las otras empezaran con las risitas y las coñas y masculló:

—Gracias.

Y Vera, por su parte, a la que se le puso la misma sonrisa que a su novio al ver a Mucha, le ofreció a esta el bote de protector solar:

—Solo me falta ponerme en la espalda —le indicó Mucha.

—Si quieres, te lo unto —le propuso Vera, con una sonrisa que derritió a Mucha que, en cuanto había visto a Vera en la piscina con un bikini naranja y esa sonrisa que iluminaba planetas, sintió otra vez esa cosa que se negaba a llamar flecha.

Pero que debía parecerse bastante…

Y aceptó el ofrecimiento por una cuestión de cortesía, si bien en cuanto notó la mano de Vera sobre su piel, sucedió lo inevitable, y se le dispararon los pezones en tanto que, unos metros más allá, Leo le confesaba a Diana, que acababa de embadurnarse ella misma de protector solar por todas partes:

—He puesto la red de voleibol por ti.

A Diana se le daba genial jugar al voleibol, ya fuera en la cancha, en la arena o en el agua y era el deporte que practicaba regularmente. Pero no ese día, porque tras colocarse las gafas de sol a modo de diadema le confesó:

—No tengo ganas de jugar. Mira qué ojos…

Leo la miró a los ojos, luego a los labios y después a los ojos otra vez y, para su más absoluto espanto, se sorprendió a sí mismo murmurando:

—¡Y qué boca!

Diana abrió los ojos como platos y replicó por si acaso no había escuchado bien:

—¿Cómo?

Leo, sin saber dónde meterse, se revolvió el pelo con la mano, carraspeó y, muy apurado, se apresuró a decir:

—Digo que es lo que toca. Lo siento mucho…

Capítulo 10

Diana se colocó las gafas en su sitio, se las ajustó con el dedo índice y replicó:

—Supongo que cada día lloraré un poco menos, hasta que llegue una mañana en la que me levantaré, pensaré en él y ya no me dolerá.

—Así será.

—Y hasta que ese día llegue me va a tocar pasar por la rabia, la pena, el dolor, la culpa…

—Lo entiendo —masculló Leo, lamentándolo.

—Soñaré un montón de veces con que me casé y fui feliz, despertaré y me llevaré el bofetón de realidad, me pasaré meses deseando que todo sea un mal sueño, me volveré medio majara, me costará un montón volver a confiar en alguien y será difícil que supere el trauma de que me hayan dejado a pocas horas de la boda —confesó Diana, resignada a su suerte.

Sin embargo, Leo le dijo, convencido de que su suerte iba a ser otra:

—Lo superarás. Puedes contar conmigo…

—¿Para qué? —replicó Diana, enarcando una ceja—. ¿Te ofreces a casarte conmigo para que supere el trauma? —bromeó.

No obstante, Leo hablaba completamente en serio y respondió:

—Estoy aquí para lo que quieras.

—Te lo agradezco —musitó Diana, esbozando una pequeña sonrisa —. Estoy fatal. Me siento tan imbécil de haber pasado estos años amando y dándole todo a un tío que no lo ha valorado en absoluto.

—Cuando das tiene que ser compatible con lo que el otro quiere recibir, porque de lo contrario no lo va a valorar —repuso Leo, convencido de que él era absolutamente compatible.

—Tú fíjate lo de los bizcochos —comentó Diana, que no dejaba de alucinar con el tema cada vez que lo recordaba—. Es una chorrada, pero es algo muy significativo. Creía que le estaba dando el gusto y resulta que se lo tomaba como un saboteo…

—¿No habrás cogido también fobia a hacer bizcochos?

—No —respondió Diana, risueña.

—¡Qué susto! —masculló él, que pensó que solo le faltaba que por culpa de ese cretino se quedaran sin bizcochos.

—Me iba a meter en la cocina a hacer uno, pero Mucha ha insistido en que no me quede sola para que no esté refocilándome en mi drama y me he venido para acá.

—¡Mucha tiene razón! Me alegro de que estés aquí para jugar el partido.

—Pensaba que íbamos a estar tranquilos, tirados en las hamacas.

—¡Qué rollo! —exclamó Leo, poniendo cara de aburrimiento—. ¡Vamos a divertirnos un poco!

—¿Te hace mucha ilusión? —inquirió Diana, al verle con tantas ganas.

—Nos lo vamos a pasar muy bien. ¡Ya lo verás! —Luego, se dirigió a Vera, Mucha y Martina y les dijo—: Chicas, ¿empezamos el partido?

Martina levantó la mano y, señalando con la cabeza la hamaca que tenía detrás, exclamó:

—¡Me pido árbitra sentadita en la hamaca!

—¡Pues yo también me pido árbitra! —dijo Diana, que así se quitaba de líos.

No obstante, Mucha negó con la cabeza y le exigió en un tono que no admitía réplica:

—¡Tú a jugar! —Y, después, le explicó a Vera—: Diana es una fanática del vóley y es una máquina.

—¡A mí también me encanta! ¡Y se me da bien! —exclamó Vera, al tiempo que Mucha pensaba que a esa diosa todo se le tenía que dar bien.

Y, acto seguido, Mucha se percató de que Vera le acababa de dar la excusa perfecta para que Diana hiciera pareja con Leo y siguieran encendiéndose las chispas entre ellos, por lo que dijo:

—¡Genial! Entonces, como Diana y Vera sois las cracs y Leo y yo somos más normalitos, para que los equipos estén compensados, lo mejor es que en un equipo estén Diana y Leo y en el otro Vera y yo.

—¡Perfecto! —habló Vera, que estaba encantada de hacer pareja con Mucha.

—¿No sería mejor que Vera y Leo estén en el mismo equipo? —replicó Diana, solo para que a sus amigas no se les disparara la imaginación romántica tras hacer pareja con Leo y le dieran la turra después con todas las señales que supuestamente habrían captado entre ellos—. Son pareja y seguro que se entienden mejor, con miradas y esas cosas…

—Nos conocemos desde hace dos meses. Se entiende mejor contigo… —dijo Vera, que no pensaba cambiar de pareja.

—¿Y eso no nos daría ventaja? —inquirió Diana, que no iba a rendirse tan fácilmente.

—Para nada. Me parece que es el emparejamiento perfecto —respondió Mucha, muy seria.

—Perfecto, ¿para qué? —preguntó Diana, espantada.

—¡Para el partido! —exclamó Mucha, muerta de risa.

Y para zanjar de una vez aquello, Leo, que estaba encantado con la pareja que le había tocado, se quitó la camiseta, miró a Diana y le dijo con un gesto de la cabeza:

—Vamos al agua.

Luego, se duchó y saltó de pie al agua, y detrás fueron Mucha y Vera, en tanto que Diana se quedó en el borde de la piscina impresionada con el cuerpo de su amigo.

Pues aquello era un espectáculo, tenía una espalda de nadador impresionante, unos pectorales perfectos, unos abdominales marcados, unos oblicuos que…

—¿Qué haces ahí? —le gritó Leo, desde la zona en que el agua le cubría hasta la cadera, interrumpiéndole a Diana el recuento de músculos—. ¡Quítate la camiseta y tírate a la piscina!

Diana pensó que ni loca iba a jugar un partido de vóley con un microbikini de leopardo que no sujetaba nada, así que negó con la cabeza y luego habló:

—Me voy a meter con la camiseta. No quiero que me dé el sol en la espalda.

—¡Pero si te has puesto mogollón de crema protectora en la espalda a ti misma con una técnica que me ha dejado flipado! —le recordó Leo.

Y Mucha, entonces, tuvo una ocurrencia para que su amiga se quitara la camiseta y pudiera jugar más cómoda:

—Yo sé lo que le ocurre —dijo Mucha.

—¿Qué me pasa? —preguntó Diana, temiendo la respuesta de su amiga.

—Que no te has hecho la láser en los pezones —respondió Mucha, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada.

Sin embargo, Diana no estaba para risas, la fulminó con la mirada y le exigió:

—¡Tía, no seas cabrona! Que aún sigo rumiando lo que la otra me dijo de mi papo precioso.

Pero Mucha, en su afán de que se liberara de la camiseta, siguió con aquello y le dijo a Leo:

—Ese es el problema que tiene. ¡Ya ves tú, qué tontería! Cuando tendría que aceptarse tal cual es, con sus pezones peluditos, tan adorables…

Diana resopló, se quitó la camiseta con rabia, solo para que su amiga dejara la bromita, la arrojó sobre una hamaca, se duchó y se tiró a la piscina de cabeza en la zona más profunda.

Luego, buceó hasta salir a la superficie justo al lado de Leo, en la zona donde cubría poco más de un metro, y gritó con un pezón fuera por culpa de la zambullida:

—¡Ya estoy aquí!

Leo no pudo evitar que la vista se le fuera al pezón y deseara atraparlo entre sus dientes como un…

Como un… nada, pensó Leo, que apartó esa imagen de la cabeza, le clavó la mirada y le dijo:

—¡Genial! Pero se te ha movido un triángulo…

Diana se percató de que tenía el pezón fuera, pero se alegró porque así dejaba el tema zanjado al gritarle a todos:

—¿Veis como no necesito depilación láser?

—Tienes una teta muy bonita —le dijo Vera.

—Gracias —repuso Diana, colocándose bien el bikini.

—Tampoco pasaría nada si lo hubieras tenido de otra manera… —farfulló Leo, flipado con el pezón.

—Qué me vas a contar, que soy de abrazar toda la diversidad capilar humana. ¿O no te acuerdas de lo peludo que era Jorge? —le recordó Diana.

—Ajá —gruñó Leo, que no podía dejar de pensar en hacerle cosas a ese pezón.

—Ya que estamos todos, ¡empecemos el partido! —gritó Mucha.

—¿Quiénes son los capitanes? —preguntó la árbitra.

—La excelencia manda: Vera y Diana —respondió Mucha.

—¡Da lo mismo! —musitó Diana.

—Pues Vera y Diana son las capitanas —dijo Martina en modo árbitra—. ¿Y tenéis alguna moneda por ahí para lanzarla y quien acierte elija saque o cancha?

—¿No tienes ninguna en tu neceser de playa? —replicó Diana, extrañada.

—No, porque guardo las monedas en la cartera que me dejé en Madrid —respondió Martina, poniéndose nerviosa.

—Lo decidimos a piedra, papel o tijera —zanjó Mucha para empezar cuanto antes.

—Paso. Que se me da fatal jugar a eso —dijo Diana.

—Juego yo por ti —se ofreció Leo.

A todos les pareció bien. Vera y Leo se pusieron frente a frente para el juego; ella sacó piedra y él papel…

Leo envolvió con su mano ancha y fuerte el puño de Vera, y esta corroboró una vez más que quien le encendía como nadie era Mucha.

Que solo ella iba a ser capaz de provocarle un incendio…

Pero, de momento, se limitó a sonreír a Leo y a decirle:

—Tú ganas.

Él optó por el saque, ellas eligieron el lado en el que querían jugar y Martina les recordó las reglas antes de empezar:

—Primero sacará el equipo de Diana y Leo dos veces, luego el equipo de Mucha y Vera sacará otras dos veces y así hasta que gane quien anote once puntos.

Se colocaron en sus posiciones, comenzó el partido y Diana metió el primer punto de saque.

Le hizo tanta ilusión que, después de la noche que había pasado y el estado anímico en el que se encontraba, hubiera logrado semejante puntazo que se abrazó a Leo y chilló:

—¡No me lo puedo creer!

Leo pensó que tampoco podía creerse que tuviera a Diana en sus brazos y soltera y gritó también:

—¡Es increíble!

—Pensaba que iba a estar muy torpona, por culpa de mi drama, pero ¡es el mejor punto que recuerdo! —gritó colgándose del cuello de Leo y dando saltitos de alegría.

—¡Eres increíble! —exclamó Leo, que la abrazó más fuerte para expresarle su apoyo y su amor.

Y Diana, inexplicablemente, al abrazarse a Leo, sintió como si su drama se hubiera puesto en pausa y hubiera encontrado un lugar seguro. Un lugar en el que se sentía validada, comprendida, escuchada…

Acto seguido, experimentó cómo se activaba dentro de ella algo que pensaba que iba a estar requetemuerto una larga temporada, y que ella achacó en ese mismo instante a alguna movida hormonal, pues empezaron a entrarle unas ganas irrefrenables de recorrer con

las manos la espalda portentosa de Leo hasta acabar en el pedazo de culo que…

Que nada. Porque a Diana le entró un ataque de sensatez y se recordó a sí misma que Leo solo podía ser su amigo y que además era una mujer destrozada que tenía que hacer un duelo en condiciones y eso no incluía estar pensando en culazos, por lo que se apartó de él y le dijo:

—¡Muchas gracias! El vóley no se me da nada mal.

Leo, sintiendo que la conexión que tenía con Diana era potentísima a todos los niveles, replicó para que supiera que no solo era increíble jugando al vóley:

—Me pareces increíble en todo.

Diana agradeció que le dijera semejante cosa cuando lo estaba pasando tan mal, si bien puntualizó:

—Te lo agradezco, pero no soy increíble en todo.

Él le clavó la mirada intensa y profunda y replicó con un tono de voz que Diana encontró de lo más *sexy*:

—Para mí sí y…

Leo no pudo seguir hablando porque desde el otro lado de la red, Mucha gritó:

—¿Podéis dejar la cháchara para otro momento?

Volvieron al juego y esta vez el punto estuvo muy disputado durante los más de tres minutos que estuvo la pelota sin tocar el agua.

Si bien Diana, con una destreza espectacular, después de un montón de pases arriesgados, de levantamientos de pelota para preparar el ataque y sus consiguientes fintas y remates, de bloqueos cerca de la red, de devoluciones de los ataques del equipo contrario y de impedir varias veces que la pelota cayera en su propio campo, consiguió al final el punto y quedarse también con las tetas fuera.

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiií! —gritó Diana, abrazándose a Leo que no sabía cómo decirle que su microbikini estaba absolutamente descolocado.

Justo como estaba él, descolocado perdido. Pues después de abrazarla, y que los pechos de ambos quedaran pegados, sintió como un corrientazo que le hizo vibrar entero.

Y se empalmó…

Muy apurado, se apartó de Diana y exclamó, antes de que se percatara del bultazo que había crecido entre sus piernas y que agradecía que el agua tapara:

—¡Colócate el bikini bien que se te ha movido un poco y sigamos jugando!

Diana se percató de que no solo tenía las tetas fuera, sino que tenía los pezones durísimos.

Y no lo entendía.

Su deseo no podía estar reactivándose un día después de que hubiera sucedido el drama de su no boda y encima con su mejor amigo.

Es que no podía ser, se repitió Diana.

Luego se dijo a sí misma que de ninguna manera se iba a dejar llevar, que ella controlaba, y para que Leo no se pensara cosas raras, le explicó mientras colocaba los triángulos en su sitio:

—Se me ponen los pezones así de duros por el frío.

Leo miró de refilón los pezones y sintió que iba a romper el bañador por la entrepierna, porque para él el agua no estaba nada fría.

Seguidamente, le preguntó a Diana que si estaba lista y continuaron con el partido.

La pelota fue de un lado a otro hasta que llegó el tanto de Vera, que Diana y Leo no aceptaron por considerar que la bola había caído fuera de los límites de la cancha.

Y pidieron a la árbitra que se pronunciara, sin embargo, Martina, desde que había empezado el partido, se había puesto a mirar el mar y a escuchar de fondo los gritos y las risas de sus amigos mientras intentaba no pensar en nada.

Así que no tenía ni idea si el punto era válido o no, lo que sí que tenía claro era que le iba a tocar dirimir qué parejita iba a darse un abrazo.

Y decidió que fueran Vera y Mucha, a las que les concedió el punto.

Diana y Leo protestaron, mientras las chicas se fundían en un abrazo que las volvió del revés.

Luego, se miraron, sintieron mariposas y se dijeron un montón de cosas sin pronunciar ni una sola palabra.

La que habló fue Diana que, tras lanzarles una mirada retadora, les advirtió:

—¡Este es el último punto que vais a anotar!

Las otras se troncharon de la risa y siguieron con el partido en el que Diana falló con las predicciones.

Porque aumentó la compenetración de Vera y Mucha a medida que fueron jugando más, entre otras cosas porque con cada punto se daban unos abrazos que las dejaban temblando de la cabeza a los pies.

Y así siguió el partido muy igualado, en tanto que Martina se partía de risa de ver cómo los cuatro luchaban cada punto con la motivación de celebrarlo con un abrazo que cada vez era más largo y más intenso.

Aquello se llenó de miradas cómplices, de deseo y de magia, entre pelota que iba y pelota que venía, hasta que llegó el punto decisivo.

Diana sacó con suavidad y colocó un *drop shot* que dejó a todos boquiabiertos, porque la pelota pasó por encima de la red y cayó justo pegado a ella, sin que Mucha y Vera pudieran hacer nada para evitar la derrota.

Diana y Leo gritaron de alegría, agitaron los puños al aire en señal de victoria, saltaron y finalmente se abrazaron.

Mucha y Vera se sonrieron, se miraron y sintieron que ellas también tenían mucho que celebrar ya que la conexión iba a más.

Así que Vera ni se lo pensó, saltó a los brazos de Mucha, le rodeó el cuerpo con las piernas y exclamó:

—¡Esto es muy grande!

Mucha, con los ojos vidriosos, asintió y, reprimiendo las ganas de comerle la boca, replicó porque en la vida había sentido nada semejante:

—¡Estoy en mi *prime*!

Y mientras ellas estaban con su particular celebración, los otros seguían abrazados y sucedió lo inevitable.

—¡Dios! —murmuró Diana al sentir la dureza enorme de Leo presionando contra su vientre.

—¡Qué puntazo! —repuso Leo, convencido de que Diana estaba haciendo alusión al juego.

Sin embargo, Diana negó con la cabeza y habló entre dientes para evitar que las otras se enteraran de lo que acaba de pasar:

—Lo digo por la berenjena.

Leo arrugó el ceño y sin tener ni idea de lo que estaba hablando, inquirió:

—¿Qué berenjena?

—¡La tuya!

Leo que, con la euforia del momento, se había olvidado de lo alegre que tenía la berenjena, deshizo el abrazo y masculló con un corte tremendo:

—¡Perdona!

—No pasa nada —musitó Diana, que pensó que tan solo era grande y dura como ninguna otra que hubiera conocido antes.

—Es que con la excitación del partido… —se justificó Leo.

—Claro, claro —asintió Diana, con la misma excitación que él.

—Lo siento —repuso Leo, apurado—. Es algo ajeno a mí. O sea…

Diana entendía que, entre la adrenalina del partido y tanto roce por los abrazos, se le hubiera despertado la anaconda. No obstante, no iba a darle mayor importancia, pues solo era una reacción natural del cuerpo ante un estímulo y replicó:

—Lo comprendo —le interrumpió Diana para que se quedara tranquilo—. Aparte de que entre nosotros jamás pasará nada y que no pienso catar más berenjenas hasta que pase *mucho* tiempo…

Capítulo 11

Al día siguiente, decidieron ir a ver la puesta de sol en Beso Beach, en la playa de Es Cavall d'en Borràs, un chiringuito frente al mar, perfectamente integrado en el paisaje, decorado con estilo bohemio y chic, a base de materiales naturales como la madera, el mimbre o el lino, en el que se pidieron unos palomas que pagó Leo…

—Hoy tenía que haber invitado yo —lamentó Martina, sentada en una mesa con Diana y Leo, mientras que Vera y Mucha bailaban frente al DJ.

—No te preocupes —le dijo Leo.

—Tengo las tarjetas en Madrid y no sé acceder a las contraseñas de la *app* para poder sacar dinero con el teléfono —explicó Martina, sintiéndose fatal.

—Eres mi invitada —le recordó Leo, quitándole importancia.

—No quiero ser una gorrona —insistió Martina, agobiada.

—Eres mi amiga y no tienes que preocuparte de nada —replicó Leo, con una sonrisa gigante.

—Te lo agradezco, pero es que me siento fatal por no poder pagar nada. ¡Y con lo caro que es todo aquí! —musitó Martina, mordiéndose el labio inferior de la ansiedad.

—¡Y tanto! No podría pagarme ni un agua mineral —confesó Diana —. Me he quedado tiesa con la boda y encima Míster Pufo se ha llevado lo de la cuenta común.

—En Formentera pago yo y en Madrid me invitáis a cañas en el bareto de siempre —habló Leo, para que se quedaran tranquilas.

—Y ya puestos, también nos puedes seguir invitando a comer en Sacha —replicó Diana, con guasa.

—Cuando queráis —dijo Leo, al que no se le caía la sonrisa de la boca.

Estaba tan feliz de que Diana no hubiera dado el «sí, quiero» al gilipollas de Míster Pufo que le costaba bastante disimularlo.

—Cuando estrenes la película que vas a empezar a rodar en unos días en Chile y celebremos que es otro exitazo —le propuso Diana.

—Mi éxito es teneros como amigas —repuso Leo, que alzó su bebida y todos brindaron.

—¡Qué mono! —exclamó Martina, después de dar un sorbo a su paloma—. ¡Y qué generoso has sido siempre con nosotras!

—Siempre, lo que se dice siempre… —murmuró Diana, risueña.

—Bueno, de pequeño solo compartías tus juguetes con Diana —recordó Martina y Diana se puso bastante nerviosa.

Y más cuando escuchó a Leo que decía…

—Es que Diana siempre ha sido especial…

Diana, temiendo que empezara a toquetearse el pelo de los nervios y que pudieran interpretarlo de aquella manera, encontró la excusa perfecta para dejar ahí el tema y exclamó:

—¡Salgamos a ver la puesta de sol en el arenal, porque nos la vamos a perder!

—Vale. Voy a avisar a estas —dijo Martina, que se fue con su paloma en ristre a contarle a las chicas que se iban a ver la puesta de sol.

Luego, los cinco salieron del chiringuito con sus bebidas en la mano y se dirigieron por la pasarela de madera hasta el arenal, donde, tras sacar un pañuelo grande de su bolso, Diana propuso:

—¿Nos sentamos?

—Prefiero ver el atardecer desde la orilla del mar —respondió Mucha, tras dar un sorbo a su bebida.

—Yo también —se apuntó Vera.

—¿Vamos? —inquirió Mucha, a la que de repente se le aceleró el corazón porque Vera la volvía loca.

Lo que estaba experimentando con ella era absolutamente nuevo.

Vera no tenía más que rozarla con un dedo para hacerla arder en llamas.

A medida que la iba conociendo, más le fascinaba cómo era. Y parecía que a Vera le estaba ocurriendo algo parecido con ella y se estaban dejando llevar.

Así que juntas se fueron a ver la puesta de sol a la orilla del mar, en tanto que Leo, tras ayudar a Diana a extender el pañuelo sobre la arena, le dijo:

—Yo sí quiero sentarme.

—Genial —replicó Diana, que se sentó sobre el pañuelo y, acto seguido, Leo hizo lo mismo.

Martina sintió que sobraba, aparte de que le apetecía estar un rato a solas y les dijo:

—Si no os importa, prefiero irme hacia aquella zona de la izquierda, donde no hay gente, que quiero meditar un poco.

—Vete a meditar. ¡Sin problema! —exclamó Leo, que iba a reventar de felicidad porque no concebía un plan mejor que un atardecer a solas con Diana.

—Cuando salga la luna, regreso —repuso Martina.

—¡Perfecto! —exclamaron Diana y Leo.

Y cuando Martina se distanció lo suficiente para que no pudieran escucharla, Diana le preguntó a Leo:

—¿No la notas rara?

—Está agobiada por el problema que ha tenido con las tarjetas de crédito.

—Sí, pero esto de que se vaya a meditar es raro —comentó Diana, mientras veía cómo Martina se alejaba.

—Lleva años meditando.

—Lo suele hacer en el salón de su casa —le recordó Diana, mosqueada.

—Este sitio es muy especial y le habrá despertado las ganas de meditar y de conectar con la naturaleza —supuso Leo, al que le vino de pronto el olor que tanto le gustaba de Diana, una mezcla de rosa, jazmín y naranjo y tuvo que cerrar los ojos por un instante—. Yo ahora practico la meditación *metta bhavana*.

—¿Esa cuál es?

—La del amor incondicional. Consiste en irradiar amor, felicidad, paz, seguridad, salud y propósito de vida a uno mismo, a los que quieres, al mundo en general y a todos sus seres vivientes.

—¿Y qué tal?

—Me reduce bastante la ansiedad y el miedo.

—¿Y a nosotras nos irradias?

—¡Por supuesto! ¡Siempre! Os irradio para que seáis felices, para que estéis libres de dolor y de peligros y para que estéis en paz, sanas y fuertes.

—¡Jo, muchas gracias! Pues igual Martina está irradiando, lo que sucede es que la notamos tan rara que pensamos que estaba embarazada, pero dice que no. Así que tiene que ser otra cosa. En la comida has estado hablando mucho con ella, ¿te ha contado algo? —preguntó Diana, entornando la mirada.

—Me ha hablado de cosas que la inquietan y la desasosiegan.

—¿De qué? ¡Cuenta! —le exigió Diana, dando un respingo.

—De las desigualdades sociales, del hambre en el mundo, de los misiles nucleares, de los microplásticos… —repuso Leo, encogiéndose de hombros porque sabía que no le iba a convencer la respuesta.

—¿Y de cosas que le estén pasando más concretamente en su vida no te ha contado nada? —insistió Diana, que se colocó bien el tirante del minivestido *sexy* de estilo lencero negro de satén que se había comprado para encender el deseo de Míster Pufo durante la luna de miel y provocarle unas fantasías sucísimas que acabaran en polvo salvaje.

De hecho, todos los vestidos que había metido en la maleta eran del mismo palo, *supersexies*, cómodos y que le hacían sentir una

diosa ansiosa por explorar y por celebrar su sensualidad y su sexualidad.

Sin embargo, al que le estaba despertando las fantasías más sucias era a Leo, que desde que la había visto con el vestido que le hacía un tipazo de impresión, estaba con la berenjena toda loca.

Como justo en ese momento en que Diana se colocó bien el tirante y él se imaginó arrancándole el vestido. No obstante, apartó rápido la imagen y respondió:

—Solo de los males del mundo…

—Ojalá que no le esté pasando nada y no sea lo típico de que te preocupas por lo que pasa afuera porque tu vida está hecha unos zorros —musitó Diana, deseando lo mejor para su amiga.

—Martina siempre ha tenido mucha conciencia social y preocupación por el mundo en el que vive.

—Yo sigo diciendo que la veo rara —insistió Diana, tras retirar una pelusilla que Leo tenía en el hombro.

A Leo ese gesto le gustó, respiró hondo y después replicó:

—Echará de menos a Alejo.

—Puede ser.

—La que está pletórica es Mucha —comentó Leo, que echó un vistazo a la zona donde estaban y añadió—: Y están bailando y cantando la canción de Bad Bunny…

—¿Sí? —inquirió Diana, haciéndose la sorprendida porque desde ahí se escuchaba perfectamente la canción que estaban bailando.

—Están cantando: «Vámonos a chingar a la playa…» —canturreó Leo, rozando sin querer con su rodilla el muslo de Diana.

Diana sintió un cosquilleo raro en la nuca con ese roce, pero no le dio importancia y siguió mintiendo un poco más:

—No escucho bien con el ruido de esta gente que tenemos alrededor.

—Es esa canción.

Diana pensó que ya les valía a esas dos ponerse a cantar justo esa canción muertas de risa y comiéndose con la mirada y no encontró mejor manera de abordar el tema con Leo que preguntar:

—¿Y tú qué tal con Vera?

Leo, que con el sutil roce de su rodilla con la piel de Diana se había puesto malísimo, respondió seguro de que lo que le sucedía con ella no le iba a pasar jamás con nadie:

—Es una tía estupenda. Pero dormimos cada uno en una habitación.

—¿Tan terribles son tus ronquidos? —bromeó Diana, tras tocarse el aro de su oreja derecha.

—No chingamos.

—¿Qué? —inquirió Diana, pestañeando deprisa.

—Por seguir con la terminología de Bad Bunny. Ni chingamos en la cama, ni en la playa, ni en ninguna parte.

—¿Te has vuelto asexual romántico? —preguntó Diana, perpleja.

—Hemos estado saliendo un par de meses, pero no funciona —contestó Leo, negando con la cabeza.

—Hablas en plural. ¿Lo habéis hablado y habéis roto?

—No hace falta ni que hablemos.

—¿Por qué no te cuaja ninguna relación? —inquirió Diana, tras echarse unos mechones de pelo detrás de la oreja.

Leo pensó que porque, por mucho que buscara, no iba a llegar nunca nadie como ella, si bien en su lugar lo que respondió fue clavándole la mirada más todavía:

—Conozco a muchas chicas, pero ninguna me encaja.

—¿Y cómo puedes darte cuenta tan pronto, cuando estás en pleno enamoramiento de que Vera no es tu chica?

Leo descruzó las piernas, volvió a rozarla y respondió con la voz más grave todavía:

—Porque tengo perfectamente dibujada a esa persona que sí que es.

Diana, entre la voz y el roce de las pieles, se alteró un poco, pero lo achacó a que, por lo poco que había dormido, no le regaba bien el cerebro y replicó:

—En teoría también sé lo que quiero, lo que pasa es que luego me enamoro y pierdo la objetividad. Es lo que me pasó con Míster Pufo. Era frío y distante, sin embargo, lo justificaba porque le tocaron unos papás desapegados que jamás le dieron la mano ni para cruzar un

semáforo y nunca tuvo una abuela que le pasara a escondidas galletas de chocolate o un billete de veinte euros.

Leo levantó los brazos, colocó las manos detrás de la nuca unos instantes y exclamó divertido:

—¡Tu abuela lleva metiéndome caramelos en el bolsillo desde que la conozco! Los últimos el día en el que se suponía que te ibas a casar…

—No lo vi venir —lamentó Diana, mientras dejaba la vista perdida en el horizonte donde el sol descendía hacia el hemisferio invisible—. Mario llegaba siempre tarde a casa, se encerraba en su cuarto y no me hacía ni caso, y yo en vez de mosquearme lo excusaba porque era normal que necesitara su espacio, que estuviera cansado o que hubiera tenido un mal día. Como tampoco preferí darle importancia al hecho de que jamás tuviera una palabra amable con mi familia, que no se entrometió nunca en nada y que han hecho el papelón del siglo para que yo creyera que les gustaba.

—Hay que conocer bien a la persona y luego estar en la misma etapa —comentó Leo, tras atusarse el pelo con la mano y con la vista puesta también en el atardecer que teñía el cielo de naranjas y violetas salvajes—, a veces conoces a alguien que no quiere comprometerse, o alguien que está saliendo de una relación…

O como era su caso, pensó Leo, que siempre la pillaba o enamorada de otro o recuperándose de la última ruptura.

Y encima eran amigos y tenía miedo a que si le decía la verdad acabara perdiéndola.

—Le he conocido de verdad ahora —confesó Diana, mirando a Leo a los ojos color café que brillaban muchísimo—, cuando he descubierto que es un infiel, un mentiroso, un egoísta, un traidor y un estafador. Pero fui yo la que le empujé a los brazos de Silvana…

—Tú no tienes culpa de nada —aseguró Leo, con unas ganas de abrazarla que se moría.

Y no como un amigo, quería abrazarla y hacerle el amor hasta que el sol volviera a salir mil veces.

Si bien Diana, ajena al runrún que tenía su amigo en la cabeza, siguió sincerándose con él:

—Estuve ojeando los mensajes que se intercambiaban y ella se pasaba todo el tiempo diciéndole lo estupendísimo que es, lo gran profesional, lo bien que lo hace todo, lo deliciosos que le salen los capuchinos… Para él debía ser importante que su pareja le recuerde a todas horas que es el mejor vendedor de fertilizantes del mundo y que es la pera limonera. Y yo no le decía nada de eso, porque entre otras cosas tampoco le veía mucho el pelo. Y cuando le veía le recordaba cosas tan románticas como que había que comprar papel higiénico, atornillar una estantería o desatascar el lavabo.

—Son cosas normales de la convivencia —apuntó Leo, que estaba deseando hacer todas esas cosas domésticas con ella.

—Sí, pero lo nuestro no hizo aguas por la rutina, ni por las discusiones por tonterías que teníamos, ni por la convivencia, fue porque no supe darle eso que para él era tan importante.

—Su suministro narcisista —dedujo Leo, asqueado porque no soportaba a ese tío.

—No supe hacerle sentir importante —asintió Diana—. Aunque él tampoco me daba lo que para mí era importante. Lo que pasa es que no me fui a buscarlo fuera. Pensaba que solo estábamos atravesando un bache y que con el tiempo todo cambiaría. Y no imaginas lo agotada que estaba de jugar al gato y al ratón.

—¿Te refieres a que tú demandabas cariño y él no te lo daba?

—Me refiero a eso. Y al sexo —contestó Diana, mordiéndose el labio inferior.

Un gesto que provocó que a Leo le entraran ganas de comérsela entera, pero en su lugar lo que hizo fue preguntar desconcertado:

—¿Él era el gato?

—No. Yo era la gata en celo y él un ratón apático y cansado de tanto comer mortadela.

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó Leo, manoteando y al hacerlo sus dedos rozaron los de Diana.

Y ambos sintieron como un corrientazo que disimularon como pudieron y ella siguió contando:

—Siempre estaba detrás de él y sus rechazos me frustraban y me hacían sentir como una tía infollable. Él se sentía perseguido, agobiado, incómodo y yo acabé por dejar de darle besos en la boca

en cuanto volvía del trabajo por si se lo tomaba como una sutil petición para que me empotrara contra el armario de la cocina hasta cruzar Narnia. Luego, también dejé de abrazarle o darle muestras de un cariño puro y limpio, para que no se agobiara pensando que realmente le estaba pidiendo que me follara hasta que me quedara con las piernas como Quique Tembleque…

Leo se pasó la mano por la cara no fuera a ser que se le notaran las ganas que tenía de cruzar Narnia con ella y dejarla como Quique Tembleque, resopló, se apartó la mano y preguntó estupefacto:

—¿Y aun así quisiste casarte con un picha *flojer*?

—No era *flojer* del todo —contó Diana para que la entendiera—. De vez en cuando teníamos polvos bonitos y, sobre todo, quería casarme porque me parecía un padre perfecto para mis hijos. Mario tuvo una crianza desapegada porque los padres siempre estaban metidos en líos de fraudes contables y de inversión y no le quedó otra que sacarse solo las castañas del fuego, por lo que se volvió muy disciplinado y exigente. El único cariño, atención y cuidado que recibió de verdad fue por parte de sus tías, durante los veranos que pasaba en Logroño. Y él siempre me decía que después de lo que había vivido, tenía muy claro que iba a criar a sus hijos dándoles un apego seguro, cariñoso y respetuoso, justo el estilo de crianza que siempre he deseado para mis hijos. Y como le encontraba tan serio, tan responsable, tan centrado y tan muermazo jamás se me pasó por la cabeza que había heredado de los papás el gen del fraude, que me iba a robar el dinero de la cuenta, que me iba a ser infiel con su compañera de trabajo y que se dedicaba a hacer comentarios de *fotochichis* ajenos, del tipo: «me siento como un oso pardo ávido de miel».

—Ja, ja, ja, ja. ¿En serio que les ponía eso? —preguntó Leo, tronchado.

—Todo lo que leí era en ese registro. Él no es soez. No vi nada de quiero empotrarte hasta dejarte en silla de ruedas y cosas así…

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó Leo, al que se le pasaron por la cabeza un montón de cosas así.

—Eso fue lo que le tocó leer a mis ojos apagados y tristes horas antes de mi boda —lamentó Diana, clavándole la mirada.

—No tienes los ojos ni tristes ni apagados —masculló Leo, mirando fijamente a los ojos chisporroteantes de Diana.

—Porque nos estamos riendo con esto y me brillarán un poco.

—Tienes las pupilas dilatadas —habló él, con esa voz suya *sexy* y seductora y sosteniéndole la mirada.

Lo que provocó que Diana se pusiera nerviosa, le retirara la mirada y murmurara:

—Yo qué sé. Bueno, el caso es que es muy duro por lo que estoy pasando. A ver quién confía en alguien después de esto…

—Lo importante es que confíes en ti misma —comentó Leo, sin dejar de mirarla.

—Ya, pero es muy jodido que te dejen y ¡encima a pocas horas de la boda! —exclamó Diana, que le volvió a mirar otra vez.

—Nadie te puede dejar —aseguró Leo.

—¿Cómo que no? —preguntó Diana, que dio un respingo y las piernas se rozaron de nuevo.

Ambos se envararon del corrientazo y luego Leo le explicó con las pupilas tan dilatadas como las de ella:

—¡Te tienes a ti! No estás sola. Primero te tienes a ti misma y luego nos tienes a todos nosotros.

—En eso tienes razón —replicó Diana, que le apartó la mirada para no pensar en el corrientazo y cambió de tema, tras echar un vistazo a la zona donde estaba Martina—: Y hablando de la panda, ¿cuánto tiempo llevará Martina de palique con Genaro?

Leo pensó que él solo tenía ojos para ella y que el resto del mundo había desaparecido, si bien lo que respondió fue:

—No me he dado cuenta. ¿Y quién es Genaro?

—Es un tío italiano que hemos conocido en Beso Beach cuando hemos ido al cuarto de baño. Iba con un grupo y nos ha preguntado que dónde era mejor para seguir con la fiesta en Rigatoni o en Tipic. Martina se ha puesto a explicar las excelencias de uno y de otro, Genaro le ha preguntado que si era guía turística, ella le ha contado que es abogada y resulta que él también. Les ha hecho una ilusión tremenda ser colegas y se han quedado un buen rato hablando de lo suyo. Y ahora están otra vez dale que te pego…

—Está muerta de risa —comentó Leo, divertido.

—Estarán intercambiando anécdotas divertidas del ejercicio de la abogacía. Porque no pueden estar ligando…

—O sí —replicó Leo, que los observaba con atención.

—A ver, ilústrame. Tú eres actor. Manejas mejor que yo la comunicación no verbal, la gestualidad y las señales. ¿Cómo interpretarías a un tío ligando?

—Si tuviera que interpretar a un chico al que le gusta mucho una chica, tendría una postura erguida, con el cuerpo orientado hacia ella, me inclinaría un poco hacia delante, con los brazos abiertos, levantaría los brazos para proyectar feromonas, de vez en cuando habría un roce sutil de las pieles con la mano, con la rodilla…

—Todo eso me lo has hecho a mí —replicó Diana, ojiplática.

—¿Yo? —replicó Leo, haciéndose el sorprendido.

—Ajá —asintió Diana.

Y ya que estaban con el tema, Leo dejó caer algo que también había observado:

—Bueno, tú también te toqueteas el pelo, no paras de mostrarme las muñecas, me has quitado una pelusa de la camisa, te mordisqueas el labio inferior…

—¿Y? —replicó Diana a la defensiva.

—Son todas señales de flirteo.

—En mi caso no, por el contexto —aseguró Diana—, porque dime tú las ganas que tengo yo de flirtear y menos contigo. Te conozco demasiado bien y además ahí tienes a tu novia.

—Que pasa de mí —replicó Leo, divertido.

—La verdad es que se la ve más interesada en Mucha —comentó Diana, risueña.

—Y yo también prefiero estar aquí contigo —reconoció Leo, mirándola de un modo que Diana se puso nerviosa y volvió al tema de Martina.

—Entonces, dime, ¿qué te parece Genaro?

—Es alto, atractivo, tiene pelazo, buena planta, viste con estilo… ¿Te gusta para ti? —preguntó Leo, mosqueado.

—Noooooooooooo —contestó Diana, batiendo las manos.

—Entonces, ¿para qué me preguntas por Genaro? —inquirió Leo, que celebró que ese tío no le gustara.

—Quiero saber si crees que está ligando con Martina.

—Podría ser…

—¿En serio? —repuso Diana, espantada.

—Y también podrían estar ligando Vera y Mucha, porque mira las risitas que se traen y cómo bailan rozándose sin parar.

—¿Te molesta? —quiso saber Diana.

—No —respondió Leo, tan tranquilo.

—Lo vuestro es una relación abierta —dedujo Diana.

—No hay nada entre nosotros.

—¿Estás seguro? —insistió Diana al tiempo que se tocaba la nuca con la mano. Si bien, al instante, se percató de que estaba mostrándole la muñeca de nuevo y bajó la mano.

—Totalmente —respondió Leo.

—¿No lo vas a hablar con ella? —inquirió Diana, extrañada.

—Ya te dije que hay cosas que son tan evidentes que no hacen falta ni hablarlas.

—No entiendo cómo te duran las novias tan poco…

—Porque sé qué es exactamente lo que quiero.

—¿Y cómo es esa chica? —preguntó Diana, con una curiosidad tremenda.

Leo profirió un suspiro que él encontró de lo más absurdo y respondió sin dejar de mirarla a los ojos:

—Es preciosa, listísima, con un corazón enorme, cabezota, impulsiva, inquieta, soñadora, sabe lo que quiere y no le importa ir a contracorriente. Adora a su familia. Es el testigo de mi vida, la que está siempre ahí, con su amor y su generosidad y con sus verdades sin filtros. Es un espejo, y un reflejo que siempre me muestra lo que me niego a ver, con la que me troncho de la risa y con la que tengo conversaciones profundas que hacen cuestionarme mis certezas, una persona con la que he crecido, con la que tengo un vínculo bestial que desafía el tiempo y el espacio, que me hace ser mejor…

Diana, que estaba escuchando con el corazón desbocado, le interrumpió porque ella no podía ser esa chica, aunque la del retrato que acababa de hacerle se parecía sospechosamente a ella:

—Para, para… ¿Cómo que con la que has crecido?

—Eh, pues… —murmuró Leo, sin saber qué responder.

Y Diana se puso tan nerviosa que decidió dejar el tema ahí:

—Da lo mismo. Ya me he hecho una idea de cómo es la chica. —Y como no podía mantenerle más la mirada, la fijó en el horizonte y comentó—: El sol está a punto de ponerse…

—La puesta de sol de hoy es especialmente mágica, ¿no te parece?

El sol estaba a punto de hundirse en el mar en calma salpicado de barquitos y veleros, el islote de Es Vedrà se veía al fondo, el cielo se tiñó de impresionantes naranjas, rosas y violetas y Diana respondió:

—Parece que ni pintada para que empiece una historia de amor, pero no la de Martina y Genaro…

—No. Ellos están hablando de microplásticos.

Diana soltó una carcajada y luego, deslumbrada con el espectáculo de la puesta de sol, comentó tras recostar la cabeza en el hombro de Leo:

—¡Qué maravilla! Esto es demasiado bonito…

Leo sonrió y pensó con la mirada más brillante que nunca, una mirada que Diana sintió aunque no estuvieran mirándose, que ella tenía razón y que aquello ya no podía ser más bonito…

Capítulo 12

Tres días después, un día soleado y caluroso, navegaban por las aguas tranquilas en dirección a Caló des Mort, en la otra punta de la isla, donde iban a practicar esnórquel y luego a comer en el chiringuito Bartolo.

Mucha y Vera iban recostadas en la parte de atrás, Martina iba sentada en el asiento acolchado escuchando música con los auriculares puestos y la vista fija en el horizonte, y Diana estaba de pie frente al volante y con Leo detrás que iba manejando y explicándole todo.

—¡Qué emoción! —exclamó Diana, entusiasmada—. ¡Me encanta navegar en una Riva! Me siento como más elegante y sofisticada, y eso que llevo una camiseta de color carne entallada y unos pantalones vaqueros que yo misma he cortado de aquella manera y el largo de una pierna me llega a ras de nalga y la otra pierna cinco dedos por debajo de la ingle.

—Tu estilismo es muy original —dijo Leo, que estaba feliz de tenerla tan cerca, de olerla y de sentir el cosquilleo de la melena en la cara cada vez que el viento soplaba fuerte.

—No lo he querido seguir igualando porque me iba a quedar sin pantalón y la camiseta es un espanto, pero es la más discreta que tenía Mucha —contó Diana—. Es que solo metí en la maleta vestidos y con los vientos no era plan de estar navegando enseñando las bragas. Menos mal que añadí un pantalón vaquero por si un día refrescaba y me lo he cortado porque hace mucho calor.

—Te ha quedado genial —aseguró Leo, pues el destrozo que se había hecho en el pantalón no podía quedarle más *sexy*.

—Lo que me queda bien es la Riva —precisó Diana—. ¿Qué te sacaste para manejar este cacharro?

—Me saqué la licencia de patrón de yate para navegar sin límite de distancia de la costa.

—¿Es difícil? —inquirió Diana, mientras disfrutaba de la sensación tan maravillosa de navegar y de sentir el viento en la cara.

—No creo que sea difícil para una chica que conduce trenes de mercancías larguísimos.

—Y de noche, en vía libre y sin parar, de terminal a terminal. Pero me apasiona…

—Te admiro tanto…

—Y yo a ti. Y te agradezco el paseíto, porque es alucinante navegar en esta embarcación, en la que me siento como si fuera Grace Kelly, a pesar de mis pintas de friki.

—¡Tus pintas están bien! —exclamó Leo, tras girar un poco el volante.

—Tú sí que estás estupendo, ¡pareces un magnate de algo!

—Y tú también —replicó Leo, muerto de risa.

—Lo que sucede es que la embarcación es tan estilosa y su diseño y sus detalles son tan de llorar de bonita que es, que me levanta el *outfit*. Pero voy hecha una mamarracha. Tú, en cambio, estás ideal con tu camisa al viento y tus pantalones de lino impecablemente planchados.

—Gracias a tu abuela —reconoció Leo.

—¿Cómo que gracias a mi abuela? —inquirió Diana, sin entender nada.

—Aquellos veranos en el pueblo de tu abuela me cundieron muchísimo y, entre otras cosas, me enseñó a planchar.

—¿Y yo qué hacía mientras aprendías a planchar? —preguntó Diana, arrugando la nariz.

—Escribías correos electrónicos de siete folios a un novio que tenías…

—No sé ni para qué pregunto —bufó Diana, batiendo las manos—. Mejor enséñame cómo se maneja esta maravilla, para que me familiarice un poco con los controles y los sistemas de navegación.

Leo recortó un poco más la escasa distancia que les separaba para explicarle mientras le indicaba qué era cada cosa:

—Tenemos el volante, la palanca de cambios, el acelerador…

Y Diana, al sentir tan cerca la presencia de Leo, su calor, su olor y el roce de brazos que hubo sin querer, se puso tan alterada que le pidió:

—Vale, vale, por hoy ya es suficiente. Con la que tengo encima no voy a retener más.

Luego, Diana pensó que no entendía qué era lo que le estaba pasando con Leo y por qué su cuerpo reaccionaba así ante un sutil roce de pieles. ¿Era un mecanismo de supervivencia? ¿Acaso su cuerpo le estaba sugiriendo que tuviera sexo para olvidar? ¿Pero precisamente con Leo?

Liarse con Leo solo le iba a traer más problemas, pensó Diana, que se dijo a sí misma que tenía que estar tranquila y lidiar con su abandono de la manera más casta posible. Así que nada de sexo, ni con Leo ni con nadie, concluyó.

Seguidamente, Leo volvió a la posición anterior y le preguntó preocupado por ella:

—¿Hoy tampoco has pegado ojo?

—Me dieron estas unas gominolas de no sé qué…

—Cannabis —supuso Leo.

—Ellas me dijeron que eran de melatonina. ¿Eran cannabis? —preguntó Diana, que se giró y le miró enarcando una ceja.

—Ni idea. Ha sido solo una suposición… —respondió Leo, que pensó que Diana tenía los ojos más bonitos del mundo.

—Bueno —habló Diana, con la vista puesta de nuevo en el horizonte—, pues me tomé esas gominolas, estas me aconsejaron que visualizara algo que me diera paz y recreé la puesta de sol del otro día con mi cabeza apoyada en tu hombro.

—Y te dio paz —masculló Leo, con un enorme mariposeo en el estómago.

—Una paz tal que he dormido como un tronco —dijo Diana, con una sonrisa gigante.

A Leo le gustó mucho saber que Diana sentía su apoyo incondicional y que a su lado se sentía tranquila y segura y preguntó:

—Me alegro mucho. Entonces, ¿ya estás un poquito mejor?

—Estoy trabajándomelo mucho para centrarme en el aquí y en el ahora. Me esfuerzo por concentrar mi atención en el momento presente y pensar en mi drama lo menos posible. A veces lo consigo y otras no. No obstante, ahora que voy surcando los mares en esta embarcación tan cómoda y espectacular con este pedazo de motor y con este casco flipante que hace que la navegación sea suave y vibrante no me acuerdo para nada de ese cabronazo infecto.

—Estos momentos sirven para que te percates de que, aunque vayas a seguir teniendo momentos malos, también vas a poder estar bien a ratos —dijo Leo, que estaba dispuesto a darlo todo para que esos ratos cada vez fueran más largos.

—En este rato me lo estoy pasando pipa —reconoció Diana, que cerró los ojos un instante para sentir más el viento en la cara y el olor de la sal.

Leo lo celebró y así siguieron navegando hasta que atracaron cerca de Caló des Mort, una preciosa y pequeña cala en forma de media luna, de arena blanca y aguas turquesas, ideal para hacer esnórquel entre peces, que estaba rodeada de pinares, acantilados escarpados, rocas enormes y casetas donde se guardaban los llaüts, o sea, las embarcaciones tradicionales de los pescadores.

A Mucha y a Vera les faltó tiempo para ponerse las gafas de esnórquel, las aletas y lanzarse al agua y, detrás de ellas, fue

Martina que les informó antes de saltar:

—Me voy a nadar. Nos vemos en Bartolo a las dos. Llevadme el vestido y las chanclas, por favor.

Antes de que les diera tiempo a replicar nada, Martina se arrojó de cabeza al mar y Diana le preguntó a Leo, que estaba de pie frente a ella:

—¿A que está rara?

—Siempre le ha gustado más nadar que bucear.

—Pero es una actividad en grupo, ¿a qué cuento viene que se vaya a nadar dos horas y luego aparezca en el chiringuito con lo puesto? —inquirió Diana, desconcertadísima.

—Le apetecerá nadar.

—Y con ese bikini —murmuró Diana, con el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa al bikini? —quiso saber Leo, que no entendía por qué estaba tan mosqueada.

—Me dijo que estaba harta de sus bikinis sosos, le pregunté que por qué no se compraba otros y me respondió que más adelante. Es decir, como para las rebajas del año que viene y ¡resulta que aparece a los cuatro días con un bikini de Gucci que no sé de dónde habrá sacado!

—Lo habrá comprado —supuso Leo, sin darle importancia.

—¡No tiene tarjetas ni efectivo! —le recordó Diana.

—A lo mejor la madre ha hecho un Bizum a la tienda.

—Dudo mucho que la madre le haga un Bizum para pagar un bikini que cuesta un ojo de la cara —replicó Diana, pues aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Martina le devolverá el dinero en cuanto arregle el problema que tiene con las tarjetas —opinó Leo, pues él sí que encontraba aquello de lo más lógico.

—¿Y qué me dices del vestido? —inquirió Diana, que agarró el vestido que estaba sobre el asiento, se lo pegó al cuerpo y se lo mostró.

—Es bonito —respondió Leo, con un tono de voz más grave de lo normal, de solo pensar cómo le quedaría el escotazo a Diana.

—Martina jamás se ha puesto un vestido de tirantes, de escote profundo y rollo bohemio chic. Aparte de que es el vestido Danielle

de Isabel Marant y no es precisamente barato. ¡Y ayer apareció con un minibolso de Prada! ¡Aquí está pasando algo! No tiene tarjetas ni dinero, ¿cómo es posible que no pare de comprarse cosas caras?

—No tengo ni idea —farfulló Leo—. Pero es una persona madura, seria y responsable.

—¿Y por qué no habla con Alejo? —dijo Diana, entornando la mirada.

—Se hablarán por la noche o por la mañana temprano.

—¿Y cuándo se ha cogido ella más de una semana de vacaciones? —preguntó Diana alzando las cejas.

—Tendrán ahora menos trabajo en el bufete…

—Aquí pasa algo que la tiene con la serotonina alterada y que solo espero que no le haya abocado a una cleptomanía galopante.

—¿Qué dices? —repuso Leo, que solo pudo tomárselo a risa.

—Mi intuición rara vez falla.

—¿Y no será que en tu afán de no centrarte en tu drama estás viendo cosas raras donde no las hay?

—¿Te parece normal lo que está pasando? —insistió Diana—. Ella ha venido a navegar con su capazo de Primark, que además compró ¡rebajado! Es una tía austera que no sigue modas. ¡Es la única que no se ha comprado ni unas Samba ni unas Gazelle en su vida! ¡Solo lleva aburridas zapatillas *barefoot* que parecen de ortopedia!

—A ver…

—¿Tú has echado a faltar algo en tu casa? —preguntó Diana, rascándose el cuello de los nervios que la estaban entrando.

—¡No! Y en vez de especular tanto, ¿por qué no le preguntas a Martina directamente por sus compras?

—Sabes que es muy reservada. Va a ser inútil preguntarle nada —afirmó Diana, manoteando.

—Tendrás que esperar a que te cuente.

—Solo espero que la conversación no tenga lugar en la cárcel, porque al paso que va…

Leo agarró las gafas de esnórquel que estaban sobre el asiento y le dijo al tiempo que se las tendía:

—Anda, deja de anticipar catástrofes y vámonos a hacer esnórquel…

Si bien Diana miró espantada las gafas y le confesó a Leo:

—Con la ansiedad que tengo últimamente, no voy a soportar esas gafas que tapan la nariz. ¿No tendrías otras?

—Estuvieron conmigo mis tres hermanas la semana pasada y mi sobrina Daniela se dejó las gafas de natación y un tubo.

—¡Me valen! —exclamó Diana, feliz.

—Daniela tiene siete años —le recordó Leo.

—Ya sé la edad que tiene Daniela, pero no me voy a poner la máscara de esnórquel.

Necesito tener la nariz fuera…

Leo se fue a buscarlas y al poco apareció con unas gafas rosas de natación de corazones con sendos unicornios estampados en la parte de arriba y un tubo rosa chicle:

—Esto es lo que puedo ofrecerte.

—¡Justo lo que necesito para recordar que en el mundo no solo hay cerdos, infidelidades y traiciones, también hay rosas, corazones y unicornios! —exclamó tras cogerlo todo y dejarlo encima del asiento.

Y ya que estaban con el tema de los corazones, le preguntó a Leo mientras se quitaba los pantalones para lanzarse a ver peces—: ¿Y las otras qué te parece que estén como en un universo paralelo?

—Han congeniado muy bien —respondió Leo al tiempo que se desabotonaba la camisa.

—No sé si se habrán liado ya…

—Si son felices… —murmuró Leo tras quitarse la camisa.

Y Diana no pudo evitar quedarse mirando el pedazo de torso de su amigo, pero como quien ve una estatua en el museo arqueológico de Andros, se dijo a sí misma. No había ningún interés sexual en su mirada, solo admiración por la belleza que estaba ante sus ojos y que le llevó a preguntar, porque no entendía lo de Vera:

—¿Y no has hablado con Vera de vuestra situación?

—¿Qué situación? —replicó Leo, tras dejar la camisa encima del asiento—. Ya te he dicho que no hay nada. Y me alegro de lo que está surgiendo entre las dos.

—Qué rápido pasas página.

—Apenas salimos unas cuantas veces… —le recordó Leo a la vez que se quitaba el pantalón.

—Aunque llevara poco con un chico, me sentaría fatal llevármelo a mi casa de vacaciones y que no me hiciera ni caso —comentó Diana, alucinada con el encaje que tenía su amigo.

Leo pensó que había salido unos cuantos días con Vera, que se lo había pasado bien, pero que en ningún momento se había sacado a Diana de la cabeza. Y desde que estaba soltera otra vez, la tenía más dentro todavía…

—Estoy en otra película —dijo Leo, ya solo con el escueto bañador de natación.

—¿En qué otra? —replicó Diana, tras quitarse la camiseta y quedarse en bikini.

Leo la miró fascinado de lo bien que le quedaba el bikini y farfulló:

—¡Guau!

—¿Te gusta? —inquirió Diana a la vez que comprobaba que los triángulos estuvieran en su sitio.

A Leo le gustaba tanto el bikini que le estaban entrando ganas de arrancárselo con los dientes, si bien contestó:

—¡Mucho! El rojo es una pasada —disimuló Leo y añadió la primera absurdidad que se le vino a la cabeza—: Es un… ¡Rosso Mugello!

—No sabía. No estoy tan puesta como tú en tonos rojos de Ferrari. Me lo compré para poner una nota de color en las Maldivas. Bueno, ¿y en qué otra estás? —quiso saber Diana, tras dejar la camiseta junto a los pantalones.

—Lo que te quiero decir es que no me afecta para nada lo de Vera —se justificó Leo.

—Ya —masculló Diana, que agarró las gafas de unicornios, aflojó la correa, se las colocó sobre los ojos, las selló, las ajustó y las aseguró con la hebilla en tanto que Leo seguía dando explicaciones.

—Vera es una buena tía, me cae genial y le deseo lo mejor.

—No hace falta que le desees nada —repuso Diana, tras meterse el tubo de bucear en la boca—. ¡Se lo está pasando pipa! ¡Y yo ya estoy lista para ver peces!

Leo la miró y se partió de risa porque lo de Diana era único y genuino:

—Ja, ja, ja.

—¡Me da igual las pintas que tenga! —exclamó Diana—. Estoy en un momento de mi vida en que me da igual que me critiquen, que me juzguen o que me digan cómo tengo que hacer las cosas.

—No te juzgo, ¡es que eres capaz de hablar hasta con un tubo en la boca! —aclaró Leo, sin parar de reír.

—¡Y tampoco me callo debajo del agua! —replicó Diana, divertida.

Seguidamente, se pusieron las aletas y Leo gritó:

—¡Venga, saltemos!

—¡Vamos!

Ambos se dirigieron a la popa y, justo antes de saltar, Diana le tendió la mano:

—Mi vértigo. Ya sabes.

Él le agarró de la mano, se miraron y se lanzaron al agua gritando, del chispazo que sintieron al tocarse.

Luego, nadaron hasta la zona de las rocas donde estuvieron viendo peces hasta que, a la media hora, Diana gritó tras apartarse el tubo de la boca:

—¡Me ha picado algo en el culo! ¡Me arde y me escuece mogollón! ¡Esto es lo que tienen los bikinis que te dejan medio culo al aire!

Leo dio unas cuantas brazadas para acercarse a ella, se retiró las gafas de esnórquel y le dijo para que se tranquilizara:

—Será una medusa. Vamos a la embarcación que tengo una crema muy efectiva.

Nadaron hasta la Riva, subieron, se quitaron las gafas y las aletas, Diana se quedó de pie en la popa y Leo se fue a por un cubo de su sobrina.

—Hay que lavar la zona con agua de mar —le informó a Diana, en cuanto regresó a su lado con el cubo de unicornios.

—¡Lo que sea con tal de que me deje de picar! —exclamó Diana, mordiéndose los labios de lo que le picaba.

Leo llenó el cubo de agua y lo vertió con cuidado sobre la nalga que tenía hinchada y enrojecida.

—Lo bueno es que no tienes ningún resto de medusa —comentó Leo, tras inspeccionar la zona.

Acto seguido, le echó más agua de mar y no pudo evitar que entre el calorcito que hacía y la de cosas que se le estaban pasando por la

cabeza al ver el culo duro y redondo de Diana, se viniera arriba de un modo tan escandaloso que no le extrañó que de repente un grupo de chicas, que pasaron por allí en una zódiac, gritaran con la copa en ristre:

—Leoooooooooooooooooooo, ¡oleeeeeeeeeeeé tu mástil!

Diana que estaba que rabiaba del picor, se giró y le preguntó:

—¿Qué dicen esas de mástil?

—No sé. Ni idea —masculló Leo, apurado.

Y, por si Leo no tenía bastante, las chicas empezaron a hacerle fotos con los teléfonos mientras le pedían muertas de risa:

—Leooooooooooooooooo, un saludito…

Leo bufó, forzó la sonrisa, y levantó una mano al tiempo que saludaba:

—¡Hola!

—¡Cuidado que te la ensarta! —gritó una chica de pelo morado, a punto de hacerse pis encima de la risa.

—¿De qué hablan? —quiso saber Diana, que con el picor que tenía aún no se había coscado de lo que estaba pasando.

—¡Métemela a plazo fijo! —chilló otra chica de bikini plateado porque la zódiac se iba alejando.

—¡La tienes como una columna romana! —soltó otra a voz en grito.

Y ahí a Diana ya sí que se percató de lo que estaba pasando y masculló:

—Me parece que están hablando de tu polla…

Leo sin saber dónde meterse, esperó a que la zódiac estuviera lo suficientemente lejos para no escuchar los gritos de esas locas y, con un corte tremendo, habló:

—No he entendido nada. Cada una gritaba una cosa.

—He escuchado a una cómo decía bien claro que la tenías como el cuello de un…

Leo le interrumpió de la vergüenza que sintió, pues no debía haber nadie en Formentera que no se hubiera enterado de que se había empalmado y dijo:

—Da igual. Me voy a por la crema…

Capítulo 13

Leo se fue a por la crema, Diana se tumbó en la colchoneta bocabajo y se remetió el bikini para dejar la zona expuesta y que él pudiera extenderle bien la crema.

Leo volvió al momento a su lado con la crema y Diana le pidió:

—¡Pónmela, por favor!

Leo se sentó a su lado, abrió la crema, la aplicó con los dedos en la zona afectada y se puso más duro todavía:

—Dios —se le escapó, en un tono bronco.

—¡Ay! —gimió Diana, al sentir la yema de los dedos de Leo sobre su nalga.

—¿Te pica? —preguntó Leo, preocupado.

Diana pensó que más que la picadura de la medusa lo que le había hecho gemir así era el cosquilleo que Leo le había provocado en el clítoris con el solo roce de sus dedos, no obstante, respondió convencida de que iba a poder mantener a su libido bajo control:

—Puedo resistirlo.

—Esta crema va genial —aseguró Leo tras extenderla—. Y, en un rato, ya verás cómo la picadura ni te molesta.

—Gracias —musitó Diana, que agradeció estar bocabajo para que Leo no viera cómo tenía los pezones.

Acto seguido, Leo cerró bien la crema y luego se levantó para guardarla y lavarse las manos.

Y, tras volver junto a ella que seguía tumbada en las colchonetas de popa, comentó:

—Tiene pinta de que va a estar nublado hasta la tarde, así que mejor porque no conviene que te dé el sol en la zona.

Diana alzó la cabeza para ver las nubes y con lo que se encontró fue con la tienda de campaña de su amigo que, del corte que le dio, se lanzó en plancha a la colchoneta y se quedó tumbado junto a ella.

—Ja, ja, ja, ja. ¡No pasa nada porque la tengas como el cuello de un cantaor flamenco! —habló Diana, con guasa.

—Lo siento —se disculpó Leo, abochornado—. Es el calor, el mar, la sal…

—Tranquilo. Y no te preocupes, de verdad. Además, ya sabes que jamás podría estar con un chico con tantas opciones.

—¿Opciones a qué? —preguntó Leo, despistado, puesto que no podía dejar de pensar en lo increíble que era estar tumbado al lado de ella.

—A un montón de tías que quieren que les metas tu rabo descomunal a plazo fijo —respondió Diana, risueña.

—Iban con el copazo en la mano. ¡Y debían llevar bebiendo desde la noche anterior!

—Tienes mucho éxito con las mujeres —insistió Diana, pues estaba harta de ver cómo las tías reaccionaban ante su presencia.

—Se enamoran de mis personajes, no de mí —puntualizó Leo, que siempre había tenido la cabeza bien amueblada.

Sin embargo, Diana precisó con una sonrisa que a Leo le derritió:

—Tú eres mejor que tus personajes.

—Mi abuela dice lo mismo —comentó Leo, entre risas.

—Te adoro —aseguró Diana—. Pero jamás podría ser novia de un chico que, como tú, tiene miles y miles de tías babeando por él.

—Si tuviera una novia como tú, pondría el foco en ti, y me daría igual todo lo demás —afirmó Leo, sin dejar de mirarla.

—Es difícil poner el foco en alguien cuando se tienen tantas tentaciones —repuso Diana, que pensó que no le extrañaba que estuvieran así de locas con él, porque tenía unos ojos como de felino acechante y un cuerpazo cincelado en mármol que la tenían con el chichi pidiendo guerra.

Si bien se repitió a sí misma una vez más que nunca tendría nada con Leo, quien replicó con un tono de voz de lo más *sexy*:

—Cuando entro en una pastelería no me lo como todo. Sé restringirme. Y solo compro lo que quiero.

—¿Pero realmente sabes lo que quieres? —preguntó Diana, a la que de repente le entraron unas ganas locas y absurdas de comerle la boca.

—Quiero tener una relación estable y a largo plazo —asintió Leo, ajeno a las ganas de ella.

—¿Monógama? —inquirió Diana, con una curiosidad tremenda, tras mandar a paseo a sus ganas.

—Claro. Un vínculo profundo y duradero con la mujer de mi vida y formar una familia.

—¿Tú crees que vas a poder tener un vínculo así con tanta tía como te ronda? —quiso saber Diana, porque lo veía imposible.

—¿Para qué voy a ponerme a coquetear con otras cuando la que me interesa eres tú? O sea… —masculló Leo, que se mordió los labios tras la metedura de pata.

—Ya, es un decir —farfulló Diana.

Sin embargo, a Leo le salió del alma soltar con una rotundidad absoluta:

—No.

—¿No? —replicó Diana, perpleja.

—Quiero decir que tendría que ser alguien como tú —se justificó Leo—, que me conoces a la perfección, y a pesar de mis defectos, sigues a mi lado.

—Es difícil soportarte los días que empiezas a rodar y la semana del estreno, pero estos paseos en la Riva lo compensan —bromeó

Diana, que se puso de lado, dobló el brazo y apoyó la cabeza en la mano.

—Si tuviera una relación con una persona como tú, desde luego que no la pondría en juego por una tentación o por un impulso. Y tú sabes que soy un tío muy disciplinado —recordó Leo, que seguía bocabajo y que no pensaba para nada cambiar de postura hasta que la erección se le bajara.

—Que cae en la tentación de mis bizcochos —puntualizó Diana, con la mirada chispeante.

—Porque pongo lo tuyo por delante de todo —afirmó Leo, sin lugar a dudas.

Diana agradeció las palabras de Leo con una sonrisa, si bien le hicieron también acordarse de algo:

—Eso me ha hecho recordar que Míster Pufo no hizo ni el más mínimo intento de ponerme por delante y salvar lo nuestro.

—Porque era un Míster Pufo.

Diana resopló, pues empezó a sentirse mal de recordarlo y decidió que lo más sensato era cambiar de tema:

—Mejor volvamos al aquí y al ahora. ¿Cómo tengo el culo?

—Precioso —respondió Leo, sin pensárselo.

—Ja, ja, ja. ¿Y la picadura?

—Ya te ha bajado un montón.

Sin embargo, a él, pensó Leo, su cosa no se le bajaba ni para atrás.

El caso fue que siguieron conversando en las colchonetas hasta que llegó el momento de irse a almorzar a Bartolo, un palafito junto al mar con vistas increíbles.

Mucha y Vera aparecieron unos minutos antes de las dos para ducharse y cambiarse de ropa y con Martina se encontraron en el chiringuito cuando se presentó un cuarto de hora tarde y con un vestido corto entallado de color blanco, de cintura baja y faldita de volantes y unas sandalias de Hermès.

—Ya estoy aquí —masculló Martina, bastante sofocada, tras sentarse al lado de Diana.

Mucha y Vera estaban hablando muertas de risa en el otro extremo de la mesa y Leo estaba de pie, un poco más allá, haciéndose fotos con unos fans.

—Te había traído el capazo con tus cosas —dijo Diana, que se giró para coger el capazo que estaba colgado en la silla y se lo pasó a Martina.

—Gracias —musitó Martina, que agarró el capazo y lo colgó en el respaldo de su silla—. ¿Habéis pedido ya?

—Ensaladas de queso de cabra y hamburguesas, lo que pedimos siempre. Pero le hemos dicho al camarero que esperara a que tú llegaras para servirnos.

—¿A ese camarero? —quiso saber Martina, señalando con la cabeza al camarero que estaba frente a ella.

—Sí.

—¡Vale, ya me ha visto! —exclamó Martina, después de indicarle con gestos al camarero que podía traer las ensaladas—. Y perdonad la tardanza, es que me he liado y…

—¿De dónde has sacado la ropa? —preguntó Diana, que no daba crédito.

—Ha aparecido así, de pronto —respondió Martina, echando las manos a volar, pues de momento no quería contar más.

—¿Y de tu talla? —inquirió Diana, alucinada.

—Sí.

—¿Y el colgante? —quiso saber Diana, con la vista puesta en la cadenita de oro de la que colgaba un diamante.

—También.

—A ti no te gustaban los colgantes —le recordó Diana, que en la vida le había visto con uno puesto.

Martina echó la mano al colgante, lo agarró con fuerza y respondió:

—Este sí.

—¡Y también es la primera vez que te veo vestida de blanco!

—No. Me vestí de blanco en mi comunión —matizó Martina, risueña.

A Diana le pareció todo aquello tan raro que le dijo para que supiera que estaba ahí para lo que quisiera:

—¿Te apetece que hablemos?

—Tú échalo todo afuera —le aconsejó Martina—. Es bueno hablar después de lo que te ha pasado.

—Gracias, pero lo que te pregunto es si te apetece hablar de ti.

—¡Estoy bien! —replicó Martina, que de momento no iba a contar nada de lo que le estaba pasando, prefería vivirlo y ya tendría tiempo después de analizarlo. Así que cambió de tema y preguntó por Mucha y Vera—: Y estas, ¿cómo van?

—Ahí están con la chispa —respondió Diana, tras mirarlas de reojo.

—Tienen una química sexual que lo flipas. ¿Ella cortó con Leo?

—Leo dice que no hay nada que cortar.

—Tiene razón. Porque solo tiene ojos para ti —habló Martina, levantando las cejas.

—Bueno… —bufó Diana.

—¡Te acaba de mirar otra vez! —cuchicheó Martina, risueña.

—Y se empalma —contó Diana, bajando la voz—. Dice que es por el mar, el calor, la sal…

—Ja, ja, ja, ja.

—Y yo también me erotizo —confesó Diana, que habló entre dientes—. Me ha picado una medusa en una nalga, me ha puesto la crema y te aseguro que, si hubiera seguido un poco más, me habría corrido.

—¡Tía, eso es muy bueno!

—¿Por qué es bueno? —quiso saber Diana, pues para ella aquello era un lío tremendo.

—Porque cuando estamos deprimidos o ansiosos, el sistema nervioso desactiva todo lo que no sea necesario para mantenerse a salvo, incluido el impulso sexual. ¡Y tú tienes ganas!

—A lo mejor mi cuerpo solo clama venganza —supuso Diana.

—O quizá es que Leo te gusta de verdad —replicó Martina, encogiéndose de hombros.

—¡Jamás podría estar con un tío al que van pidiéndole fotos con esas caras de que el chichi les está dando volteretas!

—Va con el sueldo —le recordó Martina—. Se debe a su público. Y no ha dejado de echarte miraditas en todo este tiempo.

—Calla, ¡que ya viene!

Leo se sentó junto a Diana. Al momento aparecieron las ensaladas y disfrutaron de la comida entre risas, a pesar de que no dejaron de acercarse personas a la mesa para pedir fotos…

—Yo también le pedí una foto a Leo —confesó Vera a los postres, después de que este se hiciera una foto con una familia, y todos se echaron a reír. Si bien Vera insistió—: En serio, le conocí así. ¡Soy fan! He visto todos sus trabajos, está fabuloso siempre, pero cuando hace comedia romántica es un genio. Es natural, creíble, gracioso, tiene una planta increíble y es rematadamente guapo.

—Y ese día, le pediste una foto y te flechaste —comentó Diana, que estaba ansiosa por conocer la historia.

—No, ni me fleché ni me enamoré. Estuvimos hablando un rato, un mes después coincidimos en un evento, luego nos fuimos de copas y nos lo pasamos muy bien. Quedamos unas cuantas veces más, pero nosotros no cuadramos.

—Para nada —repuso Leo, negando con la cabeza.

—Ambos tenemos claro qué es lo que preferimos en una pareja y entre nosotros no hay compatibilidad —aseguró Vera, rotunda, mientras se terminaba la sandía.

—Ninguna —dijo Leo, tras dar otro mordisco a su helado de limón.

—O sea que no estáis juntos —concluyó Diana, con su cucurucho de helado de chocolate en ristre.

—Nunca he sido la primera persona a la que llamaría si le pasara algo bueno o algo malo —habló Vera, tras limpiarse la boca con la servilleta.

—Esa persona es ella —apuntó Mucha, señalando a Diana con la cabeza.

—¿Yo? —replicó Diana, a punto de atragantarse con el helado.

Martina, que estaba comiéndose una tarta de queso muy despacio, para que le durara más, le preguntó a Leo:

—¿Quién fue la primera persona a la que llamaste para comunicarle que te habían dado el papel en la película que vas a empezar a rodar en unos días en Chile?

Y la que se apresuró a responder a la pregunta fue Diana:

—Me llama a mí porque tiene la agenda organizada por orden alfabético y la D está antes de la M de mamá, Mucha o Martina o la P de papá, o la R de su hermana Rosa, la S de su hermana Sonia, o la U de su hermana Úrsula.

—Te llama porque eres muy especial para él y lleva enamorado de ti desde siempre —sentenció Vera, con una sonrisa enorme.

—¿Qué? —replicó Diana, a la que tampoco le extrañó que una vez más, Leo la hubiera utilizado de excusa para quitarse a una tía de encima.

—¿Todavía no le has confesado lo que sientes por ella? —le preguntó Vera a Leo, sorprendida.

—A ver… —farfulló Leo, tras pasarse la mano por la cara y muerto de la vergüenza.

—He metido la pata. ¡Lo siento! —se excusó Vera, juntando las manos.

Leo resopló, la miró abochornado y replicó para que dejara ahí el tema:

—No pasa nada.

Si bien Vera interpretó sus palabras como que no pasaba nada y que podía seguir largando alegremente al respecto y eso fue lo que hizo:

—Él me dijo que tú serías la única persona que elegiría para compartir su vida, porque además de que siente una gran atracción por ti, eres su mejor amiga y tenéis una compatibilidad y una complicidad totales. Y esto último es lo más importante a la hora de elegir pareja, porque la belleza y esa atracción salvaje es pasajera, pero lo que perdura es todo eso tan especial que vosotros ya tenéis. Y pienso que haríais una buenísima pareja y que lo vuestro podría funcionar muy bien. ¿Tú qué opinas, Diana?

Diana pensó que ya era hora de que Leo se inventara un pretexto nuevo cada vez que quería librarse de una tía, porque este le tenía aburrida. Y agradeció que apareciera el camarero con los chupitos para no tener que responder a la pregunta.

Luego, la conversación siguió por otros derroteros, se rieron un montón y acordaron ir después a ver la puesta de sol frente al islote de Es Vedrà.

Y, precisamente, de camino a la isla, Diana, que iba de pie junto a Leo en la Riva, volvió a sacar el tema de que era su coartada favorita:

—Te podrías inventar algo nuevo cuando quieres dejar una relación… —comentó Diana, bajando la voz para que Vera, que iba junto a Mucha y Martina recostada en las colchonetas, no la escuchara.

—Soy actor. No guionista. No sé inventar.

A Diana le entró una cosa por el cuerpo rarísima, porque Leo dijo aquello con una voz y mirándola de una manera que además estaba con las rodillas como flanes. Así que decidió que lo mejor era dejar el tema porque si Leo no estaba inventando, ¿era que estaba diciendo la verdad? No quería ni pensarlo y soltó mirando al horizonte…

—¡Qué bien que el día se haya despejado! No hay ni una nube.

—La puesta de sol va a ser espectacular.

—Me encanta Es Vedrà —musitó Diana, con la vista puesta en el islote de unos cuatrocientos metros de altura que emergía del mar y que cada vez se veía más cerca.

—Ya verás cuando estemos enfrente.

—Es un sitio muy mágico —masculló Diana, después de soltar un suspiro que ella encontró de lo más tonto.

—Dicen que es uno de los puntos más magnéticos de la Tierra. Y por lo visto hay marineros y pescadores que cuentan que las brújulas dejan de funcionar cuando están cerca.

—¿En serio? —preguntó Diana, convencida de que le estaba vacilando.

—Estuve la semana pasada con mis hermanas y todo funcionó perfectamente. Aparte de que tampoco vimos sirenas…

—¿También se han visto sirenas? —inquirió Diana, risueña.

—Dicen que el islote es un refugio de sirenas y que también se han visto por la zona extrañas sombras en el mar deslizándose a grandes velocidades.

—Me estás acojonando —farfulló Diana, arrugando el ceño.

—Pues aún hay más.

—¿El qué? —inquirió Diana, con los ojos muy abiertos.

—Se han avistado ovnis y dicen que los extraterrestres tienen una base bajo el islote.

—Bueno, tú me salvas de todo. Eres un superhéroe —comentó Diana, entre risas.

—En la ficción —matizó Leo, divertido.

—Algo se te acabará pegando de los personajes.

—Según tú y mi abuela soy mejor que mis personajes —le recordó Leo.

—¡Por supuesto! —asintió Diana mientras se agarraba la melena, pues el viento le estaba echando el pelo a la cara.

—Aunque tú te has enfrentado a bichos peores que los de mis películas.

—Eso es verdad —replicó Diana, envarándose con orgullo—. Y estoy aquí de pie, con mi amor propio, queriéndome cada día un poco más, sintiéndome menos cretina por haberme colgado de un gilipollas y teniendo más claro que nunca cuáles son mis límites y que no voy a permitir que nadie me falte el respeto. Así que olvida lo que te he dicho. No necesito que me salves de nada ni de nadie. ¡Yo me basto y me sobro!

—¡Así habla una superheroína!

Se partieron de risa y siguieron navegando hasta que llegaron frente al islote, donde fondearon a esperar a que el sol se escondiera.

Vera puso música de Bewis de la Rosa, Mucha se fue a por el agua y las cervezas, Martina a por el champán, Diana a por las copas y Leo sacó unas bandejas con queso, jamón y frutas.

Y así estuvo todo listo para el fiestón en la Riva, mientras el sol descendía y el cielo se llenaba de violetas y naranjas.

Y al poco, se generó una atmósfera mágica, bailaron, fliparon con la puesta de sol y, cuando definitivamente desapareció, brindaron con champán.

Luego, Martina puso a Bad Bunny y bailó eufórica dando vueltas sobre sí misma con la copa en alto, Vera agarró a Mucha por la cintura y bailaron pegadas y de una forma muy *sexy* y Diana se colocó delante de Leo dándole la espalda, le perreó muerta de risa y él se puso tan cardiaco como durísimo.

Y así estuvieron bailando hasta que a Diana le dio por levantar la vista al cielo para ver salir las primeras estrellas y con lo que se

encontró fue con un gran punto de luz rosa parpadeante que le hizo gritar:

—¡Ahí arriba hay un ovniiiiiiiiiiiiiiiii!

Todos alzaron la vista al cielo y se quedaron alucinados sin saber qué era esa cosa que parpadeaba sin parar.

—No parece un dron —comentó Mucha.

—No tengo ni puta idea de lo que es —farfulló Vera, atónita.

—¡Yo sí! —exclamó Diana, maravillada—. Son extraterrestres que vienen a enviarme un mensaje—. Las chicas se partieron de risa, pero Diana siguió hablando muy seria—: A pesar de mis tropiezos, ¡el amor está aquí!

—Aquí, ¿dónde? ¿A tu lado? —replicó Vera, sin parar de reír.

—¡En todas partes! —exclamó Diana, eufórica.

Leo la miró, pensó que era la tía más genuina y valiente que había conocido en la vida y luego le sonrió para que supiera que la entendía y que celebraba que no se pareciera a nadie…

Capítulo 14

Cuatro días después, Diana estaba en la cama viendo el TikTok de un supuesto experto en seducción al que odiaba, pero que no podía dejar de mirar.

Durante el día no habían parado, habían recorrido la playa de Ses Illetes hasta Es Trucadors y habían comido por la zona, luego habían ido a ver atardecer en Pirata Bus, después a cenar en Es Mirador y de allí a casa, porque al día siguiente querían madrugar para navegar hasta Ibiza y pasar el día entero.

Si bien Diana se metió en la cama, cerró los ojos y no pudo hacer otra cosa más que pensar en Leo y en lo que había sentido durante esos días, como cuando habían estado haciendo el tonto en el agua, cuando le había dado a probar su helado de menta y chocolate en La Mukkeria de Sant Francesc, cuando se había abrazado a su cintura durante el paseíto en Vespa hasta el faro de la Mola, cuando había apoyado la cabeza en su hombro una vez más para ver la puesta de sol, cuando el día anterior habían bailado sin parar en el

concierto de Calvin Harris en el Ushuaïa de Ibiza o cuando esa misma noche se habían despedido con un beso en la mejilla y una sonrisa tan irresistible que a ella le habían entrado ganas de empujarlo a su cama y no salir de allí en unos cuantos días.

Es más, sus ganas habían sido tantas que se había masturbado como llevaba haciendo las últimas noches, para sobrellevar el duelo, conciliar un sueño más reparador y porque Leo le ponía como no recordaba que le hubiese puesto nadie en su vida.

No sabía qué era lo que le estaba pasando, si era el mecanismo de supervivencia que tenía su cuerpo para seguir adelante, una especie de venganza o que realmente se estaba pillando por Leo.

Pero ahí que estaba cada noche dale que te pego y orgasmando más y mejor que lo que lo había hecho durante el noviazgo con Míster Pufo.

Si bien esa noche el orgasmo no le produjo la sensación de sueño y de relajación de las otras veces, sino que le dio por pensar más aún en Leo, en su mirada, en su sonrisa, en su cuerpazo, en su manera tan *sexy* de caminar…

Aquello era horrible, así que agarró el teléfono y se puso a ver el TikTok de ese tío al que detestaba, pero que no podía dejar de mirar, y así le dieron las cuatro de la mañana.

Desesperada, saltó de la cama, se puso una camiseta, agarró el teléfono móvil, lo puso en modo linterna y salió de la habitación en dirección a la cocina para hacerse una infusión de valeriana.

Y, mientras esperaba a que la taza de agua se calentara en el microondas, le dio por mirar por la ventana y se percató de que Mucha estaba en el jardín, tirada en una hamaca, y mirando las estrellas con una cara de flipada tremenda.

Así que decidió hacerle compañía, agarró la taza ardiendo, le añadió la bolsita de valeriana y se dirigió al jardín…

—¡Buenas noches! —exclamó Diana, en voz baja para no asustarla.

Pero casi que fue peor, porque su voz sonó a criatura extraña del más allá y le metió un buen susto a la pobre Mucha que dio un respingo y, tras llevarse la mano al corazón, gritó:

—¡Ay, que me da!

—Ja, ja, ja

—Tía, ¡qué susto! —farfulló Mucha.

—¿Quién pensabas que era? —preguntó Diana, que no podía parar de reír.

—Los extraterrestres de la nave rosa —bromeó Mucha.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Diana sentándose en la tumbona que estaba al lado de la de Mucha.

—No puedo dormir. ¿Y tú?

—Tampoco. Llevo un buen rato con el teléfono haciendo *hate watching*.

—Y cada vez estás más despierta —le interrumpió Mucha.

—Las pantallas, ya sabes —replicó Diana, tras dar un sorbo a su valeriana—. Así que me he levantado a por una valeriana a ver si me ayuda a conciliar el sueño.

—Imagino que, por las noches, cuando te metes en la cama, es cuando peor lo debes pasar —supuso Mucha tras recogerse el pelo en una coleta alta—. Se te agolpará la tristeza, la rabia, la ira, la frustración y la pena porque terminara algo en lo que habías puesto tantas ilusiones.

Diana pensó que, cada vez que se metía en la cama, lo que le asaltaba era un deseo infinito y unas ganas locas de retozar salvajemente con Leo.

Pero ni de coña se lo iba a contar a Mucha, ya que lo que menos le apetecía era pasarse hasta el amanecer hablando de la atracción tan bestia que sentía por Leo y acabar más confundida todavía, por lo que replicó:

—Ahí voy.

—Tienes que transitar tu duelo, nena.

A pajas, pensó Diana, si bien en su lugar masculló con un gesto compungido:

—Ya. Y tú, ¿qué tal?

Mucha suspiró, clavó la vista en el cielo y musitó:

—No puedo dejar de pensar en lo que me está pasando.

—Con Vera.

Mucha se puso de lado, la miró y le confesó con un enorme brillo en los ojos:

—¡Es que hasta nuestros traumas son compatibles!

—¿Os habéis liado ya? —preguntó Diana, convencida de que sí.

Sin embargo, Mucha negó con la cabeza, dio un tirón a la camiseta blanca *oversize* que era lo único que llevaba puesto y respondió:

—No, porque ella es especial y estoy cagada de miedo. No me vi venir esto.

—Yo sí. Ja, ja, ja, ja.

—Tía, en serio, yo estaba tan feliz, con mi soltería y mis cosas, y de repente aparece ella y me rompe los esquemas. Y encima en la situación en la que nos hemos conocido, que te recuerdo que era la novia de nuestro amigo.

—Realmente nunca fueron nada —precisó Diana, agitando la taza al aire.

—Ya, pero jamás podría haberme imaginado que esta chica iba a obligarme a cuestionarme muchas cosas. Porque tenemos un montón en común, los mismos intereses, los mismos valores…

—¡Qué bien! —exclamó Diana, pues aquello sonaba genial.

—Y me entiende como nadie por lo que te digo de los traumas —confesó Mucha, entre ilusionada y ansiosa—. Ella también creció con un padre ausente y se ha pasado toda la vida sintiéndose atraída por personas que no están disponibles emocionalmente en un intento vano y absurdo de superar el maldito trauma.

—Pero tú siempre dices que eres una tía independiente, que no quieres ataduras y demás.

Mucha soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y se sinceró con Diana como nunca lo había hecho:

—Lo que no quiero es volver a revivir la mierda que pasé con mi padre, colgarme de alguien y que me deje tirada. Así que he tenido el cuidado de relacionarme con personas que no quieren nada serio, hasta que ha aparecido ella y resulta que se ve viviendo conmigo y con Golfo, en mi casa de Segovia. Parece increíble, pero ¿sabes que de pequeña Vera tuvo un mastín clavadito a Golfo y que lleva tres años pensando dejar Madrid y marcharse a un pueblo de Segovia?

—Caray… —musitó Diana, que estaba escuchándola alucinada.

—Se quedó flipada cuando le conté que hace cinco años encontré trabajo en el colegio de Segovia y que, como no tenía un céntimo, decidí restaurar yo misma una casa abandonada. Y hace tres días, le

presenté a mi madre, a mi abuela, a mis hermanos y a Golfo —contó Mucha, con una sonrisa enorme.

—¡Ya conoce a la familia! —exclamó Diana, llevándose las manos a la cara de la emoción.

—Surgió de la manera más natural, mi madre me hizo una videollamada desde mi casa, pues se van a quedar en Segovia hasta que yo regrese, y como Vera estaba a mi lado, se los presenté. Y luego le pedí a mi madre que le mostrara la casa…

—¡Y le encantó! —exclamó Diana, tras dar un sorbo a la infusión.

—Le gustó todo —asintió Mucha, emocionada—. Mi familia, mi Golfo, mi casa. ¡Es que ni aposta nos hacen más compatibles! Y fíjate de la manera en qué nos hemos conocido…

—Muchas historias empiezan por casualidad.

—Y por necesidad —añadió Mucha.

—¿Por necesidad? —preguntó Diana, arrugando la nariz.

—No quiero que esto acabe aquí —reconoció Mucha, abriéndose en canal—. Necesito que siga. Quiero seguir conociéndola, compartiendo y construyendo la relación bonita que nos merecemos.

—Dios, ¡te has enamorado! —musitó Diana, llevándose la mano al pecho de lo impresionada que estaba de escuchar a Mucha hablar así.

—Lo que sé es que cuando te digo que es una necesidad, no es porque quiera que cubra un hueco o porque la necesite para que me salve, sino porque necesito que sigamos caminando la una al lado de la otra, queriéndonos, admirándonos y creciendo juntas.

Diana la miró perpleja, pestañeó deprisa y preguntó divertida y muy feliz por ella:

—¿Eres Mucha o me la han cambiado?

—Es culpa de Vera, que por cierto ha crecido en un matriarcado como yo, con su abuela, su madre y su hermana que es cinco años menor que ella. ¡Las dos somos hermanas mayores! Hasta eso lo tenemos en común…

—Os entendéis de maravilla desde el minuto cero.

—Hemos vivido cosas muy parecidas —contó Mucha, entusiasmada —. Por ejemplo, a ella le costó contarle a su familia que era bisexual, pero cuando lo hizo recibió el apoyo incondicional de los suyos. Lo

mismo que yo, que tardé en contar en casa que me gustaban las mujeres, pero cuando lo hice me dijeron que lo sabían desde los tiempos de las *Powers Rangers* y que me querían, amara a quien amase. Y otra cosa en la que nos parecemos es en que nuestros padres se largaron cuando éramos adolescentes y nos sentimos de alguna manera responsables de su marcha, por no ser suficientes, porque nos faltaba algo… —reconoció Mucha, con un punto de tristeza en la mirada—. Y ambas nos volvimos exigentes, perfeccionistas, responsables, frías y desconfiadas.

—Sois geniales y no sois responsables de que vuestros padres se fueran —replicó Diana, tras apurar la infusión.

—No lo somos y merecemos ser felices. No obstante, estamos las dos que no nos creemos lo que nos está pasando y tenemos miedo y…

Mucha no pudo seguir hablando porque de repente sonó el teléfono móvil de Diana y las dos se sobresaltaron:

—Es un número de esos largos —dijo Diana, tras dejar la taza en el suelo, agarrar el teléfono y comprobar quién era—. No lo voy a coger.

Diana rechazó la llamada, pero al momento sonó el teléfono…

—¿Es el mismo? —inquirió Mucha, mosqueada.

—Sí.

Diana volvió a rechazar la llamada y sucedió otra vez lo mismo, a los tres segundos estaba sonando el teléfono otra vez.

—Esta insistencia es rara —habló Mucha, entornando la mirada.

—Sí, y a estas horas. Joder, ¡me estoy asustando! —exclamó Diana —. Voy a cogerlo a ver si es que está pasando algo.

—Sí, cógelo mejor. Y tranquila, que estoy aquí contigo —le dijo Mucha, apretándole la mano con cariño.

—Vale, gracias… ¡Hola! —saludó Diana, expectante.

—¡Por fin! —exclamó una voz que, por desgracia, a Diana le sonaba demasiado.

—¿Mario? —farfulló Diana, patidifusa.

Y Mucha se revolvió en la tumbona de la impresión que le dio volver a escuchar ese nombre.

—Te estoy llamando con mi nuevo teléfono australiano. ¡Agrégame! —le exigió Mario.

—¡No tengo otra cosa que hacer! —bufó Diana, que ni de coña pensaba volver a meterlo en su agenda.

—Ya sé que es tarde en España, pero tengo que hablar contigo —contó Mario.

—Ya hablé contigo todo lo que tenía que hablar —replicó Diana, en el tono de voz más borde que encontró.

—Esto es importante —insistió Mario.

Diana miró a Mucha con cara de espanto, apartó el teléfono y susurró:

—El capullo de Mario dice que quiere hablar de algo importante.

—Entérate a ver qué es —le aconsejó Mucha, hablando muy bajito.

—No me apetece para nada —bufó Diana, con la cara descompuesta.

—Lo entiendo, pero hay que descartar que no tenga algún pufo por ahí y te pueda meter en algún lío.

Diana respiró profundo y pensó que lo que acababa de decir Mucha no podía ser más sensato y farfulló:

—Tienes razón.

—Te dejo para que hables tranquila.

—No te vayas, por favor —le suplicó Diana—, necesito que también escuches a este cretino por si se me escapa alguna cosa.

—¿Quieres que me quede? —inquirió Mucha al tiempo que se escuchaba de fondo al otro hablar.

—¡Claro! —aseguró Diana, rotunda—. Le pongo en manos libres…

—No hace falta, ¡se escucha todo!

—¡Dianaaaaaaaaaaaaa! ¿Estás? —gritó Mario desde el otro lado del teléfono.

—Sí —respondió Diana, asqueada de volver a escuchar su voz.

—Como no decías nada…

—Aquí estoy —dijo Diana, en un tono de lo más antipático—. Dime qué es eso tan importante que tienes que contarme.

—Tú sabes que jamás me ha interesado la prensa del corazón, ni los cotilleos ni los chismes —comentó Mario para alucine de las chicas.

—¿Me estás llamando a las cuatro de la mañana para decirme esto y después de la cabronada del siglo que me has hecho? —inquirió Diana, que estaba que se subía por las paredes.

—Pues se te ve muy contenta —masculló Mario, con retintín.

—¿Cómo que se me ve contenta? —farfulló Diana, a la defensiva.

—Es lo que te estaba contando cuando me has interrumpido —explicó Mario—. No leo esas mierdas del corazón, pero Silvana sí. No tenía ni idea de que tenía ese placer culpable, pero cuando dispone de ratos muertos resulta que curiosea ese tipo de contenido y no para de mandarme pantallazos donde se te ve feliz.

—Me he perdido —murmuró Diana, que miró a Mucha que estaba igual que ella, no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Estás saliendo en las revistas del corazón, en los confidenciales y en todas partes —aclaró Mario, mientras las chicas se miraban atónitas.

—¿Yo? —repuso Diana, porque lo cierto era que en esos días ni se había molestado en mirar las noticias.

Solo veía en TikTok a gente absurda a la que detestaba. Así que estaba desconectada de todo, exactamente, lo mismo que sus amigos. Además, Leo tenía siempre la costumbre de no ver nada de lo que publicaban sobre él.

Si bien esa noche Mario se encargó de ponerla al día…

—Sí, tú. El nuevo y verdadero amor de Leo Manrique. Espera, que te lo mando. Acéptame en el WhatsApp…

Diana de solo escuchar el titular se partió de risa, igual que Mucha que se mordía los carrillos para no soltar la carcajada:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—¿Y te ríes encima? —replicó Mario, mosqueadísimo.

—¿Qué quieres que haga? —habló Diana mientras le agregaba al WhatsApp.

—Me parece muy fuerte que a los dos días de anular la boda estuvieras viendo la puesta de sol con la cabeza apoyada en su hombro y con una cara de éxtasis como si te hubieras tomado droga de la buena.

—¿Y? —preguntó Diana, porque a él qué narices le importaba lo que hiciera. Luego, abrió la foto que acababa de recibir en la que

aparecía con Leo contemplando la puesta de sol con el titular debajo y se la mostró a Mucha conteniendo la carcajada.

—¿Te parece normal? —inquirió Mario, enojado—. Me montaste un pollo tremendo por cancelar la boda y resulta que a los dos días estás así con tu amiguito. Pero es que tres días después, apareces desnuda navegando con él…

—¿Desnuda? ¿Qué dices? —farfulló Diana, porque aquello sí que no podía ser.

—Te mando el pantallazo.

Diana recibió la foto, se la mostró a Mucha y las dos se partieron de risa porque, al ir aquel día con una camiseta de color carne, parecía realmente que iba desnuda:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—¡Cómo te lo pasas! —bufó Mario, más enfadado todavía.

—No voy desnuda —le aclaró Diana—. Llevo una camiseta de color carne.

—Parece que no llevas nada. Y luego apareces en otra foto con unas gafas de corazones y unicornios saltando al agua de la manita de él ¡y feliz de la vida!

—A ver… —le pidió Diana, que se tapó la nariz para no troncharse.

—¿Tú crees que es la actitud de una persona que ha anulado su boda? —le preguntó Mario tras mandarle la foto—. ¡No me fastidies! Si hubieses estado tan enamorada de mí como decías, lo que menos te apetecería sería ponerte unas gafas rosas de corazones y unicornios.

—¿Me llamas porque te jode no verme llorando por las esquinas? —replicó Diana, y Mucha con gestos le dijo que eso era justo lo que le pasaba.

—Te llamo porque te hartaste a llamarme cabronazo, infiel y muchas más lindezas y tú estabas haciendo lo mismo que yo.

—Perdona, pero aquí el único infiel fuiste tú —precisó Diana, molesta.

—Tus sentimientos por mí no serían tan fuertes cuando a los tres días tu amiguito te estaba magreando el culo.

—¿Qué? —repuso Diana, al no tener ni idea de lo que hablaba.

—Hay fotos —dijo tras pasarle la foto en la que Leo estaba untándole la crema para la picadura de la medusa, si bien estaba tomada desde un ángulo que parecía que le estaba tocando el culo con ganas—. Y también hay un video que se ha vuelto viral en la que se le ve empalmado como un animal.

Y tras decir esto, Diana y Mucha estallaron en carcajadas:

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Estás con alguien? —preguntó Mario.

—Es el eco —mintió Diana, llorando de la risa.

—También te he visto perreándole en Es Vedrà, comiéndole el cucurucho en Sant Francesc…

—¿Qué cucurucho? —le interrumpió Diana, que estaba a punto de hacerse pis.

—Un helado. Se lo estabas comiendo con ojos golosos…

—¡Estaba buenísimo! —contó Diana, divertida.

—Y también te he visto en la playa con él, lanzándoos agua y haciéndoos aguadillas como dos quinceañeros —comentó Mario, rabioso.

—¡Qué bien nos lo pasamos! —exclamó Diana, que de repente cayó en la cuenta de por qué su abuela, con la que hablaba a diario, no paraba de decirle que la veía muy bien con Leo. ¡Es que era literal que la estaba viendo!

—Y también te he visto subida con él en la Vespa yendo de aquí para allá como si estuvieras viviendo el verano de tu vida.

—Pues ahora que lo dices… —replicó Diana, con guasa.

—¡Hasta te he visto bailando como una loca en el Ushuaïa!

—Y el lunes me vas a ver otra vez, porque volvemos a Ibiza a ver a David Guetta —le informó Diana, para que se fuera preparando.

—¿Y me puedes explicar para qué te pones a bailar en plan «mira qué buena estoy»? ¿Para llamar la atención? ¿Para que te miren? ¿Para sentir que aún estás en el mercado? ¿Para poner duro al primate de tu amiguito? ¿O para que te vea desde Australia lo bien que lo pasas sin mí?

—Bailo porque tengo ganas de hacerlo. ¡Y la verdad es que estoy mejor sin ti! —exclamó Diana, porque era la pura verdad.

—No sé qué estás haciendo —masculló Mario, en un tono que sonó a regañina.

Sin embargo, Diana tenía muy claro lo que estaba haciendo:

—Estoy tomando el control de mi vida, me quiero, me respeto…

—¿Y has superado lo nuestro en tan poco tiempo? —preguntó Mario, desconcertado con la actitud de su ex.

—Lamento si es un golpe duro para tu ego, pero jamás voy a rogarte que vuelvas —contestó Diana y Mucha la felicitó por su respuesta chocándole la mano.

—Una persona madura y seria estaría pasando este proceso en un lugar sereno, haciendo cosas tranquilas, recogida, meditando, reflexionando, llorando, secándose las lágrimas, volviendo a llorar…

—Ja, ja, ja, ja. ¡Estás jodidísimo por haberme visto pasar unos buenos ratos!

—Me cuesta creer que me hayas olvidado tan pronto y, si no estabas liada con tu amiguito desde antes, supongo que esto lo estás haciendo por venganza.

—No tenía ni idea de que nos estaban haciendo fotos ni de que tú lo ibas a ver —pensó Diana al tiempo que alucinaba con el ego que tenía el tío.

—Si lo haces para sentirte deseada, tienes que saber que Leo es el clásico valiente que se lo folla todo.

—Lo que me folle a ti te tiene que importar una mierda. Aunque ya que estás tan interesado en el tema, te diré que estoy tirada en la cama con mis bragas y mi sujetador más atrevidos, los de encaje y seda, y justo en este instante Leo acaba de entrar para seguir jugando conmigo. Así que voy a colgar, da saludos a tu nueva pareja. ¿O no sabe que me estás llamando porque no paras de babear los pantallazos que te manda?

Mario profirió un gruñido y, con un cabreo tremendo y sin molestarse en decir adiós, la colgó.

Luego, Mucha y Diana se miraron y se troncharon de risa…

Capítulo 15

Al día siguiente, un día soleado y caluroso, Diana se levantó a las doce de la mañana, se duchó, se vistió y, al salir a desayunar, se encontró con Martina que iba con muchas prisas:

—¡Buenos días, dormilona! —exclamó Martina que venía de darse un baño en la piscina.

—Ayer me quedé hablando con Mucha hasta muy tarde.

—Se ha ido hace un rato con Vera a pasar el día a la playa de Migjorn —comentó Martina, tras retirarse con los dedos unas gotitas de agua que tenía en la frente.

—No te vas a creer lo que pasó… —habló Diana, abriendo mucho los ojos.

—¡Te contó que se ha liado con Vera! —supuso Martina, expectante.

—No, pero está pillada hasta las trancas. Lo que pasó es que me llamó Mario —dijo Diana, poniendo cara de asco.

—¡Dios! ¿Y qué quería?

—Tenemos *paparazzi* siguiéndonos a todas partes y resulta que soy el nuevo y verdadero amor de Leo Manrique —respondió Diana, haciendo un corazón con las manos.

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—Hay registro de todo —comentó Diana, a la que le parecía increíble todo aquello.

—No tenía ni idea. Desde que estoy aquí, ni entro en las redes sociales —replicó Martina, que vivía al margen de casi todo.

—Yo sí que entro para ver gente a la que detesto. Me relaja mucho —confesó Diana, divertida—. Pero no sigo cuentas de corazón ni de cotilleos, así que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

—Y además Mucha y Vera están en su nube de purpurina y Leo a estas alturas pasa de todo.

—Leo no lee nada de lo que publican sobre él por salud mental —le recordó Diana.

—¿Te acuerdas aquella vez que publicaron que yo era su novia? —replicó Martina risueña.

—Sí. Y a mí también me colocaron el cartel de novia cuando le acompañé a un estreno. Pero esta vez soy la misteriosa y bella desconocida que sí que es el verdadero amor de Leo y no Vera…

—No. Vera desde luego que no —comentó Martina y ambas se rieron.

—Están pilladísimas, si bien tienen miedo porque no se esperaban que les fuera a pasar esto.

Martina resopló, se colocó en el hombro la toalla que llevaba en la mano y musitó:

—Así estamos todas, «recalculando ruta».

—¿Tú también? —inquirió Diana, perpleja.

Martina se mordió los labios y luego improvisó para salir del paso:

—No esperaba pasar estos días contigo…

—Ya —masculló Diana, convencida de que Martina ocultaba algo.

—Pero lo inesperado es bonito y hay que confiar en el proceso. Dios nos ama —dijo Martina, llevándose la mano al pecho.

Diana se mosqueó más todavía, la miró con preocupación y farfulló:

—Tía, ¿estás bien?

—Sí —afirmó Martina, rotunda—. Me voy a duchar, me cambio rápido y me marcho a dar una vuelta con la Vespa.

—¿Quieres que te acompañe? —inquirió Diana, que encontró esa salida de lo más extraña.

—¡No hace falta! Quédate desayunando tranquilamente. Además, Leo te está esperando, como eres su nuevo y verdadero amor —replicó Martina, entre risas.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Menudo cabreo que tiene Mario con el tema! —exclamó Diana—. Primero, pensó que estábamos liados desde hacía tiempo, luego me dijo que estoy actuando por venganza, después que si lo hacía por sentirme deseada y me hartó tanto que le solté la trola de que estaba esperando a Leo con mi lencería más *sexy* puesta.

—No entiendo nada —repuso Martina, arrugando el ceño—. ¿Qué le importa lo que hagas? ¿Por qué no se dedica a ser feliz con su amante?

—Le pregunté también que si Silvana sabía que babeaba los pantallazos que le manda en los que aparezco. ¡Y no veas cómo se enfadó!

—Pasa de él —sentenció Martina, batiendo las manos—. Y lo que te digo respecto a Leo no es un titular de la prensa de cotilleo. Es lo que pienso.

—No te voy a negar que tenemos una atracción brutal —reconoció Diana—. No sé qué me está pasando, si mi cuerpo se estará activando como un mecanismo de supervivencia y si es la manera que tengo de…

—¡No te líes! —le pidió Martina—. Te gusta y no pasa nada.

—Sí que pasa. Es Leo. Jamás podría enamorarme de él.

—¿Y si lo estás ya? —inquirió Martina, arqueando una ceja.

—Tía, que hace días tuve que cancelar mi boda y estoy atravesando un duelo. ¿Cómo voy a estar enamorándome de otro?

—Tu relación con Mario estaba tan mal que lo mismo llevas como unos siete meses de duelo —respondió Martina que cambió el neceser de playa que llevaba de una mano a otra.

—Lo que tengo que hacer es estar tranquila y centrada en mí.

—Me temo que te viene otro giro inesperado de planes —le comunicó Martina, pues lo veía venir—. Y al final entenderás el para qué.

—Y será todo mejor, seré mucho más feliz y todo el rollo de la psicología Disney —replicó Diana, mordaz.

—Será mejor y no porque esté siendo estúpidamente optimista, sino porque os conozco, lo analizo desde el realismo más absoluto y tengo claro cuál va a ser vuestro futuro. Aparte de que Dios nos ama…

Los cuatro amigos habían estudiado en el colegio Amor de Dios, pero tanta insistencia en el amor de Dios la tenía a Diana ya más que mosqueada y replicó:

—Martina, ¿no estarás recibiendo la llamada?

Martina no pudo responder nada, pues de repente le entró una llamada terrenal. Abrió el neceser, sacó el teléfono, aceptó la llamada y, tras escuchar unos instantes lo que le decían, replicó:

—Sí, sí, perfecto. Adiós.

Diana, a pesar de que había puesto la antena, no había logrado escuchar a la persona que le estaba llamando y preguntó intrigadísima:

—¿Quién era?

—No era Dios, pero te recuerdo que nos ama por si se te olvida en este momento complicado que estás pasando.

—¿Y tú no estarás pensando meterte a monja y te acaban de llamar de la congregación? —quiso saber Diana, entornando la mirada.

—No —negó Martina, tras soltar una carcajada.

—Ni tampoco te vas a meter en nada raro, ¿verdad?

—De momento, no —contestó Martina, risueña—. Ya seguiremos hablando después… ¡Me marcho!

—¿Vas a comer con nosotros?

—No. Comeré por ahí —respondió Martina, tras guardar el teléfono en el neceser.

—¿Con qué dinero? —preguntó Diana, preocupada—. ¿Arreglaste lo de tus tarjetas?

—No te preocupes. Está todo bien. Vete a desayunar que tienes que estar hambrienta.

—Vale. ¡Y tú ten cuidado con todo!

Martina la agarró por los hombros, le dio un beso en la mejilla y le dijo sonriente:

—Con todo.

Después, se fue a su habitación y Diana a la cocina, donde se sirvió un zumo, se preparó una tostada de aguacate y jamón y se llevó todo al porche.

Allí desayunó mientras veía cómo Leo hacía largos con un estilo impecable y sin poder dejar de pensar en Martina.

Y tal era su preocupación que en cuanto terminó con el desayuno, se acercó al borde de la piscina y gritó:

—¡Leoooooooooooo! ¡Tenemos que hablar de algo urgente!

Leo se percató en ese instante de su presencia, se acercó nadando al borde de la piscina, se quitó las gafas de natación y la saludó con una sonrisa que Diana encontró matadora.

—¡Hola! ¡No sabía que estabas aquí!

Luego, Leo se puso de pie, el agua le cubría por debajo de la cintura y Diana pensó en lo buenísimo que estaba su amigo con el pelo mojado y el torso perfecto que parecía cincelado en mármol de Carrara. Era una cosa escandalosa, pero ella no estaba allí para babear y soltó de sopetón:

—Tenemos una misión.

—¿Qué misión? —replicó Leo, después de salir de la piscina por el bordillo con una facilidad pasmosa.

Diana se quedó sin aliento ante el despliegue de músculos duros y masculló tras volver a respirar:

—¡Madre mía!

—¿Ha pasado algo? ¿Tu familia está bien? —preguntó Leo, al notarla tan inquieta.

Aunque más que inquieta estaba excitada perdida y con ganas de que Leo la tumbara en la hamaca y pasara lo más grande. Si bien apartó al momento ese pensamiento y respondió poniéndose seria:

—Están genial. Mi abuela además cada vez que me llama no para de repetirme lo bien que me lo estoy pasando contigo y ayer me

enteré que lo está viendo con sus propios ojos.

—¿Cómo que con sus propios ojos? —inquirió Leo, extrañado.

—Nos siguen los *paparazzi* a todas partes y hay fotos de lo que hacemos porque soy tu nuevo y verdadero amor.

—¡Vaya mierda! —farfulló Leo, mientras pensaba que al menos esta vez sí que habían acertado, pues eso era justo lo que era Diana: su verdadero amor.

—He estado tan desconectada que no me había enterado de nada de esto.

—Ni yo. He pasado de los *paparazzi*, ni me he preocupado por ellos —reconoció Leo, echándose el pelo hacia atrás con una mano.

Y Diana solo pudo pensar en que necesitaba lamerle con urgencia hasta la última gota de agua que tuviera sobre el cuerpo. Luego, se dijo a sí misma que estaba fatal y replicó:

—Me acuerdo de cómo les dabas esquinazo al principio de tu carrera.

—Con el tiempo he aprendido a pasar porque si no, no vivo. Estos días me he dedicado a disfrutar y ya está. Lo que lamento es que te hayan sacado.

—¡Me han sacado hasta con las gafas de tu sobrina! —exclamó Diana, que se rio de recordar la foto.

—Ja, ja, ja.

—Pero aún no saben quién soy, me llaman la bella desconocida.

—Seguro que saben perfectamente quién eres —le informó Leo, contrariando el gesto—. Lo que pasa es que te estarán investigando a ver si te encuentran alguna mierda.

—¿Les servirá que soy una nulidad eligiendo marido?

—No tiene suficiente chicha —respondió Leo, negando con la cabeza y feliz de que ningún marido le hubiera funcionado.

—¿O que durante el bachillerato nos fuéramos de pellas a los matinales del cine Verdi? —recordó Diana, divertida.

—¡Eso menos aún! ¿Y cómo se ha tomado tu abuela que seas portada de revista? —quiso saber Leo, que imaginó que tenía que estar encantada.

—Aparecemos en una esquina abajo, pero el pantallazo no me lo ha pasado mi abuela, sino Mario.

—Al que le tiene que ir de pena con la amante, si pierde el tiempo cotilleando lo que haces —farfulló Leo, con cara de asco porque no aguantaba a ese tío.

—No soporta verme feliz. ¡Está reventadísimo! Y se pensó que llevábamos tiempo liados. Es que tienes que ver las fotos, se nos ve muy enamorados.

Leo pensó que cómo no se le iba a ver enamorado si llevaba toda la vida pillado por ella y masculló:

—Normal.

—¿Te parece normal? —inquirió Diana, atónita.

—Quiero decir que buscan el ángulo para que parezca que hay algo —contestó Leo para salir del paso—. Pero no sabes cuánto me alegro de que ese impresentable esté jodido.

—Al decirle que el único infiel era él, dedujo que estaba haciendo esto por venganza y para sentirme deseada. *Argggg*. Me cabreé tanto que me despedí diciéndole que estaba esperándote en la cama con mi lencería más *sexy* para que siguiéramos jugando.

Y Leo de solo imaginarse a Diana tumbada en la cama esperándole con su lencería más sexy se puso tan duro que murmuró:

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —repuso Diana, sin entender nada—. ¿Te molesta?

Leo echó mano a la toalla que estaba sobre la tumbona, se la enroscó a la cintura para que la erección no le delatara y respondió:

—No, todo lo que sea dar por saco a ese tío me parece genial. ¿Tienes algún plan? ¡Cuenta conmigo para lo que sea!

—La misión de la que te hablo no tiene que ver con Mario, sino con Martina que no debe faltar nada para que salga de casa y tenemos que seguirla para enterarnos en qué anda metida.

—¿Y por qué no se lo preguntas directamente? —habló Leo, encogiéndose de hombros.

—¿Crees que no lo he hecho? —replicó Diana—. Pero sale con evasivas, me ha informado de que se va a dar una vuelta en Vespa y luego a comer por ahí. Me he ofrecido para acompañarla y me ha asegurado que no hacía falta.

—Querrá estar sola —supuso Leo, que no veía nada raro en lo que le estaba contando.

—Ha recibido una llamada de alguien y se ha puesto a hablar como en clave.

—¿Qué ha dicho exactamente? —quiso saber Leo, intrigado.

—Sí, sí, perfecto, adiós.

—Ja, ja, ja. ¡La que estás liando! ¿Eso te parece hablar en clave? ¡Habrá quedado con un amigo! —exclamó Leo, sin darle ninguna importancia.

—¿Su amigo Jesús? —ironizó Diana.

—¿Y ese quién es? —preguntó Leo, sin saber de quién hablaba.

—Es que me ha comentado que estamos todas atravesando un momento de recalcular ruta y me he mosqueado muchísimo. Porque ¿qué narices está recalculando ella si se supone que su vida no ha cambiado nada? Luego, me ha dicho que lo inesperado es bonito, que hay que confiar y que Dios nos ama. Esto último me lo ha repetido y me ha dado por pensar que igual ha recibido la llamada de Dios. Por lo que le he preguntado directamente que si se iba a meter a monja y me ha respondido que no.

Leo soltó una carcajada, la miró con cariño y repuso para que se centrara:

—Se te está yendo la pinza un poco con el tema, ¿no te parece?

—No, tío, ¡estoy preocupadísima! Y también le he preguntado que si estaba metida en algo raro y me ha respondido que de momento no.

—Ja, ja, ja, ja.

Sin embargo, Diana no se lo pudo tomar a risa porque para ella el tema era más que preocupante y replicó:

—¿Y si estaba hablando en serio? ¿Y si está a punto de caer en algo oscuro? ¿Quién era ese tío que le ha llamado? ¿Adónde va a ir a comer si se supone que no tiene dinero? Ella me ha dicho que no me preocupe que está todo bien, pero aquí está pasando algo y tú y yo vamos a descubrirlo. ¡Así que vístete que debe estar a punto de salir y vamos a seguirla!

—¿Cómo? —inquirió Leo, sin dar crédito.

Diana lo interpretó como que le estaba preguntando por cómo iban a seguirla y le aclaró:

—Ella se llevará tu Vespa y nosotros nos agenciaremos la de Úrsula.

—He dicho cómo de lo alucinado que estoy. ¿De verdad quieres que la sigamos?

—Estoy segura de que está metida en algún lío gordo —respondió Diana, convencida—. Y en esta isla hay tiburones peligrosos y no precisamente de los que nadan en el mar.

—Lo mejor es esperar a que ella nos cuente —insistió Leo.

—¿Y si para entonces es demasiado tarde? —inquirió Diana, mordiéndose los labios de la ansiedad.

Leo estaba seguro de que a Martina no le estaba pasando nada, si bien para que Diana se calmara le dijo:

—Vamos, pero más que nada porque tengo que hacer una gestión en Sant Francesc.

—¡La seguimos y luego vamos adonde quieras! —exclamó Diana, que celebró que la acompañara en la misión—. Y para que no se cosque de nuestra presencia, necesitamos disfrazarnos. ¿No tendrás por ahí algunas pelucas o barbas de alguna *peli*?

—Lo que tengo son las pelucas de *Frozen* y la de *Vaiana* que se dejó Daniela.

—¡Perfecto! —dijo Diana, entusiasmada.

—¿En serio que quieres que me recorra la isla con la peluca de *Vaiana*? —inquirió Leo, con guasa.

—Con la de *Frozen* —precisó Diana—. ¡Para mí la de *Vaiana*! ¡A mi piel no le va bien el rubio platino! Y además de las pelucas, también nos tenemos que poner unas gafas de sol para que ¡no nos reconozca ni nuestra madre!

—En el arcón del porche están las pelucas —le indicó Leo, pensando una vez más que no había nadie como ella. Y que le volvía loquísimo.

—¡Voy a por ellas!

—Y yo a cambiarme.

—¡Date prisa, por favor, que debe estar por salir! —le pidió Diana.

Leo se marchó a su habitación, Diana se fue a por las pelucas y en cuanto las cogió, apareció Martina en el porche…

—¿Te vas ya? —preguntó Diana, escondiendo las pelucas detrás de la espalda.

—Sí —asintió Martina.

—¡Pásalo genial! —exclamó Diana, alzando las cejas.

—Y tú también. Os quedáis solos —replicó Martina, con retintín.

—Nos quedamos aquí. No vamos a salir —mintió Diana, que forzó la sonrisa.

—¿Haciendo qué? ¿Qué tienes en esa mano? ¿Condones? —bromeó Martina, señalándole el brazo que tenía detrás de la espalda.

A lo que Diana improvisó, estirando el brazo y mostrándole las pelucas que agitó al aire a toda velocidad:

—¡Una gamuza de estas modernas para limpiar hecha con pelos de cabra del Himalaya! ¡Con esto queda todo reluciente! —aseguró tras esconderlas otra vez detrás de la espalda.

—Y dices que son pelos de cabra… —murmuró Martina, extrañada.

—Ya lo pruebas mañana —dijo Diana—. ¡Que disfrutes de tu paseo!

Martina se lo agradeció, se despidió de ella y se fue a por la Vespa mientras Diana sacaba el teléfono que tenía en el bolsillo del vestido. Luego, llamó a Leo:

—¡Martina acaba de entrar a por la Vespa! ¡Sal ya! —susurró.

—Es que me he puesto a buscar unas gafas de sol y aún sigo sin vestir.

—¡Ponte lo primero que pilles y vuela que la vamos a perder el rastro! —le exigió Diana, que sin más colgó.

Acto seguido, Leo, que estaba aún con el bañador puesto, se lo quitó, se colocó encima una camisa blanca sin abotonar y el pantalón sin ropa interior debajo para darse más prisa todavía.

Guardó el teléfono y la cartera en el bolsillo del pantalón, cogió las gafas de sol y corrió hasta el porche.

Una vez allí, le mostró a Diana el par de gafas de sol grandes, redondas y de pasta, una de color azul turquesa y la otra rosa chicle:

—Mi madre se dejó estas gafas.

—¡Me pirran! —exclamó Diana, tras arrebatarle las gafas azules—. Tu madre es tan molona… ¡Para el rubio te van mejor las rosas y para mí las azules!

—Se está abriendo el portón —comentó Leo, mientras se abrochaba la camisa.

—¡Ya sale! ¡Vamos a por la Vespa…!

Capítulo 16

Se fueron al garaje, se pusieron las pelucas, los cascos y las gafas, se troncharon de risa al verse y se subieron a la Vespa.

Leo arrancó, salió de la casa y vio cómo Martina giraba en dirección a La Savina:

—¡Va hacia el puerto!

—¡Dale que no se nos escape! —gritó Diana.

—¡Agárrate bien! —exclamó Leo, que giró en la misma dirección y se fue detrás de ella.

Diana se pegó a él, rozando con su cuerpo la pedazo de espalda, le agarró por la cintura, le vino de repente su olor maravilloso, se fijó en los brazos y en las manos con las venas marcadas y, luego, en las orejas que eran perfectas para pegarle un mordisco.

Pero ella no estaba allí para morder a su amigo buenorro, pensó, ella estaba en una misión muy importante persiguiendo a su amiga que conducía como una loca.

—¡Algo le pasa! ¡Jamás la he visto conducir así! —comentó Diana, a grito pelado.

—A lo mejor se ha mosqueado porque se ha percatado de que van siguiéndola dos pirados —sugirió Leo.

—Parece que hemos salido de una fiesta hortera, pero se nos ve a kilómetros que somos buena gente.

—Mientras no se percate de que somos nosotros… —masculló Leo, sin perder de vista a Martina.

—Nos saca mucha distancia. Ahora que lo estoy flipando con los reflejos y la precisión que tiene la tía manejando —comentó Diana, impresionada—. ¿Has visto lo que acaba de hacer? —inquirió Diana, al ver cómo había adelantado a varios coches.

—Parece que lleva muchas prisas —dijo Leo, justo antes de parar en un semáforo.

—¡Qué rabia! ¡El puñetero semáforo! —exclamó Diana, contrariada.

—No te preocupes que seguro que va para el puerto —comentó Leo, que se giró y Diana se quedó alucinada con las pestañas largas de su amigo.

Lo que le ponía una pestaña larga, pensó Diana. Y además Leo tenía unos antebrazos que eran una fantasía, por no hablar de las piernas kilométricas, las manos grandes y anchas y esa seriedad y concentración conduciendo que la tenían perraca perdida.

No podía evitarlo. Era algo que estaba ahí y que, aunque lo había intentado, no podía reprimirlo.

Era algo como primitivo, como instintivo, como animal, como salvaje y que achacó a los estrógenos. Tenía que ser eso, pensó Diana, estaba ovulando y por eso estaba así de salida y de…

—¡Coñooooooooooooooooooo! —gritó Diana, tras percatarse de algo a través del espejo retrovisor.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo, dando un respingo del susto que le había metido con el grito.

—¡Nos están tirando fotos los tíos del último coche de la fila, los del Panda blanco!

Leo miró por el retrovisor y supuso resignado porque no había otra:

—Nos estarían haciendo guardia en la puerta. Ellos saben dónde vivo.

—Pero con esa peluca pareces…

—Parezco yo —le interrumpió Leo—, con la peluca de mi sobrina y las gafas de mi madre. Es un disfraz patético.

—¡Te queda genial! Pareces un vikingo empotrador de portada hortera de novela romántica.

Leo sonrió y pensó que de vikingo no tenía nada, sin embargo, de sentirla a su espalda, de notar su calor y de volverse loco con su olor estaba con unas ganas de empotrarla que se moría.

Luego, el semáforo se abrió, arrancó y continuó en dirección al puerto con los *paparazzi* detrás.

—Vamos a tener a estos tíos pegados todo el rato —comentó Leo al poco—. Voy a darles esquinazo y nos vamos después al puerto que seguro que la encontramos.

No obstante, a Diana de repente se le ocurrió algo mejor…

—Si les damos lo que quieren, nos dejarán tranquilos.

—Son insaciables —aseguró Leo, que los conocía bien.

—Podemos probar y así de paso damos por saco otro poco a Mario.

—Si es por eso, ¿qué propones? —preguntó Leo, dispuesto a hacer lo que fuera.

—Llévame al sitio romántico que esté más cerca —respondió Diana, con la mirada chispeante.

—¿Te sirve la torre de Sa Gavina? Una torre de defensa contra los ataques piratas del siglo XVIII, en el punto más occidental de la isla, situado sobre un largo acantilado, con vistas espectaculares a Es Vedrà y rodeada de pinos, sabinas y romeros.

—¡Ni tan mal! —exclamó Diana, muerta de risa.

Leo condujo hasta ese escenario perfecto, aparcaron, se quitaron los cascos y las pelucas que guardaron en el portacascos y se dirigieron a la torre de la mano, como dos enamorados.

Claro que Leo no tuvo que fingir nada porque de solo tener la mano de Diana entrelazada con la suya iba con una cara de flipado tremenda, el corazón desbocado y la polla dando brincos en el pantalón.

Pero lo peor fue cuando llegaron junto a la torre, se quedaron parados frente a frente, se pusieron las gafas a modo de diadema y Diana le pidió con el corazón acelerado y las rodillas como flanes:

—Bésame.

Leo se acercó lentamente a ella, recortando la distancia que los separaba, la miró a los ojos, luego a la boca y le preguntó con una voz tan *sexy* que Diana creyó que se corría ahí mismo:

—¿Cómo quieres que te bese?

Acto seguido, Leo acarició los labios de Diana con los suyos, le dio unos cuantos mordisquitos en el labio inferior, la besó en los labios, luego en la comisura, en la mandíbula, en el cuello y, finalmente, en el lóbulo de la oreja…

—¡Madre mía! —masculló Diana, con un hilillo de voz de la excitación que tenía.

—Dime…

Diana le miró a los ojos, se mordió el labio inferior y le pidió:

—Bésame a lo memorable.

—Un beso que no olvidemos nunca —repuso Leo con la vista puesta en la boca carnosa de Diana que estaba deseando devorar.

—Exactamente. ¡Y que Mario termine de reventar!

Leo la agarró por la cintura, la estrechó contra él con firmeza y ella gimió de anticipación al sentir la erección presionando contra su vientre.

Seguidamente, Diana rodeó la nuca de Leo con las manos, deslizando los dedos por el pelo, se miraron a los ojos, se besaron en los labios, entreabrieron las bocas, cerraron los ojos, introdujeron un poco las lenguas, se probaron y necesitaron mucho más.

Ávidos de todo, abrieron más las bocas, Diana le agarró más fuerte de la nuca, él la pegó más aún contra su dureza, las lenguas se enredaron y el beso se hizo tan profundo y tan apasionado que acabaron sin aliento…

—¿Qué más quieres? —masculló Leo con los labios pegados a los de ella y la respiración agitada.

—Quiero más.

Leo la besó, le mordisqueó los labios, se apoderó de la boca y la exploró con la lengua hasta que se enroscaron otra vez…

—Me encanta cómo sabes —musitó Leo, después del beso.

Luego, le acarició el cuello con los dedos, sin dejar de mirarla, le dio un mordisquito en el mentón y fue descendiendo a besos hasta

la base del cuello.

Una vez allí, ascendió con la punta de la lengua hasta la oreja y le susurró al oído:

—Te hago lo que quieras.

Diana, al sentir el aire caliente en la oreja, se excitó más todavía y se le pasaron un montón de cosas por la cabeza que quería que le hiciera.

—Se me ocurren unas cuantas cosas que me puedes hacer…

Leo subió y bajó a besos lentos y húmedos por el cuello con la boca entreabierta y succionando sutilmente, mientras Diana gemía al sentir el aire caliente sobre su piel entre beso y beso. Y, luego, cuando de nuevo llegó justo debajo de la oreja, Leo chupó suavemente el cuello unos instantes y le preguntó con una voz que a Diana le hizo enloquecer de tal manera que notó cómo la sangre fluía hacia su clítoris y se endurecía hasta hacerla gemir otra vez.

—¿Algo como esto? —le preguntó Leo, hablándole al oído.

Diana, con la mirada encendida por el deseo y las rodillas temblando de pura excitación, respondió con la voz entrecortada:

—Vámonos de aquí.

—¿Ya no quieres que espiemos a Martina?

—Lo que no quiero es que mi abuela vea cómo follo junto a la torre de Sa Gavina —respondió Diana, tras morderse el labio inferior.

—¿Eso es lo que quieres? —inquirió Leo, con ganas de todo.

—Quiero sentir eso que me está presionando el vientre dentro de mí.

—Voy en plan comando —confesó Leo, con una sonrisa gamberra —. No me he puesto calzoncillos y la llevo suelta.

—Ja, ja, ja, ja.

—No me ha dado tiempo a ponérmelos con las prisas. ¿Nos vamos entonces?

—Por favor… Y estos ya tienen material…

—¡Incendiario! —precisó Leo, alzando las cejas.

—Ja, ja, ja, ja.

Leo pensó que le encantaba verla reír y tenerla entre sus brazos, si bien le surgió una duda:

—¿Haces esto por venganza?

Diana le miró seria, respiró hondo, negó con la cabeza y reconoció:

—Hago esto porque llevo noches enteras masturbándome pensando en cosas que me gustaría hacer contigo. No sé qué me está pasando…

Leo sintió que le ardía la sangre y confesó también en un tono de voz bronco:

—Siento una atracción por ti bestial desde siempre.

Diana se quedó alucinada, abrió mucho los ojos y replicó:

—¿Desde siempre?

—Sí, pero nunca he dado más pasos porque como siempre estás enamorada de otro… Aparte de que valoro tanto nuestra amistad que siempre he tenido miedo a hacer algo que pudiera ponerla en peligro.

—Para mí también es superimportante nuestra amistad —repuso Diana y, para que no se preocupara, añadió—: Pero, tranquilo, que no va a cambiar nada por esto.

—¿No? —inquirió Leo, arqueando una ceja.

—Podemos tener sexo y que todo siga como hasta ahora. Siempre vamos a ser amigos.

Leo la cogió de la mano, le pasó el pulgar por la cara interior de la muñeca y masculló clavándole la mirada:

—Siempre.

Diana cerró los ojos del estremecimiento que sintió con la caricia en la muñeca, él la besó en los labios y ella musitó:

—Bésame más.

Leo la agarró por el cuello y la devoró la boca en tanto que ella, pegada a él, movía sutilmente las caderas para frotarse contra la potente erección.

Después, se miraron y no tuvieron que decir nada más, puesto que necesitaban con urgencia seguir con aquello.

Así que de la mano caminaron hasta donde habían dejado aparcada la Vespa, se pusieron los cascos y Leo le preguntó:

—¿Adónde prefieres ir?

Diana se percató de que el coche que les seguía estaba aparcado unos metros más allá y respondió:

—El Panda blanco sigue ahí.

Leo se giró para verlo, resopló y comentó puesto que, por desgracia, sabía bien cómo funcionaba el tema:

—Ya te he dicho que son insaciables.

—¿Hay alguna calita discreta y secreta adonde no lleguen sus teleobjetivos?

—Me temo que no. Y no sabes cuánto lo lamento. Amo mi profesión, pero en estos momentos es cuando…

Diana le interrumpió porque había un sitio perfecto al que podían ir y dijo con una sonrisa enorme:

—Llévame a casa.

A Leo le dio un vuelco al corazón al escuchar aquello, ya que había dicho casa como si fuera suya, como si fuera su refugio, ese lugar seguro en el que compartir momentos y recordar quién eres. Y le gustó tanto que replicó sin poder creerlo:

—¿Sí?

—Sí, es ideal. En casa vamos a estar genial.

—¿En casa? —insistió Leo, que había comprado la casa pensando en ella y que la había decorado para que se sintiera tan a gusto que quisiera volver siempre.

No obstante, Diana, ajena a todo lo que estaba pasando por la cabeza de Leo, matizó:

—En tu casa.

—Que es tuya también —dijo Leo, porque era la pura verdad.

—¡Quita, quita, que no estoy para pagar el IBI a medias! —bromeó Diana, batiendo las manos y subiéndose a la Vespa.

Leo sonrió, se montó también, arrancó, puso rumbo a la casa y los *paparazzi* los siguieron hasta que llegaron a la misma puerta.

Aliviados de perderles de vista, cerraron el portón, aparcaron la moto, se quitaron los cascos y hacía tanto calor que Leo decidió irse directamente a la piscina.

Y, como las chicas estaban fuera y no iban a volver hasta la tarde, se desabotonó la camisa, se quitó el pantalón, se sacó las zapatillas y desnudo se tiró de cabeza al agua.

—La madre que lo parió —farfulló Diana, después de verle desnudo porque lo de Leo era escandaloso.

Un auténtico maromazo al que no le extrañaba que la gente le cosiera a *likes* cada vez que subía una foto, pues era un dios terrenal con el que encerrarse en una habitación y no salir en tres años.

Ella, de momento, se iba a bañar con él y lo que surgiera, que esperaba que fuera lo más grande. Y ni se lo pensó dos veces, se despojó de todo y se zambulló también.

Leo se acercó a ella con una mirada de tener hambre de siglos, la abrazó, se besaron y ambos sintieron el mismo cosquilleo en el estómago:

—¡Qué maravilla es bañarse en bolas! —exclamó Diana, tras rodear la cintura de Leo con las piernas.

—La maravilla es estar contigo —repuso Leo, que le devoró la boca otra vez.

—Besas jodidamente bien —musitó Diana que estaba con los pezones disparados y unas ganas de todo que no podía con ellas.

—Tú más —masculló Leo.

Luego, bajó a besos por el cuello hasta los pezones duros de Diana que se metió en la boca y que estimuló con tanta pericia que ella creyó que se corría.

Y por si Diana no tenía bastante, Leo, a continuación, colocó ambas manos sobre los pechos y las movió de arriba abajo cambiando la presión y la intensidad. Y, después, volvió a lamer y a pellizcar sutilmente los pezones a la vez que Diana le mordisqueaba el cuello, le acariciaba la espalda y le pedía más.

Leo, entonces, la sentó en el bordillo de la piscina, en la zona en la que menos cubría, le abrió las piernas y, tras lamer la cara interna de los muslos, llegó justo al vértice.

Diana se envaró al sentir el calor de la boca de Leo sobre su sexo y él empezó a recorrerla con la lengua a la vez que le masajeaba los pechos, trazando círculos con la yema de un meñique en un pezón y de un pulgar en el otro.

Diana enterró los dedos en el pelo de Leo y se dejó llevar por el placer que le estaba dando con la boca, con la lengua y con los labios, que acariciaban, presionaban y succionaban, derritiéndola de placer, como no recordaba que se lo hubiera hecho nadie.

Y poco a poco el ritmo y la intensidad fueron aumentando hasta que Leo sintió que el clítoris estaba tan duro que lo estimuló con la lengua y Diana le pidió:

—Ahí, justo ahí.

Leo siguió con la lengua, después rozándola con los labios, otro poco con los dientes y, luego, otra vez con la lengua:

—Un poco más arriba… —le dijo Diana—. ¡Dios!

Y el placer llegó a un punto en que Diana no pudo resistirlo más y sucumbió a un orgasmo descomunal que la dejó jadeante.

Leo se apartó un poco, apoyó la cabeza en el muslo de Diana, la miró y masculló unos instantes después:

—Me encanta tu sabor.

—Eres demasiado bueno haciendo esto —musitó Diana, con la respiración aún agitada.

—A medida que vaya conociendo más tu cuerpo, qué es lo que te gusta y cómo te gusta, será todavía mejor.

—Va a ser difícil mejorar esto, he tenido un orgasmo de lo más bestia. Y como lo superes, te digo yo que muero.

—Y yo te resucitaré con más orgasmos —dijo Leo, con una sonrisa lobuna y un tono de voz rematadamente *sexy*.

Acto seguido, salió del agua, se sentó al lado de Diana en el borde de la piscina, la besó en la boca y masculló:

—No me puedo creer que esté pasando esto.

—Es mucho mejor que en mis fantasías.

Luego, Diana lo besó en el cuello, le acarició la espalda, los pectorales y acabó con la mano en la erección más grande y dura que había tocado en la vida.

—Me encanta —farfulló Leo con una especie de gruñido, mientras ella le estimulaba el miembro con la mano.

Y Diana se excitó tanto que, con la mirada brillante por el puro deseo, le pidió que se lo hiciera.

Él se levantó a por el condón que tenía en la cartera que había guardado en el bolsillo del pantalón y regresó junto a Diana, que se puso de pie.

A continuación, Leo abrió el condón, se lo enfundó y se colocó detrás de Diana, que sintió la erección presionándole las nalgas.

Después, él le recorrió el cuerpo con las manos, acariciando el cuello, el pecho, el vientre, la vulva…

Luego, ella se inclinó hacia delante, apoyó las manos en el respaldo de la tumbona que tenían al lado, Leo tanteó la entrada y la penetró poco a poco desde atrás.

Diana gritó al sentirle dentro, él se salió, volvió a entrar de nuevo y empezó a hacérselo así.

Leo la penetró lento y profundo y al poco cambiaron de postura porque necesitaban mirarse a los ojos.

Se quedaron frente a frente, Diana levantó la pierna con la que rodeó la cintura de Leo y él la penetró de nuevo de pie y sin dejar de mirarse, ni de acariciarse, ni besarse.

Y llegó un punto en que Diana necesitó más y él se lo hizo más duro, más fuerte y así estuvieron follando como salvajes hasta que cambiaron de nuevo de postura…

—Siéntate en la tumbona —le pidió Diana.

Él se recostó en la tumbona, Diana se sentó encima de él, le aceptó en su interior y empezó a cabalgarle a lo amazona.

Leo no podía dejar de mirarla a los ojos de color miel que brillaban como nunca, a la boca entreabierta, al cabello que caía en cascada sobre los pechos redondos…

—Joder, eres preciosa —dijo Leo.

Diana sonrió y siguió haciéndoselo, moviendo las caderas, incrementando el ritmo y la intensidad, y disfrutando del mejor polvo que recordaba.

Y más cuando Leo extendió el brazo, descendió con la mano hasta su sexo y empezó a estimularla otra vez.

—¿Te gusta así?

Diana asintió, con el corazón desbocado y cerrando los ojos para sentir más todavía.

—Ahí, justo ahí.

Leo siguió acariciándola hasta que Diana se puso al borde del orgasmo otra vez:

—Me voy a correr.

Leo, que estaba igual que ella, la agarró fuerte por las caderas con una mano y con la otra la siguió masturbando, con las respiraciones

acompasadas, hasta que sintió los primeros espasmos del orgasmo de Diana y él, entonces, se corrió detrás, mientras gritaba entre jadeos broncos el nombre de la mujer que amaba.

Diana cayó exhausta y sudorosa junto a él en la tumbona, se miraron y él se tuvo que morder los labios para no decirle que le amaba.

—¡Madre mía! —musitó Diana, mientras recuperaba el ritmo normal de la respiración.

—¿Qué tal? —preguntó él con una cara que supuso que era de enamorado perdido.

—Demasiado bien —respondió Diana tras exhalar el aire.

—¿Por qué dices demasiado? —inquirió Leo, con una sonrisa espectacular.

—Tiene pinta de ser muy adictivo. Eres muy bueno haciendo esto.

—Porque lo estoy haciendo contigo —aseguró Leo, con la vista perdida en los ojos color miel de Diana.

—Has tenido que follar muchísimo, porque sabes muy bien lo que haces y cómo lo haces. Y lo bueno es que no vas a tener que usar la coartada de que estás enamorado de mí, para cuando quieras librarte de mí —bromeó Diana, con una sonrisa que a él acabó de desarmarle.

—Nunca voy a querer librarme de ti —afirmó Leo, con los ojos vidriosos.

Diana le miró emocionada, le besó en los labios y luego susurró:

—Ni yo de ti…

Capítulo 17

Esa noche Diana la pasó con Leo, si bien no les contó a las chicas que se había liado con él, más que nada para no pensar demasiado en el tema.

Decidió dejarse llevar y no plantearse nada más, y las tres noches siguientes las pasó en la cama con Leo.

Y, precisamente, esa tercera noche, Diana se levantó a por un vaso de agua y de camino a la cocina pilló a Mucha y a Vera besándose en el pasillo.

—Uy… —masculló Diana, porque no solo les había pillado a ellas, sino que por la zona de la casa en la que estaban, del único lugar que podía venir, despeluchada y con cara de llevar durmiendo un par de horas era del dormitorio de Leo.

—¡Hola! —les saludaron las chicas, divertidas.

—¡Hola! Voy a por un vaso de agua —farfulló Diana, con un corte tremendo y vestida solo con una camisa blanca de Leo.

—Venimos de dar una vuelta —contó Mucha, con una sonrisita.

Vera, entonces, intervino para dejarlas a las dos solas…

—Estoy agotada, me voy a la cama. ¡Buenas noches!

—¡Voy después, que tengo mucha sed y voy a acompañar a Diana a la cocina! —exclamó Mucha, que necesitaba hablar con ella.

—Perfecto —replicó Vera que, tras despedirse de ellas, se fue directa a la habitación de Mucha.

Diana y Mucha se dirigieron a la cocina, una vez allí, se sirvieron un vaso de agua y, tras dar los primeros sorbos, se miraron y se partieron de risa:

—¡Qué pillada! —farfulló Diana.

—¿Y tú de dónde venías? —inquirió Mucha, divertida—. Aunque conociéndote eres capaz de inventarte que venías del salón atravesando las paredes.

—¡Y vosotras os habéis liado por fin! —replicó Diana, ansiosa por conocer más detalles.

—Fue el mismo día en la playa en que tú te morreaste con Leo en la torre de Sa Gavina.

—¿Y tú cómo sabes lo del morreo? —inquirió Diana, perpleja.

—¿Tú qué crees? —replicó Mucha, entre risas—. Desde que Mario te llamó para contarte, Vera y yo no nos perdemos ni un capítulo de tu vida.

—La idea de besarnos fue mía para quitarnos a los *paparazzi* de encima y para que Mario terminara de reventar —contó Diana, colocándose bien el cuello de la camisa.

—Y también porque tendrías ganas de besarlo —supuso Mucha, alzando las cejas.

Diana se mordió los labios, se echó el pelo hacia atrás y farfulló:

—Bueno…

—El que se dedica a la interpretación es él, no tú —le recordó Mucha—. No me digas que ese beso fue *fake* porque no lo creo.

Diana respiró hondo y después no le quedó más remedio que reconocer:

—No fue un beso *fake*.

—¡Fue un beso que tuvo que acabar en polvazo! —repuso Mucha, con una sonrisa gamberra.

Diana sonrió, se le iluminó la mirada, asintió y confesó:

—Acabó así, sí.

—Ja, ja, ja, ja.

Y antes de que su amiga se lanzara a especular cosas, decidió cortarlo de raíz diciendo:

—Nos estamos dejando llevar y ya está. No os he contado nada porque no tiene importancia.

—No, qué va. Te lías con tu mejor amigo y no tiene importancia —habló Mucha haciendo aspavientos.

Diana dio un buen sorbo a su vaso de agua y aseguró rotunda:

—Lo hemos hablado, tenemos claro que es sexo y que lo nuestro seguirá igual.

—Ya —masculló Mucha, convencida de que era imposible que todo siguiera igual entre ellos después de haberse liado.

—Tengo que elaborar mi duelo, en pocos días me incorporaré a mi trabajo y esto será solo un paréntesis en mi vida.

—¿Ahora se llama paréntesis? —inquirió Mucha con guasa.

—No tengo ni idea de por qué ha pasado —respondió Diana, encogiéndose de hombros—, a lo mejor es por las hormonas, a lo mejor es porque es la forma que tiene mi cuerpo de empujarme a que pase página y tengo un deseo constante de que me folle viva, yo qué sé, pero te garantizo que en unos días volveré a Madrid, Leo se irá a rodar la película a Chile y entre nosotros todo seguirá como hasta ahora.

Mucha se bebió el vaso del tirón, le clavó la mirada y masculló:

—Ya.

—¡Me estás poniendo nerviosa con tanto ya! —exclamó Diana, agitando el vaso al aire.

—¿Prefieres que te diga que es imposible que hayas follado con Leo y que nada haya cambiado en vuestra relación?

—No puede cambiar nada —replicó Diana, negándose en rotundo.

Mucha lavó el vaso de agua que había utilizado, lo dejó en el escurreplatos y sentenció:

—Pues va a hacerlo. Él está pilladísimo por ti. ¿Tú has visto cómo te besa?

—¡Lo he experimentado, que es mejor que verlo! Besa que te mueres —reconoció Diana, a la que se le quebró un poco la voz—.

Pero besa así a todas. No tienes más que ver sus *pelis* donde tiene unos besos de impresión.

—Contigo no está haciendo ningún papelón. Le gustas de verdad y os queréis un montón.

—Como amigos —matizó Diana.

—¿Te recuerdo que le contó a Vera lo que significas para él? —inquirió Mucha, puesto que para ella estaba claro lo que estaba pasando.

—La excusa que lleva usando de toda la vida.

—Tía, que no. No es una excusa —dijo Mucha, muy seria, negando con la cabeza.

Diana apuró el vaso de agua de los nervios que le habían entrado y le pidió a su amiga:

—¡No me rayes, que estoy fenomenal y no quiero que cambie nada! Voy a pasar los días que me quedan dejándome llevar y disfrutando del momento, así que no sigas insistiendo porque en el fondo lo que deseas es que no hablemos de ti y de lo que acabo de ver con estos ojitos.

—Ya te lo he contado —repuso Mucha, que no tenía ningún inconveniente en hablar de Vera y ella—. Nos liamos en la playa.

Diana se sirvió otro vaso de agua, dio un sorbo y le preguntó entornando la mirada:

—¿Y qué tal?

—Tenemos una atracción sexual muy fuerte desde el primer día, pero no nos atrevíamos a dar un paso más, por miedo a pillarnos y a sufrir mogollón. Como te conté, estamos flipadas con lo que nos está pasando, ya que es muy especial y muy bonito. Estamos descubriendo que tenemos mucho en común, que hemos tenido vidas paralelas, que las dos queremos lo mismo y que disfrutamos con cosas tan sencillas y cotidianas como caminar, reír, cocinar o ir a comprar el pan en Vespa a la otra punta de la isla.

—Ya —musitó Diana, que escuchaba con suma atención.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Ves? Ahora eres tú la que dices ya.

—Sigue contando… —le exigió Diana, expectante.

—Ambas teníamos miedo a enrollarnos y a complicarnos la vida demasiado. Sin embargo, el otro día en la playa ya no pudimos más,

nos besamos, después nos fuimos a un bosque y acabamos viendo cómo la luz de la luna se reflejaba en el mar.

—¡Menuda elipsis! —exclamó Diana con los ojos como platos—. ¿Y qué pasó exactamente desde el beso hasta que visteis la luz de la luna reflejada en el mar?

—Tenemos una compatibilidad sexual atómica.

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Pero sabes una cosa que es importante y que tiene mucho que ver con la luz de la luna? —replicó Mucha, que estaba radiante.

—No. ¡Cuenta!

—Antes de liarnos, teníamos miedo a que el sexo nos volviera demasiado locas, perdiéramos el control y empezáramos a vivir esto tan bonito con una ansiedad tremenda y un pánico atroz a que todo termine. Pero resulta que no ha pasado nada de eso.

—¿Y qué ha pasado? —quiso saber Diana, intrigadísima.

—Nos liamos y sentimos una serenidad como la de la luz de la luna. El sexo, lejos de ponernos al borde de un precipicio, nos llenó de paz como si acabáramos de hacer yin yoga y nos quedamos como vibrando en armonía con todo.

—Ja, ja, ja, ja.

—Me río, si bien estábamos cagadas. Perdona que insista, pero es que teníamos miedo a que, al meter el sexo en la ecuación, sexo explosivo además, se fastidiara todo y nos abocara a un amor chungo, tormentoso, horrible…

—Eso no es amor.

—Lo sé —asintió Mucha—. Pero teníamos pánico a que se transformara en eso. Y no, desde entonces todo fluye así, como algo sencillo, bonito, natural y tranquilo, como el reflejo de…

Mucha no pudo seguir hablando, pues de pronto apareció Martina en la cocina con un minivestido corto de color azul turquesa, taconazos y otro bolsito carísimo, y les preguntó sorprendida de encontrárselas:

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Y tú? —replicó Diana, tras mirarla de arriba abajo—. ¿De dónde vienes?

—De por ahí. ¿Y vosotras? —inquirió Martina, porque se olía que había sucedido algo.

Mucha decidió ponerle al día de lo que había pasado y se lo resumió en una sola frase:

—Diana salía de la habitación de Leo y me ha pillado besándome con Vera.

—¡Lo de Diana lo sabía porque sigo su historia en las redes! —exclamó Martina, a la que no le sorprendió nada que Diana y Leo compartieran dormitorio.

—No hay historia —matizó Diana—. Solo sexo. Sin más.

—¿Cómo no va a haber historia si es Leo? —inquirió Martina, incrédula.

—Pienso lo mismo —añadió Mucha.

—¿Y lo vuestro qué tal? —le preguntó Martina a Mucha—. Porque vosotras no salís en prensa ni en redes…

—¡Mejor, porque no soportaría tener a una panda de tíos pegada al culo todo el día! —exclamó Mucha, batiendo las manos.

—Estaba cantado que esto iba a pasar. Y ya verás cómo acaba… —auguró Martina—. ¡Cómo es la vida! Tú que decías que nunca te ibas a pillar y ¡zas! Lo inesperado te estaba acechando a la vuelta de la esquina…

—Y a ti también te acecha —supuso Diana—, porque ¿qué haces llegando a casa a las cinco de la mañana con un vestido azul? ¿Cuándo te has puesto tú un vestido *sexy* de color azul y que debe valer un pico? ¡Eso que llevas puesto no es precisamente un trapo!

Martina se tocó los labios con los dedos, se encogió de hombros y reconoció:

—Me ha atropellado lo inesperado.

—Sabía que te pasaba algo —habló Diana, que se puso muy seria —. ¿En qué andas metida? ¡Me tienes muy preocupada! Pero estás a tiempo de salir de ahí por muy turbio y delincuencial que sea.

Martina pestañeó muy deprisa y se apresuró a aclarar para tranquilizarlas:

—Es italiano, pero no trabaja para la mafia. Su negocio es honesto y es un gran profesional.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Diana, porque estaba perdida completamente.

—De Genaro —respondió Martina como si aquello fuera más que obvio.

—¿Cómo que de Genaro? —murmuró Diana, patidifusa—. ¿Y por qué tienes los labios hinchados? ¿De besar?

Martina suspiró, puso los ojos en blanco y reconoció tras morderse los labios:

—No os podéis imaginar cómo besa…

—¿Y Alejo? —quiso saber Diana, que estaba alucinada.

Martina agarró una de las banquetas que estaban junto a la isla central de la cocina, se sentó y les contó por fin…

—Lo dejé hace seis meses, pero aquello llevaba muerto como dos años. Éramos dos amigos que compartíamos piso. Alejo quería seguir. Estaba cómodo así. Me planteó abrir la relación, sin embargo, yo no quiero una relación abierta. Tuve un flechazo con un cliente, nos liamos una noche y no quise verle más. No quiero rollos, ni amantes, ni líos. Quiero llegar a mi casa y encontrarme con mi pareja… Una pareja de verdad, no con un amigo o un hermano con el que comparto techo, gastos y rutina. En fin, no me enrollo más, que le dije a Alejo que lo dejábamos.

Diana, que lo que menos esperaba era escuchar aquello, dejó el vaso sobre la encimera, sacó otra banqueta y, sentada frente a ella, confesó:

—Vosotros erais mi esperanza, el vivo ejemplo de que hoy también se puede tener una relación larga como la de mis padres o la de mis abuelos. Y resulta que…

—Podíamos haber durado toda la vida así, pero no quiero eso —le interrumpió Martina—. Y me fui a vivir con mi abuela, lo que pasa es que al mes de romper con Alejo dejé también el curro.

—¿Estás sin curro? —preguntó Mucha, que estaba tan perpleja como Diana.

—No podía más —confesó Martina, con un nudo en la garganta—. Entraba todos los días a las ocho de la mañana y salía a las nueve de la noche. Mis clientes eran empresas del Ibex 35 y muchos días al llegar a casa seguía respondiendo correos hasta las once de la

noche. Todos los años tenía subidas de sueldo importantes, más los bonus. Y sé que en cinco años me habrían hecho socia y habría acabado ganando un pastón. Pero no estaba dispuesta a seguir trabajando hasta la extenuación y con una presión tan grande que había días en que ni la meditación ni los ansiolíticos hacían efecto y me daban unos tremendos ataques de ansiedad. Así que lo dejé y me he puesto a opositar.

—Desde luego que no hay dinero que pague un trabajo como ese que no te permite tener vida y que te está afectando a la salud, has hecho muy bien en dejarlo —opinó Diana, empatizando absolutamente con ella.

—No me arrepiento de la decisión que he tomado, ahora que mis padres no me hablan. Dicen que después del dinero que han invertido en mí, he tirado mi vida por la borda, que tenía que haber seguido con Alejo, con el trabajo y haberme puesto a tener hijos. Ellos siempre tan amorosos y tan comprensivos… —ironizó Martina, con un deje de frustración y enojo.

—Lo siento un montón —lamentó Mucha.

—Y estoy sin un céntimo —añadió Martina—, porque he invertido mis ahorros en reformar el piso de mi abuela que voy a acabar heredando Dios quiera que muy tarde.

—Nos lo tenías que haber contado —repuso Diana, que por fin entendió lo de las tarjetas de crédito y todo lo demás.

—¿Cómo has podido pasar por esto sola? —inquirió Mucha, que estaba sobrecogida por el relato de Martina.

—No he estado sola —confesó Martina—. He ido a terapia, porque me pareció que era lo mejor. Cuando tomé la decisión tanto de dejar a Alejo como al trabajo, lo tenía tan claro que no necesitaba consejos, ni otros puntos de vista, ni que me dieran la razón, ni que me validaran, ni que me compadecieran o que me hicieran sentir una víctima. No quería eso. Estaba tan segura de lo que iba a hacer que tampoco quería haceros perder el tiempo pidiéndoos una opinión, cuando sabía perfectamente lo que iba a acabar haciendo. Aparte de que, en lo que se refiere a mi relación, vosotras sois amigas de Alejo, es un buen tío y no era plan de que empezáramos

con los bandos y a echarle a mierda a él, cuando realmente no hay buenos ni malos.

—Parecía que estabais tan bien hace tres meses cuando estuvimos jugando al voleibol o cuando nos vimos en el cumple de Mucha… —recordó Diana, que nada le había hecho sospechar que aquello estaba ya roto.

—Le pedí que hiciéramos el papelón hasta que encontrara el mejor momento para soltar la bomba —confesó Martina, bajando la mirada al suelo.

—Ahora entiendo por qué no parabas de comer el primer día que llegamos a la isla y te dije que tenías mucha suerte con tu relación de doce años y tu trabajo perfecto —comentó Diana, lamentando haber metido tanto la pata.

—Tú estabas con tu drama y no me pareció el momento más adecuado para contaros que ya no tengo ni novio ni trabajo —le dijo Martina, tras mirarla a los ojos y resoplar.

—A pesar de que lo tuvieras todo tan claro, te podías haber desahogado con nosotras —repuso Diana.

—Estando Alejo de por medio habría medido cada palabra y así es imposible que me hubiera desahogado bien. Os agradezco vuestra preocupación, pero lo mejor para desahogarme en este caso es un terapeuta, que no juega al vóley con él —aclaró Martina, con una sonrisa.

Mucha, que seguía de pie, junto a la isla, la miró con admiración y le dijo a Martina:

—Has sido muy valiente por tomar la decisión de dejarlo.

Martina agradeció sus palabras con otra sonrisa, pero reconoció con la voz tomada por la emoción:

—Ha sido muy duro, porque me ha tocado hacer daño a alguien a quien quiero y me he sentido fatal, culpable, egoísta, mala…

Mucha se acercó a ella, la agarró por el hombro con cariño y habló:

—No creo que seas mala por tomar la decisión de terminar con algo que no funcionaba. Al contrario, me parece que eres muy valiente y que le has hecho un favor por liberarle de una relación que no iba a ninguna parte.

Diana, que estaba escuchando a su amiga con los ojos vidriosos y un zarpazo de ansiedad en el vientre, reconoció:

—Dejar a alguien es muy duro. Prefiero que me dejen…

—Fue muy difícil tomar la decisión y luego me sentí un bicho de tía porque quiero mucho a Alejo —afirmó Martina, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero con terapia acabé entendiendo que no soy la bruja del cuento. Y la vida sigue…

—Y yo pensando que habías recibido la llamada de Dios y resulta que estás con Genaro —comentó Diana, con una sonrisa, para destensar un poco el ambiente.

Martina se enjugó las lágrimas que se le deslizaron por el rostro, sonrió también y replicó:

—No os he contado nada, porque como aún no sabíais lo de Alejo… Sin embargo, esto de Genaro ni lo esperaba ni lo buscaba. Mi intención era pasar estos días tranquila con vosotras, estudiando la *opo* a ratos, hasta que ha aparecido él y me ha trastocado un poco los planes.

—Y a este paso vas a necesitar otro armario para guardar la ropa y los bolsos —bromeó Diana.

—Le encanta regalarme cosas —confesó Martina, echándose la mano al colgante que él también le había regalado.

—Llegué a pensar que te habías hecho cleptómana —reconoció Diana y todas se troncharon.

—Ja, ja, ja.

—Sabía que te estaba ocurriendo algo, pero es que ni por asomo se me habría pasado por la cabeza lo de Alejo y lo de tu curro —habló Diana, que se había quedado flipada.

—Alejo está bien. Y está conociendo a una chica —contó Martina, que se alegraba por él.

—Como tú estás conociendo a Genaro —intervino Mucha.

—No pretendía nada con él. Empezamos a hablar a lo tonto, luego a quedar y cuando me dijo que le gustaba me quedé pasmada. Llevaba tantos años sin ligar que no supe reconocer ni una señal. Pero os confieso que desde la primera vez que le vi me cayó genial y me pareció un cañonazo de tío. Luego, vino con los regalitos…

—¿Regalitos? —replicó Diana, porque aquello de regalitos tenía poco.

—Me mosqueé por si era el típico bombardeo amoroso de un tío manipulador y narcisista. Pero me dijo que había empatizado con mi historia, pues él lo pasó fatal en una etapa de su vida en la que trabajó en un gran despacho de abogados de Milán y que me hacía regalos para que pueda librarme de mi ropero anodino, porque puede y porque quiere. Y el tío además tiene muchísimo gusto…

—Ese azul te queda espectacular —le dijo Mucha.

—Hay luz en mi vida y en mi armario —confesó Martina con una sonrisa gigante—. Y con Genaro me lo paso genial. Me ha presentado a su abuela…

—¿En serio? —soltaron Mucha y Diana, al unísono.

—Tienen casa en Formentera —explicó Martina—. También me ha presentado a un colega que tiene un bufete en Madrid con el que voy a empezar a trabajar el mes que viene con un contrato solo de mañanas, para poder seguir opositando y tener ingresos.

—A ti Dios te ama y te ha venido a ver —comentó Diana, divertida.

—Es lo que te decía —replicó Martina con los ojos muy brillantes—. Al final todo sucede por algo. Hay que confiar y ser paciente.

—¿Él dónde vive? —quiso saber Mucha.

—En Milán —respondió Martina—, pero por trabajo suele ir a Madrid con frecuencia.

—¿Y vais en serio? —preguntó Diana.

—Después de salir de una relación larga lo que me apetece es divertirme. Genaro dice que perfecto y que nos divertiremos cuando venga a Madrid…

—¡Me pido ser la heredera de tus bolsos! —exclamó Diana, levantando la mano—. Porque te van a faltar brazos…

—Vamos a seguir conociéndonos y ya se verá —dijo Martina, que se la veía feliz.

Y ya que estaban con las confesiones de madrugada, Mucha se lanzó de cabeza:

—¡Pues yo al paso que voy os voy a necesitar de testigas para mi boda!

Y todas se partieron de risa…

—Ja, ja, ja.

—Os lo digo en serio —insistió Mucha—. Esto que me está pasando tiene una pinta de que solo puede acabar de esa manera.

—¿Y tú cómo ves lo tuyo con Leo? —le preguntó Martina a Diana.

—Nos veo follando —respondió Diana, con total sinceridad.

—Por la cara que pone, Leo debe ser lo mejor que ha catado nunca —comentó Mucha, muerta de risa.

—Reconozco que está en el top uno del ránking de los mejores polvos que he tenido —afirmó Diana, tronchada.

—¿Y no te ves casada con él? —preguntó Martina, arrugando el ceño.

—Mejor le dejo lo de las bodas a Mucha que llevo dos y otra fallida —respondió Diana, cruzándose de brazos.

—¿Y si Leo es la persona con la que llevas soñando toda la vida? —inquirió Mucha.

—Leo es Leo. Mi amigo, con el que me he liado por las circunstancias, pero no hay más —respondió Diana, convencida.

—¿Seguro? —insistió Martina.

—Tanto por mi parte, como por la suya —dijo Diana—. Él no me ha hablado de que sienta algo que vaya más allá de una atracción sexual.

—No te ha hablado con la boca, porque con los ojos te lo dice todo —opinó Martina.

—Cuando te mira se le ponen las pupilas en forma de corazones —habló Mucha, haciendo el gesto de los corazones con las manos.

—¡Qué liantas sois! ¡Me voy a la cama! —exclamó Diana, que se levantó y se fue en dirección a la puerta.

—Ya le está echando de menos —comentó Mucha, tronchada de risa.

—Una vez que pruebas el jamón de pata negra, ya no puedes volver al serrano —apuntó Martina, que estaba muerta de risa igual.

—Y ya verás cuando le diga que la ama —añadió Mucha.

—¡Eso no va a pasar! —exclamó Diana, negando con la cabeza.

—¡Eso decía yo también y estoy a tres tardes de hacerme veinte tatuajes con el nombre de Vera! —replicó Mucha, señalándose los brazos y las piernas.

—¡Os digo que no! ¡No seáis pelmas! —refunfuñó Diana.

Y se marchó a la habitación sin sospechar la que estaba a punto de venírsele encima…

Capítulo 18

Tres días después, Diana y Leo estaban solos en casa arreglándose para ir a una fiesta de un amigo de Genaro, donde habían quedado con las chicas.

Diana acababa de ducharse y de peinarse, y comentó mientras se maquillaba desnuda en el cuarto de baño en suite:

—La fiesta por lo visto va a ser una pasada y a Martina le hace ilusión presentarnos a Genaro.

—Pero tú ya le conoces… —replicó Leo, que también acababa de ducharse y estaba en calzoncillos frente al vestidor eligiendo qué ponerse.

—Le conocí aquel día en El beso, pero ellos enseguida se pusieron a hablar de temas de derecho financiero y les dejé solos —comentó Diana mientras se ponía la base de maquillaje.

—Ayer me llamó Alejo —le contó Leo a la vez que cogía unos zapatos que estaban en la parte baja de un estante—. Martina le

contó que ya sabíamos que habían roto y estuvimos hablando un buen rato.

—¿Y qué tal?

—Está bien —respondió Leo al tiempo que buscaba un pantalón—. Está conociendo a una chica. Y también sabe lo de Genaro y dice que se alegra por ella.

—Han quedado como amigos. Y se llevan bien. Como tú y como yo —dijo Diana, extendiéndose el maquillaje con la esponjita.

A lo que Leo se apresuró a precisar, pues para nada estaba de acuerdo:

—Nuestra relación no tiene nada que ver con la de ellos.

—Ah, ¿no?

—Pues no. Y una pregunta, ¿cómo vas a ir vestida? —inquirió Leo, arrugando el ceño.

—Con un vestido blanco.

—Entonces, me pongo de blanco también.

—¿Quieres que vayamos conjuntados? —repuso Diana, entre risas.

—Me parece divertido, pero si te dan *cringe* los *matching outfits*…

—Por mí no hay problema —zanjó Diana, a la vez que seguía retocándose el maquillaje—. Ponte de blanco, si te apetece.

Y, de pronto, Diana escuchó cómo Leo gritó de dolor:

—¡Auuuuuuuuuuuuuch!

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada, asomando la cabeza por la puerta del baño.

Leo se agachó a por un zapato de tacón negro, se lo mostró y respondió:

—Acabo de tropezar con este taconazo que estaba aquí tirado.

—¡Ay, perdona! —exclamó Diana, espantada—. ¿Te has hecho daño?

—He estado a punto de pegarme un morrazo, pero estoy bien —contestó Leo, que dejó el zapato debajo de la cama para que no molestara.

—Lo siento —musitó Diana, mordiéndose el labio inferior—. Me he estado probando varios y soy un desastre.

—No importa —masculló Leo.

—Muchas gracias —dijo Diana que volvió frente al espejo para seguir maquillándose y que le comentó—: Aunque si lleváramos tres años viviendo juntos, estarías hasta las narices.

—Si lleváramos tres años viviendo juntos, estaría feliz de ir pegándome morrazos con tus zapatos —replicó Leo, hablando completamente en serio.

—Sí, seguro… —farfulló Diana, que se lo tomó a broma.

—Tampoco me importa que ronques —aseguró Leo.

—Es por la sinusitis.

—Te escuché el otro día cuando me desperté porque me estaba haciendo pis. Y me fascinaron tus ronquidos…

—Ja, ja, ja. —Se carcajeó Diana.

—Suenan como un cortacésped —explicó Leo—. Es un sonido hipnótico. Y caí frito al instante.

—¡Menos mal!

Luego, Leo apareció en el cuarto de baño y le mostró a través del espejo un par de camisas blancas:

—¿Qué camisa prefieres? ¿Esta o esta?

Diana echó un vistazo rápido a las camisas y ni se lo pensó:

—La de la derecha.

—¡Genial! —exclamó Leo, que se fue a dejar la camisa descartada en el armario y la otra la dejó sobre una silla.

—¿Tienes alguna duda más? —quiso saber Diana, tras hacerse la raya del ojo.

Leo se plantó en la puerta del cuarto de baño, la miró de arriba abajo y masculló:

—Sí. ¿Te maquillas siempre desnuda?

—Es porque soy una manazas y así evito mancharme. Y más si el vestido es blanco. Primero, me peino, luego me maquillo y después me visto.

Leo se acercó a ella por detrás y la besó en el cuello. Diana cerró los ojos de lo que le gustó, él la besó en la clavícula y luego le preguntó:

—¿Ves cómo no nos parecemos a Martina y a Alejo?

—Somos dos amigos que follan —precisó ella.

Diana se giró, lo besó, le rodeó el cuello con las manos, entreabrió la boca, se mordisquearon los labios, entrelazaron las lenguas y aquello se desató.

Se devoraron las bocas una y otra vez, besándose largo y profundo, mientras terminaban de encenderse acariciándose por todas partes.

Luego, Leo se quitó los calzoncillos y Diana, con una excitación tremenda, se quedó impresionada al ver la potente erección.

Después, él cogió la caja de preservativos que tenía en el armario del baño, sacó uno, lo abrió y se lo puso.

Acto seguido, Leo agarró a Diana por las caderas, la miró con un deseo infinito, la sentó en el borde del lavabo, le abrió las piernas, le acarició y le lamió los pechos, estimuló los pezones y descendió a besos y lametazos hasta la entrepierna que estimuló suave con la lengua.

Diana cerró los ojos, jadeó y movió las caderas para que la boca de Leo llegara justo a los lugares precisos y tener el control de la intensidad.

Él trazó círculos con la lengua, intercambió las lamidas largas con las más cortas, estimuló los labios, la entrada, frotó el clítoris y la penetró hasta volverla loca.

Diana estaba excitadísima de sentir la boca de Leo en su sexo y su avidez y, justo cuando estaba al borde de sucumbir al orgasmo, él se incorporó, se situó frente a ella, con su mejor mirada cochinísima y la besó.

Después, Leo estimuló un poco más el clítoris con los dedos, tanteó la entrada y, tras agarrarla con ambas manos por las caderas, la levantó y ella quedó suspendida en el aire.

Diana, entonces, rodeó el cuerpazo de Leo con las piernas y, a continuación, él la penetró.

Diana gritó al sentirse tan llena, se aferró a los hombros de Leo, se miraron y los dos experimentaron una sensación de fusión similar tan fuerte que era más evidente que aquello no era solo sexo por el sexo.

Había muchísimo más en juego, pero Diana habló solo para pedirle una cosa:

—Fóllame.

Él, entonces, la agarró más fuerte por el trasero y empezaron a hacerlo sin dejar de besarse, de morderse, de lamerse y decirse palabras procaces al oído.

Y poco a poco el ritmo fue a más, hasta que Leo se giró sin dejar de penetrarla y la llevó así contra la pared de enfrente.

Diana sintió las frías baldosas en la espalda, le miró, ambos experimentaron la conexión más profunda y más potente que habían sentido jamás con alguien, y luego ella le rogó que se lo hiciera duro.

Y él cumplió su deseo, acabaron haciéndolo como dos salvajes y Diana, del roce de los pubis, acabó sucumbiendo a un orgasmo increíble.

Leo, después, la besó y, cargando con ella, la llevó hasta la cama, donde la dejó tendida.

Luego, se tumbó sobre ella, que abrió las piernas para que él pudiera hundirse hasta el fondo.

Y él lo hizo. Diana gimió el nombre de Leo en su oído al sentirle otra vez tan dentro, él jadeó al notar aún los espasmos del orgasmo de ella y con las respiraciones agitadas y los corazones igual de desbocados siguieron haciendo el amor hasta que al poco él ya no pudo más y se corrió como no recordaba hundiendo la cabeza en el cuello de Diana.

Y, cuando recobró el aliento, se echó a un lado, la miró y ya no pudo callarse ni un segundo más el secreto tan grande que llevaba en su corazón:

—Te amo.

Diana, sudorosa y jadeante, se quedó mirándole perpleja y masculló:

—¿Qué?

—Que estoy enamorado de ti hasta las trancas.

—Leo, ¿en serio? —preguntó Diana, temblando entera y con una lagrimilla aflorando en un ojo.

—Me gustas muchísimo —confesó Leo, con el corazón que se le iba a salir por la boca—. Me gustas desde siempre. Me gusta todo de ti. Me encanta cómo mueves las manos al hablar, cómo te ríes

haciendo unos aspavientos muy graciosos y esa lágrima primera que siempre aflora cuando te emocionas.

—Pero me quieres como amiga… —matizó Diana, tras retirarse esa lágrima con los dedos.

—No —repuso Leo, después de respirar hondo.

Y tras decir esto, él abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó una cartulina blanca que le tendió:

—¿Qué es esto? —preguntó Diana, arrugando la nariz.

—Dale la vuelta.

Diana dio la vuelta a la cartulina y vio que era una bonita invitación de boda pintada a mano en la que ponía Diana y Leo.

—¿Y esto? —inquirió Diana, casi hiperventilando.

—Se lo encontró mi madre en un libro de texto mío del bachillerato y me lo trajo cuando estuvo pasando unos días.

—¿Del bachillerato? —preguntó Diana, con los ojos muy abiertos.

—Cuando tenía diecisiete años diseñé la invitación para nuestra boda —confesó Leo al tiempo que Diana no podía dejar de contemplar sus nombres escritos en la invitación sin dar crédito.

—Pero salías con unas y con otras… —farfulló Diana.

—Como tú siempre estabas enamorada de otro, ¿qué iba a hacer? —replicó Leo encogiéndose de hombros—. Lo que pasa es que las novias me duraban poquísimo, porque enseguida me daba cuenta de que ninguna era como tú.

Diana dejó la invitación sobre la mesilla de noche y, de nuevo frente a él, le miró y le preguntó:

—Entonces, ¿no me ponías de excusa? ¿Era verdad que las dejabas porque estabas enamorado de mí?

—¿Te acuerdas el día que casaste a nuestros *tamagotchis*?

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó Diana, porque había olvidado aquella ocurrencia de su infancia.

—Fue uno de los días más felices de mi vida.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Diana, alucinada.

—Créetelo. Y no te he dicho nada antes por temor a que nuestra amistad se resintiera, pero ya no puedo callármelo más. Y se me tiene que notar por las caras de memo integral que debo poner cuando te miro.

—¡Madre mía! —murmuró Diana, con el corazón que se le iba a salir por la boca—. ¡Qué lío!

—¿Lío? ¿Por qué?

—Porque hace nada mi ex me dejó plantada y se supone que tendría que estar haciendo un duelo como Dios manda y no esto.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Leo, extrañado.

—No nos teníamos que haber enrollado, porque nos vamos a confundir.

—Tengo clarísimo qué es lo que siento por ti —afirmó Leo—. Y no solo es atracción, deseo y pasión, es que te quiero y quiero construir algo bonito contigo.

—¿Algo bonito? —inquirió Diana, con un hilillo de voz.

—Pon la fecha que quieras en la invitación de bodas —replicó Leo, con una sonrisa gigante.

—Ja, ja, ja.

—En serio y me encantaría tener hijos contigo.

—Un montón —bromeó Diana.

—Si quieres… —dijo Leo, enarcando una ceja.

—Quiero tener hijos, pero más adelante. Ahora lo que necesito es tiempo para procesar lo que me ha pasado —habló Diana desde la cordura y la sensatez.

—¿Y qué es lo que te ha pasado? —quiso saber Leo.

—¿Te parece poco lo de Mario? —replicó Diana, sorprendida de que le hiciera esa pregunta—. Necesito tiempo para procesarlo, digerirlo y superarlo.

—Sería así si hubieras estado enamorada de él, pero no lo estabas.

—El subidón del principio pasó, pero es normal. El enamoramiento no dura más de diecisiete meses —le recordó Diana.

—Tú no estuviste enamorada de él ni tres días —matizó Leo.

—¿Qué dices?

—Tú estabas enamorada de la idea de la boda y del matrimonio feliz, pero no de Mario —le aclaró Leo.

—Me prometí convencida de que con él iba a tener una pareja estable y duradera como la de mis abuelos o mis padres.

—Para tenerlo deberías casarte con alguien que sea tu amigo, tu cómplice y tu amante. Y Mario no era nada de eso.

—Pensaba que con el tiempo todo cambiaría —confesó Diana, mordiéndose el labio inferior.

—¿Cada cuánto follabas con él? —inquirió Leo.

—La última vez que lo hicimos fue…

—Ni te acuerdas —le interrumpió Leo, tras esbozar una sonrisa gamberra.

—Llevábamos tres meses sin hacerlo. Supuse que era por el estrés de la boda…

—¿Y sabe que casabas a los *tamagotchis*? —replicó Leo, divertido.

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo le voy a contar eso? —repuso Diana, risueña.

—Me encanta que lo sepas todo de mí. Conoces todo. Mis flaquezas, mis debilidades, mis miedos, mis secretos…

—Sobre todo tus secretos… —ironizó Diana, a la defensiva.

—El único secreto que no sabías era que estoy enamorado de ti. Y otra cosa que me fascina de ti es que a pesar de que lo sabes todo sobre mí, jamás lo has usado para hacerme daño.

—Sería una cabrona si lo hiciera —repuso Diana, colocándose bien un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo tampoco lo haría contigo jamás.

—Todo esto está genial —comentó Diana—, pero nunca podría estar con alguien como tú que tienes tantas tentaciones.

—¡Qué más me dan las tentaciones si solo deseo estar contigo! —exclamó Leo, batiendo las manos—. A todas les falta algo… y es que no son tú. Tú me haces mejor, me inspiras, me alimentas…

—Con bizcochos…

—¡Y con todo! Me haces crecer y estás conmigo desde que hice los primeros teatrillos en el colegio. Siempre recordaré mi primer *casting* al que me acompañaste y en el que estoy seguro de que me cogieron porque antes de entrar me miraste y me dijiste que todo iba a salir bien. Lo mismo que cuando me eligieron por primera vez como protagonista de una serie, te confieso que jamás habría aceptado el papel si no hubiera sido porque tú me aseguraste que estaba preparado para afrontar el reto. Y así siempre, porque solo tú sabes lo mal que lo paso los días antes de empezar un rodaje, los miedos que tengo, lo inseguro que me siento…

—Y cómo lo somatizas en forma de problemas gastrointestinales, faringitis, contracturas musculares…

—Es el perfeccionismo que he heredado de mi padre. Por suerte, tú siempre estás ahí para recordarme que no me juzgue, que no sea tan duro conmigo mismo, ni tan exigente…

—Eres un actorazo —habló Diana apoyando la cabeza en la mano.

—Nadie como tú sabe el estado de vulnerabilidad en el que me deja mi perfeccionismo. Es que ni mi terapeuta…

—Sobre todo los primeros días de rodaje lo pasas fatal, torturándote con que lo podías haber hecho mejor, con que no estás metido del todo, pero luego remontas y cada día te superas.

—Porque estás tú —masculló Leo, clavándole la mirada.

—Y aunque yo no estuviera —repuso Diana, sintiendo mariposas en el estómago.

—Si tú no estuvieras mi vida sería una puta locura —confesó Leo tras apretar fuerte las mandíbulas—. Entrar y salir de los personajes hace que desarrolle la empatía y la compasión, pero también me trastoca muchísimo. Es muy jodido meterse hasta el fondo de la piel de otro, sobre todo cuando el papel es muy intenso. Y solo tengo que hablar contigo, que me conoces como nadie, para percatarme de que tengo que desprenderme de cosas que no son mías, que no me pertenecen, que son del personaje y gracias a ti me centro y me pongo otra vez en mi eje. Para mí eres tan importante que jamás pondría en peligro lo que tenemos por un rollo con quien fuera. El compromiso que tengo contigo es más importante que todo lo demás.

—Conmigo no tienes ningún compromiso —dijo Diana, haciendo aspavientos.

Sin embargo, Leo la miró y habló con una cara de enamorado que no podía con ella:

—Te amo. Y sé que jamás va a aparecer nadie como tú. Te voy a elegir siempre.

A Diana le dio un vuelco al corazón y se quedó sin palabras, solo atinó a decir:

—Leo…

—No podía esperar más para decírtelo. Y no quiero asistir a más bodas tuyas, a no ser que sea para casarte conmigo.

Diana se quedó patidifusa, lo miró emocionada y farfulló:

—Madre mía.

—Deseo lo mismo que tú, una relación larga y duradera como la de mis padres. Y eso que no sé cómo han logrado aguantar tanto juntos si ella es una pintora que está medio para allá y él es un médico obsesivo y perfeccionista.

—Hacen un parejón —opinó Diana.

—Pienso que nosotros también —repuso Leo—. Llevo un montón de tiempo esperando a que sea el momento adecuado para decírtelo y la verdad es que nunca lo es. Siempre te pillo enamorada, a punto de casarte o de duelo amoroso para superar una ruptura.

—Por eso creo que lo que necesito es pasar una buena temporada sola —insistió Diana, a pesar de que estaba sintiendo mariposas en el estómago y le estaban entrando unas ganas de besarlo que se moría.

—Si eso es lo que quieres…

Diana pensó que quería seguir despertando cada mañana a su lado, pero la sensatez le gritaba que no debía por lo que replicó:

—No creo que lo que más me convenga en este momento sea agarrarme a una relación cuando todavía casi que ni he soltado la otra.

—Sí que la has soltado…

—Necesito tiempo para perdonar a Míster Pufo, para perdonarme a mí por haber sido tan lerda y para descubrir qué es esto que me está pasando contigo —reconoció Diana, llevándose la mano al pecho—. No tengo ni idea de por qué de pronto siento esta atracción tan fuerte por ti, si es un mecanismo de supervivencia, si es porque inconscientemente me quiero vengar, si es para acelerar el duelo, para subirme la autoestima…

—La respuesta siempre suele ser lo más simple.

—¿Y qué es lo simple aquí?

—Porque te gusto —le interrumpió Leo, con una sonrisa matadora.

—Me gustas mogollón. ¿A quién no? —inquirió Diana, alzando las cejas.

Leo la besó y, con los labios pegados a los de ella, musitó:

—Solo quiero gustarte a ti.

Diana le devolvió el beso, se mordió los labios, se apartó de él y replicó:

—Necesito tiempo para pensar. No sé qué es esto. Te lo digo de verdad.

—No solo es sexo. No solo es una atracción sexual bestial. Es algo más. Y tú lo has sentido como yo —afirmó Leo, rotundo.

—¡Claro que lo he sentido! Pero no quiero que seas un refugio o una relación de respaldo. O un mientras tanto. Un follo contigo y te uso de pañuelo de lágrimas mientras supero lo mío, mientras me curo las heridas, mientras hago mi duelo… No quiero eso —habló Diana, con la voz tomada por la emoción—. Ni tú te lo mereces tampoco. Tú lo has dicho antes, tú quieres construir algo bonito y eso exige una dedicación, una voluntad y una determinación para la que no estoy preparada en este momento.

—Lo entiendo —repuso Leo, con los ojos empañados.

—Necesito la perspectiva que da el tiempo.

—Y yo te voy a esperar. Más que nada porque cuando amas de verdad, nunca dejas de hacerlo.

—Leo… —musitó Diana, que le abrazó fuerte.

—Te amo —masculló Leo abrazado a ella—. No puedo hacer otra cosa. En unos días me iré a Chile y no volveré hasta dentro de cinco meses, pero te llevaré conmigo, como siempre hago.

Diana pensó que por qué era todo tan complicado y luego alzó la cabeza, lo miró y le dijo deseando que el tiempo lo colocara todo en su sitio:

—Te quiero muchísimo y solo espero aclararme y entender muchas cosas…

Capítulo 19

Horas después, Diana estaba sentada junto a Mucha, Martina y Vera en un sofá exterior de cinco plazas en el jardín del casoplón del amigo de Genaro, mientras se escuchaba de fondo la música del DJ que estaba pinchando en el otro lado del jardín…

—Tengo que contaros algo —dijo Diana con una sonrisa gigante a la vez que miraba cómo Leo estaba rodeado de personas que querían hacerse fotos con él.

—¡Cuentaaaaaaaaaaaaa! —le exigió Mucha, frotándose las manos.

—Es sobre Leo —precisó Diana, sin dejar de sonreír.

—Imagino —replicó Martina, risueña.

Diana suspiró, batió las pestañas y contó llevándose la mano al pecho:

—Me ama.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Lo sabíaaaaaaaa! —gritó Mucha, partiéndose de risa.

—¡Y yo! —exclamó Martina, que se reía también.

—A mí me dijo que eras lo más importante —recordó Vera.

—Pensaba que era una excusa que lleva utilizando toda la vida, pero resulta que es verdad —explicó Diana tras echar otra miradita a Leo que seguía haciéndose fotos—. Las novias no le duran nada porque está enamorado de mí y quiere casarse conmigo.

—¿Te ha pedido matrimonio? —inquirió Mucha, dando un respingo.

—Me ha enseñado una tarjeta de invitación que diseñó para nuestra boda con diecisiete años —respondió Diana—. Y me ha dicho que no quiere asistir a más bodas mías, a no ser que sea para casarse conmigo.

—¡Qué fuerte! —exclamó Mucha, patidifusa—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que necesito tiempo. ¿Qué le voy a decir? —replicó Diana, encogiéndose de hombros.

Y, entonces, Martina intervino para recordarle algo que para ella era más que evidente:

—Tú le quieres…

—Es mi amigo. ¡Le adoro! —repuso Diana.

—Digo como pareja —matizó Martina.

Diana resopló, se echó el pelo hacia un lado y confesó sin dejar de mirar a Leo:

—En lo que menos pienso en este momento es en tener una pareja.

—Él se va en unos días —comentó Vera, que apoyó la cabeza en el hombro de Mucha.

—Va a estar fuera cinco meses —informó Diana.

—Y vas a tener tiempo para pensar —masculló Martina, al tiempo que jugueteaba con el colgante que lucía con una golondrina en pleno vuelo.

Sin embargo, Diana tenía claro qué era lo que más le urgía en ese momento y repuso:

—Lo primero que tengo que pensar es en dónde voy a vivir. El otro día hablé con la casera para darle el preaviso de que dejaba la casa por lo que me había ocurrido.

Vera se envaró, pues acababa de encontrar una solución perfecta para las dos y le ofreció:

—Te puedes quedar en mi casa. Es un apartamento pequeño en Atocha, el alquiler es razonable y el contrato me vence en seis meses.

Mucha sonrió de oreja a oreja ya que el plan no le pudo parecer mejor y exclamó divertida:

—¡Justo para que te dé tiempo a esperar a que Leo vuelva y largarte después con él a su casoplón de Aravaca!

Diana, desconcertada, arrugó el ceño y le preguntó a Vera:

—¿Tú dónde vas a vivir?

—¿Dónde crees? —replicó Mucha, muerta de risa.

Diana también se echó a reír y se alegró un montón por ellas:

—Ja, ja, ja, ja.

—Se viene conmigo y con Golfo a Segovia —informó Mucha, que estaba exultante.

—¿Os vais a vivir juntas, yaaaaaaaaaaaa? —inquirió Martina, alucinada con la velocidad que llevaban.

—Ninguna esperaba que nos fuera a suceder esto. Es inexplicable —reconoció Vera, que entendía perfectamente que Martina estuviera flipando con ellas.

—Lo mismo me pasa con Leo —intervino Diana.

—Sí, pero nosotras no necesitamos tiempo para entender qué nos está pasando —habló Mucha, tras agarrar a Vera de la mano.

—Ni tampoco necesito entender nada —añadió Vera—. Solo sé que quiero seguir compartiendo mi vida con Mucha.

Luego, Vera miró a Mucha, la besó en los labios y esta musitó:

—Y yo contigo.

Diana las miró con una mezcla de admiración y emoción y confesó:

—¡Sois muy valientes!

—Esta locura solo la podría hacer con Vera —reconoció Mucha—. Tengo clarísimo que jamás habría dado este paso con nadie. Solo con ella.

—Me pasa lo mismo —afirmó Vera, después de besar a Mucha otra vez—. Tuve un flechazo con ella en cuanto la vi, pero es que a medida que la voy conociendo me doy cuenta de que es perfecta para mí.

Mucha miró a Vera con una cara de enamorada total y les contó después:

—Hemos vivido cosas muy parecidas, a las dos nos ha marcado la ausencia de nuestro padre y las dos sabemos dónde nos aprieta el zapato. Al principio, esto nos daba mucha ansiedad, pero nos hemos elegido la una a la otra y hemos decidido que queremos vivir esto sin miedo y sin desconfianza.

—Y lo vamos a vivir ya —comentó Vera con una sonrisa enorme—. Me pasaré por mi casa a recoger mis cosas y tú puedes ocuparla cuando quieras.

—Atocha me viene genial para ir al trabajo —reflexionó Diana en voz alta—. Y es un plus que el apartamento sea pequeño, porque se nota más el desorden y así me obliga a deshacerme de lo innecesario.

—Te ayudaremos a hacer la mudanza —dijo Mucha, para que Diana terminara de decidirse.

Diana sonrió al tener el problema resuelto y exclamó:

—¡Perfecto! ¡Miles de gracias, chicas! ¡Me acabáis de hacer un favor tremendo!

—Y tú a nosotras —repuso Mucha—. Y volviendo al tema de Leo, siempre te ha mirado de una forma especial.

Diana pensó que Leo siempre había sido especial para ella, pero no tanto como para tener algo con él, por lo que dijo:

—En la vida se me pasó por la cabeza liarme con una persona que cambiaba de novia cada dos meses.

—Cambiaba porque no eras tú —opinó Martina.

—Eso me ha dicho y también que me va a esperar porque, cuando amas de verdad, nunca dejas de hacerlo —contó Diana, que de pronto sintió un revoloteo de mariposas en el estómago.

Mucha asintió, puesto que entendía perfectamente a Leo y confesó:

—Y esa es la razón por la que estoy viviendo la relación con Vera sin miedo a que acabe, a que me deje o a que se vaya todo a la mierda, porque siento que es de verdad.

—Me pasa igual —reconoció Vera, con los ojos llenos de lágrimas—. El miedo al abandono, por lo que viví de adolescente, me ha

impedido relacionarme de una forma sana, pero con Mucha es diferente.

Martina, que las estaba escuchando con suma atención, exclamó maravillada:

—¡Menudos historiones de amor tenéis!

—Ellas. Yo aún no tengo nada —precisó Diana, haciendo aspavientos con las manos.

—¿Cómo que no? —repuso Martina, arrugando el ceño.

—¿Cómo voy a tener algo si aún no entiendo por qué de pronto surgió una tensión sexual enorme entre nosotros y empecé con el coqueteo máximo con Leo? —inquirió Diana, porque para ella era algo incomprensible.

—¿Y qué quieres entender? —quiso saber Mucha—. Lo importante es que sientes una gran atracción por él, que deseas que te reviente a polvos y que le cuidas, que te importa, que estás siempre pendiente de él, que le aceptas como es, que deseas su felicidad, que le haces sentir en casa, que por muy ocupada que estés siempre haces un hueco para él…

—Y le atiborra a bizcochos —apuntó Vera, divertida.

—Y si le atacara un oso, sería capaz de dar la vida por él —recordó Martina, alzando las cejas.

—¡Es verdad! —exclamó Mucha, llevándose las manos a la cara—. Se me había olvidado lo que pasó en aquel bosque de Palencia.

—¿Os pasó algo con un oso? —preguntó Vera, con una intriga tremenda.

—Estábamos en el bosque —contó Mucha—, de pronto, se escucharon unos ruidos raros, Leo se acercó hacia el lugar de donde procedían y Diana no solo se fue corriendo tras él, sino que se puso delante para que el oso le atacara a ella.

Vera se quedó mirando a Diana con los ojos como platos y farfulló admirada:

—Diana, ¡tú le amas mogollón!

—Al final, eran un par de tíos cogiendo setas —masculló Diana, quitándole importancia.

—Sí, pero te pusiste delante de él creyendo que era un oso. Y lo hiciste porque le amas —aseguró Mucha—. No hay más.

—Tú reflexiona todo lo que necesites —le aconsejó Martina, tras lanzar un beso con la mano a Genaro, que acababa de pasar hablando con el anfitrión de la fiesta—, dedícate a pensar, date tiempo para recolocarlo todo, pero nosotras ya te vamos adelantando la conclusión a la que vas a llegar.

Diana echó un vistazo al rincón del jardín en el que Leo estaba rodeado de un montón de tías y les preguntó a sus amigas señalando la zona con la cabeza:

—¿Y aquello qué? ¿Cómo llevaríais que vuestra pareja estuviera siempre rodeada de personas que le miran con cara de: *empotrámecontraelalicatadoyaaaaatelopidoporfavor*?

—Uy, ¡estás celosa! —sentenció Mucha, risueña.

—No tendrías por qué estarlo, ya que solo te empotra a ti —opinó Martina, entre risas.

Diana también se rio, respiró hondo y les confesó bajando el tono de voz:

—Y me ha descubierto zonas erógenas que ni sabía que tenía. Y, luego, cuando entra en materia, tiene unas caídas de ojos y unas miradas de vicio de *telovoyahacercomounabestiaparda* que me dejan temblando.

Todas se rieron y Martina le recordó para que lo considerara:

—Y te ama y no querría perderte por nada del mundo.

—Él dice que jamás pondría en peligro lo que tenemos por un rollo —contó Diana.

—Él sabe bien lo que quiere, lo ha sabido siempre —le recordó Martina tras saludar con la mano a otro amigo de Genaro—. Ahora solo falta que tú también lo sepas de una vez.

—Leo siempre ha estado ahí, pero no lo has visto —aseguró Mucha, colocando el dedo índice debajo del ojo—. Es igual que lo que pasa con las estrellas, en las ciudades apenas se ven. Sin embargo, están ahí… tan solo te tienes que ir al campo para verlas.

—Tengo unos patrones en los que jamás ha entrado Leo —murmuró Diana, cruzándose de brazos.

—Y con tus patrones te ha ido de pena, perdona que te diga —comentó Martina—. Creo que va siendo hora de que te libres de ellos.

—Elijo fatal, eso está claro —farfulló Diana, con una cara de espanto muy divertida.

—Pero tiene enmienda, como mis estilismos —bromeó Martina, señalando el vestido que lucía esa noche.

—Jamás pensé que te vería con un vestido *bandage* de color amarillo —replicó Diana, que se había quedado flipada en cuanto le había visto con él.

—Amarillo mantequilla. Es lo más. Me lo ha dicho Genaro —comentó Martina, que le saludó porque de nuevo pasó por delante con otro amigo.

—El tío va hecho un pincel —habló Diana en cuanto Genaro pasó de largo—. Es muy elegante. Y está buenísimo.

Martina le echó una miradita a Genaro y luego les confesó con una sonrisa pícara a las chicas:

—Es un empotrador estiloso y reservado.

—Ja, ja, ja. —Se carcajearon todas.

—Y hemos congeniado de maravilla, me lo paso genial con él —aseguró Martina.

—¡Me cae muy bien! —exclamó Mucha—. Solo hemos estado hablando un rato, pero me he reído mucho.

—Me encanta su sentido del humor —reconoció Martina, ilusionada —. Y es inteligente, generoso, protector, leal…

—Vamos, que te has enamorado —concluyó Diana, pues para ella no había lugar a dudas—. El brillo de tus ojos no engaña.

—No sé si estoy enamorada —reconoció Martina, encogiéndose de hombros—, pero sé que estoy mejor que nunca.

—Me alegro tanto… —masculló Diana, feliz por ella.

—No os decía nada —confesó Martina, poniéndose seria—, pero llevaba un tiempo sintiendo que algo no estaba bien dentro de mí, que estaba dejándome llevar por la inercia y que mi vida era tan aburrida como mis vestidos de color *beige*. Me miraba al espejo y tenía la mirada apagada, estaba siempre sin energía y con el corazón cada vez más endurecido. Y un día ya no pude más, tomé decisiones difíciles y duras y estoy aquí —afirmó sonriendo otra vez —, con nuevos proyectos, una nueva ilusión, mi vestido amarillo mantequilla y la mirada chispeante.

—¡Vamos a brindar por el brillo que tenemos en los ojos! —celebró Mucha, divertida—. Y luego se percató de algo…—: Leo reclama tu presencia —le dijo a Diana—. ¡Vete a darle un buen morreo y luego nos traes unas bebidas!

Diana le indicó a Leo con gestos que ya iba para allá y les preguntó a las chicas:

—¿Qué queréis?

—Genaro toma un cóctel de zanahoria, limón, pepino y vodka que está buenísimo. Os lo recomiendo —respondió Martina.

—¿Todas queréis ese cóctel? —quiso saber Diana, mirándolas a las tres.

Las chicas dijeron que sí, Diana se levantó y se acercó a Leo que por fin se quedó solo.

—¿Qué tal todo? —preguntó Leo, mirándola con una cara que él estaba seguro de que era de completo imbécil.

—Bien —respondió Diana, echándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Voy a por unos cócteles para celebrar que tenemos los ojos chispeantes.

Leo le clavó la mirada y dijo con una voz absolutamente *sexy*:

—Los tuyos chisporrotean de lo lindo.

Diana sintió que se licuaba y farfulló con una sonrisita que ella pensó que tenía que ser de lo más idiota.

—Los tuyos también. Y que sepas que tú eres el culpable de nuestras chispas.

—¿Por qué? —inquirió Leo, risueño, enarcando una ceja.

—Nos has irradiado con tus meditaciones de tanta ilusión, de tanta paz, de tanta felicidad, de tanta salud y de tantas cosas buenas que estamos chisporroteantes —respondió Diana, haciendo aspavientos divertidos con las manos.

Leo sonrió, profirió un suspiro que él encontró de lo más absurdo, pero le dio lo mismo y confesó:

—Estoy enamorado. Pero tú tranquila, que no voy a decir nada más.

—Puedes decir lo que quieras —replicó Diana, que se echó a andar en dirección al otro lado del jardín, donde había un *barman* sirviendo cócteles frente al DJ.

Leo caminó junto a ella mientras pensaba que lo que le gustaría decir era que los próximos meses iban a ser un infierno para él, si bien lo que dijo fue:

—Entiendo que necesitas tiempo y que quieres que estemos estos meses sin contacto.

Diana lo miró extrañada, porque no tenía intención ninguna de estar meses sin hablar con él, y farfulló:

—¿Sin contacto?

—Pensaba que a lo mejor te confundía más hablar conmigo —dedujo Leo.

—¿Cómo voy a estar sin hablar contigo y más cuando vas a rodar la película más importante de tu carrera? —replicó Diana, que sabía lo mucho que lo necesitaba y también lo mucho que ella le necesitaba a él.

Leo la miró a los ojos, se le puso un nudo en la garganta de la emoción y masculló:

—Joder…

Diana se paró debajo de una zona de velas tensadas y le preguntó perpleja:

—¿De verdad pensabas que te había pedido que estuviéramos cinco meses sin hablar?

—Tenía una ansiedad tremenda de pensar que iba a estar todo ese tiempo sin saber de ti —se sinceró Leo, parado frente a ella.

Diana lo miró, lo abrazó y le dijo después para que se tranquilizara:

—Voy a estar a tu lado apoyándote como siempre y además sé que todo va a salir bien.

—¿El qué? —inquirió Leo, deseando que se refiriera a su relación.

Diana deshizo el abrazo, se colocó bien el tirante del vestido y respondió:

—El rodaje.

—¡Ah, el rodaje! —exclamó Leo, disimulando como pudo la decepción—. Estoy cagado. Es el papel con el que he soñado siempre y con uno de mis directores favoritos, lo que me hace sentir una responsabilidad tremenda —confesó Leo—. Es una película con un guion magnífico, un equipo maravilloso, unas localizaciones

increíbles y el único que puede pifiarla y arruinar el proyecto soy yo. Y hay muchísima pasta metida en la producción…

—No vas a pifiarla —aseguró Diana, rotunda—. Lo has preparado a conciencia y va a ser el papel de tu vida.

—¿Tienes esa corazonada? —preguntó Leo, con la garganta tensa de los nervios que tenía.

—Sí —asintió Diana, con una sonrisa.

A Leo le relajó un montón escuchar aquello y le confesó a Diana:

—Estas noches he estado durmiendo bien porque tú estabas a mi lado. En cuanto me quede solo, tendré un insomnio de pelotas.

—Puedo dormir contigo hasta que te vayas —le propuso Diana, para que estuviera tranquilo y porque se moría de ganas de seguir compartiendo cama con él.

—¿Quieres?

—Claro —asintió Diana.

—¿Y quieres que solo durmamos juntos? —inquirió Leo, feliz de compartir esas noches con ella, aunque no follaran.

Sin embargo, a Diana se le encendió la mirada y respondió:

—Dormir y lo que surja. Solo quedan unos días para que te vayas. Tampoco va a pasar nada por un polvo de más…

—¿Uno solo? —preguntó Leo, al que de pronto se le puso esa mirada suya de como si fuera a devorarla entera.

Y Diana, de los nervios que le entraron, le pidió tras morderse los labios:

—No me mires así.

—Así, ¿cómo? —quiso saber Leo, sin dejar de mirarla.

Diana tragó saliva, le miró a los labios, luego a los ojazos y respondió:

—Con la mirada de que me la quieres meter hasta el fondo.

Leo asintió, la agarró por la cintura, la estrechó contra él y masculló:

—Y con amor.

—Así, justo así —asintió Diana, rodeándole el cuello con las manos.

—Entonces, de aquí a que me vaya…

—Tendremos los polvos que se tercien —aseguró Diana, sintiendo cómo la erección se le clavaba en el vientre.

Luego, Leo la besó, se apoderó de la boca jugosa y tras devorarla, confesó con los labios pegados a los de ella:

—Me pones como nadie.

—Y tú a mí —musitó Diana, que estaba con el corazón que se le iba a salir por la boca.

Leo la besó en el cuello, ella gimió y él le susurró al oído:

—Va a ser duro estar estos meses sin ti.

Después, se miraron, Diana sintió que le iba a estallar el corazón y musitó:

—Ya verás cómo pasan deprisa.

Leo pensó en lo mucho que iba a echar de menos sus besos, sus caricias, sus miradas, sus gemidos… y se sinceró más todavía con ella diciendo:

—Solo espero que en estos meses no te comprometas con otro. A ver, obviamente, puedes hacer lo que quieras…

—No voy a estar con nadie. Ni quiero, ni lo necesito, ni nada de nada —aseguró Diana batiendo las manos.

—Me pasa lo mismo —repuso Leo, mirándola de una manera que Diana se desarmó.

—Necesito tiempo para aclararme y cuando vuelvas, veremos qué pasa —insistió Diana, sintiendo un mariposeo estomacal descomunal.

—Yo sé lo que me va a pasar: voy a volver más enamorado de ti todavía —dijo Leo, sin lugar a dudas.

—O a lo mejor eres tú el que conoces a alguien y…

—Eso no va a ocurrir —le interrumpió Leo, que lo tenía clarísimo—. Sé que eres tú. Lo que tengo contigo no lo voy a encontrar en nadie. Y no te imaginas lo que he sufrido estos meses de pensar que la mujer de mi vida se casaba otra vez con otro.

—¿La mujer de tu vida? —inquirió Diana, con la voz entrecortada y un estremecimiento súbito.

—La chica que se puede casar con cualquiera menos conmigo —replicó Leo, con un deje simpático de reproche.

—Creo que si hubiese elegido a alguien al azar habría obtenido mejores resultados que con las elecciones que hice —reconoció Diana, entre risas.

Sin embargo, Leo se puso muy serio, le clavó la mirada y le propuso:

—La próxima elígeme a mí.

Diana se lo tomó a risa, más que nada también de los nervios que tenía y farfulló:

—Sí, claro.

—En serio, ¿no te parece un planazo salir agarrada de mi brazo de la iglesia del pueblo de tus abuelos y que nos sepulten en toneladas de arroz?

—Es que…

—Has cogido fobia a las bodas —le interrumpió Leo, temiéndose lo peor.

—No es eso —repuso Diana, negando con la cabeza—. Es que la iglesia del pueblo es un lugar muy especial, donde me gustaría casarme después de unos años de feliz matrimonio por lo civil.

—O sea, que no te has casado en la iglesia del pueblo porque no estabas segura de ninguno de tus pretendientes —concluyó Leo, al que tampoco le extrañaba la desconfianza porque esos tíos eran a cada cual peor. O al menos él no había tragado a ninguno.

—Nunca lo he pensado —confesó Diana—, pero no sabes cuánto me alegro de no haberlo hecho.

Leo se alegraba más todavía que ella porque deseaba algo que se aventuró a confesar:

—Quiero casarme contigo en la iglesia del pueblo de tus abuelos, delante de la Virgen a la que tanto rezo para que algún día me elijas.

Diana se quedó perpleja, resopló y luego murmuró:

—Entiende que para mí…

—Ya, no digo nada más. Perdona —le interrumpió Leo, porque lo que menos quería era agobiarla.

—No hay nada que perdonar. Tan solo es que está todo muy reciente y necesito tiempo.

—Vale —dijo Leo, que estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta.

Y, para que estuviera tranquilo y supiera que iba a estar a su lado durante el rodaje, Diana le aseguró:

—Lo que no quita para que, cuando estés en Chile, hablemos por videollamada a la hora en que te vayas a dormir, que será más o menos cuando llegue de trabajar del turno de noche. Y nos pondremos de palique hasta quedarnos fritos.

Leo soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y le dijo emocionado:

—Muchas gracias.

—Vas a bordar tu papel.

—He hecho de novio en varias películas y la verdad es que el chaqué no me queda nada mal —bromeó Leo.

Ambos se partieron de risa y luego Diana habló convencida:

—Confío en que el tiempo traerá todas las respuestas. Y ahora vamos a por el pepino…

—¿Qué pepino? —preguntó Leo, tras soltar una carcajada.

—Un cóctel que me han encargado. Es de pepino, vodka y no sé qué. Es uno que toma Genaro.

—Es un tío genial —dijo Leo, que había estado hablando un buen rato con él.

—Sí que lo es. Y mira… ¡Está detrás de aquella palmera! ¡Vamos a preguntarle por el cóctel!

Y ambos se fueron de la mano como si fueran la pareja que ellos decían que no eran…

Capítulo 20

Dos meses después, a finales de agosto, las chicas quedaron para cenar un sábado en el apartamento de Atocha, que en su día había alquilado Vera y donde vivía Diana, desde que Leo se marchó a rodar la película.

Cada una llevó un plato y, después de cenar, Diana propuso tomar el fresco en el balcón donde, a pesar de sus reducidas dimensiones, lograron colocar dos sillas y dos cojines en el suelo.

—¡Qué calor! ¿Cuántos grados hará? ¿Cincuenta y siete? —comentó Diana, que estaba sentada sobre el cojín en el suelo y no paraba de abanicarse.

—¿No estaríamos mejor dentro con el aire acondicionado? —preguntó Martina, sentada en la silla.

—¡Prefiero este olor a tubo de escape y asfalto que el tufo a comida que hay dentro, que me da mucho asco! —exclamó Diana, negándose en rotundo a entrar—. Aparte de que estoy como

resfriada y no soporto el aire acondicionado. Es mucho mejor el fresquito de la noche…

—Ja, ja, ja, ja. ¡Querrás decir el aire calentorro de la noche! Bueno, ¿y adónde vamos a ir después? —quiso saber Mucha, que estaba sentada en la otra silla con los pies apoyados en la barandilla.

—Yo de aquí me voy a la cama. No tengo ganas de nada. Estoy molida —dijo Diana, apoyando la cabeza en la pared y con las piernas estiradas.

—Mañana suena mi despertador a las cuatro de la mañana para prepararme la *opo* —comentó Martina, encogiéndose de hombros.

—¿Los *findes* también te levantas a las cuatro de la mañana? —inquirió Vera, alucinada.

—Sí, estudio todos los días —contestó Martina, que tenía una determinación a prueba de bombas.

—Y en el nuevo curro, ¿qué tal? —le preguntó Mucha.

—Muy bien —respondió Martina, con una sonrisa gigante—. Me he adaptado rápido, me gusta lo que hago y estoy fenomenal con los compañeros.

—¿Y con Genaro? —inquirió Diana, entornando la mirada.

—Me ha invitado a que vaya a Formentera el próximo *finde*. Podríais venir…

Diana negó con la cabeza, chasqueó la lengua y replicó lamentándolo mucho:

—Leo no para de decirme que vayamos a su casa de Formentera cuando queramos, pero estoy agotada. Los días que libro lo único que me apetece es dormir como una ceporra.

—Y apenas has probado bocado —observó Mucha, mientras acariciaba la cabeza de Vera, que estaba sentada en el suelo justo a su lado.

—No tengo ganas de comer —contó Diana con cara de asco—. Estoy un poco revuelta. Debe ser por el calor. Bebo tanta agua que me paso el día meando.

—¿Y cómo llevas lo de Míster Pufo? —quiso saber Martina, recostándose en la silla.

Diana bufó, se abanicó con más brío todavía y se sinceró con ellas:

—Tengo muchos cambios en el estado de ánimo. Hay días en que le odio con todo mi ser, otros siento una rabia tremenda conmigo misma por haber sido tan imbécil, otros simplemente me siento triste y otros me perdono a mí misma por haberla pifiado y agradezco que la relación se haya roto porque fue lo mejor que me pudo pasar.

—Es normal, tienes que transitar por eso para procesar la pérdida —le dijo Vera, tras agarrarla de la mano con cariño.

—¿Y con Leo? —preguntó Mucha, con una curiosidad tremenda.

—Con Leo hablo todos los días, pero como siempre —respondió Diana, sin darle ninguna importancia—. Como amigos. Las dos primeras semanas de rodaje lo pasó fatal. Estaba muy nervioso y muy inseguro, porque es el papel más importante y más difícil de su carrera. Tiene encima una responsabilidad enorme. Temía no dar la talla, decepcionar, no ser lo suficientemente bueno, pero ya está más centrado, ha ganado bastante confianza y por fin siente que ha entrado en el personaje.

—¡Qué mal lo pasa el pobre! —musitó Martina.

—Es muy autoexigente y perfeccionista —habló Diana con la vista puesta en la calle—. Y luego su profesión es muy jodida. Es complicado mantener el control emocional con esa exposición tan alta en la que le someten a un examen constante. Da igual lo que haya demostrado ya. Y nunca sabe lo que va a pasar después.

—Él lleva trabajando unos años y los que le quedan —aseguró Mucha, batiendo las manos.

—Tiene varios proyectos firmados y en ese sentido se siente un afortunado —contó Diana, que por unos instantes cerró el abanico.

—Es que es muy buen actor. Y aparte de hablar, ¿hacéis otras cosas? —preguntó Mucha, con una mueca gamberra.

—¿Otras cosas como qué? —replicó Diana, risueña.

—Como *ciberpolvos* —contestó Mucha, levantando las cejas.

Diana se abanicó otra vez, negó en rotundo y les contó:

—Estoy a *ciberdosvelas*. Ni practicamos el sexo virtual ni hablamos de lo que pasó en Formentera, ni nada de nada. Es lo que os digo. Hablamos como amigos.

—¿Y estas semanas sin él te has aclarado algo? —le preguntó Martina.

Diana suspiró, miró a su amiga y respondió con la pura verdad:

—Le echo mucho de menos.

—¿Cómo amigo? —quiso saber Vera.

—Como amigo y en mi cama —respondió Diana que, como tampoco podía decir mucho más, añadió—: Pero yo qué sé. De verdad, es que estoy tan agotada con este calorazo que tengo fritas las neuronas. Es que ni puedo pensar…

—Pues podemos pasarnos la noche jugando al parchís como hacíamos con tu abuela en el patio de la casa del pueblo —bromeó Mucha, mientras se inclinaba en la silla haciendo equilibrios sobre las dos patas—. Tampoco te exige que discurras demasiado.

—Lo siento, pero es que estoy que ni tengo ganas de levantarme a por el parchís. ¡Para lo que he quedado! —lamentó Diana.

—En Madrid está haciendo mucho calor —comentó Martina, tras echarse el pelo hacia atrás.

—En Segovia estamos de maravilla —habló Mucha, que dejó los equilibrios con la silla y se sentó con una pierna metida debajo de la otra.

—¡Cabrona! —murmuró Diana, mirando divertida a Mucha.

—Estoy encantada de vivir en Segovia —intervino Vera a la vez que se colocaba bien el top negro—. No volvería a este apartamento ni loca.

—Pues a mí me gusta mucho —reconoció Diana— y, a pesar de que llevo poco tiempo viviendo aquí, me siento como en casa.

—Te entiendo porque me pasa lo mismo con la casa de Mucha —replicó Vera.

—Es tu casa también —le dijo Mucha, que la miró con una cara de enamorada perdida.

—Y adoro a Golfo —repuso Vera, mirándola igual.

—Y él a ti. Me has destronado y ahora eres tú su persona favorita —contó Mucha, entre risas.

—Somos las dos —aseguró Vera.

—Te quiere más a ti que a mí —insistió Mucha.

—¡Qué va! —farfulló Vera, negando con la cabeza.

—Sí, sí —canturreó Mucha y luego añadió poniendo una mueca muy graciosa—: Y quieres a Golfo más que a mí.

—Ja, ja, ja. —Se carcajearon las chicas.

—Imagina que se quema la casa, ¿a quién salvarías a Golfo o a mí? —inquirió Mucha retando a Vera con la mirada.

Vera sonrió y respondió sin dudar devolviéndole la mirada a Mucha:

—A los dos.

—¿Y si solo pudieras elegir a uno? —quiso saber Mucha, con los ojos entrecerrados.

—¡Qué estupidez! —bufó Vera.

—La verdad es que sí —asintió Diana, mirando a Vera con complicidad.

—Mucha siempre decía que no era celosa —recordó Martina en un tono jocoso.

—Yo decía muchas cosas —ironizó Mucha.

—Y yo me estoy poniendo fatal —masculló Diana, abanicándose deprisa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Vera preocupada, porque Diana estaba como empalideciendo.

—Me están entrando ganas de potar —respondió Diana asqueada —, a lo mejor ha sido por imaginar el incendio y a la pobre Vera ahogada por el humo buscándoos por las habitaciones.

—¡Vaya imaginación que tienes tan potente! ¿Y si piensas en Leo orgasmas? —bromeó Mucha, para quitarle hierro al asunto.

Diana miró a Mucha enojada, se llevó la mano al vientre y le espetó:

—¡Vete a la porra! ¡Siento un asco tremendo!

—A ver si te ha sentado mal el trocito de tortilla de espinacas que te has tomado —le sugirió Martina, con toda su buena intención.

Si bien Diana sintió más asco todavía, se tapó la cara con las manos y le suplicó:

—¡Calla!

—¿Por? —replicó Martina, sin entender nada.

—No me hables —le rogó Diana.

—¿Te da asco pensar en la tortilla de espin…?

Martina no pudo acabar la frase porque Diana se apartó las manos de la cara, se levantó a toda prisa y se fue corriendo al cuarto de baño a vomitar.

Martina se fue tras ella y tocó a la puerta mientras la escuchaba potar:

—¡Abre y te sujeto la frente!

—¡Ni se te ocurra! —gritó Diana, entre arcada y arcada—. ¡Esto es como el vómito de una poseída!

—Como quieras —replicó Martina—. ¡Estoy aquí para lo que necesites!

—¡Vuelve al balcón! —le pidió a gritos Diana—. ¡Me da vergüenza que escuches estas arcadas infernales!

Martina no dijo nada, se quedó sentada en el salón esperando por si la necesitaba y Diana después de vomitar un montón, lo limpió todo, se lavó los dientes y salió del cuarto de baño:

—¡Ay, pobre! ¡Menuda carita que tienes! —exclamó Martina, que la agarró del brazo.

—Vayamos al balcón a que me dé el aire…

Salieron al balcón, las chicas la sentaron en la silla, le levantaron las piernas, las apoyaron en la otra silla y Mucha le dijo al tiempo que le echaba la melena hacia atrás:

—Estás fatal. ¡Menudo careto!

—Muchas gracias —refunfuñó Diana, tras agarrar el abanico y darse aire.

Y por si Diana no tenía bastante, Mucha de pronto se percató de algo:

—¡Y cómo tienes la tripa! ¡Vaya barrigón!

—Es por el calor que me hincho muchísimo —farfulló Diana, tras pasarse la mano por el vientre.

Sin embargo, a Martina le dio el pálpito de que a su amiga le estaba pasando otra cosa:

—¿Tú no estarás embarazada?

—Eso te lo decía yo a ti. ¡No me copies! —exclamó Diana, que ni se le pasaba por la cabeza que pudiera estarlo.

No obstante, Martina insistió y le preguntó con una mirada escrutadora:

—En serio, ¿cuándo fue la última vez que te vino la regla?

—Uf —bufó Diana, porque le parecía absurdo seguir con el tema.

—¿Cómo que uf? ¿No lo apuntas? —replicó Martina, frunciendo el ceño.

—¡Sí, pero…! —repuso Diana a la defensiva.

Si bien Martina le clavó la mirada y volvió a preguntar dándose golpecitos en la barbilla con el dedo índice:

—¿Te vino después de que regresáramos de Formentera?

—No —dijo Diana, que estaba harta del interrogatorio.

Mucha dio un respingo y soltó con los ojos abiertos como platos:

—¡Joder!

—¡Madre mía! —exclamó Vera, tras llevarse la mano a la boca.

—¡Esto es muy fuerte! —remató Martina, para horror de Diana que se puso atacada.

—¡No me agobiéis! —les exigió abanicándose frenética.

—Tú eres regular como un reloj —le recordó Martina.

—Sí, pero he tenido un estrés tremendo. Entre lo de Mario y lo de Leo he estado muy ansiosa —se justificó Diana, pues para ella todo aquello que le estaba pasando era de lo más normal.

—Ansiosa y follando todo el día con los ojos volteados hacia arriba —masculló Mucha, haciendo un gesto gracioso con los ojos.

—Con condón —precisó Diana, que se partió de risa con el gesto de Mucha.

—Uf —bufó Martina, que no las tenía todas consigo.

—¿Por qué bufas? —replicó Diana, arqueando una ceja—. ¡No me fastidies porque ni se me pasa por la cabeza que pueda estar embarazada! ¡Debo estar así por el calor!

—Pues yo te veo con todos los síntomas de mi prima Azu —opinó Vera, dejándolo caer.

Diana la miró ceñuda y le preguntó con una gran curiosidad:

—¿Y qué tiene tu prima Azu? ¿SIBO? Porque esto también tiene pinta de que pudiera serlo…

—Está de cuatro meses —respondió Vera, sin anestesia ninguna.

—¿De cuatro meses de qué? —inquirió Diana, despistada.

—¿De qué va a ser? —repuso Mucha, poniéndose en jarras—. ¡Está preñada!

Martina decidió que lo mejor era acabar con las especulaciones y le dijo a Diana en un tono que no admitía réplica:

—Me voy a ir a la farmacia de la esquina a comprar un test. Te lo haces y salimos de dudas.

—¡Me estáis poniendo muy nerviosa! —farfulló Diana, casi hiperventilando.

—Respira lento y profundo porque en tu estado no te conviene ponerte así —le recomendó Mucha, mostrándole cómo tenía que hacer las respiraciones.

—¿Qué estado? —masculló Diana, ofuscada—. ¡Lo estáis flipando! Baja si quieres a comprar el test de embarazo —le dijo a Martina—, pero más que nada porque os conozco y sé que vais a estar dándome la turra hasta que me venga la regla.

A Martina le faltó tiempo para agarrar el bolso y sin decir nada más se fue a la farmacia.

Volvió al momento y le pasó el test a Diana que decidió hacérselo en ese mismo instante para que la dejaran tranquila.

Se metió en el cuarto de baño, siguió las instrucciones y salió después diciéndole a sus amigas que estaban sentadas en el sofá con unos nervios tremendos:

—Joder, ¡estáis más nerviosas que yo!

—Va a salir todo bien —le aseguró Martina, hablando en un tono de voz pausado y neutro.

—Ya, ya. Dios nos ama —murmuró Diana, imitando a Martina.

—Y te manda bendiciones —añadió Mucha encogiéndose de hombros.

—Como el SIBO —ironizó Diana, sentándose en el brazo del sofá.

—Ponte aquí —dijo Martina, ofreciéndole su sitio.

—Gracias —repuso Diana—, estoy bien aquí.

—Y ahora ¿cuánto hay que esperar? —quiso saber Mucha, que no paraba de toquetearse los pendientes de lo nerviosa que estaba.

—Unos minutos —respondió Diana—. ¡Así que contadme algo y dejad de mirarme con esas caras de acojone!

Martina respiró hondo y decidió lanzarse a contarles algo que sus amigas aún no sabían:

—Mis padres han conocido a Genaro.

—¿Ya te hablas con ellos? —inquirió Diana, perpleja.

—Me los encontré en la calle —contó Martina.

—¿Dónde? —preguntó Mucha, con suma curiosidad.

—Estábamos morreándonos en la Gran Vía mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde y ¡ellos estaban justo detrás!

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajearon todas.

—¿Eso cuándo fue? —replicó Mucha, mientras se ponía el *gloss* que había sacado del bolsillo de su pantalón corto.

—Hace tres semanas —respondió Martina—, cuando vino a Madrid por motivos laborales y quedamos para vernos un rato.

—¿Un rato? —dijo Diana, porque necesitaba saber todos los detalles.

—Esa noche la pasé con él —precisó Martina—. Antes nos fuimos a cenar y nada más salir nos comimos la boca en el semáforo donde también estaban mis padres que acababan de salir de *El Rey León* con mis cinco sobrinos.

—Ja, ja, ja, ja, ja. —Se troncharon todas.

—Fue un bochorno —confesó Martina, apurada—. Para que os hagáis una idea, nosotros nos estábamos besando y de pronto escuché a Sofi gritar: «tíaaaaaaaaaaaa, tíaaaaaaaaaaa, ¿qué estás haciendooooooooo?». Me giré y me los encontré a todos. ¡Quise morirme! Menos mal que Genaro es tan encantador que tomó el control de la situación, se presentó y se los metió en el bolsillo, incluida a mi madre que ya sabéis lo raspa que es y que le cae mal todo el mundo. Pues con Genaro estaba que se deshacía y ¡hasta le invitó a comer!

—¿Y ha ido a comer a casa de tus padres? —preguntó Diana, que estaba flipada con el relato.

—Mi madre se puso tan insistente que hace una semana, cuando Genaro vino otra vez y…

—¿Otra vez? —inquirió Mucha, sorprendida—. ¡No paras de verte con él!

—Viene con frecuencia a Madrid por trabajo —explicó Martina—. El otro día fuimos a comer con ellos y Genaro les cayó tan bien que os puedo asegurar que, si hubiera un incendio, mis padres sin duda le salvarían a él.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Me meooooooooo! —exclamó Diana muerta de la risa—. Me meo, pero literal. ¡Ahora vengo!

Diana se fue al cuarto de baño, hizo pis y tras limpiarse se le ocurrió mirar de reojo la ventana de control del test y por poco no le dio algo:

—¡Ay, ay, ay, aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay! —gritó de los nervios que tenía, agarró la varilla y salió al salón con las bragas colgando por los tobillos.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué gritas? —inquirió Martina, que estaba como todas con el corazón a mil.

—¡Necesito que me digáis que en esta ventana de control no hay dos rayas! —les pidió Diana a las chicas con verdadera desesperación.

Mucha se puso de pie, le cogió la varilla, comprobó el resultado y le dijo tras tragar saliva:

—Tía…

—¿Qué? —replicó Diana que estaba temblando entera.

—¡Súbete las bragas y siéntate! —le exigió Mucha, que le cedió su sitio.

Diana se subió las bragas, se sentó en el sofá entre Martina y Vera que la agarraron de las manos y le pidió a Mucha hiperventilando:

—¿Qué ha salido?

Mucha tomó aire, se atusó una ceja y dijo tras morderse los labios:

—Dos rayas.

Diana se llevó las manos a la cara, se echó a llorar y todas la abrazaron…

—¡Qué lío, madre mía! ¡Qué líooooooooooooooo! —No paraba de repetir Diana.

—¡Estamos contigo! —aseguró Vera sin dejar de abrazarla—. Decidas lo que decidas vamos a estar a tu lado apoyándote.

Mucha miró a Vera espantada y le pidió después bajando la voz:

—Habla en clave.

—¿Cómo en clave? —repuso Vera, sin entender nada.

Las chicas deshicieron el abrazo y Mucha le explicó a Vera:

—Porque tuve un padre que me abandonó y sé lo que duele que decidan que no quieren saber nada de ti.

—¡También sé lo que es eso! Pero estamos hablando de células… —replicó Vera.

—Una compañera del trabajo me contó que hizo una regresión con hipnosis y se retrotrajo hasta el momento en que era un blastocito y escuchó cómo sus padres no deseaban su llegada —contó Mucha mientras Vera la miraba incrédula—. Y desde ahí arrastra la depresión, la ansiedad, la baja autoestima y la adicción a la bollería industrial. ¡Así que mucho cuidado con lo que habláis!

—Desde luego que no queremos que se nos deprima MiniLeo —habló Martina para alucine de Diana.

—¿MiniLeo? —inquirió Diana, arrugando la nariz.

—O MiniDiana —replicó Mucha, risueña.

—Porque un MiniMario no puede ser, ¿no? —preguntó Vera, deseando que no.

Mucha negó con la cabeza y le contó a Vera para ahorrarle a Diana el mal rato de tener que explicar aquello:

—No se acuerda de la última vez que folló con él. Mario llegaba a casa siempre cansado de follar con la otra.

—¡Qué peso me quitas de encima! —exclamó Vera, llevándose la mano al pecho.

Y, acto seguido, Diana se lamentó porque intuía cuándo se había quedado embarazada:

—¡Quién me manda follar en la piscina!

—¿Esto es el fruto de un polvo acuático? —preguntó Mucha, ojiplática.

—Es el fruto de que estaba ovulando y de que Leo se puso un condón que había estado guardado en una cartera que llevaba tropecientas horas dándole un sol de justicia.

—La tormenta perfecta —zanjó Martina, en voz baja.

—Aún estás a tiempo de abrir el paraguas y que no te caiga el chaparrón —le recordó Vera, hablando en clave.

Sin embargo, Diana no tuvo que pensar ni un instante lo que iba a hacer porque lo tenía clarísimo y replicó:

—Ya, pero yo quiero mojarme.

—¿Sí? —inquirió Vera, expectante.

—Siempre he querido ser madre —repuso Diana con una lágrima aflorándole en un ojo—. Mi idea era serlo dentro de un par de años, pero la cosita esta ha venido antes de tiempo como su abuelo. ¡Mi padre siempre llega a todas partes con quince minutos de antelación!

—¡Es un MiniCosme! —celebró Mucha.

—Pobre —masculló Diana, que soltó una carcajada—. Le pondremos otro nombre…

—¡Ya verás cuando Leo se entere! —exclamó Mucha, emocionada —. ¡Le vas a hacer el tío más feliz del mundo! ¡Me apunto ya al fiestón!

Sin embargo, Diana se puso muy seria y les pidió a sus amigas:

—Leo no se tiene que enterar de esto.

—Pero ¿cómo no se va a enterar? —repuso Martina, sin dar crédito.

—Hasta que no termine la película y esté de vuelta no pienso decirle nada —contestó Diana, rotunda—. Le va a descentrar, va a querer plantarse en Madrid, va a ser un follón y esa película es el sueño de su vida.

—¡Ya estás como con el oso! —exclamó Mucha—. Piensas en él primero antes que en ti…

—Ya te lo dije cuando os vi bailar en tu boda frustrada con Míster Pufo —apuntó Martina con la voz tomada por la emoción—, sois dos corazones que…

—No puedo pensar ahora mismo en qué somos Leo y yo —le interrumpió Diana, cerrada en banda.

—No hace falta —intervino Mucha—. Si lo vuestro es puro amor. Tú sabes que él te va a poner a ti por delante y que tú harás otra vez como cuando el oso…

—¡Qué pesada estás con el oso! —farfulló Diana, convencida de que ella a lo único que estaba apelando era al sentido común, por lo que añadió—: Lo más sensato es que termine de rodar la película, que ya solo quedan tres meses. Y cuando esté de regreso, le contaré…

—Los primeros meses de un embarazo son los más duros. ¿Cómo vas a estar sola? —inquirió Martina, que no le cabía en la cabeza que fuera a estar ese tiempo sin decirle nada a Leo.

—Os tengo a vosotras y me tengo a mí —respondió Diana, que no pensaba cambiar de opinión.

Las chicas la abrazaron y después Mucha dijo con una sonrisa enorme:

—Cuenta con nosotras para lo que quieras.

—¡Muchas gracias! —exclamó Diana—. Y, por favor, si habláis con Leo, tened mucho cuidado con que no se os escape nada.

—Me temo que tú vas a ser la que lo va a tener más difícil para mantener el secreto con Leo durante tantos días —le auguró Mucha.

Diana se mordió el labio inferior de la ansiedad y replicó más que nada para convencerse a sí misma de que así iba a ser:

—Ya verás como sí…

Capítulo 21

Un jueves de finales de octubre en que Diana libraba se fue a buscar a su padre a la salida del trabajo porque tenía algo importante que hablar con él…

—¿Qué haces aquí? —preguntó el padre en cuanto la vio.

Diana le dio un beso en la mejilla, sonrió, se encogió de hombros y replicó:

—¡Hola, *papa*!

—Buenooooooooooo… —farfulló el padre, que de pronto contrarió el gesto.

—¿Qué? —inquirió Diana, sin entender por qué se ponía como a la defensiva.

—Que me estás llamando *papa*.

—¡Ah, sí! —bufó Diana, poniendo cara de circunstancias.

—Dime. ¿Qué te ocurre?

Diana, sin saber bien por dónde empezar, se limitó a mascullar:

—A ver, estoy bien…

Palabras que provocaron que Cosme estuviera más todavía con la mosca detrás de la oreja:

—Llevo unas semanas que os noto a todos muy raros.

—¿Raros? —replicó Diana, tras morderse los labios.

—He notado un montón de veces que cuando aparezco de pronto se cambia de tema.

—Ya —asintió Diana, bajando la vista al suelo.

—Porque hay un tema —afirmó el padre, enarcando una ceja.

Diana lo miró, frunció los labios, se puso seria y musitó:

—Sí.

—Y es la razón por la que has venido a buscarme —añadió Cosme.

—Sí —asintió Diana y cada vez más nerviosa—, quiero contarte algo.

Cosme señaló con la cabeza el local de enfrente y le propuso a su hija, tras ofrecerle el brazo para que se enganchara:

—Vamos a la cafetería de Ernesto.

Diana se agarró del brazo de su padre y replicó porque le agobió la idea de encerrarse en un sitio con la noticia que tenía que darle:

—Prefiero caminar.

—Bueno, pues vamos paseando a la parada del 53 —dijo el padre, que se echó a andar en dirección a la parada.

—Mejor… —murmuró Diana, caminando al paso rápido de su padre.

—Pues tú dirás —masculló Cosme, invitando a que hablara alzando las cejas.

Diana se quedó unos instantes callada, pues no tenía ni idea de cómo darle la noticia y luego habló a modo de pequeña introducción antes de entrar directamente en la materia:

—Quería contarte que ya no vas a ser el único que llega siempre pronto a todas partes.

—¡No me lo puedo creer! —farfulló Cosme, sorprendido gratamente —. ¿Por fin me has hecho caso y has tomado la buena costumbre de adelantar quince minutos el reloj?

—No. Voy siempre con el tiempo pegado al culo —respondió Diana, lamentando decepcionarle.

—Me extrañaba a mí que me hicieras caso en algo —bufó el padre.

—Ya. Y también sé que dices que la gente más feliz de tu oficina es la que no tiene hijos —habló Diana, que continuó con la introducción al tema.

—Así es.

—Pues yo… —masculló Diana, que se quedó atorada.

No le salió ni una palabra más, por lo que Cosme se paró y le preguntó ceñudo:

—¿Tú qué?

Diana se arrebujó en el abrigo porque empezaba a hacer frío y respondió después de pensarlo un poco:

—Siempre he querido tener hijos.

El padre se echó a andar de nuevo, batió una mano y murmuró:

—Me parece muy bien.

—¿Sí? —replicó Diana, que miró a su padre pestañeando deprisa.

—Sí, porque supongo que sabes que un hijo es una responsabilidad muy grande que viene a sumar preocupaciones y desvelos.

Diana le miró sin disimular su nerviosismo y dijo con la voz tomada por la ansiedad:

—No quiero que te preocupes ni que te desveles por mí.

—Lo voy a hacer si no me dices de una vez qué te ocurre —habló Cosme, harto de que Diana estuviera dando tantos rodeos.

—Verás… A ver…

—Diana, ¡desembucha de una puñetera vez! ¡Sea lo que sea! ¡Quiero saberlo yaaaaaaaaaaa! —le exigió el padre.

Diana respiró hondo, se detuvo de nuevo y soltó de sopetón hablando a toda velocidad:

—Tenía la idea de ser madre dentro de un par de años, pero resulta que el bebé ha salido a su abuelo y ha decidido llegar antes.

Cosme se quedó perplejo, la miró desconcertado y preguntó por si no había entendido bien:

—¿Estás embarazada?

Diana suspiró, asintió, se le empañaron los ojos de la emoción y respondió:

—De Leo.

—¡Obvio! ¡Está claro que del otro jamás te iba a venir nada bueno! —farfulló Cosme haciendo aspavientos con las manos.

—En Formentera Leo y yo estuvimos juntos…

—Ya, ya vi las fotos —masculló el padre, que no necesitaba que le diera más explicaciones al respecto.

Si bien Diana, se pasó la mano por la cara y le dijo a su padre con un corte tremendo y bajando la voz, no fuera a ser que a su hijo le diera por hacer una regresión cuando fuera adulto:

—Y ocurrió un accidente.

Cosme la abrazó fuerte, Diana rompió a llorar en el hombro de su padre y este exclamó feliz:

—¿Accidente? ¡Lo que ocurrió es una bendición!

—Mi bebé va a tener mucha suerte de tener un abuelo como tú.

Cosme sacó un paquete de clínex del bolsillo de su cazadora, cogió uno, enjugó las lágrimas de su hija, la besó en la frente y afirmó:

—Y el bebé va a tener una suerte tremenda de tener una madre como tú.

—Lo haré lo mejor que pueda. Solo espero no ser muy infeliz —bromeó Diana, con una sonrisa enorme.

El padre la miró con los ojos vidriosos y, con la garganta tensa, farfulló:

—Los hijos a veces también dan grandes alegrías como esta. ¡Enhorabuena, hija!

—¿Vas a llorar? Porque como llores tú, yo ya no voy a parar.

A Cosme le rodó una lágrima por la mejilla, Diana sonrió y dijo:

—Yo suelo llorar también solo por un ojo.

—¡Soy tan feliz…! —exclamó el padre, retirándose la lágrima con la yema de los dedos—. ¿Y cómo llevas el embarazo?

—He estado fastidiada los primeros meses, pero ya estoy bien. Sigo trabajando y el otro día pedí el traslado para cambiarme de servicio y pasarme a Cercanías después de que nazca el bebé.

El padre de nuevo agarró a Diana del brazo, se echaron a andar y comentó:

—Leo me imagino que estará…

Diana negó con la cabeza, convencida de que a su padre no le iba a gustar lo que le iba a decir:

—No sabe nada.

Cosme abrió mucho los ojos, alucinado, y replicó sin dar crédito:

—¿Qué?

—No le he dicho nada aún.

—¡Me parece fatal! —bufó Cosme, indignado—. ¿A qué esperas a decírselo?

—Le queda solo un mes para terminar el rodaje y tiene que estar centrado en su trabajo. Es el papel más importante de su carrera…

—¿Y el papel de padre crees que no es importante? —refunfuñó Cosme, que por más explicaciones que le diera Diana, no podía concebir que Leo aún no supiera la noticia.

—No quiero preocuparle, ni descentrarle, ni que esté todo el día cogiendo aviones para venir a verme y al final acabe afectando negativamente a su trabajo.

—Leo tiene que saber lo que está pasando. ¡Es el padre y tiene derecho a saberlo! —zanjó Cosme.

—Lo va a saber dentro de unas semanas —insistió Diana, que no pensaba dar su brazo a torcer.

—¡Lo tiene que saber ya!

—¡No te he contado nada antes por esto! Estaba segura de que no ibas a entender la decisión que he tomado y que te pido que respetes.

—He sido el penúltimo en enterarme —repuso Cosme en un tono de reproche.

—Sí, porque sabía lo que me ibas a decir —replicó Diana, ofuscada.

—Lo que te voy a decir es que adoro a Leo, que me parece perfecto para ti y que sé que va a ser un padre excepcional para tu bebé.

Diana bajó la vista al suelo y le confesó negando con la cabeza:

—No estoy con él.

—¿Habéis discutido? —quiso saber Cosme, extrañado.

—No. Hablamos a diario. Somos amigos.

—¿Solo amigos? —inquirió Cosme, convencido de que era imposible que fueran solo amigos.

—Él me confesó que está enamorado de mí —respondió Diana, encogiéndose de hombros.

—¡Menuda novedad!

Diana miró a su padre y le siguió contando para que supiera todo lo que había sucedido entre Leo y ella:

—Su declaración me pilló de sorpresa. No lo esperaba, la verdad. Así que le pedí tiempo porque aún tenía que recuperarme de lo de Mario y luego me enteré de que estaba embarazada.

—Leo te quiere, te respeta, te cuida, te protege…

Diana pensó que su padre tenía razón, sin embargo, a veces en la vida las cosas no sucedían en el momento adecuado, por lo que repuso:

—Pero me ha pillado en un momento de mi vida en que…

—Da lo mismo el momento en el que estés —sentenció el padre, categórico—. Nunca vas a encontrar a nadie como él. ¿No te das cuenta de que Leo es el amor de tu vida?

—Leo te gusta porque solo somos amigos —replicó Diana, convencida de que conocía demasiado bien a su padre—, si fuera mi prometido ya te digo yo que te dejaría de gustar. Como te ha pasado con todos…

—Con Leo no me va a pasar eso, ¿sabes por qué? —preguntó el padre, cuando estaban a punto de llegar a la parada y su autobús se aproximaba.

—Ni idea —contestó Diana, chasqueando la lengua.

—Porque es tu 53 —afirmó el padre, señalando al autobús que ya llegaba.

Diana arrugó el ceño, miró a su padre desconcertada y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con que Leo es mi 53?

—En la ciudad hay muchísimos autobuses, pero solo hay uno que te lleva a casa. Leo es tu 53. Y ya estás lista para subirte a ese autobús —habló el padre de manera metafórica.

Diana no pudo replicar nada, porque una vez más su padre tenía razón y porque tuvieron que subirse de manera literal en el autobús que estaba llenísimo y donde, nada más entrar, Cosme gritó orgulloso:

—¡Mi hija está embarazadaaaaaaaaaaa!

Diana, sin saber dónde meterse, agradeció que se levantara un chico que estaba sentado justo detrás del conductor y que le cediera

el sitio. Y, luego, su padre se encontró con un conocido y se puso de palique con él.

Después, llegaron a casa, cenaron, hablaron de su embarazo, pero sin tocar en ningún momento el tema de Leo. Cosa que Diana agradeció muchísimo, pues con lo del 53 le había volado la cabeza.

Y a eso de las diez y media de la noche, ella decidió, a pesar de la insistencia de sus padres para que se quedara a pasar la noche allí, volver a su casa.

Cosme llamó a un taxi, la madre le buscó una bufanda, pues hacía mucho frío, y salió por fin con un montón de tarteras con comida para un mes.

Y, justo cuando entró en el portal de su casa, recibió la videollamada de Leo:

—¡Hola! ¡Estás en el portal!

—Sí —dijo Diana, mientras se dirigía al ascensor.

—¡Vas abrigada! ¡Te has puesto bufanda!

—Me ha dejado una mi madre.

—¿Has ido a verla? —quiso saber Leo.

—He estado cenando con ellos. Y acabo de llegar. ¡Vengo helada! ¡No veas el frío que hace!

—¿Cuántos grados hace? —inquirió Leo, al tiempo que ella llamaba al ascensor.

—Diez, ¿y allí?

—¡Veinte! Hace un día precioso de primavera. ¡Mira! —exclamó Leo, tras acercarse a la ventana del salón que estaba abierta y mostrarle cómo estaba el día.

—Voy a entrar en el ascensor —le advirtió Diana, por si se perdía la conexión.

—Nunca se corta —le recordó Leo, es un ascensor amigo.

—Lo digo por si acaso…

—Si se corta te vuelvo a llamar —dijo Leo con una sonrisa que Diana pensó que era irresistible total.

Luego, se fijó en la imagen que le estaba mostrando Leo con el teléfono y exclamó alucinada:

—¡Qué día más bonito! ¡Y cómo ha florecido el árbol que se ve desde tu ventana! ¡Las flores son de un amarillo precioso!

—El árbol es un aromo —le contó Leo, que se fue a la cocina a coger la lasaña que estaba recalentando en el microondas.

—Me gusta muchísimo.

—A mí también. Me voy a plantar unos en la casa de Aravaca.

—Le he cogido cariño al árbol de tanto verlo y es que está espectacular. Sin embargo, mira mi plátano de sombra cómo está…

Diana se acercó al balcón, pegó el teléfono al cristal de la ventana y le enseñó el árbol que estaba iluminado con la luz anaranjada de la farola:

—¡Vaya! ¡No le queda ni una hoja! —exclamó Leo, tras comprobar el avance inexorable del otoño en el hemisferio norte.

Diana contempló una vez más el plátano de sombra y, entonces, se percató como nunca de que ella era como ese árbol, que por fin había hecho su pérdida, porque lo de Mario ya era historia, había cerrado una etapa, que a pesar de todo seguía en pie y a la espera de que llegara la primavera de Leo.

—Ni una —replicó Diana, feliz, pues por primera vez fue plenamente consciente de que ya no albergaba ni ira ni dolor y de que había perdonado, sobre todo a sí misma.

Esas semanas le habían servido para darse cuenta de que no necesitaba más tiempo para superar lo de Mario, porque era algo que realmente no había funcionado nunca.

Lo peor era la rabia que había sentido consigo misma, pero ya no se iba a flagelar más con eso.

La había pifiado a lo grande, si bien esa había sido la única manera de conocer de una vez qué era lo que verdaderamente quería.

Y, con esa convicción, volvió a usar la cámara frontal para que Leo pudiera verla y él se quedó fascinado con la sonrisa que se le había puesto en la cara:

—¡Estás radiante!

—¡Y tú! ¡Además te queda genial la mancha de la nariz! —exclamó Diana, divertida, que se tocó la punta de la nariz para que se percatara dónde se había manchado—. ¿Qué estás comiendo? —inquirió con curiosidad.

—Una lasaña que me sobró de ayer —respondió Leo, tras limpiarse la nariz con una servilleta.

Luego, Diana, que estaba asada de calor, se plantó frente a la estantería y le informó a Leo:

—Voy a dejar el teléfono apoyado en la estantería mientras me quito la bufanda y el abrigo.

—Vale —dijo Leo, que siguió comiendo de pie.

—Aquí hace un calor tremendo. Hay calefacción central y como este apartamento es tan pequeño se calienta enseguida —explicó Diana mientras se quitaba el abrigo y la bufanda.

Luego, los guardó en el armario empotrado que estaba en la entrada y se plantó de nuevo frente a la cámara para pasmo de Leo, que le preguntó:

—¿Estás bien? Tienes el vientre como… ¿abultado?

Diana, horrorizada al recordar que esa mañana se había puesto un jersey entallado que le marcaba la barriga incipiente, agarró el teléfono, se lo puso enfocando solo a la cara y masculló:

—De las alcachofas.

—A ti no te gustan las alcachofas —le recordó Leo, devorando la lasaña.

Diana resopló y no le quedó más remedio que decir la verdad:

—No, no me gustan.

—Imagino por qué estás así —dijo Leo, apuntándola con el tenedor.

—Pues… —murmuró Diana.

—Tiene pinta de que te has bebido dos litros de Coca-Cola. ¡Así, del tirón!

Diana negó con la cabeza y, aunque al principio le había parecido lo más conveniente no contarle nada, después de hablar con su padre había entendido que era injusto que Leo no conociera aún la noticia. Por lo que carraspeó, se mordió los labios y musitó con los ojos llenos de lágrimas:

—Estoy así por otra razón.

—¿Qué otra razón? ¿Te encuentras bien? —inquirió Leo, preocupado.

Diana se quedó callada unos instantes, se tocó el vientre con la palma de la mano y respondió:

—Me encuentro… embarazada.

A Leo se le cayó el plato de lasaña al suelo de la impresión y le preguntó con el corazón a mil:

—¡Dioooooooooooooos! ¿Y eso?

—¿Te acuerdas aquel día en la piscina? El preservativo estuvo mucho tiempo expuesto al sol y debió estropearse.

—¡Ya han pasado algo más de cuatro meses de aquello! —exclamó Leo, que estaba alucinado con la noticia.

Diana se apretó el puente de la nariz y le explicó para que lo entendiera:

—No te he dicho nada antes para no desconcentrarte. Sé lo importante que es esta *peli* para ti.

Pero Leo, lejos de entenderla, puso el grito en el cielo…

—¡Me importa una mierda la *peli*! —farfulló blandiendo el tenedor —. ¡Mañana mismo me voy para Madrid!

—¿Ves? —repuso Diana—. ¡Por eso no quería decirte nada! ¡No quiero que empieces a hacer locuras, ni a darte palizones de aviones, ni a preocuparte, ni a nada de nada!

Leo se agachó a recoger el plato de la lasaña, lo colocó junto con el tenedor sobre la mesa, se pasó la mano por la cara y exclamó exultante:

—¡No me lo puedo creer! Dioooooooooooos, ¡qué alegría más grande! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

—Ja, ja, ja, ja. ¿Qué haces?

—¡Gritar de felicidad! —respondió Leo, sin parar de gritar.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Te juro que no sabía que se podía ser tan feliz! ¿Sabes el sexo del bebé?

—Aún no —contestó Diana—. ¡Te estoy esperando para que nos enteremos los dos a la vez!

—¡Jodeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeer qué alegría más grande! —gritó Leo, eufórico—. ¡Yuhuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! ¡Bieeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeen!
¡Bieeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeen! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

Y en mitad del último alarido, Diana escuchó a una mujer a lo lejos que preguntaba a gritos también:

—¿Qué te pasa, Leo? ¿Estás bieeeeeeeeeeeeeeeen?

—¿Quién habla? —preguntó Diana.

—Es la vecina de abajo —explicó Leo, que reconoció la voz de su vecina nonagenaria al instante—. Tengo la ventana abierta y se deben escuchar mis gritos hasta en la Patagonia. Espera… —masculló Leo, que se asomó a la ventana y le contó a la vecina que estaba justo debajo sacando al perro—. ¡Catalinaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, voy a ser papaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá!

—¡Felicidadeeeeeeeeeeees, Leo! ¡Qué linda noticia! —exclamó Catalina, lanzando un beso con la mano a Leo.

—¡No puedo ser más feliz! —gritó Leo, llevándose la mano al pecho.

—¡Felicidades a la mamá! —dijo Catalina.

—¡Estoy hablando con ella! Acaba de darme la noticia.

—¡Os deseo todo lo mejor, Leo!

—¡Muchas graciaaaaaaaaaas, Catalina! ¡Y perdón por los gritos!

Leo cerró la ventana y luego le preguntó a Diana con una emoción que no le cabía en el cuerpo:

—¿Y tú cómo estás?

—¡Fenomenal! —aseguró Diana, feliz de verle tan feliz—. Está todo bien. De verdad, que no hay nada de lo que tengas que preocuparte.

—¡Vamos a ser padres! —gritó Leo, al que le costaba creérselo.

—Sí —musitó Diana, con los ojos llenos de lágrimas.

Luego, se quedaron mirándose unos instantes y Leo dijo al fin algo que no podía callar más:

—Joder, ite *amooooooooooooooooooo*! Perdona, pero si no lo digo reviento.

A Diana esas dos palabras la estremecieron por completo y le pidió:

—¡Di lo que quieras!

—Sé que necesitas tiempo y no quiero que te sientas presionada ni agobiada.

—No me siento de esa manera —afirmó Diana, con un nudo en la garganta.

—La distancia me ha dado más lucidez y más claridad —confesó Leo, muy emocionado—. Y si antes sabía que eres la mujer de mi

vida, ahora lo tengo requeteclaro. Y ya con el bebé ni te cuento…

Diana suspiró y, consciente del impacto que la distancia y el tiempo estaban haciendo sobre ella, le contó:

—Hoy le he dado la noticia a mi padre. He ido a buscarle al trabajo para eso. En mi casa lo sabían todos menos él. Me resistía a contárselo porque me temía que me iba a reñir por no decirte nada a ti.

—¡Me lo tenías que haber dicho en el primer momento en que te enteraste! —replicó Leo, lamentando haberse enterado el último de todos—. Y si no llego a percatarme de tu barriga, ¿no me habrías dicho nada?

—Mi idea era decírtelo en cuanto llegaras a Madrid. ¡Y ya solo falta un mes para que regreses!

—No voy a aguantar un mes más sin verte. Mejor dicho, ¡sin veros! —matizó Leo, con un brillo en los ojos que Diana encontró espectacular.

Si bien se puso seria y le exigió en un tono que no admitía réplica:

—Esa película es tu sueño y no vas a volver hasta que la acabes.

Leo pensó que no podía estar más enamorado de ella y se partió de risa:

—Ja, ja, ja.

—¡En serio! Ha pasado lo peor, hemos aguantado cuatro meses y…

—¿Me echas de menos? —preguntó Leo, con el corazón latiéndole muy fuerte.

Diana pensó que le extrañaba tanto que le dolía, si bien lo que contestó fue:

—Un mes pasa volando.

—¿No me vas a responder? —inquirió Leo, con un punto de tristeza en la mirada que a Diana la desarmó.

Y, entonces, respiró hondo y respondió con la pura verdad:

—Todas las noches rocío mi almohada con tu perfume, porque me muero por volverte a oler, a verte, a tocarte, a besarte…

—¡Joder, y yo! —exclamó Leo, al que de nuevo se le iluminó la mirada—. ¿Pero sabes de qué me he dado cuenta también en este tiempo?

—Ni idea.

—De que lo tenemos todo —aseguró Leo, con rotundidad.

—¿Todo? —replicó Diana, perpleja.

—Tenemos una atracción sexual increíble, pero estos meses en los que no hemos tenido contacto físico te amo más todavía. Así que ahora sé que, si un día se nos va el deseo, lo nuestro no se irá a la mierda porque seguiremos teniendo nuestras conversaciones, las risas, la complicidad, la amistad y…

—Tú me vas a poner siempre —le interrumpió Diana—, y si no me he puesto a hacer *sexting* contigo…

—Ha sido para que no me entraran ganas de agarrar un avión después de ver una *fotochichi*… —bromeó Leo.

—Supongo que no le he dado al sexting ni al *ciberguarrisexo* por eso y porque no quería confundirme más mientras lidiaba con el duelo de mi relación anterior, lo que estaba viviendo contigo y lo loca que me estaban volviendo las hormonas con el embarazo. Pero vamos, que estás buenísimo y babeo la pantalla cada vez que te veo.

—¡Tú estás para hacerte otro hijo! —replicó Leo, con una sonrisa gamberra.

—¡Deja, que con este ya voy sobrada!

—¿No te parece increíble que tengamos tanta atracción física y tanta conexión emocional? —insistió Leo.

Y Diana decidió responderle contándole algo en lo que no podía dejar de pensar:

—Mi padre hoy me ha dicho que tú eres mi 53. El autobús que me lleva a casa…

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Leo, emocionado.

Diana suspiró y sintió que por fin había llegado el momento de sincerarse con Leo y responder:

—Pienso que esto ha sido un lío tremendo, que a ratos he sentido un vértigo bestial, pero el tiempo también me ha dado la perspectiva y el valor que necesito para arriesgarme y decirte que te amo.

—¿Queeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeé? —masculló Leo creyendo que le daba algo.

Diana sonrió emocionada, le lanzó un beso y volvió a repetir liberada al fin del pasado y con unas ganas enormes de abrazar el

futuro con Leo:

—Que no vamos a ser como Sandra Bullock y Keanu Reeves.

—¿No? —replicó Leo, incrédulo.

Diana negó con la cabeza, sonrió sintiendo que estaba enamoradísima de él y afirmó rotunda:

—Te amooooooooooo…

Capítulo 22

Casi un mes después, Diana estaba subida como pasajera en un tren, sentada en su sitio favorito, que era en la cabecera, detrás del maquinista, y a punto de llegar a Segovia, donde le estaban esperando las chicas para pasar el fin de semana.

Era un sábado muy frío y lluvioso de finales de noviembre y quedaban apenas cinco días para que Leo regresara.

Tenía unas ganas tremendas de verlo y Diana pensó que lo bueno era que, como Leo iba a estar unos meses sin viajar y ella se había cogido la baja el día anterior, iban a poder recuperar con creces el tiempo perdido.

Pero claro, iba a echar mucho de menos los trenes…

Le gustaba tanto su trabajo que al finalizar el último trayecto como maquinista de un tren de mercancías, después de echar los frenos, desconectar las baterías y cerrar la locomotora, se puso a llorar como un grifo.

Sin duda, pensó, iba a extrañar muchísimo sus trenes de mercancías y esas larguísimas noches en la cabina cantando a grito pelado con la única compañía de las estrellas.

Tenía tan buenos recuerdos que los iba a llevar siempre con ella y en unos meses estaba segura de que empezaría a cosechar otros nuevos, en la próxima etapa que la esperaba en Cercanías con otros desafíos.

Pero siempre en un tren.

Su vida y su pasión eran los trenes. Y en ese instante iba subida en uno pensando en todo lo que estaba por venir.

Y con Leo y el bebé que llevaba en su vientre.

Era increíble, pensó Diana.

Leo había estado todo ese tiempo a su lado y no le había visto.

Entonces, se puso a mirar por la ventana y le dio por pensar que Leo era como las piedras que estaban junto a las vías del tren y que parecía que estuvieran ahí como de adorno, de relleno o por mera casualidad.

Sin embargo, tenían una función fundamental…

El balasto, que era el nombre que tenía el lecho de piedras, soportaba la circulación intensa de trenes y el frío, el calor y la lluvia, aguantaba las traviesas sobre las que se posaban los rieles, afinaba el resalte y el peralte, daba estabilidad y evitaba que las vías se desplazaran, drenaba el agua de la lluvia, evitaba que creciera la vegetación, reducía las vibraciones, amortiguaba la carga…

Y ese balasto se parecía tanto a Leo…

Él siempre había estado ahí como esas piedrecillas dándole a su vida seguridad, confianza, apoyo, estabilidad, respeto, cariño, luz, generosidad y amor sin esperar absolutamente nada.

Además, la conocía como nadie, la aceptaba tal cual era, con sus luces y sus sombras, y siempre estaba ahí, como esas piedras.

A pesar de los morrazos que se había pegado con sus tacones, a pesar de que conocía todas sus posibles reacciones, a pesar de su vida de horarios locos de maquinista de mercancías, a pesar de elegir con el culo a sus parejas, Leo siempre había estado ahí.

Y la amaba. A pesar de todo, la amaba. Y ella a él.

Joder, cuánto le amaba, pensó.

Leo era amor. Leo era su familia. Leo era…

Diana no pudo seguir pensando en Leo, porque de pronto sonó su teléfono móvil y supuso que era él, convencida de que lo había invocado.

Pero no era Leo.

Era un número desconocido y aceptó la llamada pensando que sería algún asunto relacionado con la tramitación de la baja laboral.

—¡Hola!

—Diana. Soy yo.

A Diana por poco no se le cayó el teléfono de la mano al escuchar la voz de Mario.

—¿Para qué me llamas? —replicó Diana, que no quería saber nada de él.

—Hace meses que no hablamos —respondió Mario, como si aquello fuera de lo más normal.

—¿Y? —farfulló Diana, sin dar crédito.

—Quiero saber de ti. Me preocupas —aseguró Mario, en un tono de voz que parecía que le importaba muchísimo.

No obstante, Diana se lo tomó a risa porque era imposible que ya le creyera:

—Ja, ja, ja, ja. ¿Te preocupo? ¿Desde cuándo?

—Todavía respiras por la herida —le reprochó Mario, entre resoplidos.

—No te confundas —precisó Diana—. Lo tuyo lo tengo más que superado.

—Es imposible que en cinco meses me hayas olvidado —farfulló Mario, con un deje como si le diera rabia que Diana lo hubiera superado.

—Lamento comunicarte que me provocas una indiferencia tremenda —habló Diana, con una sonrisa triunfante.

—Lo nuestro fue muy importante para mí —masculló Mario, haciéndose el compungido.

—¡Déjate de chorradas! —bufó Diana, que ya no se creía ninguna de sus patrañas—. ¡Y devuélveme la pasta que me debes!

—Te pido paciencia, por favor —le rogó Mario—. Me ha salido un gasto extra.

—¡Me importa una mierda!

—He tenido que volverme a Madrid. Lo de Silvana fue un error garrafal —reconoció Mario, en un tono de lo más lastimero.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡No seas cruel! —le exigió Mario, ofuscado.

—Y tú no seas patético —repuso Diana.

—Tenía todo lo que necesitaba contigo, pero me confundí —confesó Mario, tras hacer una pausa dramática.

—Vaya —farfulló Diana, expectante por saber hasta dónde iba a ser capaz de llegar.

—No supe ver que tú me lo estabas dando todo y que lo de Silvana era un espejismo —habló Mario, apesadumbrado.

—Vamos, que te ha dado la patada —concluyó Diana, a la que tampoco le extrañó que Silvana le hubiera mandado a paseo.

—Nunca había convivido con ella y resultó tal desastre que hasta dejó de ponerme —siguió contando Mario, de un apenado que a Diana le dio asco.

Y solo le salió del alma exclamar ante lo que acababa de escuchar:

—¡Te jodes!

—Entiendo tu rabia —musitó Mario, muy comprensivo él.

—Ya quisieras tú que sienta rabia por ti —refunfuñó Diana.

No obstante, daba igual lo que Diana dijera, porque Mario tenía la convicción absoluta de que ella seguía colgada por él y le dijo:

—Sé que aún sientes amor por mí. Te debiste dar cuenta en cuanto al otro le duró el amor por ti tres tardes.

—¿Qué hablas? —replicó Diana, con desdén.

—No disimules. No volvieron a salir fotos de vosotros juntos en la prensa. Te usó y te tiró. ¡Y mira que te advertí que era un golfo, a los de su calaña los conozco bien!

—Desde luego —asintió Diana—, porque es justo lo que tú eres.

—Yo solo cometí un gran error, pero estoy de vuelta para enmendarlo.

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó Diana, que echó un vistazo por la ventana y le hizo una ilusión tremenda que empezara a nevar.

—¿No me crees? ¿Dónde estás viviendo? —preguntó Mario, como el que no quiere la cosa.

A Diana se le dispararon todas las alarmas, mientras veía cómo caían cadenciosos los copos de nieve, y replicó:

—¿No tendrás la cara dura de proponerme vivir apalancado en mi casa?

—Lo cierto es que podría ir a casa de mis padres, pero mi madre ha transformado mi cuarto en un gimnasio —explicó Mario, como si aquello fuera terriblemente injusto.

—Lo tuyo es…

—Ayer llegué a Madrid —le interrumpió Mario, contrito y afligido—. Tengo que empezar de cero. Buscar un trabajo y alquilarme algo, aunque, si te soy sincero, lo que más apetece de todo es volver a verte. ¡Te he echado tanto de menos…!

—A mí y a mis bizcochos —masculló Diana con sorna—. Como tenía tanta envidia de tu voluntad y determinación…

—Dije muchas cosas horribles de las que no sabes cuánto me arrepiento.

—¡Me da lo mismo! —exclamó Diana, ansiosa por colgarle y disfrutar del espectáculo de la nieve cayendo—. Lo importante es que me he perdonado a mí misma por haber perdido el tiempo con un impresentable como tú.

—Lo que hice no está bien. No obstante, todos cometemos errores.

—¡Exactamente! Tú fuiste el error más descomunal que pude cometer, pero ya estoy en otra —le informó Diana a la vez que la megafonía anunciaba que estaban a punto de llegar a su destino.

Mario lo escuchó perfectamente, no se lo pensó dos veces y repuso:

—¡Estás en un tren a punto de llegar a Segovia! Supongo que vas a casa de Mucha, espérame que voy para allá y hablamos.

—¡Ni de coña! —dijo Diana, horripilada—. ¡No quiero volver a verte el careto en la vida!

—Por mucho que digas, no me creo que no sientas nada por mí.

—¡Nada, pero nada de nada! —insistió Diana, con una frialdad igual a la de los copos de nieve que estaban cayendo.

—Pues yo estoy seguro de que aún podemos rescatar cosas del naufragio y volver a intentarlo otra vez.

—¡Te vuelvo a repetir que del naufragio no queda más que indiferencia! —le soltó Diana, a ver si se enteraba de una vez.

—Por favor, Diana —siguió Mario como un martillo pilón—, te suplico que me des una oportunidad para enmendar mis errores y demostrarte que puedo ser lo que siempre soñaste.

—Imposible —zanjó ella, feliz de haber encontrado de verdad a la persona con la que siempre había soñado.

—¿Por qué? —inquirió Mario, perplejo.

—Porque en la vida he soñado pasar el resto de mis días con un coleccionista de *fototetas*.

—Estaba sometido a mucho estrés y…

—No me hacen falta más explicaciones —le interrumpió Diana, que no estaba dispuesta a escuchar una excusa más—. Jamás volvería contigo, porque lo que siempre he soñado es Leo.

—¿El tío que ha pasado de tu culo? —inquirió Mario, sin disimular su enojo.

—El tío que me ama y me respeta —precisó Diana con una sonrisa de oreja a oreja—, que es honesto, sincero, leal, apasionado, comprensivo, generoso, que comparte mis mismos valores y objetivos, que jamás me robaría, ni me mentiría, ni me traicionaría…

—¿Estás con él? —preguntó Mario, molesto.

Diana suspiró de pensar en Leo y respondió con un orgullo tremendo:

—Le amo y estoy embarazada de cinco meses.

Mario se quedó unos instantes callado, carraspeó y luego le reprochó:

—¿Te has arruinado la vida por llenar un vacío? ¡Cuánto te ha tenido que doler mi ausencia para que te hayas enganchado al primero que pasaba por ahí!

Diana pensó que era demasiado feliz y la nieve era demasiado bonita como para seguir escuchando más imbecilidades y le espetó:

—¡Vete a la mierda!

—Siento si la verdad te duele.

Diana soltó una carcajada y le dijo con la vista puesta en la ventanilla:

—La verdad es que tengo una vida plena y feliz…

Y, entonces, se percató de que al final del andén de la estación había una chica con un plumífero dorado, que se veía de lejos, que sostenía un cartel en las manos.

Y a los tres segundos se percató de que esa chica era Martina y que en el cartel ponía:

DIANA,

Luego, se fijó que un poco más allá estaba Vera con otro cartel que ponía:

¿TE QUIERES…?

Y unos cuantos metros después estaba Mucha aferrada a otro cartel en el que podía leerse:

…CASAR…

Y, por fin, al principio del andén estaba Leo con un cartel gigante en el que había escrito:

…CONMIGO?

Diana, llorando de la emoción y harta del soniquete de fondo de Mario, que seguía diciendo sandeces, le dijo:

—Voy a colgar. Tengo algo muy importante que hacer. Que te vaya bien…

El tren por fin se detuvo y Diana voló hacia la puerta, pues tenía más que decidido que no iba a ser la chica que se quedaba viendo cómo se casaban las demás.

El amor de su vida le estaba esperando en un andén con un anillo en la mano y ella no iba a salir huyendo por culpa de un trauma generado por un auténtico petardo de tío.

Ni de coña, pensó Diana, que lo que hizo después de que la puerta se abriera fue saltar a los brazos de Leo que estaba esperándola abajo:

—¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiií! ¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiií! ¡Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiií! ¡Y todas las veces siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiií! —gritó Diana, mientras no paraba de besarlo en la frente, en los labios, en las mejillas, en la nariz…

Leo con el corazón desbocado y los ojos vidriosos, se agachó, la besó en el vientre, luego clavó la rodilla en el suelo y le preguntó bajo la nieve con unos nervios que no había conocido en su vida:

—¿Te quieres casar conmigo?

Diana le miró, pensó que Leo era todo lo que quería y que solo podía responder una cosa, por lo que se agachó para comerle la boca y musitó después con los labios pegados a los de él.

—¡Sí y siempre sí!

Ambos se incorporaron. Leo la besó, sintiéndose el hombre más feliz del mundo, y las chicas que estaban presenciando la escena rompieron a aplaudir.

Acto seguido, Diana abrazó a sus amigas, que la felicitaron llorando de la emoción, luego se puso frente a Leo y le preguntó risueña mostrándole la mano:

—¿Y el anillo?

Leo con unos nervios tremendos, se giró y entonces respiró tranquilo al ver que Genaro corría hacia el andén con la cajita con el anillo en una mano y con Golfo a su lado, al que llevaba cogido con la correa.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Genaro, en cuanto llegó junto a ellos.

Diana saludó a Genaro y a Golfo y luego les preguntó feliz como no recordaba:

—¿Ese es mi anillo?

—Se lo encargué a Genaro, porque el modelo que quería solo estaba disponible en Milán —respondió Leo, tras coger la cajita que Genaro acababa de pasarle.

—He llegado a Madrid a primera hora, me he subido a Segovia con Martina, pero con las prisas me he dejado olvidado el anillo en casa de Mucha. ¡Y me he tenido que volver corriendo! —explicó Genaro, al que le salía un montón de vaho por la boca—. ¡Menos mal que Golfo estaba a mi lado para infundirme calma!

Golfo ladró como asintiendo y todos se partieron de risa…

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Ya está arreglado! ¡Procede, por favor! —le pidió Genaro a Leo, con un gesto simpático.

Leo abrió la caja, cogió el solitario de oro y diamante, Diana le tendió la mano temblorosa más por la emoción que por el frío, él la miró a los ojos con una mirada que provocó que Diana se derritiera como la nieve y Leo le puso el anillo en el dedo anular.

—Te queda perfecto —dijo Leo, sintiendo que le iba a explotar el corazón de felicidad.

A Diana se le escapó una lágrima, se la retiró con la yema de los dedos y musitó sin dejar de contemplar fascinada el anillo:

—Ahora entiendo por qué hace unas semanas Mucha no paraba de pedirme que le prestara un anillo.

—Han sido mis cómplices —habló Leo, con una sonrisa gigante.

Luego, volvió a besar a Diana y los demás aplaudieron porque sabían mejor que nadie lo que les había costado llegar hasta allí.

Y como la nevada ya era intensísima, decidieron que lo mejor era correr hasta el *parking* y volver cuanto antes a casa.

Diana cogió a Leo de la mano, se dirigieron hacia donde estaba aparcado el coche en la otra punta del *parking* y le preguntó:

—¿Tú no llegabas dentro de cinco días?

—¡No podía soportar sin verte ni un día más! Así que rematé lo que tenía pendiente y me he venido para acá pitando.

—¿Has llegado hoy?

—Me he pasado por casa, me he dado una ducha, he cogido el coche y he venido a Segovia porque tenía que hacerle una pregunta a la mujer de mi vida.

—Es la primera vez que alguien clava la rodilla en el suelo por mí —musitó Diana que no iba a olvidar lo sucedido en la vida.

—¡Y espero que sea la última! —exclamó Leo, divertido.

—Lo va a ser, puesto que esto sí que es insuperable.

—Tú sí que lo eres —aseguró Leo, tras darle un beso en la boca.

—Tú más, porque clavar la rodilla en un andén de una estación de tren es la cosa más romántica que jamás me atreví ni a imaginar. ¡Y encima nevando!

—Lo de la nieve ha sido una sorpresa y la petición de mano solo podía ser en una estación de tren porque es el lugar que más amas del mundo.

—Cuando he visto a Martina con el plumífero dorado y el cartel, casi me ha dado algo. Estaba hablando con Mario y he dejado de escucharle…

Leo la miró extrañado, se envaró y preguntó poniendo cara de asco:

—¿Con Míster Pufo?

—Su aventura australiana le ha salido de pena y el muy jeta me ha llamado para apalancarse en mi casa con la excusa de que aún podíamos salvar cosas del naufragio.

—¿Y tú qué le has dicho? —inquirió Leo, arrugando el ceño.

—Le he mandado a la mierda y le he dicho que tengo una vida plena y feliz. —Luego, Diana se detuvo un instante y le dijo a Leo con una seguridad absoluta—: Por cierto, la boda tiene que ser en la iglesia del pueblo.

—¿No quieres probar antes con un matrimonio por lo civil unos cuantos años y si funciona…?

—¡No! —le interrumpió Diana, que lo tenía clarísimo.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Vale! —exclamó Leo, encantado.

—¡Solo quiero una boda! ¡Nada más!

—¡Perfecto! —replicó Leo.

Luego, siguieron caminando a toda prisa hasta el coche y Diana le dijo:

—Muchas gracias por este sueño que solo tú podías hacer realidad.

—El día que me dijiste que me amabas, en cuanto colgamos, me puse a mirar anillos —le contó Leo.

—Ja, ja, ja, ja.

—Cuando se lo conté a las chicas, les confesé que tenía miedo a que pensaras que me estaba precipitando, pero Mucha me dijo que para qué íbamos a demorarlo más si tú llevabas esperando por la boda de tus sueños desde los tiempos en que casabas *tamagotchis* y yo llevaba también tres siglos esperando a declararte mi amor.

—Es muy de Mucha el consejo. ¡Y acertado!

—¡Aún no me lo creo! —replicó Leo, justo cuando llegaron al coche.

—Yo aún ni me creo que estés aquí —dijo Diana, con el cabello empapado por la nieve, igual que Leo.

Él la abrazó, la besó en los labios y le dijo mirándola a los ojos:

—Voy a ser un buen marido.

—Más te vale —musitó Diana, con una sonrisa enorme.

—¿Y tú? ¿Tienes algo más que decir antes de que nos congelemos? —repuso Leo, con una sonrisa gamberra.

—Yo he tardado un poco en darme cuenta de que tú eres mi cincuenta y tres, pero ¡aquí estoy con el anillo en el dedo —exclamó mostrándoselo— y dispuesta a elegirte una y otra vez, todos y cada uno de mis días…!

Epílogo

Cinco años y medio después, Diana se encontró en el puerto de Ibiza con Anto, que iba de paseo con Coco y un hombre al que Diana reconoció al momento, pues era Ricardo, el veterinario de la *app* de citas.

Se saludaron encantadas de volver a verse, Coco les hizo un montón de fiestas, igual que Golfo, y Diana recordó:

—¿Te acuerdas de aquello que te dije el día de mi no boda?

—Pues… —farfulló Anto, que no caía.

—Te dije que nos encontraríamos dentro de unos años por Ibiza y que yo te diría que formo parte del treinta por ciento al que le sale bien. ¡Pues me ha salido bien! Pero claro, me ha salido bien porque al final aprendí a elegir bien y me casé con quien debía. Él es Leo. Leo, ella es Anto, la peluquera que me peinó el día de mi no boda con Míster Pufo.

—¡Encantado! —exclamó Leo, que saludó a Anto con sendos besos en las mejillas.

—¡Igualmente! Y yo os presento a Ricardo… —repuso Anto, que iba con un vestido negro ceñido y escotado y unas zapas de colorinchis con plataformón.

Saludaron a Ricardo y Diana le recordó a Anto:

—Le conocía por la foto aquella…

—¡Y acertaste con lo que me dijiste! —habló Anto, con una sonrisa espectacular.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Diana, porque hacían un parejón.

—Y tú no sabes cómo me alegro de que por fin hayas elegido mejor al novio que al vestido de novia —bromeó Anto.

—Me costó —reconoció Diana, divertida—, pero aprendí.

Anto se rio y preguntó por el resto que los acompañaba:

—¿Y ellos quiénes son?

—¡Este es Golfo! Es el perro de unas amigas, que se han quedado en Formentera.

—¡Qué guapo es! —exclamó Anto, que se agachó para saludarlo y este le dio unos buenos lametones.

—¡Es un amor! —dijo Ricardo, que también lo saludó.

Luego, Anto se incorporó y preguntó por el niño que estaba junto a Diana y por las dos niñas mellizas que Leo llevaba cada una de una mano:

—¿Y ellos? ¿Quiénes son?

—Martín, Lola y Marina —respondió Diana, mirando feliz a los niños.

Anto se llevó la mano al pecho y exclamó alucinada con la familia que había creado:

—¡Qué increíble, Diana! ¡Tienes tres hijos!

Si bien Diana negó con la cabeza y aclaró mientras Leo se tronchaba de risa:

—Mi hijo es Martín. Lola y Marina son hijas de Mucha y Vera, las dueñas de Golfo. Están pasando unos días con nosotros en Formentera y se han apuntado a la excursión.

Anto se quedó mirando a Martín, un niño guapísimo, moreno, con ojos de color café y cara de listo, y masculló:

—¡Martín es clavado a su padre!

—Es idéntico —dijo Diana, tras dar un beso en la cabeza a su hijo.

—¿Qué edad tiene? —quiso saber Anto, porque los años que aparentaba no le cuadraban con las fechas.

—¡Tengo cinco! —exclamó Martín.

—Es muy alto —murmuró Anto, alucinada.

—Como su padre —repuso Leo con orgullo.

Luego, Coco se subió a las piernas de Martín, Anto soltó la correa, los niños y Ricardo se pusieron a juguetear con el perro y Diana aprovechó para contarle a Anto:

—Después de que mi ex me dejara plantada, Leo y mis amigas me arrastraron hasta Formentera y allí se lio a lo grande.

—Yo estaba enamorado de ella de toda la vida. Fuimos al colegio juntos desde que teníamos tres años —añadió Leo, para que Anto acabara de entenderlo todo.

—A mí no sé qué me pasó, que empecé a sentir una atracción brutal por él —habló Diana, con los ojos chisporroteantes.

—Nos liamos —apuntó Leo.

Diana sonrió, agarró a Leo de la mano y Anto contó:

—Algo vi en la prensa… Y no veas lo que me alegré… ¡Me sentí muy orgullosa de ti!

—¡Qué mona! —replicó Diana.

—¡Ese capullo no merecía ni una de tus lágrimas! —afirmó Anto.

—¡Menos mal que estuviste a mi lado! ¡Y a pesar de todo me aguantó el peinado hasta el final del día! —reconoció Diana, chasqueando la lengua.

—Ja, ja, ja.

—Bueno, pues después de enrollarnos en Formentera… —siguió contando Diana.

Y Leo terminó la frase por ella…

—Pasaron los días y yo le dije que le amaba.

—¡Qué bonito! —exclamó Anto, que echó a volar las manos.

—Le pedí tiempo, él se fue a rodar una película lejísimos y al poco me enteré de que estaba embarazada.

Anto abrió los ojos como platos y replicó mirando a Leo con rendida admiración:

—¿La película no será esa por la que te dieron un montón de premios?

—Un Goya, un Oso y un César —respondió Diana por él, con un orgullo que no le cabía en el cuerpo.

—¡Guau! ¡Qué maravilla! ¡Felicidades! —exclamó Anto, llevándose las manos a la cara.

—No tengo ni idea de por qué me dieron tantos premios, pues las últimas semanas me las pasé deseando que acabara el rodaje para volverme a Madrid con ella.

—¡Te lo dieron porque eres buenísimo! —zanjó Diana, ya que Leo interpretó el papel en estado de gracia. Y, acto seguido, le explicó a Anto—: Él no conoció la noticia de que estaba embarazada desde el principio, no se lo quise contar para que no se le fuera la pinza y se descentrara. Luego, acabó el rodaje, regresó y me pidió la mano en una estación de tren, un día que cayó una nevada romántica y preciosa a más no poder.

—¡Qué chulada, por favor, y con lo que te gustan los trenes! ¿Sigues trabajando de maquinista de mercancías? —quiso saber Anto, fascinada con la historia.

—Me pasé a Cercanías, que era mejor para conciliar y estoy encantada.

—Y la boda, ¿cómo fue?

Leo sonrió al recordar uno de los días más felices de su vida y le contó a Anto:

—Nos casamos dos meses después de que naciera Martín en la iglesia del pueblo de su familia.

—Donde tú siempre habías soñado casarte —recordó Anto.

—Sí, utilizamos las invitaciones de boda que Leo diseñó cuando tenía diecisiete años.

—¿Con diecisiete ya querías casarte con ella? —inquirió Anto, alucinada.

—Siempre lo tuve claro —respondió Leo, rotundo.

—Él siempre estuvo ahí, pero a mí me costó un poco verlo —confesó Diana, encogiéndose de hombros.

—¿Un poco? —replicó Leo, con guasa.

—Bueno, lo importante es que al final sucedió… —habló Diana—. Nos casamos en la iglesia del pueblo, enamorados perdidos, con el amor saliéndonos por los ojos y rodeados de todos los nuestros que ese día estaban guapos a reventar. Nos arrojaron toneladas de arroz, nos lo pasamos genial, montamos un fiestón impresionante y es lo que te decía… ¡Estamos en el club del treinta por ciento al que le sale bien! —exclamó Diana, entusiasmada—. Y hablando de bodas, no te lo vas a creer, pero ayer estuve pensando en ti.

—¡No me digas! —dijo Anto, sorprendida.

—Se nos casa la única amiga que nos queda soltera. Las madres de las niñas se casaron hace cuatro años muertas de amor la una por la otra y Martina era la que faltaba por casarse.

—Y se va a casar —dedujo Anto.

—Con Genaro —contó Diana ilusionada porque hacían un parejón, los adoraba y se merecían todo lo mejor—, un italiano que conoció aquel verano en Formentera en el que nuestras vidas se pusieron del revés. Han estado viviendo cada uno en una ciudad, pero hace tres

años cuando mi amiga se sacó una oposición dificilísima, él se instaló definitivamente en Madrid y se casan en un par de semanas en Formentera. ¿Tendrías un hueco en tu agenda para peinarla?

Anto sacó el teléfono móvil y respondió mientras abría la aplicación:

—Tengo que consultar la agenda.

—Ha estado liadísima y ayer fue cuando se dio cuenta de que no tiene peluquera —comentó Diana.

—¿Un par de semanas dices? —inquirió Anto, a la vez que consultaba la agenda.

—Sí, se casan el domingo, a las siete de la tarde.

—¡Tengo un hueco el domingo!

—Ay, ¡qué bien! ¡Genial! ¡Miles de gracias! —masculló Diana, entusiasmada.

—La apunto. ¿Cómo dices que se llama?

—Martina.

—Escríbeme cuando puedas un wasap con sus datos y vamos hablando —le pidió Anto.

—¡Perfecto!

—Y ya os dejo, que hemos salido a sacar a Coco y tengo que estar en Santa Eulalia en media hora.

—¡Muchas gracias por todo! ¡Y me alegro un montón de verte tan bien! —le dijo Diana, que la abrazó y le dio dos besos cariñosos en las mejillas.

—¡Lo mismo digo, chicos!

Y tras despedirse de ellos, Diana y Leo se fueron a un parque que estaba al lado para que los niños jugaran y entonces ella se percató de algo…

—¿Has visto quiénes están en ese Panda rojo? —habló Diana, que estaba sentada en un banco con Leo al lado y Golfo a sus pies.

Leo se fijó en el coche, reconoció a los *paparazzi* y, al momento, descubrió quiénes eran su objetivo:

—El tío que está junto a la motaco aquella, el de la gorra negra y las gafas enormes, es un famoso futbolista que está esperando a que salga alguien de aquella tienda.

Y, tras decir esto, de la tienda de ropa salió una chica que, a pesar de que iba con gorra y gafas gigantes, Diana la reconoció al instante.

—Y ella es la cantante famosa que está a punto de dar un beso al futbolista igual de famoso.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Leo, después de que la pareja se besara.

Acto seguido, se subieron a la moto, arrancaron y los *paparazzi* se fueron detrás de ellos…

—Ja, ja, ja, ja. —Se tronchó Diana—. ¡Ya no les interesamos para nada! ¡Somos tremendamente aburridos!

—¡Mejor! Así no nos molestan…

Leo sonrió, la miró a los ojos, después a los labios y cuando estaba a punto de besarla, escuchó un grito:

—¡Papaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá, miraaaaaaaaaaa!

Era Martín para que viera que se había subido en lo alto del columpio, mientras las mellizas corrían hacia ellos para jugar con Golfo.

—¡Increíble! —le dijo Leo a su hijo. Y luego miró a Diana y matizó sus palabras—: Casi no nos molestan…

—Ja, ja, ja, ja. Habrá que dejarlo para cuando estemos en casa…

—Como siempre —bromeó Leo.

—La casa que está frente al lugar donde nos dimos nuestro primer beso sin querer-queriendo —recordó Diana, apoyando la cabeza en el hombro de Leo.

—La casa que compré pensando en ti, frente a tu cala favorita, para que quisieras volver siempre…

Diana, entonces, le miró y replicó sintiendo que no le podía querer más:

—Y a la que regreso y regresaré siempre para recordar quién soy…

Índice

Capítulo 1 7
Capítulo 2 19
Capítulo 3 27
Capítulo 4 35
Capítulo 5 47
Capítulo 6 57
Capítulo 7 69
Capítulo 8 81
Capítulo 9 93
Capítulo 10 105
Capítulo 11 117
Capítulo 12 133
Capítulo 13 145
Capítulo 14 157
Capítulo 15 171
Capítulo 16 183
Capítulo 17 195
Capítulo 18 209
Capítulo 19 221
Capítulo 20 237
Capítulo 21 251
Capítulo 22 267
Epílogo 279